

AÇAÍ

**OJO
POR
DIENTE**

PALABRART

© 2022, Ismael Linares

MONTEVIDEO, URUGUAY

No te la voy a dedicar. Estás en toda la leyenda.

Rebelémonos, lector. Vayamos lento. No seamos engranajes. Hoy se suele mensurar al escritor por qué tan rápido se lea; por cuán fácil se consuma.

Dilaté conscientemente los pasajes iniciales. A propósito frené la cabalgata del final.

Los editores, de común, son industriales. Necesitan producir. La producción, obsolescencia. Que no vuelvas otra vez sobre las páginas. Que vayas como bólico, precoz, en una sola dirección.

El pororó se come rápido. La copa de coñac, se bebe lento. No disfrutas del océano con barcos a motor. La lenta vela sabe cómo traducir el regocijo milenario de las olas. El reflejo de la luna no se deja fustigar: navega lento, sin dejar de ser enorme. La piraña no disfruta de comer. Inteligente, la ballena desconoce la premura. Seductor, el horizonte no revela de qué parte de la virgen es su curva. Nada tienes que decir, contrarreloj, ante la mágica belleza de las artes. En el mar, donde Tritón es bailarín y los milagros son endemia, los motores estropean justamente lo que vamos a buscar.

La dirección es un invento. No te ciñas a las páginas. Permítete vagar a discreción en este cosmos de papel. Si bien un hilo conductor, según el índice, coloca los capítulos en orden, estaría muy feliz si me leyeras en completa libertad, como contemplas un paisaje.

PRIMERA PARTE
UGANDA

1. De lectura sin antídoto

No pierdas el respeto por las drogas.

2. Escritor, con las muñecas amarradas

3. Penitencia

Como perro que se lleva, sujeta con los dientes, la prisión de su cadena.

4. Libertad

La fantasía del poeta sin talento.

5. Traspapélalos

Salieron, los aviones, a la pista; los navíos, a los mares y, los pasos, a la suerte.

6. Tira fuerte, que las piedras no rebotan en el agua por sí solas

7. Todavía me tocaba la fortuna que podía recaer sobre cualquiera

8. Lo que nadie se permite descartar de sus haberes

Sin embargo, con su pelo flagelándome los ojos, no le pude ver los labios, si reían.

9. Montacargas

10. Todavía dormitando, me prendieron un enorme reflector sobre la cara

11. Dignidad. Una palabra complicada.**12. Desengaño**

Cuando vuelves a leer algunas páginas atrás y la belleza que veías en el puño se marchó con la lectura. La destreza que se gana mientras sigues escribiendo no te deja regresar impunemente.

13. Coliseo

Todavía sin saber de su presencia, metros antes de pasarles por enfrente, me comienzan a subir las pulsaciones como cantos de batalla por el cuello.

14. Que, volando por mis hojas, vean algo parecido**15. Con los pies acomodándose****16. ¿Se puede ser perfecto sin arena?**

Ya, por poco, me vería como padre de familia por su casa.

17. Tú perdónalos si quieres

Las excusas, nada más, son una forma del pecado

18. Sobre rieles

En el medio del quizás está tendida la fortuna.

19. Ten a bien. Por si se ríen de la pluma.

La violencia no se roza con el arte. Sin embargo, no son medios excluyentes.

20. No lo puedes enseñar, aunque lo sepas responder

Es un engaño del diseño, como tantos. El perfume de los libros al comprarlos es distinto del que sale de las hojas manuscritas.

21. Lo más lúcido de Dios por esas horas

Cuando sientes un imán en las entrañas

22. Como quien oyera tildes

23. Picadillo

24. Subnormal. Te negaría los amenes si pudiera.

25. Más allá del infinito

Como líderes en guerra, nos tendíamos, a modo de caminos, esperanzas. Los palitos parecían unicornios enterrados.

26. Dios, de marketing, no tiene ni las bases. Debería, por lo menos, aprender publicidad.

Locomotora que se va, desenganchada.

27. Dos arcángeles en diálisis

28. Safari

29. La versión inteligente del humano

30. La mejor

31. Apocalipsis

32. Combustible

Lo mejor de la muralla se levanta con la mano de los padres. Ten cuidado -por nosotros y por ti- de donde vienes a nacer.

33. Un estornudo de mis arias

Los bandidos, más allá de lo que digan, es mentira que se crean inocentes. Pero sí que, todos ellos, se conciben perdonables.

34.

35. Vi vacío mi sepulcro

36. Manantiales

Yo, con tal de repetir esta llegada, partiría muchas veces.

I

DE LECTURA SIN ANTÍDOTO

No pierdas el respeto por las drogas

Les alcanza con la mágica belleza que seducen al papel. Los verdaderos escritores no precisan del suspenso. Si supieras el final, aún así te seguirían cautivando con el paso de su pluma. Yo lo sé: termino siendo no magnífico, notable ni soberbio. Mitológico. Sabrás reconocerme con apenas un segundo de lectura, sin que deba presumir, en la portada, con mi nombre. Ningún otro. Lo tendrás por excluyente. Con los ojos poseídos, te verás con una mística ¡fanática! belleza de Corán - aún impúdico. Prefiero los amantes; sin embargo, quizás llegues a pecar de sacerdote. Quizás doubles las apuestas. Quizás broten los milagros. Quizás rompas a pedazos los capítulos que leas y, después, como la brisa por los árboles, susurres de mi puño cuando reces.

No me pidas que comience ni que siga de la forma que podría cualquier otro, cuya pluma, como mástil impotente, necesite sostenerse de tutores. Hay modelos narrativos que resultan, pero no que sobrecojan (es sencillo distinguir, la matemática, del arte). Lo que ya leíste tanto que lo sabes de memoria. Recetario. Lo de siempre, con espuma de relleno. Personajes secundarios. Injusticias. Ambiciones. Un conflicto paralelo. Redecillas. Tomas una, modificas el contexto, cambias época, lugar -el esqueleto de la trama se

lo dejas- enmarañas intereses, recombinas los secretos, volanteas al final, y tienes otra. Sus novelas, a lo sumo, son guiones de suspenso que se leen una vez. “Saber qué pasa” Sus lectores no persiguen otro móvil. “No me cuentes el final” Así conversan sobre arte. Pero, ya, cuando consumes el relato ¡nada más con conocer el desenlace! pierden todo magnetismo. Por mi parte, no les voy a dar papel de devorar: aún habiéndome leído, volverán sobre mis arias como vuelven a la droga los adictos.

Pero, ¿cómo, si se dicen escritores, necesitan apoyar, en el papel, una regleta que los guíe? ¡Son espíritus de molde! Todavía que no tienen demasiados atributos, se recortan autoría. Su talento de manual es una lápida. Los buenos cocineros no precisan de reloj ni de medidas. Los artistas son astrónomos - sin fórmulas. El método que nunca lograrías enseñar es el eclipse de los otros. No consigues resumirlo con esquemas. El amor inexplicable se disfruta doblemente - los demás, incluso dudo que lo sean.

No diré lo que podrías encontrar en otro libro. Pero, bien, si necesitas lo de siempre, toma uno de los tantos, al azar. De tin marín de do pingüé. Ni tú ni yo nos precisamos. Mis milagros, en ausencia de lectores, continúan existiendo -no se borran- y tan sólo los autores necesitan de sus libros; aunque, muchos, no los vuelvan a leer por una única razón que los amantes convalidan. La belleza se te prende de los ojos y los cincha para sí, continuamente. Si no miras otra vez, es que, seguro, no te gusta lo bastante. No confundas la verdad con el encono - ni las artes cobran vida del conflicto ni la paz es competencia de las artes.

Los inicios fueron gratos ¡felicísimos! Los planes, asombrosos; el destino, fascinante ¡no podía ser mejor! y la ruleta de los hechos, implacable. La conoces: es idéntica

contigo - no la voy a describir. Y, si la propia cicatriz se ve peor que las ajenas, aunque salga con esponja; si las mínimas astillas no son menos que los clavos de la cruz cuando las tienes en tu piel, ¿por qué pretenden, los autores, que, narrándole desdichas, el lector les haga sitio por encima de las tuyas? Te lo voy a demandar: no continúes con mis arias si jamás te derramaste, con las sienes, en el cuenco de tus manos. Avisado: no tomaste mi volumen del estante para niños.

Lo sabemos: no se puede seguir vivo sin un poco de desorden. No sabíamos, ninguno de los dos, que parecíamos la flecha del carácter con el blanco de la vida: va con buena dirección, pero su punta nunca llega. Quizás haya que salirse del carril, para chocarnos. Encender el universo con el mapa del tesoro. Prescindir de los honores. Alumbrar a cañonazos. Terminar como leones. Presumir de condenados. Embrujarse con las flores. Hay un punto donde sientes que la letra se te rinde, que las coplas obedecen, que los otros escritores no podrían igualarte ni copiando las estrofas por encima de tus hombros. Que tan sólo con el toque de varita de tu pluma la luz prende del papel y se desatan los renglones.

Fue la magia que blandí, del interior, al infinito. Compresión. Silencio raro. Chispa, rayos. Eclósión. Ni las estrellas explotando por el tiempo lograrían un origen parecido. Los colores disparándose. Violencia. Pulsaciones. Espectáculo de Dios y tentación en desafío. Cosquilleo. Vida ¡luna! Corazón manifestado por las venas y las venas atigradas por la carne. Perfección a sobresaltos. Hay historias imposibles de vivir y no moverte de tu nombre. Maridaje. Despertarte con Caín acariciándote los labios. Muslos. Mártires. Tendones. Empapar con aguardiente las esponjas. Suspirar con turbulencia. Juventud a terciopelo.

Madrugadas bienheridas. Un fugaz escalofrío de las velas y, de pronto -todavía lo recuerdo por la piel- estaba claro que mis versos fluirían para siempre como vals entre princesas. Lo traía con los genes, al nacer. Sucedería por destino. Bendición. Inagotable manantial en cuyos párrafos la tinta sacudió, violentamente, su bozal. Reduciría los excesos a migajas. ¡Pensarían que su voz me susurraba los milagros al oído! Majestad. Inacabable profusión donde, divina, la belleza no dejaba de brotar. Faltaba menos por crearse con los dedos del Señor que, diferentes, con la pluma de los míos.

2

ESCRITOR, CON LAS MUÑECAS AMARRADAS

Este libro debería comenzar con mil volúmenes en blanco.

Con la saña del amante que no deja de pensar y revolver su desengaño, yo tampoco: soy adicto fumador de mis estrofas incendiándose conmigo.

Desde ya, “prendido fuego” no se precia de “radiante”. Pero, bien, tampoco nunca los incendios me dejaron en cenizas. Ingresar en librerías es lo mismo, para mí, que caminar en las arenas de salvajes coliseos. Los penachos arrogantes en hileras; el aroma del papel, como de sangre; los estantes que sacuden el capote; santidades al

abrigo de sus tapas de diseño, ¡presuntuosas! y, de nuevo, la callada sensación del escritor ante vidrieras petulantes que no cimbran, en verdad, el amperímetro de nadie. Qué tedioso desperdicio para tanto diccionario. Por hacerme del placer: a veces guardo los motivos del pianista que decide componerse, para sí, las emociones que no siente con la radio, pero sabe que podría con la música. Maldito. ¿Que si puedo? Nada más desesperante, con la panza del papel haciendo ruido.

Donde puse mis mejores desafíos: tomo libros de la forma que también apretaría los pulgares en el cuello del autor. Nos observamos, y lo saben - sus novelas de la tarde quedan lejos de lo mucho que se puede con la pluma, pero nunca les consigo responder cuando preguntan “¿me lo muestras de tu puño?”

Qué tragedia que, portando mucho más que los mejores, yo me deba relegar a lo de todos. ¿Petulancia? Bien, permíteme dudarlo. La modestia, muchas veces, es un acto de soberbia. No, lector, no te contentes con un fácil, educado fingimiento que, tal vez, no sea sino la manera de mostrarse por encima: sólo pueden soslayar humildemente su virtud los que la tienen. Sólo míralos estar, hay un irónico desdén con el que prestan atención: la sorna tácita del genio.

¡Qué tragedia! Tengo largas baterías de cañones y la pólvora no prende. Desperdicio sin escrúpulos. Adonis impotente. Cierro libros de la forma que les diera bofetadas, ¡como pegan un portazo las mujeres! ¡¿Cómo tantos escritores meramente narrativos están tan enamorados de sus obras mientras yo, que tengo pulso de poeta, no consigo fascinarme con las mías?! Hojas áridas, sedientas, se desnudan ante mi como rogándome la tinta.

La brutal humillación de levantarles el mentón a los estantes y, después, doblar la cerviz a leerlos. Miserables que preguntan “¿cómo vas con tu trabajo?” solamente porque deba devolver, en cortesía, la pregunta. No comparten mi criterio: si no son maravillosas ¡cautivantes! las palabras no merecen ser escritas.

Mil volúmenes en blanco que mojé con mi sudor y que sequé con el tejido de los puños. Un pequeño que, plegándolo, no da con el avión que lleve lejos el papel de sus estrofas. Siento ganas de quemar las bibliotecas, o vaciar las lapiceras de los otros escritores y cargárselas con agua - ¡que se midan en iguales condiciones! ¡Maldición qué cosas digo! Que no puedan, ni siquiera, compararse. Pero, nada más, consigo proferir, con carrasposa melodía, desafíos, sin remate.

3

PENITENCIA

*Como perro que se lleva, sujeta con los dientes, la
prisión de su cadena*

Tienen todo lo que suelen envidiar los embusteros. No les vayas a creer a los artistas cuando “aman a su público”. Te mienten. Pero sí que te procuran seducir hasta dejarte con la baba por la pera.

Ya no puedo ver a nadie con un libro sin sentir que, por mi propia cortedad, se me llevaran a la chica que me

gusta, de la mano. Me parece comprender la desventura de los feos.

Maldecir es un esfuerzo fatigante como muchos, con la grave diferencia de que, vano por completo, descansar, no te repone. Cuando quieres escribir como poeta que se precie, trabajar no significa que los versos adelanten. Corres duro, retenido por alguna sujeción en la cintura. No poder. Acelerar a los agudos sin los cambios engranados. Implosión. Una turbina reventando de cinchar en el vacío. Las pupilas aguachentas y las páginas raquíticas. Hambruna. No por feo, por quedado, se te llevan a la chica de tus sueños. Ni lo lindo te desquita de los versos que no logras, ni peinarte reconstruye los espejos. A pedazos. Rinde menos la sonrisa que los párrafos: consiguen afearte la caída de los párpados a dudas de talento.

Lo peor de la miseria: me cortaba de la gente con la gris antipatía del exhausto. No sabía con qué cara recibir invitaciones. La pared del impotente se construye con un frágil hormigueo de cansancio.

Fueron noches repetidas, sin ningún valor artístico. Con una que describa, será más que suficiente. Ni siquiera necesitas recordarla cuando pasen unas hojas.

Se veía tan bonita como siempre. Sus colores ingresaron como ráfaga de sol y fue lo mismo que tirar un chinchulín al gallinero. Vi subir la polvareda. Por mi parte, preferí tomar distancia del salón y respirar en la neblina que bajaba de la noche. Son escenas que consigo resistir en lontananza - ya, de cerca, me perturban. Nada más porque reboten con el ritmo de la música no debes suponer que sepan cómo disfrutarla: lo que saben es, apenas, rebotar. La melodía de las artes te sacude por adentro - no las plumas, exteriores. El embrollo de jamón, sonido fuerte, frenesí, licor

y dulce se me vuelve tan pesado que preciso decidir si permanezco, bajo carga de sufrir, o si me largo, silencioso. Me domina. Le diría depresión, porque lo siento con inquina.

Del confuso laberinto de la gente, como brote del salón, la vi venir, saltando pasos, luminosa, de zapatos en la mano. Le gustó mi soledad, en el sentido de que nadie molestará. Pero yo, que me sentía, más que solo, distanciado, no le pude devolver ni los destellos ni la risa. Conversé lo que se debe departir en cortesía, poco menos, poco más y me marché con las excusas que le suelen tolerar al abatido. Los galanes, para serlo, necesitan admirarse ¡los poetas no se valen de ficción! y, si se valen, son apenas guionistas; nunca llegan al confín de lo que son y, lo que son, no me supera.

¿Cómo puedo disfrutar de la belleza de la vida, si mi pluma no consigue despegarse de las otras? ¿Cómo diablos! ¿Cuando nadie, todavía, pudo ver la magnitud de mi talento! ¿Cómo dioses! Cuando tanta gente muere venerando, sin jamás espabilarse del error, a tantos falsos escritores.

Caminar en el lugar, por más empeño que le pongas, es tan sólo dar patadas. La cadena de la pluma se me lía por las piernas. Es así como lo dicen: la peor esclavitud es la que portas en tu mano. Las demás se solucionan a la fuerza, solamente con vengarse del tirano.

4

LIBERTAD

La fantasía del poeta sin talento

Las estrofas, cuando faltan, repercuten en el sueño “¡romperé la madrugada por el aire!” Tiré todos los papeles por doquier y me paré, como fingiéndoles altura. De su parte, parecía que también me la trataban de fingir. Quedé mirándolos de frente.

De la forma que lo suelen con el piano las familias visionarias, que, por más que ya ninguno de los hijos tenga ganas de tocar, no lo retiran del salón así los sigue seduciendo, con los libros es igual: hay que dejarlos al alcance de la mano. Cierta día, sin apuros, la persona que jamás te pensarías prueba dar un recorrido de marfil, o sustituye dos minutos de periódico sin arte por el cálido manjar de literatos verdaderos. Ten cuidado: se parecen. Las botellas a la vista, con incólume paciencia, son igual de tentadoras.

Escarbé por lo profundo, pero no para leerlos, sino sólo porque vieran una cara que, después, recordarían. Encontré, desmenuzado de los otros, un escrito titulado “Libertad”, con aceptable melodía, pero falto de vivencias:

“¡Que, tan sólo por un techo, no te pierdas el murmullo de Chopin sobre tu frente! Como llueva, nos pondremos un abrazo de gabán y, si tenemos que pisarlos, apoyémosle la bomba de los kilos -aquí, pluma, nada más

hay una sola- que revienten con estrépito los charcos. ¿No lo sientes? Hay olor a primavera ¡sal al sol! que yo protejo, con un beso de mis labios, la blancura de tu piel; la cerradura silba viento ¡que lo vuelves en caricia cuando sales! ¡A las arias de su música! Caída por los hombros una sábana de luna, todavía nos espera la mañana para ver amanecer.”

Y comprendí que la peor fatalidad de los poetas es tener, en sus estrofas, más renglones que caminos. ¡Precisaba, más veloces que la prosa, los compases de las piernas! Los imperios no se forjan desde casa - ni las artes desde sillas ni talleres y, salvándome la vida, de la forma que jamás había nadie prorrumpido -“no te dejes el cuaderno”- choqué vista con el sol -“los escritores, mucho más que meditarlo, van y viven sin rodeos”- endiosado, mezclaría mi talento con la vida, pero, vasto, ¡de manera fascinante! Que marcharan los caminos mucho más que la palabra -“no te lleves el paraguas ni te pongas a la sombra”- ¡que las musas, al avance colosal de mis escritos, se trataran de correr despavoridas! que mi pluma consumiera tanta tinta como tacos y que yo necesitara tanta tinta como botas.

5

TRASPAPÉLALOS

*Salieron, los aviones, a la pista; los navíos, a los mares y,
los pasos, a la suerte*

Ya la luz amanecía por debajo de la puerta. Los colores y la prosa dibujaban su perfil al otro lado.

Muchas veces escuché que con la sola realidad no resultaba suficiente, que su pálido transcurso carecía de sabor y que los libros, en su mundo de librada fantasía, convidaban algo más interesante. Son ideas espantosas que parecen explicar la parsimonia soporífera de tantos escritores, y de dónde les salían esas fábulas de plástico. Seguro, del hastío.

Caminando, vi, de lejos, con clarísimos deseos de robar, un indigente -tinte sucio (faz acorde)- que pasaba, de piruetas, un cercado. Todo fácil de mirar - cuando lo miras al amparo de las hojas. El común de los autores, desprovistos de recursos, necesitan inflamar la narración con pasatiempos. Pero, bien, cuando lo vives, es distinto: te parece que la pluma cobra pulso de la piel y, lo que logra, nace vivo de raíz.

No me podía demorar. Él no tenía reparada mi presencia. Fui corriendo para ver si lo podía disuadir. Yo no sabía que mis piernas fueran lentas: al llegar, estaba... ¿dentro de la casa? Por lo menos, en la parte del zaguán no se veía.

Yo también, en un impulso maquinal, irreflexivo, me trepé por el cercado. Me tenía preocupado que, quizás, hubiera niños, y pensé que, si llamaba con el timbre, se vería tan urgido por fugarse que tendría que dejarlos solamente con el susto - sin historia.

-¿Qué desea?

Se trataba de los ojos que quisieras en tu novia - ¡la fortuna que le suele recaer a los poetas!

-Hay un feo vagabundo deambulando por la casa. Salgan todos, por favor. Recién corté: la policía vendrá pronto (me miraba con ambigua suavidad) y, por las dudas, llamaremos, a su vez, a la perrera.

Parecía no poder descongelar el estupor: ni contestaba ni salía.

Por alguna timidez de mis reflejos, no traté de rescatarla con un rápido tirón: apareció, desde las sombras, el horrible pordiosero. Luz ausente. Carifrito pantallazo de su vida. Para toda mi sorpresa, la rodeó con un abrazo por detrás y se quedaron estudiándome. Creí que me dormía del olor y, con el aire deslizándose su sonido por las vías, inspiré por la nariz, como dejándolo patente.

Se ve firme - pudo ser el resultado de la mímica del gesto: no quisieron despedirme con acento descortés y, por mi parte, sin mayor intromisión, me disculpé por el momento con modales de poeta. Quizás poco relevantes, lo mejor de los eventos es que todo fue real. El indigente. Las palabras germinando del papel, ahora mismo. La lluviosa primavera de mis dedos. Tú, leyéndolas. ¡Sus ojos! Las sirenas arribando.

No sentí que la bondad se desbordara de la cota del deber: aunque te hieras a propósito, los médicos te tratan de curar.

Y, por el resto de la tarde, todavía sin ninguna pretensión de regresar (con el chichón en mis escritos y las dudas a la vista) no dejé de preguntarme: ¿qué misterios del carácter supo ver un indigente que rozaron mi nariz, inadvertidos al olfato del artista?

6

TIRA FUERTE, QUE LAS PIEDRAS NO REBOTAN EN EL AGUA POR SÍ SOLAS

Cierto día, de pequeño, desconforme con mi pluma, tranquilé todo por adentro. Los quería destruir. Endemoniado, con la furia por la piel, rompí docenas de cuadernos en pedazos - y, también, algunos libros, por supuesto. No podía tolerar que mis escritos, por escándalo, ¡grandiosos!, no se vieran superiores. Me quedaron las facciones machucadas de gruñir.

Cuando llegó de trabajar, mi padre dijo: “los tendrás que reponer de tus ahorros”. Parecían algodones de granito; menos ásperos que firmes. En el gesto de sus ojos, combinaba calidez y frialdad, con envidiable maestría. Tomó algo de comer y, con el ánimo sutil con que convences a los niños, preguntó: “¿qué tal si vamos al arroyo?” De seguro las conoces, o comprendes: hay personas que no

pueden caminar en el vacío - necesitan ver espaldas adelante. “Voy detrás. Los escritores abren paso”. No perdía, según todas las defensas que me surcan, ocasión de procurar inmunizarme. Con los años, entendí la cantidad que le debía. Si no fuera que tenemos la noción del infinito, le tendría que decir incalculable.

Lo tenía por costumbre: me gustaba comprender en movimiento. De camino, fui juntando piedrecillas que, después -sacando lascas del torrente- lograrían alcanzar el otro margen. Él quería, desde ya, que conversáramos tranquilos, apartados de la prisa del barullo.

“...son caminos sin señales. Es normal estar perdido, preguntándote con qué te toparás al otro lado de las curvas.

Al comienzo, te parece que progresas, pero, pronto, las estrellas se comienzan a caer como pedradas; o, si no, cuando creías encontrar la dirección, una crecida se te planta por delante. Son la clase de problemas que no vienen dibujados en el mapa. No les des envergadura: que las ranas abran paso. Los motores tragan agua si no van acelerados.

Es un nudo donde van a combinarse varias dudas a la vez: por una parte, no se ve con claridad si son viables los propósitos, ¡con todas las semanas de trabajo que te quedan! ¿Desistir? Pero, con todo lo que llevas trabajado... De común, allí comienzas a sentir ese cansancio del futuro que consigue reducir, a casi todos, al presente. Las caricias se retiran del marfil y, prefiriéndolas tirar que corregir, el escritor -con más vergüenza que disgusto- le concede sus papeles a la pira. La pasión advenediza se termina de quemar en este punto: su carbón es de periódico, que prende tan veloz como se muere.

Pero tú recordarás: allí también es donde van a construirse los talentos. Es, en fin, en el cansancio donde debe ponderarse la constancia. Largo plazo. No te fíes del presente. Tiene buenas intenciones, pero mala puntería. Se codea sin parar con el error: es un mediocre futurólogo. Levanta la cabeza. Mira lejos. Los obstáculos que buscas - ¡lo que quieres escribir!- está recién al otro lado de la cima. Sobrepásala. Temor de transpirar, demarca músculos; ampollas de pisar, acolchan pies y, pedregullo de morder, afila dientes.

¿Que te sientes estancado? Pues, entonces, a sentirse satisfecho: ya detentas un mojón. Ahora ve por el siguiente. Caminar es no dejarse detener, y no tan sólo levantarse de la silla. Se progresa mucho más frenando menos que quemando las cubiertas. Cuando quieras acordar ¡habrás andado travesías!

Extenuado, no se firman rendiciones: la mañana te da toda la razón, al despertar. Ante la duda, sólo lleva mi consejo como luz a la memoria. “Desaliento”, nada más, es la manera de decir que ya los dedos hacen guante de las teclas y que brotan los desvelos que tenías cultivados en las hojas.

Los mejores eruditos hacen boca con papel, pero se nutren de caminos. Cocinar y no comer hace nefastos cocineros, ¡obra pronto! que sentir bajo los pasos el terreno te permite calibrar la perfección de la pisada. Lo verás en los exámenes que tengas: al comienzo, cuando miras las preguntas, te parece que no sabes casi nada, pero luego, los minutos van ganándose la nota.

Necesitas adentrarte por las hojas para dar con el relato. Los teóricos son grandes guitarristas - en muñones. No te quedes. En mitad de los incendios, la manera de salir

es apretando la carrera. Sé paciente, sin clemencia. Revolviéndola con sed, el agua sabe deliciosa (la receta del placer es algo rara, no descartes desazones). Y recuerda que también al contrincante le deshace la moral el pesimismo, la cosquilla de rendirse, la torpeza, los fracasos y la duda. Sin la noche, se te pierden las estrellas. Sin incógnitas, la luna.”

Caminando de regreso, mis ideas otra vez cobraron fuerza. Merecían el papel. Me vio rascando los bolsillos. Él llevaba, por las dudas, un cuaderno para mí. Me lo tendió con unos ojos de confianza que, tan sólo de mirarte, tirarían el temor de tus espaldas.

7

TODAVÍA ME TOCABA LA FORTUNA QUE PODÍA RECAER SOBRE CUALQUIERA

Pasó rápido: la tarde se deshizo del reloj. Ahora sí, tenía ganas de volver. Acompasando la caída de la noche -como sol que resbalara por el cielo- la firmeza de los párpados rodaba por mis ojos. La paleta de la luz anestesiaba los colores. Las miradas reducidas al esbozo. Los espíritus en sangre. Las aurículas desiertas. El mutismo quejumbroso. Con cansina pesadez, el autobús nos estiró, como de goma, la frenada. Todo junto, las cubiertas y la calle, se veían pegajosas. Los segundos diferían el avance, sin apuros. Al subir, de la marea de vapor que se mecía de difuntos (parecían perdurar, y no vivir) mordí los restos del oxígeno -postrero- que quedaba. Las agujas declaraban con

detalle. Sin destino. Circulares. Tartamudas. Las ventanas lloriqueaban con el frío de la calle.

Pero, bien, el galardón por mantenerme cabizalto fue grandioso: desde, lóbrega, la parte posterior del autobús, se me metió - como milagro por los ojos. Si pudiéramos tomárselo, su pelo, por la fuerza del color, tendría pulso. Tempestad, al rojo vivo. ¿Su mirada? De rendida flacidez. En diagonal. Con la caída resignada. ¿Su peinado? Tanto da. Las llamaradas no se cortan con tijeras. ¿Sus facciones? Estupendas, en cualquiera de las plumas. Sacaría, del más torpe literato, maravillas increíbles. Era sólo para fábulas: un ángel descollando de los muertos. Fue subir, al sobremundo, del infierno - con un gancho de la vista.

Lentamente -sin opciones- fui dejándome meter al mazacote de los otros pasajeros. Perdí toda libertad de decisión: allí se tiene que fluir con el conjunto.

No lo vamos a negar. Quizás, un poco, dirigimos la corriente para irnos acortando la distancia, paulatinos, con el paso tartamudo tan común de las personas que se gustan y se quieren acercar sin que se note demasiado. Cada tanto, con el súbito cinchón de las frenadas, parecía despertar y nos mirábamos, de lejos todavía. Su cabello, de color amanecer, me recordaba las auroras despuntando.

Los melones, en el ómnibus, se van acomodando con el propio movimiento de la marcha, “¡más al fondo por favor!” -el conductor, rociando pizcas de su voz en el espejo, no dejaba de gritar, como con gárgaras- “¡apriétense, que quedan pasajeros por subir!” y, finalmente, con el lento discurrir de la marea, terminamos deteniéndonos espalda con espalda. Todavía sin tocarnos, no dejábamos un aire de distancia. Se sentía fascinante - similar intimidad conservaré con mis lectores: un papel; pero que nunca cruzaremos.

Será parte del futuro - le diremos por su nombre; no le temas al escándalo: deseo.

Sin querer (pero queriendo) nos rozábamos, fugaces, con la tela de la ropa. “¡Pero vaya que demoran el suspenso!” dijo Dios, y, como quien los embutiera, mandó más. Ahora sí, nos resignamos a los cuerpos, inocentes. Parecíamos, serenos, descansar entre nosotros. Su columna recostada con la mía, mi cabeza con su pelo de cojín y si, cortando los alientos, adelante, los reflejos del chofer pegaban bruscos volantazos, en el fondo, nos hundíamos la piel en los sentidos.

Así mismo lucharía: protegiéndonos espalda con espalda, de mandíbulas trancadas y sonrisas de placer; con su cartera de martillo, ¡con mi pluma de florete! Nos mecíamos, campantes, en el plácido vaivén del autobús, como si ya las Tres Marías nos cantaran arrorroces. Los omóplatos rimaban. Por las dudas de que fuera, nada más, idea mía, me le quise despegar unos centímetros y, vaga, silenciosa, con extrema lentitud, pegó su dorso, nuevamente - que figure por escrito. Si tirones de la física querían separarnos, el magneto de la piel equilibraba su desorden. Mis ideas parecían remontarse: “yo prometo no réirme del invento, ¡tú sorpréndeme!” La noche se cerraba.

Las costillas entramaban los pulmones. Nos hallábamos, en vista de los hechos, aburridos - no cansados. En verdad, son sensaciones de muy fácil confusión. Sentí su pulso retumbándome la piel. Un pasajero que bajaba dejó libre su lugar, pero ninguno de los dos haría nada por sentarse: seguiríamos de pie, bailando curvas. Educados, lo cedimos, con amable discreción, a los mayores.

8

LO QUE NADIE SE PERMITE DESCARTAR DE SUS HABERES

*Sin embargo, con su pelo flagelándome los ojos, no le
pude ver los labios, si reían*

Los pegazos reventaron cabezadas.

Respiramos la dorada cocaína del piloto, con el sol iluminando sus partículas que flotan -hay momentos en que puedes ver el aire traslucida por los rayos- como bronce del crepúsculo mordiéndose de rosa.

¿Lo pegamos de verdad? El aletazo nos izó de los mortales y tronó como tormenta. Si supiéramos lo feo que se oye -damos fe- desde la cima de las nubes, el cerril cocorocó de la llanura...

Me sacó, con un baldazo violentísimo de carne -como cuerpo de sus medias- el espíritu del cuerpo. Todavía continuábamos: allí también sus curvas parecían pronunciarle volantazos en la piel. Como soldados que prorrumpen a la vez de sus trincheras, no podíamos volvernos: las espaldas son un blanco facilísimo. Los pechos, deliciosos. Dignidad: amar de frente. ¿Con un balde? Respondí con un océano.

Planicies entre médanos y cimas; parapetos que, con alta solidez, nos permitían esconder lo que mirábamos. El

baile seductor, imprevisible, de las llamas. Paladar inexplicable del aceite. Decorarse de ventosas. Puzzlepiel y bordevueltas. Broma fácil de girar: rompecabezas. Pasadizos. Caramelos en salmuera. Parecíamos los dos condimentados en el mar. Para que no nos termináramos en páginas, nos hice poesía. Suspirar a discreción. Inflar las sábanas. Algunos se la tratan de dictar, pero la lid, en su desorden, hace trizas de la ley ¿a dónde viste que poetas que se precien escribieran estatutos? Bacanal, a droga blanda. La frontera disputada del infierno con el cielo. Desmadrar una vorágine de huellas. Extremarse. Dejar todos los paisajes abrasados. Extintor. Desbaratar el maquillaje, los peinados y las poses en un tipo diferente de belleza. Como niños, barajar el griterío con la risa. Ya lo ves en estas arias: es la grata dimensión del arte-ritmo. Suavidad. Envés. Azúcares. Mansalva. Desayuno con bostezos; ¿el primero de los tantos que tendremos en la cama?

Sin alarmas ni relojes, despertándote por causas naturales, de común, hay un instante donde tiras de la mente con un hilo de conciencia, pero sigues todavía más dormido que con ganas de charlar. En ese lapso, con la guardia de la piel amodorrada, pareciera que las almas se fugaran a -lo mismo que nosotros- abrazarse.

Yo quería dibujar ese momento con palabras. ¡Imagina las estrofas que te pierdes! No se puede ser artista -dejó claro- si no sabes exprimirle su beldad a la sustancia de los hechos. (De mi parte, lograría que lloraran su licor hasta las rocas.) Aplastándose la crin volcanizada, color carne,

-Mi bombacha, ¿no la viste? Ya tendría que marcharme.

9

MONTACARGAS

Pero bien: estaba dándole pedal a mi virtud y, de seguro, su naciente polvareda ya podía vislumbrarse por detrás del horizonte. Revisé, con ojo crítico, los versos que tenía de mi puño, como quien reflexionara las acciones de su vida. De la forma que la joven anoréxica se mira sin parar y nunca logra conformarse, decidí subir a ver en lontananza -muchas lunas por encima de mis hojas- y buscar algún indicio del poeta que venía.

Se podría distinguir la condición del edificio por la prisa que le pongan ascensores y portero: rapidísimos, en este. De seguro que, también, algunos jefes de los pisos superiores, por la cara que los cubre, son porteros de sus amos.

Al entrar, oí los pasos que siguieron a los míos.

-¿A qué piso?

-Charlaremos un segundo nada más y me preguntas tonterías...

Me di vuelta. Comprendí que la corona de las artes es lograr, en un chasquido, pensamientos o figuras que le ganen al tamaño. ¡Qué manera de decírmelo! ¡Qué poco, para tanto! Más allá de que mi pluma gaste montes a su trazo, mi destreza que la midan en el número de perlas por renglones. Una máxima certera vale más que toneladas de periódicos. La cifra, por enorme que parezca, se reduce

nada más con alejarte de los ejes de su gráfica: los números son siempre relativos. Sin embargo, la salida sorprendente, la belleza del color, el aderezo de las Indias, el señuelo; la guiñada; la dentera... Beberás, al mismo tiempo que te ríes, unas lágrimas. En medio del orgasmo, cortaré tus aspavientos con cosquillas.

El cambio de ritmo se ríe del metro que saca medidas. No puedes pesar con balanzas el arte. No creas en mi: volverás otra vez y mil veces a ver el imán de mi pluma de mago, por puro placer. ¿Es amor? Para nada. Más bien, apetito: seremos amantes. Te gusta mirarme desnudo - me gustan tus ojos leyendo mi forma sutil de tocarte.

La puerta cerró tras de sí, con un hilo de luz vertical. Los espejos cruzaban matices y sombras. Quedamos mirándonos. En vez de responderle, sólo quise detener, en el silencio, los instantes que quedaran por subir. Sería más interesante conocernos con minutos a favor, ¡con el reloj de nuestro lado! Separándonos, un paso de distancia. Las paredes parecían empujar el imposible. Las espaldas, resistir inevitables. Acercándonos, un hilo de los ojos. Hay detalles en el gesto que se deben cincelar con alfiler y pagaría, con el resto de mis años, esa nota: la campana de su piso. Despertamos. Entró luz de los pasillos. “El problema de subir es que la gente se te baja”. Desprenderse: la perpetua contracara de vivir entre personas. El silencio que quedó cuando las puertas se cerraron, se sentía con la panza.

Silencio de tigres. Caída de vértigo. Calma de rocas. La paz del que puede. ¿Sabrás manejarlo? Sentencia: lo tienes. No basta, tan sólo, domar la destreza: precisas valor - y valor sin destreza se llama ridículo. Sólo con uno no llegas a ser - es bailar, sin pareja. Lo mismo que dardos, la pluma precisa veneno. ¡También que la tires! La mezcla que logran

valor y destreza (con otra sustancia que no tiene nombre) se llama talento. Subiendo; bajando; perdí la noción. En total, no podría decir cuántos pisos hicimos. ¿De veras hubiera seguido sus pasos afuera si no se quedaba conmigo?

IO

TODAVÍA DORMITANDO, ME PRENDIERON UN ENORME REFLECTOR SOBRE LA CARA

Perseguía, con los pasos apretados, el vaivén de mis asuntos y, de golpe, como palo por las ruedas, unas risas impagables engancharon mi reloj. Quedé colgado de sus voces: un abuelo con su nieto disputaban un partido palpitante sobre piso de balcón. Uno, con guantes de golero. Su rival, con los de lana. Si la gloria de la vida no podía resumirse con entera precisión en ese juego, me tendrás que conceder que se trataba de, lo menos, un pretexto fabuloso. Los pedazos de columna del mayor, diseminados por doquier, no parecían un estorbo para nadie. Me sentí como los mares al encanto de la luna. Las paredes laterales -cada gol un machucón- eran los arcos. Una red, que detenía la pelota si se iba, los cuidaba de la calle si cualquiera les tiraba su locura.

De tobillos atrapados en el fango del cemento, como lunes ante viernes, a la sombra de sus risas como música, mis versos se quedaron pensativos. Los miré con el mentón -con

lo que miras al destino- con lo mismo, miré mucho más allá de mis papeles (lo que ves, es -lo verás- apenas nada). De su parte, con tesoros a caudal, no se sintieron observados - como pasa, de común, con los espíritus radiantes. Es por eso que los músicos resisten la brutal exposición del escenario. De manera similar, los escritores, la del libro. Casi tuve la cosquilla de grabar aquellas voces en mis versos. Pero ¡rayos! sentí frío: ¿desde cuándo los poetas necesitan de la risa de los otros?! Respiré, como bajando de los cielos, el aroma del cabello transpirado de los niños, de las plantas al rozarlas como bólido, del pasto con su jugo maquillando las rodillas. Pensaría que -secreto- lo que buscan los varones al hablar con una chica son domingos de jardín. ¿Por qué tendría que trazarme laberintos? ¡A por ello! Como rítmicas espuelas, esas dulces carcajadas empezaron a pinchar en mi cerebro.

Marqué números. Hablé. Pedí disculpas. Entendieron. Cancelé lo que tenía. La llamé: “¿qué te parece si nos vemos?”. Puse todas las agendas en desorden: un minuto de ser bueno (¿me podrás sobrellevar?) y ya parezco poetisa.

II

DIGNIDAD. UNA PALABRA COMPLICADA.

Sentí ganas de probar la contracara de la carne. La postal y los escones. El cumpleaños. Los domingos. La merienda. Los sobrinos. Las llamadas. El oído.

Los enfermos. Por su forma de salir a recibirme, comprendí que precisaba que llegara. Me quedé con un ligero sinsabor: debí saberlo por mí mismo. Conversaban esa dulce catequesis de familia donde todos necesitan, nada más, acompañarse. Se pararon al sonido de los pasos del doctor y lo rodearon: “nada grave. Solamente de cuidado”.

“¿Ves aquél? -me dijo magra, por lo bajo- fue mi novio. No le prestes importancia”. “Sin problema”, me reí. Venía lejos todavía, por el largo corredor del sanatorio. Pero, pronto, lo vería más de cerca.

Yo tenía presumido que blandía mi metal en la nariz del esgrimista que pudiera responderme, que brindara distinción a la contienda, que dejara garabatos de virtud en el espejo de mi sable. Que, del modo que sucede con las obras, ella misma, como fuera disputada por tan caros paladines, ganaría más presencia que la luna. Que supiera su valor y prosperara del mejor al increíble, de la miel a lo magnífico, del aire de los príncipes al vuelo de los ángeles.

Fue raro. Sólo supe que podíamos tener un sentimiento como este cuando ya me caminaba por los nervios, sin llamarlo. Ni siquiera sé su nombre. Si quisiera

definirlo con un término puntual, no le diría desencanto. Mucho menos, decepción. Es otra cosa. No me pude contentar cuando lo vi: tus contendientes, en su talla, dan el parte de la tuya. Son honestos, ¡sólo míralos! Algunos, dignifican la derrota cuando pierdes, pero, fáciles, hay otros que mancillan la victoria, cuando ganas. ¡Que mirada tan bonita se prestara para eso! Yo, con ágiles aceros, desgastaba mi reloj en hojalata. Me quedé sin escribir, algunas tardes, dedicándole más horas del minuto que, quizás, ameritaba. Cumplimento dignidad ¡y me la tapan con aliento! Lo más triste: ya no pude, nunca más, idealizarla. “¿Por tan poco? -me preguntas- ¿estás loco?” No lo creo: tú ya sabes que no todo -más allá de los engaños que te digas- es lo mismo. Lo leíste de mi puño. Pon un párrafo cualquiera barajado con los míos para ver lo que parece. Vomitar expulsa todo: lo genial y lo dañino.

12

DESENGAÑO

Cuando vuelves a leer algunas páginas atrás y la belleza que veías en el puño se marchó con la lectura. La destreza que se gana mientras sigues escribiendo no te deja regresar impunemente.

Pantalones. Honradez de literato: deberé reconocer que, si, disímiles, habíamos partido de virtudes diferentes, en verdad, con infinitas desventajas, el había recorrido lo bastante para vérselas conmigo. Yo,

quizás, andaba lento. Me traté de divertir imaginando sus penosos titubeos al tratar de saludarla cuando no se conocían.

Ella, linda, colocándose del lado favorable para no dejar expuesto su quebrado remolino. Cada tanto, le saltaban, sin aviso, dos baldosas de cabello. Le solíamos llamar “interferencia”. Lo demás, bajo control.

Él, de contrario, musitándole su parca tiritera. De seguro, pobrecita, que se tuvo que valer de sus ardidés. Me parece que la veo procurándole soltar un estornudo para ver si, por lo menos, se caía de sus labios un “salud”. Está perfecto: cada quien se desenvuelve como puede, no -tan libre de talento- como quiere. Si tomaras otros libros al azar, podrías ver a sus autores confesarlo con palabras. No me pongas en los mismos anaqueles. Tanto menos, ¡en ninguno! Quiero ver, despedazados, mis volúmenes enteros a lo largo de tu casa, como quien dejara todas las botellas por el piso.

Pero, bien, estoy pensando que no hago más que... ¡¡mal debí decir en vez de bien!! estoy gastándome las arias en lo mismo que cualquier articulero de revista: los espíritus ajenos.

13

COLISEO

Todavía sin saber de su presencia, metros antes de pasarles por enfrente, me comienzan a subir las pulsaciones como cantos de batalla por el cuello.

No de piel: de tempestad. Sudaba rayos. Me sentí como queriéndome quebrar una corteza de los hombros. Todavía, no deseaba regresar -necesitaba lo contrario, tomar aire. Caminé, con el cuaderno provocado por la pluma. Me parece que la gente se me tuvo que correr. Moví las cuadras de lugar y, cada tanto, me quedaba sumergido bajo lánguidas ideas que, de golpe, parecían empezar a concebirse.

Quedo rígido. Sospecho que mis ojos están fijos, pero yo, con mi cabeza, sigo versos en vorágine confusa. Pierdo rastro del reloj. El tiempo deja de contar y ya no tiene relevancia: se te pasan las comidas.

Pareciera que los astros, a completa magnitud, se te quedaran expectantes, o que Dios esté pensando -con temor o con placer- "en este verso, si le sale, me supera. Santo cielo..." Ves pasar un universo por tu frente, ¡pero debes dominarlo! La mirada de luces enceguese, resplandores ¡bocinazos! te despiertas otra vez a tus papeles ¡han saltado los tapones del parnaso! pero todo sigue quieto por la calle. ¿Los renglones? Parecidos. Tinta magra. Les dirías machucados, no sangrantes. ¡Yo los quiero moribundos! ¡Que se rindan a la pluma de su jefe! Vale menos, una vida,

que mis arias; ¡vale más un verso mío que los hombres! Debe ser algún error: ¿por qué no veo que los árboles desnuden su papel para que yo se lo...

¡Demonios! Otra vez, están allí para reírse de mi prosa. Por detrás de mi ceguera, veo bien ese letrero: librería. Timoratos: en la lengua de mi puño se le llama coliseo.

-Lo violento no suplanta lo valiente.

-Yo soy libre de tragarme las palabras si salieron de mi pluma.

Recorrí las colecciones con la vista. ¡Las sagradas escrituras de las letras! No podría sostenerse que mis ojos estuvieran por llorar. Tampoco secos.

-Por favor, el anaquel de los autores que se dicen "encumbrados".

-No precisas agarrarlos a piñazos para ser...

-Aquí te doy mi billetera. Toma todo lo que valgan.

Me di vuelta.

-¿Lo conoces?

-Tú también lo deberías.

Oí voces entre líneas. Es probable que también hubiera gente. Nuestra raza necesita de dos mil generaciones para dar un escritor, y nacen tantos como veo? Desconfío. Les podríamos decir mesías falsos, a lo sumo - no poetas. Imposibles de vencer, orinarían mis papeles si pudieran.

Es un grito del que sale, nada más, una ventisca sin sonido. Como notas de violín, a cuerda floja. Sudo tinta, que

parece de bitumen. ¿Has tenido que correr con los tobillos amarrados? Es lo mismo. Tallar hojas ¡escribir! a sola punta de cordón. Cíncel de goma. Ya parece que, mordiéndose las ganas, el papel disimulara la terrible, vergonzosa, situación. Hoy dormirá de terminal aburrimiento, no de plácido cansancio. Juraría que me mira con los ojos colorados de tragarse los bostezos. Estoy lánguido; no tengo más vigor que barajar en los paréntesis de pausa. Lo peor: ¡ustedes viéndome pasar este momento! ¡Bajen ya de los estantes! ¡Qué se piensan! ¡¿Escritores?! ¡Quiero verlos en el piso! ¡Tengan taco de mi suela! Ya me vieron, muchas veces, moribundo ¡van a verme tantas otras! pero nunca les daré mi rendición. Es un defecto de mi técnica, por cierto. No sabría -reconozco mis carencias- escribirla. Punto ciego de mi pluma. No se sientan ganadores: es el único. No pienso concederles una letra de terreno sin que tengan que sangrar, también ustedes, a mi vista.

-¿Veo bien? ¿Está borracho?

-Parecido.

¡Ya los santos evangelios de las letras en el piso! ¡Sin excusas! ¡A merced de mis patadas! ¡Desenvainen esa pluma! ¡Quiero ver qué tanto pueden con la mía! Sobre todo, cuando pierden la ventaja del estante principal. Advenedizos a tropel, sacando libros imposibles de tragar como si fueran semanarios ¡embutiendo ventanales ilegibles! garantizan que las manos, nada más para salir del extravío, se dirijan a los nombres que conocen desde siempre. Los difunde la maestra: tienen toda la ventaja de los años.

¿Hay alguno de sus versos que no pueda silenciarse con cualquiera de los míos? ¿¡Hay alguno de los míos que se tenga que callar ante cualquiera de los suyos!>? En ninguna de las artes es tan fácil separar, de los artistas, a los genios.

¿Los autores del presente? Relatores. Tanto menos: guionistas. No complejos: asequibles. Se consumen sin peligro. Más paquete que producto. De solapa, donde puedan enganchar un distintivo. Mercaderes, con sus vicios ordinarios: no se tiran a la luna nada más por imposible.

¿Los poetas de verdad? Enemistades mucho más interesantes que las otras. Habrá duelo: no seré quien les escriba silenciosas emboscadas. Van a verme caminar, a paso limpio, por el medio de la calle que los honra con su nombre. Que despierten sus estatuas al sonido de mis pasos y que bajen del seguro pedestal adonde callan ¡que los ángeles se dejen de cantarles arrosos! y que sean los chispazos de la pluma cuando pega con la pluma los que viertan claridad sobre los textos - no las luces. Mis mejores monumentos son de tinta, no de bronce. Todavía, los estantes rotulados “imposibles de vencer” están vacíos. Quedan altos, pero, bien, hasta la Biblia se podría levantar al otro lado de los cielos elevándola con rima.

Venden párrafos al peso. Son un género primario, como lana, mejillón o pedregullo. Meten páginas al libro como quien llenara bolsas a granel. Apelotonan cambio chico para -pobres- abultar la billetera. Sin escrúpulos. Escriben con rodillo. Su distancia se recorre no con ojos: con tesón y vista gorda. Yo quisiera que dos manos imparciales escrutaran nuestras obras. Que partieran, al azar, dos ediciones de portadas sordomudas, sin carátulas ni títulos ni nombres, para verlas enfrentadas en, al menos, una página.

-Verdad. A veces sobra demasiado.

-No lo sé. Los matorrales de la base no le quitan altitud al obelisco.

-Pero sí que lo deslucen.

-Él, igual, no se pelea por trofeos, me parece...

-Puede ser, algunas veces, erigirse vencedor es lo de menos... Uno lucha por muchísimas razones, y no sólo por ganar

Oía voces en el medio, pero no las escuchaba. Me sentía pulsaciones en el cuello. Puede ser que respirara. Tanto más, como los toros. Creí ver un... ¡¿Qué se pone por delante?! Le pegué la bofetada de rigor, ¡que desnudara su talento! ¡Como todos! Y, de fondo, se quedó, robando notas, un susurro. Lo miré, como prendado de su brisa: vi girar, en el borrón de sus imágenes, un globo. Fui feliz: qué seductora, singular incertidumbre -“que marcharan los caminos mucho más que la palabra”- ¡que voráGINE divina de colores en un solo vademécum! Dirigí, sobre su vértigo, la punta de mi pluma. Casi rozo su corteza, pero no: le permití que murmurara libremente. Decidí sin preguntármelo, del modo que le salen, al artista, los milagros que no pueden replicarse. Fue lo mismo que firmar un documento de palabras ilegibles. Imagina ver el mundo, de por sí, maravilloso, todavía (despertar será difícil, te prevengo) con el hábil entramado de mi puño.

I4

QUE, VOLANDO POR MIS HOJAS, VEAN ALGO PARECIDO

Sentí láminas de sol. Dormí por horas y por millas. “Iniciamos el descenso”. Todavía no se ve, pero lo notas en la panza. ¡Mil augures no sabrían predecir esta ruleta! Se podría confundir con el momento del amor en que se tensan los elásticos. De pronto, con un golpe de colores que se meten, el avión se desengancha de las nubes. Terminé de despertar. Recién allí, con el despliegue de la vista, te das cuenta de que ya no tienes más alternativa que llegar a donde fuiste. Se podría comparar con el impacto de la flecha.

Si la miras con altura, la sabana te resulta similar a la pradera, salpicada por oscuras formaciones que le dan un entramado singular. En la medida que descienes, paulatino, vas notando que se trata de la sombra de las típicas acacias africanas. Superándolas en cifras, animales en salvaje libertad - no se distinguen alambradas ni cercados.

¡El azul! En un destello de paisaje, sobrevuelas un océano con olas esbozadas al estilo de la cebra. Por el aire, mucho más que misterioso, le diría fantasmal - y, promisorio, por el nombre. Remotísimo, lo mismo que la luna. Más oculto, como luz en el eclipse. Silencioso que perturba. Bautizado vencedor, en un lugar donde no crecen los laureles. Por nosotros; por el Nilo; por la baba del león y

por la sangre que devora; por el llanto; por la dicha; por los huesos y la tierra; por la tinta que dejé; por el espíritu que traje; por su paz, que tiene sombra; por sus hijos -nunca más regresaría- por el arte sugestivo que te mezcla; por el precio que te cobra; por hechizo; por edad y por extremos, el Victoria ¡nada menos! es un lago diferente de cualquiera.

Tu primer aterrizaje sobre suelos africanos es, de todos, el que más intensamente se recuerda. De la forma que -si vas con pasaporte de poeta- las Américas se deben arribar por el Atlántico, la cuna de los hombres, por el centro. Remembranzas de los genes. El opuesto de sentir un “desengaño”. Dios es raro por aquí. Parece frágil, asustado; se diría que su lengua fue comida por ratones. Hay mujeres que son puerto. Muchas otras, anestesia. Pero, vientre, sólo una (yo tampoco le podría dar el título de “madre”, detengámonos entorno de la panza, meramente).

De seguro, no tendrás que desprenderte, de los dedos, una flor. No sentirás olor a bosta cuando, tiernos, los peluches de león les mordisqueen las entrañas a los bueyes. No verás, entre los altos elefantes, descollar un avestruz. Tampoco fósiles con vida, caminando libremente. No verás un ambendjén, un rey desnudo, ni manadas en princesa. Por las dudas, como quieras no seguir imaginándolos: al África se llega por Entebbe.

15

CON LOS PIES ACOMODÁNDOSE

La pista parecía no poder quedarse quieta. Desfilábamos, a paso tartamudo. Finalmente, los motores se calmaron, descendimos del avión y caminamos bajo cielo, sin carteles ni caminos, en la misma libertad de la manada. Con el golpe de calor, sentí también el singular olor a tierra, que parece provenir de los bramidos de Satán. Vapor del África.

- ¡Muzungu!

No lo vi, pero, con toda claridad, era conmigo. Los poetas, con aguda percepción, primero, ven; después, te miran. Me volví para mirarlo: bien envuelto, con un paño de sostén, en las espaldas de su madre, de cachetes apretados en unánime puchero, sosteniéndome los ojos, un bebé me señalaba.

Los demás se parecían no querer entrometer entre nosotros. No bebé: mejor digámosle “bembé”, con el acento tamboril del africano. Su mamá pisó los pasos para ser de las primeras en entrar al edificio del aeródromo. La cola, nada más en un minuto, sacó gente por la puerta. Yo llegué tranquilamente, con los últimos. En orden, nos pusimos al final. Detrás de mí, venían tardos, a cerrar la caravana, tres o cuatro pasajeros rezagados. El siguiente, me tocó con su maleta, sin querer, un poco fuerte. No común para nosotros, el calor se derramaba de mi pelo. De los puestos, uno sólo

funcionaba - sin apuros. El avance de la fila, como debes observar, sería lento.

No llevaba más valija que la pluma - la que, déspota, dejé que designara mi destino. Nada raro, que, si naces escritor, es imposible declinar la profecía. De contrario, como tengas ya no tinta por las venas sino sangre, como quieras escribir por decisión y no por obra de los hados, la birome deja marcas que parecen soldaduras. No me quise detener en crucigramas: de la misma librería fui, veloz, al aeropuerto, compré todos los billetes allí mismo -pagaría lo que fuera necesario, ¡volvería con tesoros fascinantes!- extenuado, dormí todo lo que pude. Desperté con el aviso del piloto cuando ya nos encontrábamos llegando.

Me pechó con la maleta. Lo miré como diciéndole “tranquilo. Disculpado”. Con las cejas colapsadas, el sudor se me metía por los ojos y secarme con la mano fue lo mismo que pasarme con salmuera. Lo segundo puede ser casualidad; en lo tercero, lo confirmas. Lo miré.

- ¿Te correrías a la fila de los blancos, por favor?

Aún conservo, de seguro, pedacitos de sorpresa por la cara.

-Me parece no quererte comprender...

-Está detrás de la que pisas, de los negros

Y miró, para marcar el fundamento de su juego de palabras.

-Las metáforas que deben explicarse no son buenas.

El inglés, con el acento del swahili, te parece que lo tocan a tambor, en tono grave; soñoliento, pero firme.

No quería consentir en ir atrás; tampoco darle las espaldas. Decidido, sin problemas, a seguir el movimiento de la fila con los pasos en reversa, me quedé tensando vista con la suya. Yo me puse la paciencia de mi lado. Lo miraba con los ojos del que mira sin reloj. Me respondía con mirada similar, con su maleta de por medio. Nos movimos medio paso: yo, primero, con el taco; de seguido, su sandalia. Pareció que casi casi se reía... ¡Maldición! Con un sonoro cachetazo, me maté, de las narices, un mosquito. La feroz naturaleza se prendía de nosotros. “Si te vuelves a reír -le dije serio- voy a darte tratamiento de piñata”. No me quiso responder, pero tampoco sonreírse.

Con burócrata molicie, la pereza de la sombra parecía no quererse despegar del mediodía. Las agujas, en enfático dictamen de las doce, ya parecen implacables de por sí. Si, todavía, no se mueven, son peores. El calor estaba dado por el aire mucho más que por el sol. Estrangulaba. Lo sentía cocinando los pulmones. El silencio se podía calcular en toneladas. Mucho más que de beber, faltaba brisa.

Sin aviso, la barriga le sonó por, por lo menos, medio metro de sus tripas. Proseguimos, impassibles esta vez, el recorrido. Vi la sombra derritiéndose de todo, pero lenta. Los milímetros cobraban sus esfuerzos en galones y, por fin, entramos, duros, enfrentados, a la parte con cubierto. De repente, mi calzado cobró vida: cauteloso, me solté de su mirada para ver que, de colores venenosos, una fea lagartija merodeaba mis tobillos. ¡Me parece que grité! La revolví con un impulso de patada, pisé mal y tropecé -probablemente se riera- vi pegar aquel reptil desagradable por su rostro, lo tomó como si fuera personal, ¡adelanté sus intenciones! Mejor no. Le di la mano, pero ¡¡bum!! Encandiló mi juvenil ingenuidad con un piñazo contundente. De seguido, repicando por la puerta, vi salir, retrocediendo por los

párrafos, un diente de su boca. Vibraciones. Escuché que nos gritaban. Vi correr a dos gendarmes de fusil. Alcé las manos. Apuntaron, a la par, a mi contrario - yo quedé desatendido. Le gritaron en swahili. Se tumbó, como cinchado por el diablo, con los brazos y las piernas estiradas, en el piso. Mientras uno le clavaba la rodilla para, rápido, ponerle las esposas, la pareja le ponía su cañón entre los ojos, apuntándole mejilla con culata, concentrado, con la misma posición que si tuviera que tirarle desde lejos. Una vez que lo tuvieron esposado, se volvieron hacia mi:

- ¡Qué lamentable contratiempo! Llamaremos al doctor, ¿se siente bien?

Un funcionario me tendía, con espíritu gentil, una bolsita con mi diente. Si señor, a mi también. Nos encontrábamos a mano. Me sacaron del lugar, agilizaron mis papeles y, cordiales, me pidieron por favor que disculpara semejante bienvenida.

Me quedé por largo rato sin salir del aeropuerto, procurando digerir lo sucedido. Si leyeras esta parte manuscrita, me verías un pequeño temblorcito de los nervios. Con el paso del reloj - y, mas aún, con el descenso del calor - me fui calmando. Me paré para buscar algún local donde pudiera comprar algo de comer, inútilmente. Nada más había puestos en desuso, clausurados. Avancé (por intuición. Aquí no ponen un cartel) hacia la puerta de salida: por detrás, se desplegaba, más extenso que la propia construcción, un parqueadero de vehículos, vacío mayormente. Caminé para salir al exterior, encaguecí por un minuto con la vasta claridad y, de repente, calibrando las pupilas, pude ver innumerable cantidad de lagartijas ocupando la distancia que debía recorrer hasta la calle. Me detuve, circundado de colores venenosos. Así son los

penetrantes, según dicen. Con extrema precaución, seguí ganándoles terreno, lentamente, calculando la postura de los pasos. Parecían no temer que les pasara, poco menos, por encima: se quedaban impasibles.

Me costó, pero llegué. Del otro lado, ya podías encontrar un poco más de movimiento. Pregunté, con el inglés que comprendieran o con señas. Regresé, sorteando todo lo que sabes, otra vez al aeropuerto. Pregunté por la persona detenida. No tuvieron interés en ayudarme demasiado - de seguro, se querían evitar otro problema. “Por favor, les agradezco si le dan esta comida que le traigo”. Me volví con dirección a la salida, sabedor de que jamás, aquella bolsa, pasaría de los guardias. Caminé con decisión: tenía ganas de comer. Las lagartijas, asustadas, me cedieron el camino por completo. Me sentí como Moisés dictando surcos por el agua. Mejor más. Como Jesús por el espíritu.

16

¿SE PUEDE SER PERFECTO SIN ARENA?

Ya, por poco, me vería como padre de familia por su casa

Con el África tendida por delante, ¡con un vasto porvenir de maravillas en estrofas!, estiraba mi pescuezo, procurando distinguir un taxi libre. Se pasaban los minutos, pero nada. Pregunté si lo podría conseguir, en otra calle, con mayor facilidad. Me respondieron: “¿cómo taxi? ¡Boda-boda!”, señalándome las motos que pasaban por docenas. Ya, muchísimos, habían ofrecido sus asientos. Finalmente, me subí: “me gustaría recorrer los principales vecindarios de Kampala”. Lo primero que te piden es que pagues. Una vez con el dinero, van y ponen el estricto combustible necesario. Finalmente, te trasladan.

No lo tienes que saber: nos encontramos en Uganda. Los aviones aterrizan en Entebbe; lo recuerdas, esto sí. La capital está tomando rumbo norte, veinte millas. Es Kampala. Nada más hay una ruta para ir, y la tomamos. Enseguida pregunté por la tremenda mayoría de personas que venían al revés, como saliendo de la zona. Se veía la copiosa procesión en lontananza, bajo polvos de su nube. “Vienen todos a la playa. Como sabes, hoy es sábado”.

Verdad. Un vuelo largo, como fue, te descoloca la semana. “Da la vuelta, por favor”. Amén de grados, el calor, por esas horas, se pesaba con balanza, no termómetros. En fin, salpicaría mi llegada con el lago.

La jornada pasa rápido con sólo divertirse. Tan así. Me recliné para mirar a las estrellas absorberle su color al firmamento. Las personas empezaron a volver y, todavía con la lenta procesión en mi memoria, calculé que lo mejor era salir entre los últimos. Fue raro, me distraje nada más unos minutos y, de golpe, cuando quise reaccionar, estaba solo. De la forma que sucede con el sol, que las estrellas se desnudan solamente si se marcha, los sonidos de la noche necesitan encontrarte solitario, sin el ruido de la gente. Los oí con despejada claridad, como veía las estrellas en el cielo. Completando mi serena soledad, la luna nueva.

De seguro lo recuerdas: ¿has abierto caramelos en la clase procurándolo tapar al profesor? El envoltorio no se puede silenciar, por más cuidado que le pongas. Intentaban contenerse, pero, bien, los escuchaba: más atrás, una pareja disfrutaba de la costa, como yo, pero distintos. Entendí. No se debía malgastar aquella sábana de noche celestial en otra cosa que no fueran el amor, o mis escritos. Si las hojas lo gritaran sonaría parecido. Más que grito, si le pones atención, es una forma de cantar. Confundiría su color con un raspado de violín.

En un momento se calmaron. Yo seguía desvistiendo las estrellas, impasible. Todavía desde lejos, oí pasos que venían. Eran ellos. Al ceñirse la distancia, comprobé que la penumbra, como vagos espejismos, dibujaba la silueta no de dos ¡sino de cuatro! Dos varones y dos chicas. Se siguieron acercando, distraídos - yo no sé si reparaban mi presencia. Finalmente, saludaron con total normalidad. Uno me dijo:

- ¡Qué locura! ¿Me permites un consejo nada más? No deberías estar sólo por aquí. Nosotros vamos a Kampala, ¿te llevamos?

Por el largo del inglés y por el auto que tenían, eran hijos de la casta superior. En el momento que nos fuimos a subir, se comentaron:

“El deber de cortesía nos exige que le demos el lugar del copiloto. Pero creo que mejor es ir atrás, con las muchachas” Ellas mismas me cincharon al asiento. La del medio se trepó por sobre mí, para quedar en la ventana. Dibujaron el espacio con las curvas del eclipse. Yo quedé como prensado por las dos, que reventaban de sus mallas. De momento, no tenían intenciones de cubrirse.

Conversamos, alternando la reserva con las bromas. Al principio, no dejaba de cuidar sus movimientos y, después, me distendí: tenían mundo. "Pararemos a comprar unas cervezas". Era raro detenernos, con un auto sin raspones, de cubiertas impecables, gordinflonas, en un barrio de pobreza manifiesta. Se bajaron los varones, expeditos. Una chica me tomó de los cachetes: "ese diente lo perdiste, más o menos, hoy de tarde. Soy dentista. Yo mañana te lo pongo. ¿Qué pasó?" Se lo conté. Los dos varones regresaron y, gentiles, destaparon la botella para mí. Me la pasaron y, las damas, con un ágil manotazo, la borraron de mis dedos.

-¡Te tenemos que cuidar! ¡Estás en África! Probémosla nosotras.

Se tiraron unos tragos en el busto. Se miraron, asintieron y con íntegro sentido del deber, recién allí me la pasaron.

-Está fría.

Circulamos la bebida, recordamos nuestros nombres y salimos a la ruta nuevamente. Las muchachas comentaron, a los chicos, el suceso de la noble voladura de mi diente.

“¡Tú mañana se lo pones!” le dijeron. “Es dentista”, reseñaron para mí. Se lamentaron por el hecho, comentaron unas cuerdas los problemas del país y declararon, entre todos, que debían compensarme por el susto, por la paz entre los pueblos y -tajantes- por su propia dignidad. ¡No me dejaron resistir! Recorreríamos los bares hasta dar por expiada la mancuerna.

I7

TÚ PERDÓNALOS SI QUIERES

Las excusas, nada más, son una forma del pecado

-¿C ómo dices?

-Este diente no parece de los tuyos...

Me reí. Seguramente los teníamos cambiados. Él el mío; yo, sin rótulos, el suyo.

-Pero, bien, no te preocupes que, después de tantas horas, es difícil que se puedan colocar. El señorito quiso playa... Te pondremos uno nuevo de marfil, como los jefes de las tribus.

-¿De qué tribus?

-En el África se cuentan por centenares. Aquí vienen dos o tres.

- ¡Y tú podrías presentarme con alguno!

-Desde luego. Son simpáticos, verás. Abre la boca. Más aún. Ahora trata de pensar en otra cosa...

Comenzó con el horrible taladrillo de dentista cuyo ruido se podría confundir con el antónimo de “música”.

-Qué lindo te dejé. Ya no pareces africano. ¡Sólo mírate!

Me dio, con el orgullo por los ojos, un espejo. Me sentí retroceder en el sillón. En el asiento del avión, al despegar, te sentirías parecido. Presentándolo:

-¡Cha-cháááán! Allí lo tienes. ¡Un tatuaje de colores!

-¿En el diente?

-Sólo dura quince días, es lo malo.

Relajé la contractura de los hombros. Además, hablaba nítido de nuevo. Las palabras, sin la pieza, me salían arrugadas.

-Pues, entonces, sólo tengo que reírme cuanto pueda. Serán días increíbles.

-No lo sé. Con la cerveza se despintan.

Esa tarde, con el mapa que su propia lapicera dibujó, recorrería la ciudad. Al otro día debería regresar, así podía presentarnos con un jefe que tenía que seguir un tratamiento. Me marché, con entusiastas energías, a la calle.

Respiré de sus pulmones, ¡escribí sobre sus tímpanos! Aquí, como tratando de taparse con el aire, se distingue la presencia del embrujo - pero nadie lo podría definir. Ofrece todo lo que puedes esperar de los enigmas. Hay mujeres que no logran excitar, y son hermosas. Y las hay que no son

lindas, pero prenden el deseo de manera natural. Amén de todas las metáforas, el África, sin dudas, es alguna de las dos. El atractivo no proviene del color anaranjado de la tierra, que parece reflejarse sobre todo. Ni tampoco de la danza, cuyo lento revolver de las caderas, en contraste con el torso -firmemente vertical- hace, del cuerpo, magnetismo. No se trata de la música, que prende de los huesos; ni del ritmo del swahili, que del pecho. Nuestra música latina, mucho más que de nosotros, es del África, por cierto. Ni la ropa, ni los niños, ni la casta, de finura comedida (comedida. La finura se compone, mucho más, de lo sencillo, que, lo rudo, de lo fuerte). Ni siquiera, ver el parto del que nace, deslumbrándonos, el Nilo - mucho más que dar a luz, en este caso, consagrarla. Más certero todavía: prometerla. Los encantos necesitan del defecto - de la forma que también el sinsabor es ingrediente de la cama. Tan sensual como la muestro: capital a donde vuelves, pero no donde te quedas.

Al comienzo, vas delante de las horas y, después, en una recta de la noche, te rebasan. Sol que muere, luz que nace. De camino de mis pasos, me crucé con una joven que, de sólo transitar, engancharía la mirada de cualquiera.

Conversamos unas cuabras, nos dejamos atraer por un local y nos pedimos unos platos, con sinceras intenciones no de nada - solamente de charlar. De golpe siento que me toman de la mano, se pelean por besármela ¡son niños en harapos! “denos algo por favor ¡tenemos hambre!” yo me trato de soltar y, todavía con la fea sensación de pececitos que chuparan, al buscarla con la vista, la vi lejos, escapando con su plato, con el mío, con la sal y con un frasco de vinagre. ¡Ya despiértate por Dios! me dije duro, que jamás han sido to...

¡Mi billetera! Los demonios dispararon, los corrí, se la pasaron entre todos con la misma rapidez que los trileros y, del modo que la sal se desvanece por el agua, se rompieron en distintas direcciones. Al girar, llegaba justo, con idéntica, perfecta sincronía -todo rima por mis hojas, como ves- el camarero con la cuenta.

Más allá, se levantaba de los pastos un enjambre de luciérnagas, hermoso, como vals entre galaxias, enramándose tan alto, tan azul y tan elástico ¡tan puro! que jamás olvidaría. Todas juntas, parecían una suerte de volcán bailando lento con el aire. Cobijada por la noche, la mañana tiene sueños de poeta.

18

SOBRE RIELES

En el medio del quizás está tendida la fortuna

Volví todas las estrellas caminando - nada más que por la calle.

No tan sólo se venían a brindar las boda-boda: los pequeños y las putas (entre lágrimas, raquíticas) querían claudicar sin demasiadas condiciones. “¡Toca palo!, ¡toca palo!” les gritaba. No lo puedes encontrar en diccionarios: es lo mismo que decirte que te largues apuntándote con una carabina. No podía llegar tarde: la consulta con el rey era temprano. No dormí. Tranqué los ojos. Perforé los vecindarios y toqué:

-Seguro viene con su pluma, vas a ver... (abrió la puerta) ¡No defraudas! -susurró: “tan sólo dile majestad”- ¡Avanti, bravo bersagliere!

Nos reíamos los dos. Hablamos algo. “¿No nos quieres visitar? Si vas conmigo, todos van a protegerte”.

Nos subimos en un ómnibus común. Iba repleto - no tan sólo de personas. El vestía con anillos, amuletos y collares, a la moda de su tribu. De los lóbulos pendían, estirándolos al hombro, caravanas como pesas de metal y, de los párpados, milenios. En verdad, el homenaje de mi diente de marfil con los colores de su pueblo le gustó. Se le notaba. Transitamos por caminos que forzaban al chofer a detenerse: nos bajábamos y ya, con el vehículo liviano, procuraba desprenderse de los pozos. Era poco recorrido si lo vemos en kilómetros. ¿En horas? Unas ocho.

Nos movimos y paramos otra vez. Oí murmullos diferentes. Agolparon las narices en los vidrios y, seguido, comenzaron a bajarse. Descendimos al final, después de todos, y pudimos ver un ómnibus volcado. Nos hallábamos en zona de colinas. Como tajos arañando la ladera, se trazaba la sinuosa grabación del accidente. Salpicados en entorno, los cadáveres. Bajamos a buscar supervivientes, preparando la cabeza para todo: no sabíamos con qué nos toparíamos y, fuera lo que fuera, deberíamos hacer lo necesario, sin flaquezas. El descenso fue difícil, ¡los pudimos alcanzar a duras penas, con olímpicos esfuerzos! “Hay algunos que se mueven, ¡hay algunos que se mueven!” y, por cierto, se movían - pero sólo por estarse despertando.

-Derrapamos, nada más. Estamos bien. Como subir era difícil, preferimos descansar. Después veríamos.

Estaban acostados en el pasto, muy tranquilos. Era cierto: la colina, si la miras levantando la cabeza, te parece más lejana que los llanos si los ves desde la cima. Lo decían con los ojos: el chofer y los restantes pasajeros que, magnánimos, habían descendido, ya pensaban en quedarse con los otros, a dormir. “Después verían...”

- ¡Regresamoos! ¡¡Regresamoos!!

Ordené, con ademanes elocuentes. El chofer no parecía reaccionar, así que tuve que decirlo claramente, con el rey de traductor:

-Si tú no subes, está bien. Pero me voy con el vehículo. Las llaves, ¿están puestas?

El intérprete decía mis palabras en swahili con sincera voluntad, entusiasmado de servir, exagerando la vehemencia de mis gestos.

Arrancamos, con el rey de copiloto. Nos siguieron unos pocos pasajeros que, también como los otros, enseguida comenzaron a dormirse. Cada tanto los tenía que volver a despertar, así bajaban. Eran buenos empujando. Cada vez nos internábamos más hondo por la jungla. La colina devoraba mordeduras a los cielos y la luna, nada más con un minuto de su luz, alumbraría mucho más que nuestros focos a lo largo de la noche. La tormenta se ciñó sobre nosotros y la lluvia, que les daba de beber, emborrachaba los caminos. En el barro se distinguen las cubiertas con dibujo, de las otras, desgastadas. Si no no: parecen todas semejantes. Es lo mismo con la gente.

-Con cuidado.

-¿Qué sucede?

-¿No las ves? Allí delante...

No dejé de sorprenderme con algunas aptitudes darwinianas en que, sí, son más capaces que nosotros. Pero, más, con otras tantas en que no.

-Si se te cruzan, tú les pasas por arriba.

De verdad, no me faltaban tantas ganas de pisar el colectivo, pero sólo nos faltaba que también desbarrancáramos. Así que no dejé de conducir con precaución - pero llegamos a destino.

Nos bajamos y nos fuimos sin ningún inconveniente. La precaria terminal era, más bien, un rinconcito de la jungla donde sólo se podía colocar un autobús. Aún faltaba caminar unos kilómetros a pie, por lo que no nos detuvimos demasiado. Ya las luces, otra vez, amanecían y, saliendo de los árboles tupidos, vi, de golpe, desplegarse la sabana. Conservado por la falta de caminos, un poblado. Más allá, los elefantes, con los dientes como cuernos, parecían divertirse con... ¿el Nilo?

-Dices bien. Su tramo joven. Más al norte, si bajaras su corriente navegando, llegarías a Sudán.

Tenían cabras y ganado, protegidos por un círculo de casas. Envolviéndolas, un cerco que lograban erigir entrelazando las ramitas y las ramas. Hermosísimo tejido de madera. Ni siquiera lo fijaban en el suelo - solamente con su forma circular, se sostenía. Con los brazos necesarios, se podría levantar en una pieza.

Continuamos avanzando. Mientras él me comentaba los perfiles del terreno, vi venir un movimiento proveniente del cercado. “Ya verás, aquí tendremos a la grata maravilla de tu pluma como cosa respetada por los dioses. Mandaré que te concedan lo que sea que precises”, “nada más con

conocerlos serán sal para mis hojas”. Los esbozos dibujaban recorrido por el llano - ¿se venían?. “Lo mejor es que, también, aprenderemos tu cultura”. Me lo dije no con sol en la mirada, ¡con los ojos en el sol!: escribiría maravillas. “¿Tienen tinta?” “Cuanta quieras; ¡de colores! Los hacemos de la tierra. Con las flores, el azul; de los insectos, el carmín; si los mezclamos, el violeta. Con hollín, hacemos negro. Diluimos con el Nilo. Si terminas el cuaderno, nos escribes la memoria con tu voz y, cuando llegue de Kampala más papel, te lo dictamos. ¡Así fue durante siglos!” La sabana se movía, pero ¡cerca! Que poblado tan antiguo se me diera con aspecto de futuro... Qué fantástico contraste, pero ¡sálvese quien pueda! Miguel Ángel los hubiera dibujado. ¿Qué más lindo que dejarlos sucediendo para siempre por mis hojas? ¡Estampida! Con la risa bulliciosa de los niños, nos toparon, como toros de juguete, los pequeños que salieron del portón a recibirnos.

19

TEN A BIEN. POR SI SE RÍEN DE LA PLUMA

La violencia no se roza con el arte. Sin embargo, no son medios excluyentes.

Recorrimos la distancia que quedaba. Lo sabía, pero pude comprobarlo: con la piel no delimitas al espíritu. Se sale. Los adultos, imitándonos andar, éramos carne. Bochincheros, orbitándonos, los niños eran alma.

Ya los grandes me miraron diferente.

Las viviendas eran lóbregas, de barro. No lo ves hasta que pasas por la puerta: los ambientes son oscuros en extremo. Los colchones eran hojas de banano que cruzaban entre sí para lograr una delgada superficie. Muy veloz para poderlo comprender, el soberano conversó, con un muchacho, dos palabras. Yo les daba, cada vez, un arañazo diferente de swahili - pero lento todavía. Dio la vuelta, puso pasos bajo pies y se marchó. Seguí de charla, “de seguro tienes hambre, ¡comeremos como reyes!”

¡Un fusil!

“Explica rápido qué pasa”. Se lo dije por detrás, como mordién-dole la nuca. Me lo puse por delante, de la forma que se toman los rehenes. Tan veloz como leíste. “¿Por qué vuelve con un arma?” “Para dártela. ¡Yo mismo le pedí que la trajera!”

Cuando vio que lo tenía reducido, la persona que venía con el rifle lo dejó, sin que mediaran instrucciones, en el piso. “No lo sueltes, ven con él y verifícalo tú mismo. Vas a ver: está sin balas. No queríamos dañarte”.

-Majestad, disculpe tanta precaución. En un minuto lo libero. Vamos juntos. Acompañeme despacio.

Con dos ojos, intentaba controlar los movimientos de docenas de personas. Los pequeños observaban, por primera vez callados. El silencio nos quebraba las ramitas que pisábamos.

-Ahora, no se mueva.

Lo tomé con una mano de los dedos, de manera que, tan sólo con un mínimo temblor, se romperían. Con la otra -sin sacarles la mirada- levanté, con acrobáticas rodillas, aquel rifle.

Lo primero que sorprende de las armas (las de veras) es su peso. Por mi parte, no sabía ni por dónde comenzar a recorrerla con los ojos, mucho menos con las manos. Lo notaron

-¿Ves? No tiene cargador... El agujero... Bien. Ahora cincha toda la palanca... La recámara también está vacía.

Por supuesto, no podía revisarle tanta cosa sin soltar a mi rehén, pero, por todo, ya veía que podía renovarle la confianza, sin temores.

-Por el tiempo que te quedes, será tuyo. Necesitas aprender a dispararlo.

-Muchas gracias, pero yo, de todos modos, no saldré de cacería.

-Ni nosotros, que comemos de las cabras y la pesca. Pero debes defenderte de las fieras si te quieren atacar. Y de los hombres. La guerrilla de Sudán a veces llega persiguiendo desertores o civiles. Población. Los enemigos no parecen importarles. Hace mucho que no vienen: esperemos lo mejor, pero también hagamos todos los deberes, por las dudas. Eres blanco: si te prenden, te darán el mismo trato que le dan a los espías. No con miedo: solamente con cuidado. Ya que vas a protegerte, te proteges de los dos: del animal y de la bestia.

Me mostraron el fusil, lo desarmaron, me llevaron a tirar unos disparos, y volvimos. “Vas a ver que los leones, de común, son cazadores de mañana. Por la tarde, dormilones. Ellos fijan el reloj de la sabana: como son madrugadores, todos deben acordarse de poner despertador”.

Lo que se dice la belleza de las armas, es teórica. No pienses que resultan seductoras por estética: la mezcla de peligro con poder es, en verdad, el contorneo sugestivo. Toda clase de poder es similar, sospecharía.

20

NO LO PUEDES ENSEÑAR, AUNQUE LO SEPAS RESPONDER

Es un engaño del diseño, como tantos. El perfume de los libros al comprarlos es distinto del que sale de las hojas manuscritas

“¿Cómo sabes lo que quieres escribir?”, me preguntaron.

-Lo que puedo, de común, es superior a lo que quiero. Por lo tanto, doy entera libertad a mi virtud y lo que logra corresponde con aquello que no quise nada más por no saber que se podía.

-¡Tu swahili no detiene sus progresos! Pero, dinos, ¿cómo logras un estilo tan distinto de los otros?

-No leyéndolos. Hay muchos escritores -digo más: la mayoría- que, tan sólo, son lectores con afán imitativo. Como todos hacen plagio de lo mismo, son anónimos. Con sólo ser distinto de cualquiera, ya no pueden confundirte con ninguno.

-¿¡Tú no lees!?

-Escribir está tan lejos de leer como la luna, de Kampala. Son dos cosas diferentes en extremo. Te diría que no guardan una sola coincidencia. Que consigas dormir

bien en una casa no te vuelve constructor ni, construirla, sedentario.

Los pequeños se movían agolpados en mis pies y me trepaban las rodillas. Los adultos escuchaban, y también intervenían. Era lindo. Lo leían ellos mismos con el ritmo castellano. Les gustaba. Yo, después, les traducía.

-¿Por qué vives escribiendo?

-Por lo mismo que prefiero la cerveza con alcohol. Es al revés: escribo vasto, pero nunca denegándome la vida. Los placeres, combinados, se potencian.

Vi venir un centinela. Destacaban un circuito de vigías que, por medio de sonidos imposibles, avisaban de cualquier anomalía. Ya, de paso, pastoreaban el ganado. Me callé para que todos le prestaran atención: “hay exiliados en el límite del norte. Los tenemos aguardando. Son catorce. Desarmados.”

Vi la forma del problema, por sus caras.

-Están flacos

afirmó Su Majestad, como sabiendo la respuesta.

-Desnutridos.

-Que descansen en la costa protegida, donde nadie pueda verlos. Les daremos alimento para hoy, y que coloquen una red para mañana - la más vieja del depósito. Después, que se la lleven. Ya tenemos preparadas otras once sin usar, así que no la precisamos. Que se sigan alejando lo más rápido que puedan y que lleguen a Kampala cuanto antes. Diles claro que si ven a la guerrilla no se traten de venir a refugiarse a nuestro pueblo: los tendremos que matar nosotros mismos.

Lo peor de lo que dijo fue, más bien, lo natural que les sonó. Diría más: con el asunto de la red y la comida, no sentí que se turbaran. Pero, ya, lo de dejar que se quedaran una noche, se les hizo delicado.

-No debemos molestar a nuestro huésped con asuntos de política.

(La reina, por supuesto. Don de gentes. Sus maneras eran finas, palaciegas).

-Es verdad. ¡Estamos siendo descorteses!

-Por favor. No se detengan en las formas (intervine) ni permitan que me vuelva contratiempo. Yo quisiera descansar. Han sido días extenuantes. Ya después tendremos tiempo de seguir con nuestra charla.

Me paré para dejarlos en privado. No quería que tuvieran que mostrarse bondadosos solamente por estar en mi presencia. Sospechaba, por la cara de los otros, que, tal vez, hubiera sido demasiado permisivo nada más por no querer incomodarme. Pero yo, con unos días de visita, no podía comprender generaciones de matanza.

-De seguro quieres ir y conocerlos con tus ojos...

-Bueno... Bien. Estoy tan cerca...

-Con fusil y con cuidado. Lo que sea que te digan, no les creas. Aprendieron a mentir durante décadas, no sólo con la voz: con la mirada. Sus problemas no son tuyos. Hablan árabe, swahili, toda clase de dialectos del lugar y, sobre todo, buen inglés, así que cuídate con todo lo que charles o preguntes a los nuestros. Si caminan hacia ti, no lo permitas: lo que quieren es el arma. Son elásticos, aparte. Si los dejas avanzar un paso más, darán el otro. Tú protégete. Protéjanse. Protégelos. El África no viene con segundos

lanzamientos. No te dejes engañar: ante la duda, les disparas.

21

LO MÁS LÚCIDO DE DIOS POR ESAS HORAS

Cuando sientes un imán en las entrañas

No podía descartar de mis haberes aventura tan flagrante. Mucho menos de mis rimas. Iba calmo: los demás estaban duchos en el arte singular de no morir. Salimos cuatro con la red, los alimentos y las órdenes. Yo sólo miraría. Les pedí que me pasaran una bolsa, que quería cargar algo, como todos. Me parece que, más bien, lo que buscaba, nada más, eran excusas para no tener que ser el responsable de tirar, con mi fusil, al imprevisto, si surgía.

Caminamos una vuelta para no tener el sol a nuestro frente. Lo llevábamos detrás, como formándonos terreno.

-¿Ves aquél?

-Parece loco...

-¿No tenemos centinela? ¿Dónde diablos se metió?

-Seguramente nos intentan engañar. Es una trampa... ¿regresamos?

-No sabemos qué pasó con el vigía. ¿No lo ven?

-Está fingiendo; con cuidado...

-¿Los demás?

-Según las últimas noticias, escondidos en aquellos p...

Pero, ¡diablos! ¡Es un mono! ¿Qué nos hace?

-Nos distrae...

-¿Le tiramos?

-Yo qué sé...

Con esto último, lograron preocuparme. ¡¿Yo qué sé?!

-Si me permiten: suponiendo que quisiera distraernos, el peligro no proviene desde sí, pero, por algo, necesita que nosotros nos movamos. Estas armas, ¿son precisas desde lejos?

-¿Es probable que nos tengan en la mira?

-Detengámonos.

-No creo que disparen. Con el viento como viene, nada más alertarían al poblado.

-Pues entonces disparemos y que vengan en auxilio.

-¿Por un loco?

-¿Ya lo vieron? Nos frenamos y, de golpe, se dejó de morisquetas.

Nos mirábamos de lejos. Parecía no poderse controlar, con ese raro movimiento de tocarse la cabeza con los codos.

-Sin embargo, no se va. ¿Por qué se queda?

-Por qué vino, le quisiera preguntar.

-Y... preguntémosle...

Tratamos, pero no lo conseguíamos. El viento devolvía las palabras enseguida.

-No podemos detenernos demasiado. Con la noche, será todo más difícil.

Lo que más atemoriza, cuando niños, es notar que los papás están con miedo. Me sentía parecido. Con el loco de paisaje, retorciéndose; con pasos vacilantes; con el sol abandonándonos; ¡con armas! la sabana se ponía preocupante. Los problemas, en los bares, son por culpa de la noche - no del vino.

-Caminemos...

Otra vez: a nuestros pasos, el demente parecía revirarse de dolor. Pero seguimos y, de golpe ¡sorprendiéndonos! a nada de nosotros, cuando casi lo pisábamos, un pájaro voló como rompiendo de la tierra. Se trataba de las aves regordetas, que les cuesta despegar. Disimularon la sorpresa procurándose tragar el sobresalto: "la maleza... qué fantástico cubierto. No sospechas lo que pueden esconder los pastizales" ¡¡Esta vez estremecieron!! No lograron encubrir la sacudida: más cercano de nosotros que del loco, con un salto sorprendente -sin sonidos- un leopardo la cazó. Después lo vimos alejarse con su presa.

-Nos quería prevenir...

-¡Y tú por poco le disparas!

-Si lo ves rebobinado no parece tan difícil, es verdad.

Ahora sí, nos acercamos sin mayores aspavientos de su parte. Cuando ya nos encontrábamos a pasos de distancia, prorrumpió desde lo negro del follaje:

-¿Te perdiste? ¡Me tenías preocupada!

Su presencia lo calmó. Pero, conmigo, fue distinto. Vi, sin más, a la belleza derribando sus extremos. Elegancia. La que nunca contarán en occidente. No sospechas sobre qué pincel de línea tan delgada se consiguen rematar las comisuras; cómo cambias el paisaje si le pones, recortando decorado, la silueta de sus hombros exquisitos. Cuello largo, delicado. Si te falta no lo tienes: hay un gen del atractivo que se ríe de las modas. Dios me quiso de testigo, ¡sorprenderme con sus obras! y que yo le completara sus milagros rematándolos a pluma. Piel del África, con ébano labrado bajo plácidos collares. En la cumbre de su cuerpo. De pupilas tornasol, como se cuenta de los nubios. Mezcla rara. De facciones inusuales, sorprendentemente gratas.

Hay belleza de verdad, y de panfletos. La segunda, nada más, es armonía matemática. Colores que combinan. Requisitos que se cumplen. Proporciones. Normativa. Silicona. Lo que nunca logró dar una novela que se precie. Son retratos de cuadrícula. Matrices. Al amor no lo calibras ajustándolo, con moldes o regletas, a derecho.

Pero, bien, algunas veces, lo que dicen atracción adquiere forma de milagro. Cuando sientes que la vida se te prende de la carne. Lo que suelen envidiarle, las libertas, a la libre. La frescura que no puedes encerrar en un perfume. Chocolate con limón. Misa de Pascuas, con tormenta. Barloventos. Asonante, refutándome la lírica. Labial, de nuez moscada. Terciopelos erizados. El color que se te queda sin usar, en la paleta. Contraversos. El escrito que rematas con un trazo que se sale del cuaderno. Confusión de pelotazo que te ¡paf! ya te pegó, sin que lo vieras. Los autores mentirosos te describen el amor en estos términos: “la chica que soñaba” ¡Tonterías! El amor, ¡el que te vuela los colmillos! -como todos los milagros- tiene forma de sorpresa. Como Dios hubiera dicho “concedido. Dale forma

con tus manos”, yo jamás hubiera dado ni con ella ni con nada parecido.

Con las artes es lo mismo: los tratados de belleza son, también, ineficaces. No consiguen explicar de qué manera, sin taparles un milímetro de sol, les hace sombra. La belleza, como pasa con las artes, es la magia - sin el truco. Desdeñar a las demás porque no son la que te gusta; simplemente. La trompada que levanta tu mentón a las estrellas. Titilar a quemarropa. Lo que nadie sabe cómo describir y que, si bajas el velamen y te dejas a las olas, es lo único que tiene relevancia. Nada más hace del cielo paraíso ni, del miedo, que no sea de temer. Lo que rimaba bellamente con el aire, pero, luego del granizo, troca dudas y te deja los proverbios hechos trizas en las hojas.

22

COMO QUIEN OYERA TILDES

Nos metimos en el monte, con los dos. Nos encontramos al vigía que faltaba conversando con los otros. La sorpresa de toparse con un blanco fue notoria. Comentó: “la mayoría nunca vimos un caucásico real. Apenas fotos, en los libros”. Pero, casi descorteses, mis sentidos reclamaban por la chica. “¿Tú no comes?”, pregunté. Venían todos escapando con lo puesto, nada más. Era la única que no se devoraba la comida. “Por favor”, abrí la bolsa, como dándole. Sacó como tomando bocaditos en un brindis. Hay personas fascinantes -¡yo las vi!- que pierden

antes una pierna que los modos. Dignidad, ¿aun con hambre? Yo sabría venerar ese milagro.

“Deben irse cuanto antes”. El mayor, según las órdenes del rey, lo dijo claro. Lo restante, todavía con mejor pronunciación. No parecieron sorprenderse para nada. “Les dejamos esta red y nos volvemos, que la noche nos apura”. Nos miramos un segundo: los que dudan de que sólo por amor hubo catástrofes en Troya no sabrán interpretarme. Paris era, de seguro, más que príncipe, poeta. Los hubiera recibido -contra toda precaución- a todos juntos, nada más para llevármela conmigo.

Pero, bien, la realidad es otra cosa. Las efímeras miradas que cambiamos deberían alcanzarnos para siempre. Me di vuelta, pero ya no me sentía literato. Me parece que pensé: “si son reales, los patronos de las artes interceden aquí mismo”. Vi que, raros, otra vez los movimientos del demente se ponían a saltar. No le prestamos importancia. Continuamos y, de golpe, cuando fuimos a salir a la pradera descampada, vimos luces de linterna:

-Guerrilleros...

-¿Cómo dices?

-Lo que oyes. Ese loco los escucha desde lejos...

Mis amigos susurraban, sigilosos. Los mirábamos ocultos, a través de la maleza.

-Tengo más para decir: están viniendo.

-Sí. Debemos escapar.

-¿Y los demás? (les pregunté)

-Que los encuentren. No podemos contra tantos.

-Ya, corrámonos del medio, que se vienen.

-Pero, ¡vamos! Por lo menos avisémosles...

-Ni loco. Nos volvemos para casa.

No dijeron nada más. Escurridizos, comenzaron a moverse despejándoles el paso. “Sólo síguenos”. No sé lo que pensé, ni si me vieron. Desvié mi dirección, pero, de noche, los senderos en el monte son confusos laberintos. No llegué como creía. Regresé. Busqué de nuevo. Dejé piel en las espinas, oí ruidos y los vi, como borrones de penumbra.

-Ya. Silencio. Nos tenemos que mover. Están viniendo guerrilleros.

-Embosquémoslos. Son cuatro tiradores (dijo ella)

-Soy yo sólo.

-¿Los demás?

No fue preciso responderle.

-Dispersémosnos, entonces.

Cada uno se marchó, sin preguntar ni sugerir, por un sendero diferente. Parecían los pequeños de Kampala cuando quise perseguirlos. Por alguna coincidencia, nos largamos en la misma dirección y, de la mano, nos llevábamos al loco. Trinidad. Se le veía que trataba, por un lado, de calmar los exabruptos de su cuerpo; por el otro, de moverse más aprisa, pero, justo, su dolencia le jugaba, con atroz hilaridad, a contramano de las dos necesidades, a la vez. “Aguarda; toma mi fusil, así lo cargo con mis brazos” (pudo irse con el arma muchas veces). Nos hablábamos a nada del oído, susurrando. “No me pierdas, ven detrás” y, de continuo, se volvía para ver si la seguía. Nos metimos en

terrenos imposibles, encontró los pasadizos, me sostuvo los arbustos, avanzó con la felina ligereza de sus genes y, con señas, indicó que nos tumbáramos. Quedamos protegidos por la forma del relieve, con el loco de por medio. Nos miramos, con un cálido silencio. Recostamos la cabeza de costado, como viéndonos, oscuros. El reflejo de la luna le bañaba los omóplatos: su tribu, de los pies a la cabeza, no se cubre sino sólo la cintura - lo demás está visible. Sentí celos de la tierra que tocaba su desnudo. Respiramos, sin decir una palabra. Descansábamos los ojos en el otro. Por primera vez oímos los sonidos de la noche: me llevaron a mi casa, por los grillos del jardín. Me pareció que sonreía...

De repente, los disparos y los gritos espantosos me llevaron otra vez a la sabana. Nos quedamos como piedras, observándonos inmóviles. De nuevo: más disparos, otros gritos, ¡los estaban encontrando! No podía reaccionar. Ella tampoco: vi temblarle los disparos en la frente. Los oíamos huir desesperados y morir a pocos metros. Continuaron a placer hasta quedar sin objetivos. En el súbito silencio, reparamos en el loco que, de sístoles al ras, ya no podía contenerse: se trataba de morder los movimientos. ¡Nos podía delatar! así que, raudo, me le puse por encima, con mi cuerpo de prisión y le tapé, con una mano, los sonidos de la boca. Sin aviso, la sentí por mis espaldas, ayudándome. Trataba de sumarse con su peso, sosteniéndole los brazos. Si moríamos allí, podía darme por dichoso. Con su magia sobre mi, reduciría los balazos a caricias. Todavía por allí, los guerrilleros. Escuchábamos sus voces. Él, aún, hacía ruidos al tratar de respirar por la nariz, y yo, sin más alternativa, se la tuve que tapar aprisionándola con fuerza, con los dedos. No podía permitir que respirara. Fue difícil.

-¿Hay alguno por ahí?

-No veo nada...

Por debajo, lo sentía con sus órganos a punto de morir y, por encima, la sentía derramarse con su piel en mis espaldas.

-Regresamos.

-Deberíamos dejar que los persigan los leones.

-Estas balas no se pagan con los negros que matamos. Es verdad.

Y, con tranquila, mentirosa mansedumbre, los oímos alejarse. Los segundos transcurrían, sin apuro. Su diafragma parecía desgarrarse con los últimos espasmos.

“No lo sueltes todavía. Yo te digo”, susurró, como rozándome los labios en el tímpano. Sentí que se movía para ver. “Ahora sí, pero despacio”. Lentamente, fui soltándole la boca.

-No respira... (lo di vuelta, para ver si reaccionaba)
Santo dios...

Dejó su mano por mi cuello. Si no fuera por un cuerpo de distancia, le diríamos abrazo.

-No tuvimos otra forma. Ya mañana nos podremos lamentar. Ahora no. Necesitamos vigilar. Aquí lo tienes: tu fusil.

Y, de repente, pareció que se movía. Lo miramos, “¡está vivo!” Respiró. Sacó la cara de la tierra. Pregunté, como bromeándole “¿contento de vivir?” y, como pudo, se pegó contra nosotros, abrazándonos las piernas.

23

PICADILLO

Seré franco: yo trataba de morderme los temblores. Esta vez, él se quedaba con el mérito: la calma nos provino de la suya. Respirábamos los tres, acompasándonos despacio.

-No podemos descansar todavía, ¿tú qué piensas? (pregunté).

-Que nos tenemos que quedar haciendo guardia, sin movernos. Con la luz de la mañana, ya podremos comprobar si se marcharon.

No debíamos dormir, o quedaríamos inermes. Nos sentamos, recostándonos espalda con espalda. Cada tanto, nos tocábamos el hombro para ver si la pareja respondía, de manera de saber que nos halláramos despiertos. Cada uno vigilaba su sector. Él intentaba, con esfuerzos denodados, mantenerse con nosotros, escrutando con su célebre sentido, pero ya tenía sueño. Yo trataba de que no se nos durmiera: me fiaba, con entera convicción, de sus radares infalibles. A lo lejos, las jirafas descollaban del paisaje. ¡Las jirafas infinitas!, cuyos cuellos no son largos sino pródigos, titánicos sus pechos.

Desperté sin sobresaltos, con el sol en la cabeza. Cuando duermes en lugares diferentes de tu casa, necesitas orientarte: la tragedia de la noche. Sus espaldas. El demente. La sabana. Mi fusil. Estaba todo. Con cuidado, me corrí. Quedé plantado de rodillas, al costado. La sostuve. Dios,

permíteme poner este pecado - yo después te lo confieso: la miré, con la mayor debilidad. Y, de la forma que recuestas un bembé para que no se te despierte, la dejé sobre la hierba.

Por supuesto, despertó - como sucede con los niños.

-Nos dormimos. Qué desastre...

-Ciertamente.

-¿Ya miraste?

Tropezando la respuesta

-C ¿cómo dices?

-Si miraste... ¡si miraste si se fueron!

Puse cara de que no. Se levantó con el mayor de los cuidados, agarrándose de mí, para fijarse. “Todo limpio”, confirmó. Nos distendimos un momento.

-Deberíamos buscar a los demás. Alguno tuvo que salvarse.

-Despertémoslo.

-Muy bien. ¿Cómo se llama?

-No lo sé...

Me sorprendí. Yo los tenía por parientes. O vecinos, por lo menos.

-Pero... tú ¿no lo conoces?

-Escapar en desbandada recombina los amigos. De camino, nos topamos con un grupo de personas que recién habían sido rematadas. Él estaba lastimado, pero vivo. De seguro, lo dejaron a merced del extravío nada más por

diversión. Los animales le darían otra muerte mucho más interesante.

-Pues, ¿qué nombre le ponemos?

Lo pensó por un instante:

-Si tuviéramos un hijo, ¿le pondríamos Zuberi?

Parecía poetisa...

-Me parece que me gusta. Suena bien.

Seguramente no pudiera comprendernos, pero, bueno... No quería referirme, cada vez que lo mostrara por mis párrafos, al "loco".

-Faltas tú...

-Mwanajuma.

-Lindo ritmo. Bien. Busquemos a los otros.

Lo traté de despertar. Abrió los ojos y, de golpe, se movió con una ruda sacudida. Se trataba de dormir a toda costa nuevamente - pero no por perezoso: prefería cualquier otra pesadilla, menos esta. Si lo pienso con rigor, con él fui menos delicado que con ella. Nos costó, pero pudimos levantarlo.

-Yo jamás he visto muertos, a no ser en funerales
comenté. Me sonrió:

-No te preocupes. En verdad, es lo normal. Iré delante.

-Muchas gracias, pero no. Yo voy contigo.

Caminábamos tranquilos, pero siempre con cuidado. Yo llevaba mi pulgar en el seguro del fusil. A la sazón, estaba práctico, por obra de las noches, en saltarme desayunos.

Recorrimos el lugar y lo que vimos fue terrible: todos muertos. Y las hienas -desperfectos del Señor- descascarándolos. Los pájaros cantaban, inconscientes. Parecía controlada. Por las dudas, no le quise preguntar por su familia. La dejé que razonara sus opciones, sin preguntas - nada más acompañando.

Me miró: “lo que decidas, está bien”.

-Aquí, yo soy un forastero. No sabría decidir.

-Por eso mismo te lo digo. Puedes irte. No te tienes que quedar.

Me sorprendieron sus ideas,

-Por supuesto que me voy, pero los dos irán conmigo. Regresemos al poblado, sin demora.

-No comprendes. A nosotros no nos van a recibir. Es imposible. Tienen mucho que perder. Aquí tenemos una clase de racismo sanguinario cuyos crímenes han sido tan horribles que ya nunca se podrán hacer las paces. No nos pueden ayudar: si la guerrilla los descubre, sufrirán las represalias. Tienen miedo. Con los tiros de la noche, serán menos amistosos todavía.

-Por lo menos, acerquémonos. Después, iré yo sólo. Les diré que no se deben preocupar, que no tendrán que recibirnos: solamente cruzaremos a través de su comarca, para irnos.

24

**SUBNORMAL. TE NEGARÍA LOS AMENES
SI PUDIERA.**

Con el ánimo cabal, pusimos piernas a la obra. No queríamos sorpresas y, llegando cuanto antes, reducíamos el riesgo. Con distancia, la sabana se veía como mar. Estaba rubia de calor y, con la brisa, se peinaba.

“Nos trajiste mala suerte, ¡te tendremos como cómplice!”

Zuberi caminaba más veloz si lo llevábamos, alguno, de la mano.

-Me sorprende que respire todavía. ¡Suelas antes el fusil que la birome!

Me reí por el elogio.

-Si no fuera que te cuidó...

Me bromeó. Le respondí con un vivaz empujoncito.

-Si lo piensas, no tuvimos que tirar. Hubiera sido todo mucho más sencillo sin el rifle. ¿No te duele? Le podrían colocar un polifón...

“Maldito seas”

-Es verdad. Un sacerdote de fusil... Los personajes, en el África, son raros.

-¿Cómo dices? ¿Sacerdote?

Se detuvo, pensativa.

-Pero, ¿cómo? ¿No lo eres? Los del grupo comentaban que los blancos, por aquí, si no son curas, son turistas cazadores. Tú, turista, no pareces...

-No vendría nada mal un sacerdote...

-¿Qué te trajo por el África?

“¡Mzungu!”

Se reía.

-Significa muchas cosas a la vez. Así les dicen a los blancos, con cariño.

-Pero, bien, ¿qué significa?

-De caminos extraviados, egocéntrico, caucásico. Demonio...

Los pequeños, al decírtelo, señalan con el dedo. Te parece que quisieran avisar a los mayores o que, bien, te denunciaran, acusando.

“¡Cómo puedes escribir! ¡Maldito seas!”

Escribir es mi manera de rezar, probablemente. Lo pensé por un segundo mientras íbamos marchando. Pero, ¡vamos! Sacerdote... La miré, como mirándola. ¡Las cosas que se dicen!

-¿Chocan palmas en el África?

La puso. Pero luego, pareció que nos quedábamos unidos de los dedos - sin pasarnos a la mano. Parecíamos

felices, de seguro. Con el paso de los metros, el pulgar se le distrajo:

-¿Siento bien? ¿Estás haciéndome caricias?

-¡Ay! ¡Discúlpame!

Lo dije como broma nada más, pero, ligera, la sacó como quemándose. Fue raro. Por primera vez en días, sentí frío. La condena del chistoso. Por lo menos, sin asomos de soltármela, Zuberi me llevaba de la otra, tropezándose.

Son una miscelánea fascinante. Por un lado, sus vestidos se conforman solamente de collares, que subrayan la figura caminándoles la piel. Y, por el otro, sus costumbres y maneras son más bien tradicionales.

“¡No nos sigas profanando! Ven aquí, para que pueda lastimarte...”

Lentamente, conversamos otra vez

-Ya lo llevaste demasiado, ¡me parece que me toca!

-¿Tú también estás con frío?

-Ven aquí.

Nos desviamos unos pasos, revolvió por la maleza, buscó bien y se paró, con una diáfana sonrisa de triunfo, levantando de los pelos una cáscara de tierra. Sentí nervios de Zuberi por la mano. Por sus ojos, esperaba que también dijera algo de mi parte. Se dio cuenta de que no. Limpió mejor, sacó los trozos de planeta que colgaban y, de nuevo, me mostró lo que tenía: comeríamos raíces.

“¡Satanás! ¡Ahí te tienes!”

Era casi divertido ver la cara de Zuberi. “Pobrecito, lo más tierno para tí”. Lo devoró.

-No te preocupes. Él se salva. Tenme fé, soy escritor. En un naufragio, por ejemplo, mueren todos - oficiales, ingenieros, ¡propietario!- pero bien, el cocinero sobrevive. (Las anécdotas de guerra son contadas por los últimos soldados). Y se queda con el loro, que también.

-Ya falta poco, nada más un horizonte...

“Vas a ver... No volverás en una pieza.”

Cuando ya te falta poco, te parece recobrar las energías. Es lo mismo con los libros: el final es en bajada. Jurarías que la pluma no consume combustible. Pero, bien, como sucede con los libros, al llegar, la realidad de lo muchísimo que debes todavía se te cae en la cabeza. Me lo dijo con ternura:

-¿Ves aquello?

-Qué demonios...

Humareda.

-Si te quieres acercar, está perfecto. Pero, mira... conociéndolos, el golpe será duro. Lo lamento...

-Pero duro como dagas... Están locos... ¡Están locos! Sólo mírate Zuberi, ¡tú pareces el más lúcido de todos!

El olor...

-No queda nada. Se llevaron municiones y fusiles.

En verdad, hubiera sido preferible que, también, entre dejarlas moribundas o matarlas, las hubieran rematado. No podrías entender lo doloroso que resulta para mí mezclar mis párrafos con esto, pero tengo que decirlo ¡pero tiene que saberse! No se trata de valerme de recursos literarios: es un tipo de maldad que los poetas no podemos figurarnos, ni

siquiera. Ya lo tienen por costumbre: lo que sea que consigan calentar al rojo vivo, se lo meten a sus víctimas. Son menos que salvajes ¡y peor que los demonios! Tienen un impresionante fanatismo por el daño genital. A las mamás embarazadas las habían seccionado, con un corte vertical, y sus bebés se les habían derramado por las piernas. Era leve comparado con las cosas que solían reservar a las abuelas o, peor, ¡a los pequeños!

Las abuelas... Todavía respiraban dos o tres, y dedicaron estos últimos alientos a lanzarme maldiciones. No dejaron que ninguno de los dos, aunque quisimos, las tratara de salvar. De todos modos, en rigor, hubiera sido muy difícil. Las heridas eran crueles.

Los pequeños... ¡Esos niños santo Dios!

-Quemaron todo. Los depósitos... Las casas... No dejaron una red.

Entrelazaban dos caderas de ganado como cómodas butacas. Tomé dos. Estoy sentado con mis hojas, escribiendo lo que miras, con los pies en la segunda. Los mantengo levantados para ver si se deshinchán. Con mi falta de costumbre, resintieron estas largas caminatas.

-Las señoras fallecieron, me parece.

-Muchas gracias. Ya nos vamos.

No quería que los buitres empezaran a destiempo, ni tampoco que murieran en completa soledad. Entre pedazos de sus súbditos, el rey, carbonizado, declaraba su perfecta dentadura. ¡Las familias! ¡Los bembés! ¡Y yo con todos mis cartuchos todavía!!

-Deberíamos seguir. Aquí las cosas se complican fácilmente. Más al sur es más seguro.

Me senté para calzarme. Parecía que trataba de ponerme dos botines encogidos. Fue difícil, y volver a caminar con los talones ampollados, doloroso. Ya nos íbamos los tres, cuando sentimos un lamento quejumbroso, proveniente de las ramas del cercado: malherido, con dos tiros en el pecho, nos miraba, como dádiva de Dios, un guerrillero.

-¿Nos traemos un banquito?

-Gran idea.

Nos sentamos a sus pies, a medio metro.

-Quién, jamás, hubiera dicho que mi pluma, la mejor del arsenal, escribiría sobre ti. Si no llegamos a Kampala, nunca nadie lo sabrá. Mejor me dices el camino más seguro.

-Los demás se quedarían unas noches en la zona de colinas, protegidos por la jungla. No se vayan por ahí.

Precisamente, se trataba de la forma de volver que conocía, por la senda de los ómnibus.

-Tendrán que conducirse por el valle de praderas, orientados por el Nilo.

-Te quedaban municiones, pero no nos disparaste. Te lo pongo por escrito, de mi puño. Ten aquí (le di la hoja que rasgué de mi cuaderno). Cuando llegues ante Dios, se la presentas de mi parte.

-Muchas gracias... ¡Muchas gracias! ¿No la firmas? Por favor...

-Él, solamente con leerla, ya sabrá de quién proviene.

-¡Muchas gracias! ¡¡Muchas gracias!!

Apretó, sobre su pecho, mi papel, como si fueran, estas últimas acciones, el tesoro máspreciado de su vida. Se deshizo. No dejaba de llorar. A pocos metros de nosotros, el jurado de los buitres aguardaba para dar su veredicto.

25

MÁS ALLÁ DEL INFINITO

Como líderes en guerra, nos tendíamos, a modo de caminos, esperanzas. Los palitos parecían unicornios enterrados

-Yo supongo que te tienes que marchar ni bien lleguemos a Kampala...

-No lo sé...

No tiene pelo. Por lo menos, al estilo de nosotros. Nada más unos rulitos microscópicos, más claros que su piel, que no consiguen despegar de la cabeza. ¿Le diríamos “pelada”? ¡Desde luego!

-Me parece que podría, mal o bien, organizarme sin problemas y quedarme por un tiempo. Pero tú, ¿qué planes tienes? Sé sincera. ¡No me vayas a mentir! Yo quiero darte lo que sea que precises.

Comprendió lo que quería preguntarle.

-Los cajeros de Sudán también funcionan en Uganda.

No resulta tan difícil olvidar, en la barbarie de la guerra, que sus víctimas tenían una vida como todas, hace poco. Como yo que, cada tanto, controlaba que tuviera la tarjeta. Recogía componentes del camino para, luego, fabricarse su perfume. Nada feo ciertamente, pero raro. No podría compararlo con ninguno de los otros, que se venden. Es preciso que lo huelas. Nos gustaba “no perder humanidad”, y nos poníamos. El mío, con un poco más de toque de madera.

-Me parece que, después de que llegemos a Kampala, seguiré para Zanzíbar. Fui de niña con mis padres, varias veces. Es precioso.

-¿Cómo iban?

-En avión. ¿Has escuchado del lugar?

-Es una isla, ¿puede ser?

-Exactamente. Se juntaron, hace años, Tanganica con Zanzíbar y formaron lo que hoy es conocido por Tanzania.

-¡Pero dime cómo es! A ver si vamos con Zuberi... Ya, después, visitaremos Uruguay.

-¡Así de fácil!

-¿Por qué no?

-¡Porque tendrás que describírmelo primero, para ver si me cautiva!

-Prueba suerte. Yo te sigo.

-Vas a ver que te convengo sin problemas: en sus costas, hacen trenzas los mosaicos arabescos y los tonos africanos, en perfectas proporciones. Musulmán y massai mara. Los acordes del Corán en la cadencia del swahili;

mantas rojas caminando por detrás de celosías; el bastón de los ancianos de la tribu taconeando las arcadas. Las tortugas centenarias. El decoro del islam haciendo fuerza con el viento de la playa, que levanta los vestidos. Las barcazas antiquísimas en mares juveniles. El perfume del oriente, seductor, alimonado, salpicando las mezquitas. Oraciones con miradas provocantes, entre líneas. Es el África, con toda su belleza, pero, bien, civilizada. No podrías ir con nadie sin volver enamorado. Rara fábula de persas y sultanes. Los almíbares arábigos en cócteles del Índico. ¿Zuberi? ¿Tú qué dices?

No le pudo responder, y me parece que tampoco comprendía casi nada.

-No podremos regresar, en unos años, y topárnoslo pidiendo por la calle, con un tarro de monedas.

-Adoptémoslo.

Lo vi. Nos entendía.

-Será fácil. Ya venimos entrenados y curtidos contra todo. Cuando sufra sus ataques le daremos unos tragos. Un amigo tartamudo, cuando toma -¡no te rías! ¡es verdad!- pronuncia bien, como cualquiera de nosotros.

Sus caderas parecían desarmarse, pero bueno: no quería descansar ni detenerse. Si parábamos, seguía por sí sólo, como quien nos remolcara.

-Sólo míralo. Parece que dijera “falta poco, ¡falta poco! ¡Ya pasamos lo peor! ¡Aceleremos!”

26

DIOS, DE MARKETING, NO TIENE NI LAS BASES. DEBERÍA, POR LO MENOS, APRENDER PUBLICIDAD.

Locomotora que se va, desenganchada

Los tendones lo pedían.

-Hace rato que venimos caminando, ¿nos sentamos un momento?

Conseguimos un respaldo de madera, centenario, de raíces gigantescas. Pareciera que la vida conquistara más tamaño cuando crece con calor. Nos recostamos a su pie, pero notamos que Zuberi se quedaba retirado, como dándonos permiso. ¡Se reía!

Sin hablar, Mwanajuma, del costado, se pasó para mi pecho. Reclinada contra mí, los dos mirábamos al frente. Yo veía la sinuosa conducción de los collares, con mis ojos por encima de su cerviz. Caminé por su cintura la mejor de las caricias hasta dar, un recorrido, con el otro, sujetándome los dedos con los dedos en la parte del ombligo. Con sus manos, apretó sobre las mías como dándome la pauta: no las dejes continuar, pero tampoco las retires. Recostó, contra mi cuello, su cabeza. Con los labios en su sien, el movimiento de tan sólo respirar se confundía fácilmente con un beso. Levantó, con una mano por encima de los hombros, su

caricia. No dejaba de tocar el extrañísimo, difícil de creer, cabello lacio que más bien parecería...

“Buenos días... Buenos días... ¿despertamos?”

Lo decía de la forma que despiertas a los niños, entonando las palabras. Ni su voz ni su caricia por mi frente -ni su pecho suspendido sobre mí, maravilloso- me libraban del dolor: ayer perdimos a Zuberi. Santo Dios. Lo recordé como si fueran toneladas que, de golpe, se sentían reventar, indigeribles.

Como él el otro día, no quería despertarme. ¡Somos caros Jesús mío! ¡Cuántas vidas necesitas consumir para formar un escritor!

Es indudable que tenemos unos genes compartidos con los monos: son ladrones, ¡pero muy inteligentes! Mientras uno te distrae, silenciosa, su pareja te revuelve lo que tengas. Su pelaje se confunde con el tono de los árboles. Esperan, con paciencia, lo que sea necesario. ¡Son audaces! En el centro de Kampala, si no subes las ventanas se te meten en los autos y se marchan con los bolsos. ¡El fusil! Ya lo teníamos a pasos de nosotros - no se tuvo que mover: con esos brazos que parecen estirarse como lengua pegajosa, lo tomó para llevárselo, trepando por los árboles. Gritaban entre todos, ¡parecían festejar! Con el barullo que tenían, anularon los radares de Zuberi. La guiñada de la sombra. “¿Fuiste tú?” Nos congelamos a mirar. “¿De dónde vino?” Las pupilas. El silencio repentino de los monos. El apresto. ¿Cuántos eran? El ahora. ¿¡Para dónde!?” Les rugimos. Los cachorros asustados. “¿Hay un palo por ahí?” La mala suerte. Sólo eso. “No los dejes de mirar, están dudando”. Pero... ¿dónde? “¡Ven aquí!” Lo vimos todo. ¡No lo vimos! “¡Al costado!” ¡Corre! ¡¡Corre!!” La virtud. El ideal. La

creación. Es indudable que tenemos unos genes compartidos con la bestia: fueron todos al más débil.

De los árboles, los monos se tiraron en ayuda. ¡Les gritaban con nosotros! Unas fauces respondieron. Los molares amarillos. El aliento. “¡Se dejaron el fusil!” Los empezamos a sacar a las patadas y los tiros. Juraría que Zuberi nos miraba, pero vasto, con entera libertad, emancipado de la carga de su cuerpo.

27

DOS ARCÁNGELES EN DIÁLISIS

No sé por qué razón, pero tenía que volver a recordarlo. Muchas veces, el cerebro necesita revivir la conmoción, y procesarla. Le dirían masoquismo, pero no. Te purifica la memoria. Los dolores empeoran si los vuelves un tabú.

Me levanté con voluntad, pero sin ganas. Me sentí como lo cuentan los ancianos, que se niegan a rendirse no por ellos: por los otros. Ese día, yo por ella.

Caminando sin Zuberi nos sentíamos de brazos amputados. No salía de ninguno: nos mirábamos la mano de reojo, cada tanto, pero no nos la tomábamos. El duelo nos ataba las muñecas al respeto.

-Si me río nada más es porque vienes a mi lado (comentó). Pero tenemos un problema.

La miré. Como calcándome su gesto, me reí - completamente resignado.

-¿Qué sucede?

-Nos tendremos que morder. Una tormenta de mosquitos.

-¿Cómo dices? Es lo único que falta...

Miré bien. Eran, apenas, un humillo.

-¿No podemos esperar a que se vayan?

Inocente ciudadano... Comenzaron a pincharnos en picada. ¡Parecían kamikazes desquiciados! ¡Y nosotros personajes de comedia! “¿¡No la saben escribir!?” Una leyenda no se mezcla con humor: hoy que tenemos el fusil, nos abalanzan los mosquitos. ¡Los mosquitos!”

En segundos, eran miles de millones. Chupetazos a la hora de comer. ¡Se nos metían en los ojos! Parecían no poderse detener hasta matarnos - como todo lo que ronda por el África, tan rica, pero pobre. ¡Tan psicópata! Maldito continente, ¡paraíso mentiroso! Las espinas, a lo sumo, nos harían sonreír ¡aquí las rosas son carnívoras! Les quise disparar, desesperado. No teníamos a dónde procurarnos esconder. Le di la manta que traía del poblado. Me gustaban sus tejidos envolviéndome los hombros; yo jamás me la quitaba. Me seguí sacando todo. La remera -no la piel porque no pude- para dársela, si bien era lo mismo: se prendían y pinchaban sus vacunas a través del entramado de la tela. Nos llegaban a los huesos. Parecían tener pico de cigüeña. No tuvimos otra forma - nos miramos, y lo vimos: abrazándonos, cubríamos un cuerpo con el otro. Por lo menos, una parte. La tomé, como pidiéndole permiso. "Por favor" me respondió, como besándome susurros. Dios

empuja de maneras increíbles. La leyenda bien podría comenzar en este punto. Compartimos ese dulce recorrido de su piel hasta la mía; de mis labios a los suyos. De seguro que la calle del Edén es un camino parecido. Sus colores al alcance. Todavía, mis caricias en esbozos. Sus latidos a la vista. Ya las almas se salían de la piel y parecían estirarse para ver si nos tocábamos. Al menos, una parte, pero más si recorriamos el dorso, con las manos. Mis latidos en su pecho, su nariz entre mis labios. Resbalaba los senderos de mi rostro con los párpados cerrados. Mis pestañas en las tuyas. Por lo menos una parte, pero más si nos tendíamos: el vuelo del mosquito no se mete por la tierra. Sus facciones amoldando mis caricias, mi calor haciendo sombra por su rostro. Mi cabello salpicándole la frente. Sus detalles, en unánime belleza. Su belleza, nunca vista, dibujada con estrofas - inmortal y para siempre. Pero más si nos ceñíamos las piernas. El pinchazo de las uñas en la planta de los pies. Su voz oculta, desnudándose. Los dientes y la sal. El laberinto de los viajes y los cruces de camino. Las personas y las almas. Horizontes y destino. La frontera donde logran abrazarse la verdad y lo fantástico. Ser uno, lo real, con lo magnífico.

28

SAFARI

De la mano, conocimos el olor del elefante, tan distinto de cualquiera que no logro recordarlo. De los pulsos, conocimos una clase de peligros que jamás olvidaría.

Son detalles que no pueden distinguirse desde lejos: la mirada del león está surcada por heridas que no dejan de sangrar. Los que llegaron a mayores, de común, quedaron tuertos hace mucho. Conocimos el horario de las bestias, lo temprano que se deben despertar para comer, los espantosos moretones que se llevan y lo rápido que quedan extenuadas. Los dolores que se lamen, enseguida, con el sol a medio mástil. Que no rugen las jirafas, pero muerden. Que las moscas aprovechan a comer cuando la presa se retuerce, moribunda. Que la hiena come moscas, más que carne. Que las moscas y las hienas no presentan cicatrices en la piel, pero que siguen siendo feas.

¿Qué distancia le respetan, al león, los hipopótamos? ¿Qué tanto las jirafas a la chita? ¿Los venados al humano? ¿Las luciérnagas al fuego? Nos movimos como quien por su novela. Convertía, como sólo lo consiguen las mujeres, pastizales en hogar. Acompañábamos la carne con raíces deliciosas que, por más que me trataba de decir de qué manera se buscaban, nunca pude descubrirlas por mi mismo. Las veía bajo tierra, de común, a muchas bromas de distancia.

Dimos vuelta la sabana, mis biromes reventaron al calor de sus eternos mediodías, escribí de todos modos, y mejor: mojé la punta de sus largas -como rayas de la cebracaravanas de baobab en los cosméticos que, linda, coquetísima, se iba fabricando para ella. De colores, mis palabras se veían fascinantes.

Tiré piedras que llegaron a picar al otro lado. La veíamos tenderse por sus aguas, y, nosotros, le dejábamos al Nilo (mientras él se distraía con la luna, murmurándose reflejos) el grafiti de los pies en su ribera. Nos sentíamos espléndidos, ¡valientes! y león que se plantara sin ninguna cicatriz era lo mismo que ganado.

-Me resulta cautivante, desde siempre. No nos gusta que se diga, pero sí. Lo reconozco. Su carácter tiene mucho más que ver con el Egipto, que con África. De niña, me gustaba, cada vez que me debía presentar, dejarlo claro: nada más por treinta siglos, no soy Isis. Pero tú serías tú, por el contrario. Ni Cervantes, ni Tagore.

Los tambores se preparan calentándolos a fuego: mis papeles, como lonja, se templaban a su risa. Sus agallas fueron lumbre, ¡nuestras páginas, leyenda! Vas a ser el aria más maravillosa de mis libros. Nos cosimos de los hombros y dejamos que su fuego diera luz a las pupilas: el infierno se volvía paraíso caminándolo con ella. Disipando los peligros, vi la paz de su mirada; sol abriendo mil milenios de tormenta -piel con oro reflejándome su luz- dos esmeraldas sobre fondo de la noche. Corolario de la mezcla de confines. Amalgama cuyas manos, en alquimia, convertían la ceniza del papel en tierra fértil. Habrá noches en que, plácidos, el Nilo con la luna charlarán sobre nosotros.

-No te creo. Tú descollas de los dioses. Haces todo de tal forma que, más bien, la propia Isis quiera ser Mwanajuma.

No precisa que lo digas. Un poeta no tendría que lanzarse tan de bruces al barranco de figuras inflamadas, pero versos de su noble caravana tienen todo permitido: como quiso que también el universo fuera rima de su voz y de mis arias, Dios dispuso -¡para todos los artistas!- que los días a vivir amanecieran por oriente.

Sus palabras adorables son ¡encima de las mías! el laurel que me corona la memoria. Fuimos, ambos, a los límites del otro, lo que sabes a la cerviz. Escribía pensativo, con las hojas apoyadas en las piernas. Me midió con sus pupilas infinitas, inclinándose, buscando por adentro de las mías. Otras chicas, al hacer un movimiento parecido, como tienen la costumbre de llevarlo -para no mostrarte nada- necesitan sostenerse con la mano la caída del vestido: “si los versos te quedaran infelices les arranco los prefijos a patadas. ¿Escuchaste?” Santo día: la mujer sin imposibles no pensaba detenerse, nada más, en las miradas. Vi futuro por el fondo de sus ojos. Abreviamos la distancia del temor hasta la risa, ¡manantial inagotable de mis versos! Abrazamos a la cebra, nos tendimos a la luna -le jurábamos safaris- y pudimos conversar, con alegría, de Zuberi. ¿Las catástrofes? Aljibe.

De perfil que parecía traslucirse por detrás del firmamento, nos posaba de paisaje, disfrazado de parnaso ¡más inmenso que la bóveda! -mordido de los cielos- el volcán Kilimanjaro. Pero bien que, donde fuera que marcháramos, la cúspide del África venía con nosotros.

Adornábamos la noche. Nos bajábamos a Marte como ángel de la guarda. Con caricias, escribía mi futuro por su piel, mientras dormía. Despertábamos unidos, imantados.

Por la forma de sacarse la pereza, me solía recordar a Laocoonte. Las personas fascinantes se te mezclan con la tinta. Decisión del universo: que debieran coincidir, amanecer, con horizonte.

29

LA VERSIÓN INTELIGENTE DEL HUMANO

L evantó, por un momento, la mirada de mis hojas:

-De verdad, he sido muy afortunada de leer, en el transcurso de mi vida, muchos grandes escritores. ¡Y, mejores, todavía! Como Dante, Víctor Hugo, Dostoievski...

-Si taparas distracciones, es probable que me pueda concentrar en escribir...

-A ver... escribe sobre ellas...

Las miré, como sacándoles palabras con los ojos. "Vastedades. Como quieras conocer el continente, sólo debes recorrerlas".

!

-¿Dos médanos de miel?

Ay. Por favor. No de mi pluma. ¿Pasamanos? No. Terrible. Lo que tenga que pasar.

-No sé si caben en Zanzíbar.

-¿Flotarán?... ¡Un helicóptero!

Seguí, sin distraerme.

-Maldición. Forzar la vista sin dejarla descansar te deja sordo.

Me lo dijo caminando, seductora, sin correrse de mis ojos. Y, de golpe, trastocando su desfile, tropezó. Yo me creí desvanecer de la ternura

-¡No te rías!

-Yo pensaba que las chicas tropezaban de continuo por los tacos, pero, ¿tú!?

-Yo, por lo menos, no me pongo colorada.

-¿Ves? Por eso me contengo que, después, escribo bien, me galardonan, y se nota.

-Sólo déjate la barba.

-Ya comprendo... Les decía descuidadas... ¡eran tímidas!

-Seguro comenzaron con vestidos.

-Si le tiro, ¿no caerá sobre nosotros?

-Te mentí.

-Pues, date vuelta.

-¿Cómo dices? ¿Viene uno? (se volvió para mirarlo). No te vayas a mover.

Ella, sentada sobre mi, puso los brazos en mi cuello. Nos hablábamos al rostro.

-Ya tenían que venir... Son guerrilleros, de seguro. Si nos vieron, ya nos tienen en la mira: no podríamos huir,

aunque tratáramos. Y, bien, si no nos vieron todavía, con el mínimo contorno que movamos, nos verán. Un trabalenguas, pero sí.

Permanecemos congelados, derritiéndonos al sol.

-Anoche, creo que dormiste sin rezar. ¿Será por eso?

-¡Puede ser! Se me pasó completamente. ¿Tienes algo que decir?

-¿Que nos hubiéramos casado?

-Yo soy cara. Diez cabezas de ganado, por lo menos.

-Como digas. Pero tengo que quedarme con la chica, como pasa de común en las historias como esta...

-Son las chicas, en verdad, las que se quedan con el héroe.

Cada vez, el helicóptero sonaba más cercano de nosotros. Recostó sus pensamientos en mi frente.

-Dios es raro. Le debemos a los monstruos el habernos conocido...

-Como sea que sigamos, vamos juntos. No te vayas a dejar el buen humor ni... lo que sabes.

Me tiró de los pelitos de la nuca.

-No te muevas..., que nos ven.

-Es razonable. Te prometo que también de mal humor voy a quererte

Tuve ganas de gritar: ¡tensó más fuerte todavía! Se venía la tormenta de las hélices

-Si fueran tan enormes no podrías hacer esto

¡Fue peor! ¡¡cinchó más fuerte!! ¡¡Mucho más!! ¡Y ya los dedos parecían arrancárseles del brazo! Dijo algo, pero ya no nos podíamos oír: quedamos sordos, con el ruido de la nave. Preparé mi corazón para los tiros. Me miraba con ternura, parecía revelárseme de ángel. Inclemente ¡no dejaba de cinchar!

Con el sonido de las aspas alejándose, quedó, sonando sólo, mi bramido.

30

LA MEJOR

Nos fue difícil relajar las pulsaciones otra vez. El esternón quedó doliéndonos de tanto respirar. ¡No nos habían disparado! Nos mirábamos perplejos. Liberamos la tensión desmoronándola de risa. ¡Nos reíamos felices! ¡Como niños! No podíamos parar ¡nos encontrábamos con vida! Nos tocábamos la cara -yo la suya- parecía que los ojos no bastaban para ver - ella la mía. Precisábamos palpar, para creerlo. Mis abrazos la sentían ablandarse, lentamente. Por adentro, con feroz intensidad, pedí por ella -memorioso de repente, recordé las oraciones- y pasándole las manos por los hombros, le traté de descargar las toneladas que traía de presión. “¿Tuvimos miedo?” La respuesta se caía de los ojos; “me parece que... ¿quizás?”

Existen pocas emociones que te unan a los otros de manera tan cabal ¡en un instante! Ya seríamos siameses, por lo menos. Constelábamos, en una, nuestras fuerzas. En

momentos como este, de peligro, ¡de temor! tan habituales en las últimas jornadas, las hormonas agolpaban su caudal y desplazaban a la sangre de las venas. Pero no desfallecíamos: lo mismo que las fieras, transitábamos a campo. ¡Nos cargábamos al hombro los caminos!

Intentó decirme algo, pero pronto, las palabras le salieron quebradizas. En verdad, hacía días que veníamos enteros. La miré: “las heroínas también lloran” y, de golpe, se deshizo.

No son todos, pero, bien, algunos rostros -de la forma que pasaba, de seguro, con Jesús- con el rosado maquillaje de las lágrimas, adquieren otra forma de belleza. Nos teníamos prendidos de la piel. Lloró diamantes que rodaron a mis labios. En la fuerza de los dedos nos decíamos muchísimo - quizá, sobre papel, jamás hubiera dicho tanto. ¡Qué flamante sensación! Desconsolada, no dejaba de llorar. En el torrente de las lágrimas, le vi desmoronarse las facciones, desgajarse su mirada, diluirse la nariz entre los labios. El espíritu pendía de sus ojos y la piel, con un color que yo jamás olvidaría, le goteaba del mentón. Sentí sus uñas perforándome la cerviz. Parecíamos dos soles estrellados en abrazos. Descargó lo que tenía contenido, desde meses. No pensábamos parar: lloró por todos a la vez - por su familia, por sus padres, ¡por nosotros!

No les tuve que tirar: nos observaban con distancia - que también es una forma de respeto. Parecían esculturas que rendían homenaje, concediéndonos un párrafo de tregua.

Juraría que las chitas se morían por venir a consolarnos, o quizás, a que también las abrazáramos a ellas. El abrigo que precisas en el África no logras conseguirlo con, tan sólo, su calor.

31

APOCALIPSIS

“E n el África rural hay diferentes poblaciones, pero pueden distinguirse, si quisieras agruparlas, en prehistóricas y cultas. Yo provengo, te diría, de las últimas, con casas, con jardines, con escuelas, con amor y con ahorro. Sociedades educadas, de cultivos y ganado. Vas a verlas, de común, en las llanuras. Y, las otras, que parecen atascadas en el tiempo, son más bien de la montaña. Más tupida, pareciera que la jungla les tapara las estrellas. Comen mono, recolectan, tienen miedo de los brujos... “Recolectan” es apenas un decir, porque les cuesta desplazarse. Si tropiezan, por azar, con algo útil, se lo llevan. Sólo eso. De pequeña, con un grupo de mi tribu, les llevábamos comida. La tomaban sin decir una palabra.”

Ya sabíamos, entonces, que tenían aeronaves en la zona: deberíamos movernos con el máximo cuidado. No venían a buscarnos a nosotros, es verdad, pero toparse con personas solitarias es fantástico si quieres divertirte con amigos criminales - y, si logras divisar una mujer, es un regalo de los cielos. Además, no nos quedaban demasiadas municiones y cualquiera que nos viera (yo bronceado, pero blanco. Sin padrinos. Ella negra, pero, bien, con unos rasgos no comunes en la zona) notaría que veníamos huyendo. Vulnerables a cualquier avistamiento, nos tuvimos que mover un poco más bajo los árboles. Quisimos apurarnos, no cazar. Comimos menos. Les pasamos por al lado sin que casi se movieran, y noté que muchas tribus africanas tienen

menos diferencia con nosotros que con otras poblaciones del lugar. Mwanajuma, por ejemplo, nos podría visitar y charlaría con mis padres, animados.

Estos no. Los vi sentados en hileras, revolviéndole la nuca -silenciosos, sin hablar- al que tenían adelante. Se buscaban garrapatas entre ellos. Es un hábito copiado de los monos.

En un súbito calor, oímos gritos. Al comienzo, parecían dirigidos a nosotros y quedamos enfrentándolos de guardia levantada. De seguido, la bajamos a la vez, como con lenta decepción: como quería desposarse “con un negro sin caudal ni patrimonio”, la Bikulo -tenebrosa de mirar- estaba siendo desterrada por su padre que, severo, se negaba, sin lugar a discusión, a consentirlo como cónyuge ¡por pobre! Como debes observar, que te destierren, en un sitio como este, significa malvivir o fallecer - sin anestesia.

Los pequeños, reflejando la pastosa dejadez de sus papás, llevaban todos usadísimas remeras que llegaban a sus pies, como vestidos. Donaciones. De repente, con el plano ronroneo que te canta cuando no la pedaleas, germinó de la barbarie, como brotan las espigas, una rara bicicleta fabricada totalmente de madera (con las ruedas incluidas) conducida por un hombre cuya risa se salía del contorno de su cara - como nada más se sale de la cara de los negros. “Algo lindo, por lo menos”, comenté. “¿Miraste bien?” Venía, manso, con un brazo de collar, babeando sangre todavía (de seguro, se trataba del antiguo propietario del vehículo), rascándole sus partes. Es un uso muy común por esta zona - son collares que no pesan.

Me volví, sobrepasado. Tuve ganas de partirles el fusil en la cabeza ¡la Bikulo! ¡Que dejara de gritar! ¡Que les

limpiaran esos mocos a los niños! ¡Qué maldito tiradero de salvajes!

Pluc!

Sentí llenárseme la boca de saliva.

Por la forma de romper, se parecían a las uvas. Las tenían un momento con los dientes -como quien acumulándose las ganas- y, después, las reventaban con la lengua. Se disfruta de leerlo, solamente. ¿No te mueres por probar? Es el mayúsculo placer de la comida combinado con masajes en el pelo.

Cada vez que se llevaban garrapatas a la boca, mi nariz olía carne. La sentí por la cabeza. Tiene forma de dolor - no de locura. Pero, bien, es un dolor insoportable, muy distinto de cualquiera. Lo peor del diccionario no podría describirlo, ni con múltiples adverbios por delante. Desconsuelo. Turbación inexplicable. La cabal definición de la tristeza. Malhumor que nada más apaciguaban sus caricias, o la pluma. Me dolía caminar, en lo profundo del cerebro. Por primera vez estaba sumergido de verdad: tenía hambre.

32

COMBUSTIBLE

Lo mejor de la muralla se levanta con la mano de los padres. Ten cuidado -por nosotros y por ti- de donde vienes a nacer

Nos resignamos a tener que digerir incertidumbres. No sabíamos aún, a ciencia cierta, qué tan lejos nos hallábamos del mundo. Cada vez nos encontrábamos más cerca, por supuesto, pero, bien, por otro lado, los kilómetros se iban alargando de cansancio. Cada uno parecía más extenso que los otros anteriores. Los caminos estarían vigilados y debíamos seguir como veníamos, cortando la sabana por su parte más agreste. Nada nuevo – los poetas atraviesan el espíritu por esa misma zona. Lo que sientes, es mi pluma. Ya conozco, más que tú, tu corazón.

A las ampollas les quedaba poco pie: si no pasaban al tobillo no podrían engordar otro milímetro. Dolían, pero bien, aún con ellas molestando, sin siquiera percatarme ¡yo que siempre me reí de semejantes pasatiempos! descubrí que, con los pies, iba llevando, de balón, un nido seco.

Me vi niño. Voy igual, con la pelota, de la mano de mi padre. Recorremos pormenores de mi pueblo. Miro todo, le pregunto sin parar. Una mujer, acuclillada, manotea pastizales. Cada tanto doy un brinco, columpiándome con fuerza de su brazo. Repentino, lo levanta, para darme carcajadas con el vértigo.

“Papá, -sentía sol en la cabeza- ¿qué revuelve la señora?” “Junta pasto. Mucha gente que no tiene de comer hace, con trébol, ensalada”. Sorprendido, para ver un poco más, doblé mis brazos, como quien hiciera barras: otro niño tan pequeño como yo, no le sacaba la mirada. Sobre gestos apremiantes, ojos rígidos. Chupaba, más disertado que Demóstenes, un palo. Me volví, con el cerquillo salpicándome los ojos, a mi padre. Sólo dijo: “¿sabes algo? necesito de tus brazos, acompáñame”. Seguimos, sin parar, a su trabajo. Retiramos unos postes pesadísimos y, luego, ya de grande, me contó: “no precisábamos moverlos. Yo quería, nada más, que te sintieras... ¡poderoso! más que fuerte. Te veías exultante, con el jopo levantado”.

La pelota se me fue. Los escritores bien podemos con un lápiz moribundo, pero no los futbolistas con un nido. Se trancó con un barullo de raíces. La dejé: me provocaban un dolor que no podía regalar un solo paso.

-¿Cómo haces? (pregunté). Cuando recién nos conocimos ¡no tocabas la comida! Parecías estar llena. Con el hambre que traemos, yo podría masticar rinocerontes.

-No quería que me vieras engullendo. Con un poco que comiera, no podría detenerme.

Corolario del amor. Si no te sale, lo que sientes, en verdad, es otra cosa. Dignidad.

33

UN ESTORNUDO DE MIS ARIAS

Los bandidos, más allá de lo que digan, es mentira que se crean inocentes. Pero sí que, todos ellos, se conciben perdonables

Ya me viste: tengo párrafos desnudo. No les puse condiciones más allá de las artísticas. ¿Por qué voy a mentir? Seré sincero: lo dudé. La dignidad es un carné sin duplicados. El lugar era perfecto, con altura, protegido. Se lo vimos nada más por un descuido de su parte. Parecía que trataba de guardarnos el respeto no poniéndonos cautela de por medio. Se trepó, movió las ramas y, del hueco que, tal vez, habían hecho las termitas en el árbol, retiró, para comer, una ligera colación de media tarde. Tentempié que, nada más con el estímulo de verlo, me sentí resucitar: hacía noches que soñaba que comía.

Parecía ni siquiera sospechar nuestro propósito. Debíamos subir. Era difícil, pero, bien, el hambre pudo, con sus uñas. Él aún estaba calmo. Nos miraba, simplemente. Nos llegamos a decir: “¿es una trampa?” “¿Puede ser?” “Aquí tal vez haya serpientes. No las pises. Si precisas apoyarte con las manos, mira bien” “¿Y me lo dices tan así?” ¡Lo que faltaba! Nada menos, ¡enredarnos con serpientes! Como vi que se reía, me calmé. Durante todas estas hojas, así siempre con su risa.

Fue curioso: no tuvimos que salvar ninguna trampa. Simplemente se confió, de la manera que lo suelen, al llegar, los forasteros. En el África no puedes cometer esos errores.

Al final, cuando notó lo que queríamos hacer, ahí se puso como loco, casi cae, se sostuvo, nos gritó como lanzándonos las muelas. Trepé más, porque la flor que merecía no me daba dos opciones: la más alta.

Sospechamos que, quizás, en un principio, se guardó de confrontarnos por temor a que los otros descubrieran el tesoro que tenía. Nos llevamos los paquetes y las latas, que quién sabe de qué forma los había conseguido. No tan malos: escogimos lo que menos fácilmente lograría consumir sin abrelatas. Le dejamos destapadas unas huevas de salmón y le robamos las demás. El mono casi parecía, por la fiesta de sus gestos al comer, agradecido con nosotros.

34

Con el aire que salió de la conserva, las mejillas, por adentro, me crujieron de dolor: hacía mucho que no daban un disparo de saliva. Todavía sin comer, le vi volver el entusiasmo por el rostro. Se comenta que tragar con rapidez, en estos casos, no conviene. Pero, bien, los que lo dicen están llenos. Se trataba del empuje que ya casi nos dejaba, nada más, a pocas hojas de llegar a territorios más seguros.

(Debajo, los pies, peligrosos tambores. Arriba, la luna salvaje del África)

De nuevo, nos sentíamos audaces. “Estás linda.” Recobramos otra vez las ocurrencias, “¿esos monos, tendrán

hielo para darnos?" Avanzamos a granel, con el motor del entusiasmo.

(Máscaras largas. Estrellas en ronda. Perversa macumba)

Pero no. La realidad se me sacude de la pluma. Si logré llegar a salvo, con la luna de mochila, fue tan sólo por andar con su recuerdo de muleta.

-Santo dios. Hoy comerás en la parroquia.

-Muchas gracias. Pero sólo me quisiera confesar.

-¿De dónde vienes hijo mío?

Vi las balas hacer viento por el pasto. Mas allá, las pinceladas en el cielo parecían entenderme. "¿Qué grandiosas maravillas harás hoy en esas hojas?" La sabana se mordía porque no me la llevara. "No tan bellas como tú por el paisaje" ¡Serás magia de mi pluma! ¡Preferida de los dioses!

(Fantasmas caníbales. Gris arcoiris. Caótica paz. Silencioso bemol. Luna llena, con sombras pasándole, sucias)

"Lo tendremos que cruzar" "Iré primero, por las dudas" "Está bien. Los cocodrilos anteriores fueron tuyos y, de veras, ya parece africano." Me miró como diciéndome ¡confianza!

-¿Lo trataste de salvar y te mordieron? Con razón... Ahora puedo comprender lo de tu pierna. Qué milagro que caminos todavía...

Torrencial, a cada rato me saltaban los recuerdos de Zuberi.

-Me parece que, quizás, para zafármeles, un poco lo solté.

Los cocodrilos, esta vez, estaban calmos. ¡Ya después, avanzaríamos a tranco de corceles! ¡Más veloces que la tarde! Me verás hacer de todo. También esto. Lo que debes en acciones no lo pagas con amor. El paraíso tiene vida, no lo dudes.

(Antílopes raros. Quizás, sospechaban tener una cabra mezclada con ellos)

De repente. forcejeaba como loca. Gritó “¡sálvate!!” Le dieron un piñazo. Lo maté. Venían más, ¡se levantaban de los pastos! Es rarísimo: las calles, con esquinas y cercados, tienen menos escondite que la tierra. Los teníamos al lado, ¡no los vimos! Esperaron a que yo, con el fusil, atravesara la corriente para, luego -maté otro- cuando ya no la podía defender, saltarle todos a raptarla. Lo peor que te podría suceder, es ser esclava - tanto más, de la guerrilla.

Me tiré, porque también me disparaban - sin sacarlos de la mira. ¿Cuántos eran? Parecían infinitos ¡eran más que los cartuchos que tenía! Yo trataba de tirarles, con la tierra de sus balas salpicándome los ojos. La verás en cada trazo de mi pluma. La culata del fusil me rebotaba los disparos a patadas, en el pómulo. Debía controlarme, no podía malgastar las municiones. Otro más. El desparpajo del destino, ¡fue lo mismo que tirar a mi futuro! Nos mirábamos, los dos. Saltaba sangre por el cielo, pero nunca me sentí conmocionado por matar: me desolaba que vivieran, justamente. Mataría multitudes nada más por un segundo de su vida, ¡mataría setecientas veces siete si con eso la salvara! Me quedaban unos últimos disparos. Yo sabía con qué grado de crueldad la tratarían esos monstruos. ¡Esos monstruos Jesucristo! La peor atrocidad imaginable ¡la peor!

quedaba muda comparada con cualquiera de las suyas. Hizo todo lo posible porque no la dieran vuelta. Comprendí. Maldito seas, santo Dios: lo deberás argumentar perfectamente si no quieres que te mate con mis manos en el juicio de los muertos.

-¿Tienes ganas de llorar?

-Ya no me queda. No volví. Morí con ella.

¡Qué difícil escribirlo! Cada letra que consigo dibujar se me parece comprimir en la garganta. ¿Nos veremos con las Parcas algún día? ¿Rendirán alguna cuenta del destino? ¿Desde cuándo, maldición, me lo tejían!? Que muriera fue lo mismo que si yo me suicidara. ¡La tenían por el cuello! Maté otro, ¡no querían desistir! ¡Se la llevaban! Otro más, y me restaban dos cartuchos. Les había suplicado ¡por favor! que nos cambiaran; ¡muchas veces!, pero no. Le reventaron los collares. Uno más, y me quedaba solamente liberarla con el último disparo que tenía. Fue difícil apuntar entre mis lágrimas temblando. Se calmó. Ya no trataba de soltarse. Vi su paz entre las miras. En el cielo preparaban una fiesta. Vi mi vida por su rostro. Juraría que los ángeles estaban a su lado. Vi su luz entre mi vida. ¿Demasiado celestial? Es entendible que lo pienses, sobre todo si te queda por saber que -su mirada; mi temblor, la libertad lo que vivimos el amor y no debíamos fallar- me sonreía, como tantas otras veces.

35

VI VACÍO MI SEPULCRO

Regresé para pagar aquella cena que debía. Los meseros se mostraron efusivos, pero no por el dinero. Recordaban lo del robo. Yo seguía con la manta de la tribu por encima de los hombros. Me sirvieron, pero firmes en que no me cobrarían. Me querían despedir con gentileza. Sonreí, pero por fuera, nada más. En unas horas estaría despegando, no podía retrasarme. Volvería de la forma que llegué: sin equipaje. No lo tengo que decir: estaba triste. Sin embargo, me parece que jamás lo notarían por mi rostro. Mucho más, hubiera sido reputado de perplejo: me quedaba, cada tanto, con los ojos detenidos en la nada. Parecía que tan sólo se paraban los relojes, sin aviso.

-¿Caballero?

Lo miré, sin despertar completamente. Sostenía, muy cortés, un paquetito para mí.

-Recién, un joven que lo vio por la ventana nos pidió que se lo diéramos. Y dijo que, si fuera tan amable, por favor lo perdonara.

Solamente con palparlo solté todo por los ojos: se trataba de mi diente. No podía controlarme. Lloré tanto que los mozos, finalmente, decidieron apartarse. Por primera vez lloraba de verdad, desconsolado, con volumen. Por el diámetro, mis labios excedían la difícil amplitud de bostezar. Podía verse, declarada, revestida por el sol: me desgarré la campanilla de llorar. En un momento, lo sentí desesperante.

Las costillas me pinchaban. No podía respirar. Imaginé que caminábamos, de nuevo, de la mano. “¡Vamos! ¡¡Mátame!!” grité, con una mueca sin sonido. Me faltaban los pulmones. Me sentí como los niños, que parece que la cara les crujiera de llorar, o que la voz se les zafara con afónicos bramidos, o que, mudos, aspirando no del aire, del vacío, los espasmos les cerraran la garganta. Me tendí sobre la mesa, sujetándome (no sé si por abrazos o por riesgo de caerme) de sus bordes. Me prendí como tratando de salvarme. Parecía revivir, del interior de la memoria, con idéntico pegote por los ojos, la primera sensación del nacimiento. Fue romper otra placenta. Convertir en otra piel. Recién allí, sentí que toda mi persona, mi futuro, ¡mi virtud! estaban siendo transformados por los hechos. No se puede sin, primero, sucumbir. Resurrección. Del árbol muerto, la semilla germinando. Tiene varias: una parte del amor es la memoria, pero debe recordarse con placer ¡con alegría! que, sin dicha, no se ama. Las personas ¡el amor! es lo primero que no logran conservar los infelices. Y, por todo lo que sabes y por muchas otras cosas que sabemos ella, Dios y yo -los tres- es imposible que la deje de querer, aún teniendo muchas vidas por delante.

36

MANANTIALES

Yo, con tal de repetir esta llegada, partiría muchas veces.

Se me mezclan los lugares: nunca pude concebir un paraíso diferente de mi casa. ¿Puede ser? ¡Allí la veo! La perenne confusión del escritor: ¿estoy a punto de llegar o, solamente, regresando?

Si me van a condenar, que no me lean la sentencia; que quien sea que me pise con el auto no me toque la bocina; que me borren a plumazos - en el África, si pueden. Fue lo mismo que morir mientras dormía - regresé como los soles amanecen: despertando. Sólo mira su color: es una forma de la dicha que jamás había sido registrada por mi pluma. Sólo mírame: jamás he sido tan afortunado. Me parece delirar, ¿estoy borracho? Tanto da. ¿Mwanajuma? ¿Veo bien? Ese perfume lo conozco... los jazmines; ¡los jazmines de mi madre! Pero, ¿vienes de mi casa? Todavía desde lejos, oí claro: “cada vez que no consigas desprenderte de dos ojos, voy a ser la que te mire por detrás de sus pupilas”.

Con un solo parpadeo, regresé. Seguía todo, pero ya no la veía. Sin embargo, no sentí que se marchara. Me reía. Si los locos no perciben su locura, tendré algo similar, pero que sí se me revela.

Me detuve para verlos a través del ventanal. Están bailando, ¡ya no quiero demorarme! Me perciben escribiendo la llegada. Se detienen a mirar por la ventana

como tú por el papel. Estoy del lado de la calle, todavía. Nada más a pocos pasos, el portón del firmamento. Tras el vidrio, las pupilas de cristal ¡entusiasmadas! de mis padres me parecen abrazar en anticipo. Los he visto fulgurar en esta casa, ¡renacer como los brotes del jardín! El alma máter donde, niño, puedo verme todavía -las del piso no me gustan- alargándome, con dedos como nubes, a la flor que se recorta con el cielo. Cada vez que las abejas me dan risa, todos quedan sosegados. Cirujano de las almas, ¡carnicero de los libros! Grito, lloro, ¡desordeno! Todo queda piel de baba, les escondo los enseres, me preguntan, todavía no les puedo responder así que buscan y me miran, que los nervios me delatan repicándome los pies en la medida que se van aproximando.

Puedo verme destrozando los volúmenes, poseso, dominado por la furia, ¡saltan páginas al aire!

-Sin embargo, si le dejas los crayones, los cuadernos le fascinan.

-Pero ¡vamos! ¿No lo ven? ¡Será pintor, a todas luces!

De sus brazos, una cuna; de las cáscaras, ¡almácigos! No llores, que resisten mucho más de lo que duran los inviernos. Son la vida: van **sembrando primavera con los pasos. Afilaron mi virtud para cortar las tempestades - el milagro del hogar no se descubre sino, sólo, cuando sales. Fuera manta** de colores, mira alto que lo sabes: el celeste de los cielos queda mucho más arriba de los grises que te miente la tormenta. Me clavaron, para siempre, la mirada de “seguro que lo logras”. Como lleguen golpes bajos tu devuélvelos arriba - pero fuerte. Serás luz resquebrajando por la noche, serás puerta de salida de los circos en que mezclan hecatombes y guirnaldas

y, del fútil carnaval de mil amores un amor que valga mucho más que mil hará de viento por tus crines ¡y de luna por tu brillo! Todo vive como siempre, todo sano ¡todo limpio! No te dejes confundir, porque jamás un acordeón ha sido llanto. ¡Que la risa cimentada desde niño no se deje derribar en un segundo! La madera caminando los pulmones, el aroma de los cuartos, la frescura del aljibe, los domingos, el cajón en que guardábamos las fotos y las fotos atizando los ambientes. Todavía, como quien tocara pasos por la casa - ¡qué divina potestad de los espíritus!- Elisa se pasea por el piano, de puntillas. Vacaciones y milagros. Giraluna cautivado por la noche. “¿Cómo ves lo que dibujas? Hace frío.” Me llevaban un abrigo, pero nunca me decían “ven adentro”. Ya sabían que, con lápiz y papel, yo me quedaba donde fuera. No podría calcular las alegrías que les debo. Voy al pie de la pequeña biblioteca: son los únicos estantes que, quizás, haya mirado con cariño. Los recorro con la vista como quien acariciara. Ya lo tengo. Lo retiro para ver una vez más aquel poema. Lo camino con los dedos y las hojas se detienen. Esos versos me brindaron un adiós inmejorable. De seguro que lo notas: es mejor su bienvenida. Deberé dejar aplausos al autor, entre mis letras. He sabido ser salmuera por tus ojos, regadío por tu siembra, majestad entre tus libros.

Impecable, como sábana tendida, protegieron las galletas con un paño. Sé muy bien a dónde pueden encontrarse las que faltan. De seguro, van a ser los que me den la bienvenida cuando llegue -todavía con estrofas y papel- al paraíso. Me lo dijo distendido, sin saber, en realidad, lo que decía: “no podíamos creer que fueran tuyos, pero sí. Los escribiste. ¿Lo recuerdas? Te llamamos a comer y, sobre pasos de león, apareciste con la hoja. ¡Nos quedamos asombrados! ¡Eras chico! Tu querías que se viera “como libro, no cuaderno”. Te sentamos a la máquina (tu

sólo no llegabas todavía). Con ayuda de nosotros, lo pasaste, pero fuiste trastocándole los versos a propósito, con toda fluidez, como mostrándonos. ¡Las faltas que debimos corregir! Acomodaste las ideas preguntándonos de todo, como siempre. Nos miramos: ¿juega bien al escritor o, de verdad, es un poeta fabuloso? Lo dejamos en el libro favorito de tu madre. Por mi parte, me quedé con lo mejor: el manuscrito. Cada tanto lo volvemos a mirar”.

Al despertarnos, en invierno, tiritábamos de frío: con sus manos apuraba las poleras mucho más que nuestros dientes. Dos bostezos a las risas le premiaban el esfuerzo. “Los pequeños valoramos”, comenté. Me respondió, con la sonrisa de la madre, ¡con el tono de la reina! “no se puede ser pequeño si, también, eres poeta”. Lo grabó sobre mi frente, con un beso. Qué terrible despilfarro que, teniéndolos en casa, necesite del planeta. Con el máximo sigilo, cada tanto, me fugaba de la siesta. ¡Yo quería ver el sol! y, cierta tarde, disfrazado de dormido, decidí que, con mis años, en verdad, si no quería, no tenía que dormir. Y, con un golpe de revés, prendí la magia de la luz.

SEGUNDA PARTE
CHINA

37. Afiladora

38. Profecía

Los augurios, ¿cuánto tienen de promesa?

39. Garabatos que son himno

40. Los iría

Se recuerdan con mayor intensidad que los millones, los centavos.

41. Ignorar es una forma de censura

42. La famosa cortesía con que China te maltrata

Sin cerrojos. Pero cada picaporte me pegaba -como todos los metales, por lo seco del ambiente- la patada de su chispa.

43. Las estatuas

Su jardín se ve mejor en la tormenta.

44. Salivazos

45. Ras de colmo

Lo difícil que resulta calcular a dónde pega lo que lanzas.

46. Dilo rápido ¡no dejes terminar este renglón!

47. Naciones supranacionales

48. Casamiento**49. La barbarie del cuchillo****50. Los balances que maquillan****51. Cementerios**

Relicario con aspecto de futuro.

52. Profesor vocacional**53. Enmascarados**

¿Te conoces? Ven, asómate. Descubre los espejos.

54. El secreto de guardar el equilibrio: no sacar del horizonte la mirada

Las entradas de los nuevos edificios todavía son horribles. Sin embargo, cuando subes...

55. Tan picante como brasas**56. Los artistas no se suman, es verdad. Pero las artes se potencian**

Imagínala tratando de jugar en español: latín con árabe mezclados en hermosas proporciones, estirados, en su voz, a los extremos del oriente.

57. Crucigrama**58. Lo que ves al otro lado de los brindis****59. El instante posterior al apogeo****60. La caída del nirvana**

Tantas vidas como lunas.

61. Con los ojos de frontera

Si se trata de tu puño, me conformo con llevarme machucones.

62. Cada quien con sus congéneres

63. La cátedra

64. Laureles

Es la rara paradoja de los premios: engordar el palmarés es una carga, pero, ya cuando los tienes, ahí notas lo que pesan.

65. Escapar era quedarse

Sólo trágate tus luces. Si jamás me demoraron las barreras, mucho menos los semáforos.

66. Victoria

Lo que uno por escrito, ni los dioses ni los hombres lo consiguen separar.

37

AFILADORA

Con la luna como piel, desde la magia de mi vuelo, los veía, sin querer, agazapando su cabida por debajo de mi nombre. ¡Redacciones infantiles a la sombra de mis arias! Yo sabía que la cumbre no se deja recorrer por otra brisa que no sea la del cielo; que las alas necesitan escalar hasta la cima para, luego, desplegarse con el viento de las nubes - no del polvo de los valles. Ese día, recordé mi gratitud.

Estaba, cómodo, sin prisas, disfrutando de charlar con un amigo, de visita por su casa como tantas otras veces. Según él, hacía varias temporadas que venían, pero yo jamás había reparado su presencia. Por primera vez en años, me prendé de las palomas del balcón, y pude ver con qué benévolo rigor la disciplina de su madre les dejaba la comida cada vez un poco menos al alcance - ya tenían que salir unos centímetros del nido. Me contaba:

-Ni siquiera los ayuda cuando tratan de romper el cascarón. Ahora bien, cuando la madre los empuja, te parece que se matan ¡pero vuelan!

Un pichón, no conseguía dar un paso sin volverse con la vista: le temía mucho más al abandono que, pacientes, a los gatos que miraban.

Al nacer, me regalaron el futuro destapándome la cuna. Tuve frío: no volvieron a cubrirme. Me dijeron:

“caminando da calor. Así que sal. Te regalamos el cuaderno, tú te cazas las palabras. No le temas a los golpes, que seremos, cada vez que lo precises, hospital - bajo promesa de fugarte”. Campo fértil, pero de concentración - en el más fértil de los campos. Con un golpe de revés prendí la magia de la luz, sin darme cuenta de que, justo, más allá del corredor, ¡estaba viéndome mi madre! Concedido. Sin más trámite, cinchó, con golpe seco, del cordón umbilical. Lo reventó. Me dijo “dado que no duermes, te prohíbo, desde hoy, entrar al cuarto por la tarde. Quiero verte lo más lejos que se pueda de la cama, del sillón y de lo fácil; es decir ¡haciendo cosas! que, ya sabes, es lo lindo. Cada noche, contarás tus aventuras en la mesa. ¡Que nos dejen fascinados! Que despiertes con el hambre singular de la mañana. Que ya nunca necesites colocar despertador, ¡que sólo saltes de la cama! con la vívida mirada de los amos”

“No precisas el escudo, lo daremos a los pobres”. Lo sacó de mi mochila. “Bien. Ahora, ven y toma la mejor de mis espadas” Retiré la más feliz de sus costillas. Le di filo, como roca de volcán, contra su sólida virtud y la templé con el calor de su ternura. La corté para salir y, con la luz del nacimiento, vi la fuerza de su rostro como mía. Sentí suya la mecánica del mundo. Comprendí que si vestía la mandíbula trancada con la magia de la risa, la mirada, de por sí, cobraba rumbo.

¡Lo tiró! Por el tenor de la caída, pareció que se mataba. Vi sus alas agitarse como locas y, sin margen, a milímetros del piso, ganó vuelo. Ganó más y, de seguido, ya pinchaba, con el punto de su fuga, la película del cielo. Lo seguí, como soplándolo. Seguro, no dejaba de cantar. Cerré los ojos. Vi pasar, interminable, la belleza de mi puño. Vi su rostro. Le sostuve la mirada. Como siempre, sonrió. Le quise dar una caricia. Desperté: se la pasaba por el filo de

mi pluma. Me reí. Le dije gracias, tan en serio como nunca. Comprendía, finalmente, lo que trata de decir el español con esa límpida palabra. Tú ya tienes tus capítulos enteros; no te vengas a rimar, Mwanajuma.

38

PROFECÍA

Los augurios, ¿cuánto tienen de promesa?

Con un limpio cachetazo puse (fácil, sin temores) a girar la redondez afrodisíaca del globo. No miré: cerré los ojos y dejé que susurrara mi fortuna, dando vueltas, como craso bolillero tornasol embarazado de la suerte.

¡Toc! Mi dedo, señalando, lo detuvo. Donde fuera, le pondría mis caminos - y sería. Contra múltiples obstáculos, los buenos escritores -al igual que los mejores almirantes- hallan todos los recursos necesarios donde quiera que los manden. Si las velas se les rompen en el medio del océano, desuellan tiburones y, si ven que la soberbia majestad del español no les alcanza, con hechizos, multiplican el idioma.

Sentí risa por mis hombros. ¡Entusiasmo! ¡Nada menos! Juventud. El corazón tragaba sangre como vándalo sediento. Me contuve - los pulmones y la pluma. Porvenir. ¡Literatura torrencial!

Ahora sí, conocerían su destino. Las palabras aguardaban su siguiente dirección. Abrí los ojos, y miré: como lamiéndome con frío, pasó sombra por mi rostro - la ventura de los párrafos había detenido, con mi dedo, la carrera de países, apoyándolo, sin peros que gruñir, en Uruguay. “¡Estoy aquí! ¿Que no me ves?” me parecía protestar y, de seguido, razoné: “si la fortuna, de por sí, ya me tenía colocado, por la vía de los hechos, al nacer, ¿por qué pretendo que revise su dictamen con un tiro de ruleta?” Me lo dije, como quien se lo mandara: “¡constitúyete! Decide por ti mismo, ¡ya sacúdete la cruz de tus caderas!”

Recompuse la postura. La falange se dobló, con las demás, en puñetazo. Rebotó por las paredes, por el techo, ¡por los libros! y rodó por mis tobillos, desinflándose. La pólvora mamaba de la mecha. Me parece recordar que me miraban, el librero con... no sé. Sería gente que pasaba por allí. Lancé los números tan lejos como pude, ¡contaría sus lunares en distancia! Sentí claras las hormonas por mi brazo. Cuando veas, en la noche, la salvaje libertad de las estrellas, no fugaces, ¡que se fugan!, tú ya sabes que se trata de mis dados.

Desde todos los lugares, queda lejos. Es lo mismo que despegues de cualquiera: de los últimos capítulos o, bien, de los primeros. Más aún si, cuando llegas a Pekín, te ves tentado de volcarla de la copa con un último tirón a lo profundo del oriente.

La difícil estación de la soberbia capital, el extravío de las grandes estaciones, el idioma, de salientes indomables y los lúcidos obstáculos de Dios, extravagantes ¡con altura! que los pone nada más para que subas y disfrutes de la vista:

de narcótico color, inoculándole sus ojos, una ráfaga de Rusia daba cielo que mirar entre los párrafos de China.

Dos personas diferentes entre tantas parecidas, es difícil que se queden sin charlar

-Apenas llego. No me gustan los atajos.

-Y, ¿por qué no te diriges a tomar lo que te gusta, sin más pérdida de tiempo? ¡Sin desvíos!

-El sabor que desconoces es mejor que los que llevas diluidos, tantas veces, en la boca.

La dicción se combinaba de bellísima manera con sus labios:

-Tienes trama de poeta... (sonreí) Pero, ¿comprendes lo que dice tu boleto? (No podía, ni siquiera, distinguir, en caracteres, las palabras de los números). Seré tu traductora.

-Muchas gracias. Pero todos pensarán que somos novios, te prevengo.

-Será breve. Tú te vas, y yo me voy después de ti. Tenemos trenes diferentes.

La nieve salvaje de China; “¿sabías a dónde viajabas? ¡Te dejo mis guantes!” Si sólo pudieras dejar detenidas las horas... El frío congela motores ¡y no las agujas! La boca zarina desviste su voz oriental: mandarín suavizado con dejos de vals. Nos clavan el ácido grito del tren en las sienes; nos damos el último soplo de quién sabe qué. ¡Se nos van los minutos! Corrijo: los dos lo sabemos. Un solo pestillo: tiré - para ver por la puerta dos sumos imperios vestidos de rojo. Nos tose. Ninguno volteó. “No serás

equipaje”. Seguro te llamas **Викторя**¹ - los buenos augurios se muestran después de partir al camino ¡jamás al armar la maleta! Nos tose. Las horas se van por los dedos, asfixian igual que los besos a mares. El aire parece cargado de tinta, retazos de sol en su pelo suavizan la sombra, ¡perecen segundos a cada momento! Nos tose, sin más que toser, el reloj - y sentí por el alma su dulce promesa: juró que tal vez me podría buscar (un recuerdo que tanto me gusta que todo va lento: no puedo tocar el papel sin volver por las hojas a ver esta parte de nuevo). También los milagros, a veces, son tristes. La mal eutanasia del último chau. Su promesa quedó, con el frío, flotando, de blanco vapor, por encima de nuestras cabezas. A Diós, y lo supe: jamás llegaría mi cuello con falta de brazos, al Tíbet.

39

GARABATOS QUE SON HIMNO

Con ventaja sobre todos los demás, yo tuve sol. Completamente desvelado, la miré por la ventana del vagón durante toda la distancia del trayecto. ¡Muchas horas! Se diría que me pudo suceder exactamente lo contrario, pero no: condimentando pensamientos con su rostro, conseguía relajarme, disfrutando doblemente del paisaje que volaba, sin parar, ante mis ojos. Sin embargo,

¹ Викторя: Victoria, en ruso.

por temor a que mezclaran su recuerdo con el suyo, no me quise distraer en las personas.

De la forma que la mano del pintor amasa tiempo dibujando servilletas de papel con pequeñísimos detalles de la cara que lo tiene cautivado, fui rayando garabatos en el dorso de la hoja con el croquis que me hizo. ¿Qué decía su boleteo? La belleza de sus ojos, en el punto del hervor, humedecida por el frío. Rojo triste, más oscura que su rostro - blanco ruso - no tan claro como rubio su cabello - luz de sol que se le sale por el gorro. ¡¿Cuál sería su destino?! Ya me voy con este nudo que soltar ¡y todavía no llegué! Las ataduras son un trazo de cursiva; ¡lo mejor de los poetas aparece manuscrito! ¿Qué por qué no me quedé? Porque la pluma cobra filo si le pasas la caricia de la roca. Ya tenemos -nos miramos- la magnífica silueta del corcel; ahora queda que saltemos los obstáculos. Pongamos en la mesa los abrigos y veamos si los músculos se marcan. Vengo mal acostumbrado: ¿cuánto ves con luz de luna, solamente? Si las víboras menean la cintura, saltarás sobre mis hombros; si tu música la suya ¡saltaré sobre los tuyos! ¿Escaleras? Mi rodilla. ¿Talismanes? ¡Qué sencillo responder con esos ojos! Y los míos serán cerco que nos guarde. ¿Puedes sola? ¿Ya conoces el temor? En tus pupilas, trazaré la divisoria que separa, de los niños, a los hombres -¡es la única frontera relevante!- la delgada magnitud del horizonte.

Brindaremos con botellas del botín y si tenemos, nada más, escarbadiantes, no te rindas que, clavándolos, después escriben párrafos enteros. Es curioso: la virtud se ve mejor en la penumbra de la noche. Demasiada claridad, te deja ciego.

40

LOS IRÍA

Se recuerdan con mayor intensidad que los millones, los centavos.

Otra vez. Allí la tienes. Es común que, pasos antes de cruzarte, las asiáticas tropiecen. Según dicen, es producto de los nervios.

He perdido las pantuflas. Con horrores que vengar, estoy de nuevo de zapatos. Esta noche volaré, con penosísimas renunciaciones ¡contra todos mis caprichos! de regreso.

Me pasó durante todos estos meses al andar por estas calles tan distintas de las nuestras: caminar imaginando que mis padres van conmigo, comentando lo que vemos. Extrañar es espantoso, por un lado. Por el otro, fascinante. No noté que mi reloj adelantara las agujas, hasta no saltarme sol y despertarlos. Al principio, calculaba los horarios y trataba de llamar al mediodía, pero, luego, con el paso de las hojas, cada vez tenía ganas más temprano: descubrí la deliciosa maravilla de sus voces. Al final, una mañana que llamé, durmieron menos.

Voy cortando muchedumbres distraídas con el bádminton - el tenis de los chinos, tan copiosos que debieron acortar los pelotazos. Aquí mismo, caminando por enfrente de la tienda de perfumes, dos agentes me querrían detener ante la súbita sospecha que, de golpe, les produjo mi birrome,

tan activa por la calle. Dieron vuelta los papeles como quien buscara bombas: “miren bien. Hay mucho más de lo que buscan”. No sabían, ni siquiera, que palpaban castellano. “¿Nos permite, por favor, su pasaporte?” “¿Para qué? Si los espías, como deben entender, tenemos muchos ¡pero falsos! ¡Todos ellos! Necesito que lo traten de pensar como si fueran novelistas: los espías se reclutan nacionales. De contrario perderían el incógnito. Peor, con este rostro forastero”. Comenzaba caminando, pero, luego, con el paso desmedido de las hojas, regresaba, de común, haciendo rimas en el metro.

Mira bien: aquella chica, si le prestas atención, es de Nepal y no de China. La distingues en la tenue -como grácil-arruguita que le baja, vertical, por la nariz. Yo la reparo desde lejos, con el séptimo sentido del poeta.

¿Ves allí, donde los vívidos aromas fosforecen? Es un lindo restaurante donde pude comprender en qué consiste “preocuparse por los otros”. Golpe seco. Nos llamamos. ¡Un cachorro nos saltaba por los pies! y, cuando fuimos a mirar bajo la mesa para darle de comer, nos dimos cuenta de que (menos agradable) se trataba de (más húmedo de ver) un pez en ascuas escapado del estanque -los mataban a la vista del cliente- con un salto que tampoco le brindaba libertad. Era macizo, con bigotes. “Pobrecito, qué golpazo que se dio”. Lo levantó como si fuera su mamá, para calmarlo. Yo creí que lo pensaba devolver a la pileta, pero no: le dio remedio con el mozo. “De seguro se quebró, no tiene huesos para tanto. Debe ser horriblemente doloroso para él” - y comprendieron. Allí mismo le cortaron los dolores. Por mi parte, de la forma que, nervioso, cacheteas con los ojos el reloj a cada rato, no dejaba de mirar a la pileta de serpientes.

Qué groseros que se ven los tenedores en la mesa. Los cuchillos en la mano ¡qué salvajes! Hoy consigo tomar sopa con palitos. Al comienzo, no podía ni siquiera sujetarlos con los dedos. Pero, bien, sigamos viaje que, tal vez, ya no camine nunca más por esta calle. La vería convertir, en ese cruce, surrealismo de pintor en realidad de poetisa: prisionera de neumáticos, bocinas y zoquetes a granel -los automóviles nos sacan al imbécil que llevamos escondido- por detrás del parabrisas, entremedio de motores reventando, detenía su porción del universo, concertada con la roja del semáforo, llevándose, del tallo, sin temor a las espinas, una flor a la nariz. No tuve forma de dejar, en el tintero de mi pluma, su recuerdo - todavía que mis arias, de común, exigen más que mi memoria.

Con la copa que, después, recargaríamos, en este mismo bar, entusiasmada, brindaría “porque cumplas infinitos”. Parecía nivelar el aguardiente con sus ojos. “Me conformo si llegamos a los mil”. Cuando lo pasas en el Asia, tu cumpleaños dura más de lo normal, porque después de medianoche, todavía quedan otras doce horas por cumplir en occidente. Lo recuerdas cuando todos te comienzan a llamar de madrugada, desde números lejanos.

Otras cosas son iguales, sin embargo. Los del sur son los menudos, con cerebro; los del norte, los robustos, con caballos. Si se pueden resumir cincuenta siglos en un párrafo -lo dudo- los primeros se cultivan y trabajan; cada tanto, los invaden los segundos, resetean el progreso, meten guerra por la paz, hacen destrozos y, después, las jovencitas delicadas que residen en el sur, para disgusto de sus padres, se derriten con los bárbaros del norte. La ciudad donde vivimos estos párrafos, Xi'an, no tan al sur como Hong Kong y con Mongolia más al norte, constituye, por su sola situación, un buen promedio de la China.

Por aquí me reiría sin parar, a carcajadas: fue la vez que, de repente, cuando quise darme cuenta, mis oídos comprendían el murmullo de la gente circulando. Más allá, donde se ven aquellos puestos de feriantes, se consiguen unos platos que quisiera, de verdad, que me gustaran - solamente para darme la rareza de comerlos.

Numerosos y, quizá, por un proceso de tenor adaptativo, cuando salen a la calle no se cruzan la mirada. Se limitan a centrar sus pensamientos en la próxima baldosa. Sin querer, lavando ropa, metí todo: ¡me quedé sin pantalones que ponerme! No tenía más opciones: decidí bajar en boxers a comprar el desayuno, temeroso de tocarles el pudor ¡pero siquiera se fijaron! Otro día, sin mirar alrededor, compenetrado con un aria, me podrían haber visto rebolear una sopapa como quien se defendiera, con un bate, de fantasmas que vinieran a robarle los papeles -hice cosas (reconozco) solamente para ser merecedor de relatarlas en mis versos- y, de golpe, vi brotar un imprevisto (tú prepárate los platos que la vida colabora con la sal) por un recodo de la calle: su pollera. Señalé con la sopapa su notoria confusión: “¡estás preciosa! Pero deja de seguirme.”

Más allá, doscientos metros adelante, moribundo de tomar y de regreso, con el frío perpetrando los oídos, bajo droga de su rara discreción (y de los tragos), con un brusco manotazo de sus ráfagas, el viento volaría de mis dedos el papel que -como sabes- escribía.

Ya los chinos me darían un ejemplo de conducta; ¡brindaría con amigos musulmanes! que, seguro, negarían este párrafo. Los debo comprender que, por mi parte, negaría, yo también, algunos hechos que se vienen. ¿Los que gritan? Son kazajos. Más cercanos, por cultura, de los rusos

que de China. Sin embargo, por estética, sus caras son en Rusia lo que son las españolas en Europa.

La figura distintiva del asiático no queda limitada, nada más, a la rareza de sus ojos. Hay también otros detalles peculiares en el resto de su cuerpo. Los podrías distinguir por las espaldas, a kilómetros y, ¿sabes?, de nosotros dicen algo parecido.

Contemplando la ciudad, en este puente, con las luces de los altos rascacielos al nivel de la mirada, diminutos, con la densa polución característica del frío, descubrí que, muy distintos de nosotros, cuando quieren tomar aire, van adentro. “Yo regreso para casa, necesito respirar”. Y, sin embargo, cada vez que las ideas me sofocan, vengo sólo, con la mente. Nada más con recordar aquella noche, me sereno.

Libertad en escalada. China fue, por muchas cosas, una bomba con oxígeno volándome los diques del cerebro. Sus milenios al vistazo. Sus estímulos vibrando por los huesos. Sus sinfines al alcance de la mano. Santidad sin mandamientos.

41

IGNORAR ES UNA FORMA DE CENSURA

La ribera de Pekín hasta Shanghái -en ambos sexos- es el pecho de la China. Más adentro, con campanas y jardín, el corazón está de sístoles en Xi'an.

Bajé del tren y, de seguido, bajé más, a sus entrañas. Sin que tengas que salir al exterior, se comunican estaciones con el metro.

Terminales de reloj, los pasajeros van entrando como salen, con el orden de las vacas apiñadas. Si te quieres resistir y no poner tu dignidad en la manada, bien por ti, pero seguro que te quedas sin entrar. ¿“Ceder el paso”? Son personas, no vehículos ¡respeto! Si -con vanas esperanzas- inauguras una fila, se te muere sin crecer, no más allá de tus espaldas. Se pondrían, pero todos adelante, como cáncer de malón, igual que siempre, sin inútiles pedidos de disculpa. Finalmente te resignas, pero tarde: ya perdiste la mitad de la mañana.

Les expuse todas estas inquietudes, de bromista, cuando vi que, comparándose con otros, se jactaban de puntuales. “¡Con la fila se demora!”, respondieron. Es verdad, por otra parte, que jamás empujarían. No se llegan a rozar, pero se ponen al milímetro (si sientes que te pisan los talones, es un chino de seguro). Sin embargo, cuando ven que queda libre, se disputan el asiento con el método del juego de la silla: se las sacan y se tiran las caderas a porrazos.

En el metro se desplaza tanta gente que, si tiene que frenar, es imposible compensar el equilibrio sin pegar una patada. Para no caer encima de los otros, es preciso suspenderse de las asas en el techo, más colgado que tan sólo sostenido. Sin los dedos del primate, que se doblan y se prenden, no podríamos viajar en subterráneo - ni, tampoco, sostener una birome.

Cada tanto, la marea de millones de personas modifica -sin aviso ni porqué- la dirección de su corriente. Con alguno de sus giros me sacó de posición: un asidero vertical quedó cortando mis espaldas. Por lo menos, me servía de tutor, como los palos que les ponen a las plantas cuando crecen con un ángulo torcido.

La parada. Baja gente. Sube más. El huracán, la correntada, los confusos remolinos y, de golpe, la percibo con la piel: al otro lado del metal, hay una chica, recostada como yo. Natura gana superficie sobre todo, como saben las murallas y las ruinas. Con un caño de por medio, los omóplatos se besan.

¡¿Ya se baja?! Mis reflejos dispararon la respuesta: yo también. Que no se fuera sin, al menos, sonreírle. Conseguí salir con todos, pero, ya del otro lado, con el timbre de las puertas avisando que se iban, vi sus hombros apoyados, todavía sin salir, en el vagón. ¡En realidad no se bajaba! Nuevamente, perforé la torrentada de personas que venía. Me metí, los empujé, seguí cavando como topo por la carne, los corrí (que perdonaran) y, después de dedicarle no palabras: machucones, conseguí recuperar mi posición - y mi respaldo.

Los poetas no precisan del aplauso; lo comprendo. Pero, bien, había sido, bajo todas las miradas, ¡a sus pies!, el estelar protagonista de mi propio melodrama, sin apenas

recibir un solo gesto de su parte. Ni siquiera de vergüenza. Ni de risa ni de chiste ni de nada. Comprendí lo que se dice del recato desmedido de las chinas.

El espacio que tenemos nos permite, nada más, mover los dedos de los pies en los zapatos. Y la vista. Como bolas que, después de rebotar por las barandas, van al centro del billar a coincidir, nos descubrimos las miradas reflejadas en el vidrio. Con las luces interiores del vagón y con el túnel en penumbras, bajo tierra, las ventanas se convierten en espejos. A los ojos que me vieron en Pekín no los compensas con espaldas, pero luego del avión y las escalas y los trenes y los metros y las horas apiladas en el cuerpo, si te prestan un respaldo de su clase, de seguro que lo tomas.

En adagio, lentamente, voy probando si resiste que descanse, con los suyos, el anverso de mis brazos. Hay docenas de personas apiñadas en el íntimo vagón y, todas ellas, se respetan el milímetro. Nosotros, lo contrario. Nos rozamos un esbozo, como dudas al alcance. No descarto que también estés cercana de las cuerdas o la pluma - los artistas manejamos un idioma parecido, del vaivén como perfume del avance.

Ya volvemos a sentir, en el estómago, los frenos. Me parece que... ¿se baja? Los augurios... Ahí tienes. Nos quedamos en la misma terminal. ¡Honestamente! Los que viven, no precisan escribir con la mentira. Todavía sin hablar, en un simétrico volteo, nos giramos a la puerta. Me colgó de la nariz con el perfume de su pelo. Multitud. Atolladero. Los que salen. La bocina de largada. Nada más estaba calmo su perfume, como nube de licor. Los que se meten, como muro que te prensa. Rodillazo. La bocina. Ya no pido más disculpas. La bocina. Los empujo. ¡Voy saliendo! Los empujo sin reparos. ¡Estoy fuera del vagón!

Con los talones rebanados, me parece. También ella lo logró, porque la huelo. Multitud que, lentamente, se disipa - como lento disiparse del embrujo.

Desazón. La desmesura del oxígeno, ¡qué rara soledad! Se fueron todos. ¿De verdad no queda nadie? Soy yo sólo con el mundo. Tan discreta como dentro del vagón, sin que la viera -más veloz que su perfume, todavía por el aire- se marchó, deshilachando, para siempre, su camino de mi rumbo.

42

LA FAMOSA CORTESÍA CON QUE CHINA TE MALTRATA

Sin cerrojos. Pero cada picaporte me pegaba -como todos los metales, por lo seco del ambiente- la patada de su chispa.

No lo creas mala praxis. Hay lugares donde todo sale mal y, ciertamente que, de China, no podríamos decirlo. Pero sí que casi todo se te vive complicando de manera fastidiantes.

Soy ecuánime. Balanza, pero no de la justicia: de las justas. Lo sé todo. Me contaron sus secretos. Los conozco de verdad. He convivido. Los he visto por adentro con dos ojos extranjeros que no tienen compromisos. Me moví por los obstáculos de China de la forma que camino por mi casa.

Las llegadas resultaron diferentes. La del África fue dura. La del Asia, cansadora. Pero, bien, jamás nacer ha sido fácil. Ya venía de cintura desarmada: no quería ni cenar ni recorrer. Pedí las llaves. Al entrar, no me dormí - me desmayé. Seguramente lo recuerdas: cuando niño, si jugabas o corrías al calor, en el verano, la canilla parecía transportarte -lo sentías en la piel- al paraíso. Sazonándola con sed, el agua sabe deliciosa. Fue lo mismo con la cama.

De seguido, soñé golpes a la puerta. No recuerdo lo demás, pero tocaban. Era raro. Parecían provenir del interior de mi cabeza. Los oía como, pálidos, un eco por el fondo. Me pesaba no sé qué, pero seguían ¡sin parar! y, finalmente, desperté sin despertar - con espejismos de mi cuarto. Pero no: miré dos veces. Otra más. “¡Terminen ya con esos golpes maldición!” Recién ahí tomé conciencia. No recuerdo, ni siquiera, si me puse pantalones.

-Al hotel se le permite recibir, únicamente, ciudadanos nacionales. Es preciso que se vaya, por favor.

Yo todavía no lograba despertarme.

-C... ¿Cómo dice?

-Mandaremos al botones que le saque las maletas.

-En rigor, un ultimátum debe darse cuando ya se dieron todos los avisos. Además, ustedes mismos aceptaron mi reserva.

-No comprendo.

-Yo tampoco.

Lo peiné con el portazo. Sin tapujos. La ventaja de tener que manejarte con idiomas extranjeros (el inglés, en este caso) viene dada por el hecho de que puedes elegir lo

que conviene comprender y lo que no. Lo que comprendes, además, te lo traduces a tu gusto.

-Caballero...

Me tocaban en el hombro.

-Caballero.

Mal inglés. Abrí los ojos y tenía ¡policías! al costado de mi cama. Yo podría despacharme con el nombre del hotel, pero, de veras, hace falta más que esto para ser, amén de siglos y milenios, inmortal entre mis arias. Los tocados por mi pluma son escasos, ¡poquitísimos! Después, más adelante, mis amigos me dirían que son muchos los lugares restringidos a turistas por razones de defensa. Las ventanas del hotel, en este caso, permitían ver antenas del ejército. Quizás, aquella noche, la persona que tenían era nueva, me dejaron ingresar y, cuando vieron el error, me despertaron. Como fuera, me marché sin demasiada cortesía.

-Yo no viajo con maletas. ¿Tengo cara de turista? ¡De poeta!

Se lo dije levantándoles la pluma. Solamente me movía con un mínimo carryón. Estaban todos agitados. O con miedo, te diría. Por lo visto, cometer estos errores era grave. Me marché, completamente desvelado - con un sueño que pasaba toneladas.

Los carteles y los altos edificios de cristal se lucen más de madrugada. Las ciudades, por aquí, Gggggggrrrrrrjjjjjjjj spuj! son sorprendentemente grises en el día. Por la noche, luminosas, de colores. Es igual por toda China.

Ya podría distinguirlos -todavía sin leer- por el aspecto de los trazos. Está lleno, pero, bien, con los letreros nada

más en mandarín, si no conoces el idioma, los hoteles se te mezclan con los otros edificios. Hay algunos caracteres que te gastan el ovillo de la pluma; ni Teseo lograría desandar sus laberintos. Además, es ciertamente muy difícil encontrarte con personas que comprendan dos palabras en inglés, sin ofuscarse. No podrían saludarte, ni siquiera. Se pasaban los minutos y las cuerdas, y seguía con la búsqueda. Del modo que la sed hace, del agua, panacea, la demora, de los bancos, hace camas. Pero no. Resistiría. Ya mi pierna no rengueaba, por lo menos. El avión es un recinto curativo como pocos y la luna, como lámpara de piedra, cicatriza lo que toque de la piel a lo profundo de los huesos.

43

LAS ESTATUAS

Su jardín se ve mejor en la tormenta.

Desperté bastante menos congelado que feliz, pero con frío. Todavía no lograba darme cuenta de por qué, pero sentía por la sangre ¡por los pies! que se venían unas arias deliciosas - más allá del contratiempo de la noche. Permití que la mañana, con su rastro de frescor, desempañara mis retinas por sí sola, sin apuros. Las aristas. Los colores. ¿Ves lo mismo que mi calma? Santo cielo... Tras el velo de los rayos que se cruzan por el alba, retrasándose, con suave lentitud, de los segundos, un patrón agrupa caos en billar. Repetición: el componente natural de la belleza. Tan despacio que parece que, más bien, se

rebobinan, en la plaza que se tiende por delante de mi banco, con filosa mansedumbre, forman cientos de personas dibujando movimientos de taichí. Parecen... ¿luces?

A medida que pasaban los instantes, cada vez veía más: eran espadas destellándome su rostro, que también al sol le gusta, de deditos apretados, hacer músculos delante del espejo.

Son distintas elegancias, pero siguen siendo bellas: otros blanden abanicos. En verdad, no sé por qué me recordaron a mi madre, cuando creo que jamás he visto uno por sus manos. Hay ancianos y pequeños. Ya después me contarían que también había muchos profesores.

Otra vez. Esas hormonas agridulces. Es extraño, porque... ¡Dios! ¡Pasé la noche con ustedes! Desperté. Me recompuse. Quedé listo. Ya después me contarían que, de noche, sin querer, había ido, con alguno de mis pasos, a parar a los jardines de la XISU² (por sus siglas en inglés), institución que centraliza los estudios superiores en idiomas extranjeros. Dios los cría ¿Te lo puedes figurar? Dormí por horas a su lado. Las estrellas (¿¡igualándonos!?) nos juntan.

Es un círculo de bustos donde posan escritores a donaire de cincel. Un exponente por idioma, como dándole facciones: eran Pushkin, por la tarde que me traje de Victoria. Por inglés, el que parece ser el único que tienen. Alighieri, por la lengua que le pone, mucho más que las orquestas, melodías a la música. Lu Xun por mandarían. Estaba Goethe, pero mejor hubiera sido cincelar una valquiria. Por Arabia, Víctor Hugo. Sin sorpresas - el de siempre por la lengua, según dicen, cervantina.

² 西安外国语大学, Xian International Studies University.

No les voy a dar la paz en estos términos. Ni -saben-
jen ninguno! Porque, vean lo que pasa: yo disparo con mi
pluma, pero, luego, ¡me responden publicistas que disparan
por ustedes! No se crean que la gente que les mira, cada
tarde, sus gastados, exitosos apellidos, los conoce por sus
obras - ¡los conoce solamente por el busto! ¡Por el vano
monumento! Tanto más, sospecharía que tampoco la
persona que los hizo levantar, los ha leído. Son un tótem a
postrar. No los conocen de su puño, ¡los conocen por
contagio! No les voy a dar el beso de la paz, en este credo.
Lo que nunca lograrían con el arte, simplemente lo novelan.
Si tuvieran que seguir con esta misma situación, estoy seguro
de que sólo me sabrían convertir en indigente. No podrían
escribir sin el impacto de los hechos de su lado. Somos
plumas diferentes. Esta clase de materias, ¿constituyen
una línea divisoria? ¡Mucho más! ¡No tan cercanos!
Constituyen el océano picado, ¡tormentoso! que separa, con
flagrante claridad, al guionista, del poeta.

No parecen comprender: algunos dicen que mi pluma
cobra filo cada vez que me los cruzo. ¡Pero no por influencia!
Porque son el enemigo. Donde todos ven un patio, vi -
mejor- un matadero. Si miraras a través de mis retinas, yo
no sé qué pensarías de mis ojos. Confrontándolos, recuerdo
lo que soy: un escritor, y no de letras - de milagros. He
logrado que cualquiera, solamente con leer unos renglones,
reconozca que se trata de mi puño. Sin embargo, ¿me
podrían decir algo similar ustedes mismos? Conocemos la
respuesta. Son actores que se van interpretando
mutuamente. Si se pierden por las hojas, simplemente van a
ver de qué manera procedía su maestro. Todo queda más o
menos parecido, con matices. Al final, apenas son un
corolario de lo mismo, con un nombre vendedor en la
portada. No tendremos a la paz como pretexto. ¿Son

mejores? ¿Contra quién se compararon? Hace mucho que los ponen en la cima, por axioma. ¡Les allanan los capítulos, a coro! Son brillantes porque, dócil, sin preguntas, el sol habla bien del bronce. Ya con esto les resulta suficiente para no tener que vérselas con otro.

Si tuvieran dignidad, en este punto, se pondrían un seudónimo cualquiera para ver si su talento sobrevive todavía sin el dato de la fama. Como yo, que le consigo maravillas al papel, pero sin ángeles, ¡en China! - ¡sustraído de mi nombre! Más aún y, sobre todo, del idioma, la potente munición del literato, para ver si de verdad soy escritor de mar abierto. ¿Qué me dices? ¿Oigo bien? ¡¿Que ya murieron?! Pero, ¡cómo! ¡Si detentan monumento! ¡Que revivan a medirse con mis arias para ver si me superan! Si se dicen escritores ¡que construyan los recursos necesarios! ¡¿O tendré que ser yo mismo que les muestre, como quien les enseñara, la manera de morir sin desprenderse de la pluma?!

¿Qué me dejen en la calle? Sin problema; cada uno con sus miedos. Además, mi corazón se multiplica con la luna. Pero, ¡rayos! Que también aquí me vengan a poner estas afrentas... ¡¿Es así la tan mentada cortesía de los chinos?! Por supuesto, si tuvieran que seguir, ustedes mismos, esta parte, me pondrían a romper sus monumentos así, luego, me llevaban detenido. Lo más fácil es meter al personaje principal en un problema. Sin embargo, yo les voy a demostrar que la belleza también puede progresar a sola pluma, sin apoyo de relatos - pero sólo se consigue con poetas verdaderos.

Mis lectores no se dejan conducir como los perros, que persiguen el reflejo de la luz de las linternas que les muevan en el piso. Son mejores que los suyos. ¡Les exijo que me lean

con los ojos conectados al cerebro! De contrario, que no vengan a mis arias. Cada quien con sus autores. Cada paz con su cordero. ¿Lo comprendes? Numerosos personajes viven gracias a tu tiempo. Cada palmo que nos cedas de reloj, es territorio que jamás devolveremos. Los segundos se consumen como mechas - no son tallos, que rebrotan. A lo sumo, se conservan disecados entre versos, apretados con las hojas. Nada más. Así que sé como los premios: exigente, ¡despiadado! Si mis arias no consiguen erizarte por adentro, ¡conmoverte por afuera! no te quedes a leer ¡no lo permito! Si mis trazos no consiguen encenderte mucho más que las caricias o los besos, soy igual a tantos otros escritores con estatuas y laureles. ¡Estos mismos! ¡que no dejan de mirarnos! Y por más que levantaran mi virtud con pedestales por debajo, no sería sino busto repetido. Si la pluma no te pincha los sentidos, hay mejores pasatiempos que nosotros.

Nos rozábamos narices, enfrentados. Finalmente, me volví. No nos pegamos solamente porque no tenían brazos. Los dejé con sus volúmenes sin música. Yo saco, del idioma, melodías -¡tú las oyes!- de las hojas, ¡pentagramas! Acarícialas y nota la salvaje diferencia. Realidad. Comparación inevitable. No podíamos hablar: nos manejábamos en lenguas desiguales - ellos sólo la reducen a papel. Algunas obras ¡las inmensas! no se pueden escribir con humildad. Me fui con hambre.

Les pasé por el costado, con el tranco del que quiere continuar. A las espadas, más de cerca, les vi -feas- unas pecas oxidadas.

Me senté, sin sonreír ni saludar, en una casa de comidas. Ya los chinos me tenían enojado. De común, no desayuno tallarines, pero, bien, era lo único, de todo lo que

vi, que más o menos resultaba familiar. Y, sin embargo, nada menos fidedigno que la foto del menú: ¡me los sirvieron sumergidos en un caldo de picante! Tan picante que pateaba. ¿Tallarines? Parecía que trataba de comer cables pelados. Los colores asomaban, venenosos. Sí señor. Comida china. Que la pasta la conocen, en Italia, nada más por Marco Polo.

Los siguientes en llegar se me sentaron al costado. Los miré. No dije nada. Los siguientes en llegar se nos sentaron al costado. Los miré. No dije nada. Los siguientes en llegar se nos sentaron al costado. Los miré. No dije nada. Los siguientes en llegar nos apretaron: eran mesas compartidas. En segundos, devoraron sus tazones con violencia de pirañas, a la vez que, de reojo, se fijaban en mis sorbos, extremadamente lentos. No precisan del hornillo: los calientan con ajíes desangrados. El picante frena más que los modales, todavía. Son extraños: cada vez que, por un lado, me dan ganas de pegarles, por el otro, me sorprenden con un gesto de notable cortesía: para no dejarme solo, recargaron sus tazones. Pero, ¡raros!, otra vez los devoraron en segundos. Por mi parte, solamente me salía revolver con los palitos. Aguardiente. Los espárragos hervían. Se sirvieron otra vez y, nuevamente, lo tomaron a mansalva. Mi tazón bajaba más evaporado que bebido. Finalmente, no probé ni dos milímetros de sopa, pero, bien, con eso sólo me bastó para caerme de mis labios, enterito. Con el ácido picante -que después eché de menos para siempre- me quedaron imposibles de besar; acartonados. Es lo mismo que curtirse con relámpagos y callos.

El olor de la comida no se puede describir con una frase por lo mismo que nos choca: su matiz es, por completo, diferente de cualquiera conocido. Con palabras, nos

podemos referir a los colores, los sabores, o las notas. Tienen nombre. Sin embargo, los aromas necesitan compararse.

Lo que pica nada más es la cabeza. Reconoces al novato desde lejos: enseguida queda todo despeinado. Deberíamos decirles urticantes, porque hieren. Arma química. Fragancia solapada. Lo que sientes en la boca, como filos que cortaran, es dolor - y lo que menos necesitas es rascarte. Me trataba de dar aire respirando más aprisa, pero, bien, al exhalar, el abrasivo del picante me quemaba nuevamente, de salida.

Lo recuerdo con traumática crudeza: combinando la cuchara Gggggggrrrrrrjjjjjjjj spuj! con los ágiles palitos, un señor hizo sangrar al ensopado. Sin salir a respirar ¡ya lo tomó! con el efecto de tirar de la cisterna.

Nada más en un momento, la saliva se te ve sobrepasada. Todo sabe como fuego. Lo contrario del insípido. Lo mismo que quemarse con arena, sin sandalias: al comienzo te parece que resistes. Buscas agua. ¡Buscas agua! “¿Para qué, si ya la tienes en la sopa?” preguntaron, totalmente naturales. Los miré. Me comprendieron por los ojos. Enseguida me sirvieron de tomar en un vasito. Lo bebí con decisión: “¡¡está caliente!!” - “Saludable”, me dijeron. Porque “fría da catarro”. Me trataban de dar ánimo; clamaban, todos juntos, a la vez: “入乡随俗!” - “a donde fueres -lo sabrás del español- haz lo que vieres”. Hice caso. Les pedí que me trajeran ¡por favor! una cerveza. Desde ya, no la tendrían de nevera (lo sabía) pero, bien, al menos no me la querrían calentar - y fue lo mismo que limpiarme las heridas con alcohol. Escandalosos, no dejaban de gritar, mientras comían.

Cuando quieras perpetrar, al mismo tiempo, maldición, irreverencia, vejación y menosprecio, sólo clava los palitos, verticales, en la taza del arroz. Los africanos son iguales - por momentos te parece que funcionan nada más con despotismo: necesitan del tirano. Derramaron mi paciencia. Se callaron -con el rostro de los niños sorprendidos in fraganti- pero sólo cuando, súbito, quebré, con los palitos, la cerámica del fondo de mi cuenco. Sonó seco. Las miradas se salían de sus ojos asombrados, por primera vez redondos. Uno quiso dispensarse, con extrema suavidad y con el tímido bigote de los chinos:

-Es verdad. Al extranjero no le suelen agradar nuestros modales. ¿Nos disculpas por favor?

-Cuando tú mismo te das cuenta de que tienes mal aliento, significa que lo tienes repugnante.

44

SALIVAZOS

Y o tendría que poderlo comparar con otra cosa, pero, bien, es lo que más lo representa desde toda perspectiva. Por dolor, pero también por impotencia. Los modales tienen células malignas que no deben descuidarse. La maleza, de comienzo, no destruye por completo los jardines, pero pronto los asfixia. Cubre todo, como vasto melanoma propagándose. No sé si se conoce la vacuna, todavía. La metástasis le pone distinción a lo grotesco, como gato que te peina su lengüita. No se trata

Ggggggggrrrrrrjjjjjjjj spuj! de riqueza verdadera: nada más es oropel. Algunas veces, toma forma de peinados; otras tantas, de vehículos. Modismos, se les dice. Poca cosa. Lo que surge de mezclar a las personas con macilla. De común es un efluvio, porque sube - de tal modo que conoces el futuro de tu clase solamente con mirar a la que sigue por debajo. La más alta se termina pareciendo, por patrón sucesional, a la plebeya.

¿No lo sientes? Mientras flotas por mis versos hay millones de personas escupiendo sobre China ¡todas juntas! ¡a la vez! Están torciendo, sistemáticas, el eje de la Tierra. Por lo menos en ciudades alejadas de la costa, muy probablemente sirvan como mar, de termostato del ambiente. ¿Nunca viste cómo comen aceitunas cierta clase de señoras? Las demoran un segundo con los dientes y, después, con la palanca de la lengua, se las mandan al estómago. Parecen exhibirlas en un último, sucinto pantallazo. La cuestión que nos ocupa Ggggggggggrrrrrrjjjjjjjj spuj! se resuelve de manera similar, pero viniendo. Si les prestas atención, en muchas bocas puedes ver una bolita preparada.

Regresaba de Xiao Zhai en autobús. Una persona salivó por la ventana. La vorágine del viento devolvió la munición: bala perdida que pegó sobre cualquiera. Sonó lindo, como guiso salpicando de las ollas - y cualquiera continuó como si nada, con la paz imperturbable. Simplemente se limpió con un pañuelo que sacó de su bolsillo. Nada más - ¡como si fuera suficiente! Ni siquiera la buscó Ggggggggrrrrrrjjjjjj spuj! con la mirada para ver si le llegaban las disculpas.

Ya cansado de tenerme que volver con repugnancia, por lo menos, me traté de divertir jugando párrafos a ser

caricatura: caminaba disparando, vertical, una bolita para, luego, capturarla de regreso con la boca.

-¡Qué grotesco! ¡Santo Dios! Si me permites, yo te muestro la manera de lanzarlo. Todo tiene requisitos a cumplir: es importante que su golpe con el piso tenga más sonoridad que la salida. Debe ser una canica consistente, que parezca que se salta por sí sola de los labios - no la lluvia salpicada de los brutos. Elegancia. No la quieras impulsar con un grosero cabezazo. Distinción. En diagonal, hacia las nubes. Sin hacer un solo gesto con el rostro. Gallardía de pintor; perfil erguido. Como perla: sin partículas de sangre. Miniatura de prestancia. No chasquidos de saliva: ponle clase con un soplo clariluz de cerbatana.

“No te mofes, escritor, que son mejores que nosotros en muchísimas facetas.”

“¡Adelante! ¡No le prestes atención! Es el autor el que decide si los párrafos perdonan la gordura por el busto redoblado que confiere, ¡no los otros! - de raquíptico talento.”

Me sentí como la copa soportando los pequeños golpecitos de la lluvia: te parece que resiste. Pero vi que lo venía desgarrando de su tórax, desde lejos. Pterodáctilo, no pollo. Gallo sí, pero de riña. Nos seguimos acercando, ¡ya salía! Caminábamos en sendas direcciones enfrentadas y, después de revolverlo con la boca se dejó, baldosas antes de mis pasos, un pulmón en la vereda. Se lo quise devolver bajo la forma de zapato - pero yo soy escritor, y no persona.

Los asiáticos conversan, con auténtico pavor, del inframundo Gggggrrrrrrjjjjjjjjjj spuj! ¡de los bárbaros modales del oeste!, “donde todo lo que ya nuestros ancestros, hace siglos, se llevaban a la boca con la mano,

¡todavía lo destrozan a serrucho!” Por su parte ¡paraíso! Ggggggggrrrrrrjjjjjjjj spuj! numerosos tentempiés que “ya” comemos con la mano -tortafritas o maní- sólo los tocan con palitos.

Se podría comparar con el amor: es un imán al que te pegas o repeles por completo. Dignidad: ya no salivo ni siquiera cepillándome los dientes. “Eres raro. ¡Si de veras te repugnan es peor que te los tragues! De los labios a los huesos. Ven aquí, que lo mejor para la piel son las enzimas de la boca - mucho más que los ungüentos.”

45

RAS DE COLMO

Lo difícil que resulta calcular a dónde pega lo que lanzas.

No por álgida maldad de ser humano - por entrañas de poeta: cierto día, me cobré con la moneda que les duele. De regreso, me quedé con un asiento para mí. Los observaba desde todo mi confort, holgadamente. Con la vista periférica, captaban enseguida los lugares que, tal vez, quedaran libres en los próximos segundos. Me paré, sin despegarme del asiento. Se mordieron el impulso. No moví las pantorrillas del lugar y, simplemente, me quedé, sintiendo toda su tensión durante todo mi silencio. Lo sostuve diez segundos hasta ver que se calmaban y, de nuevo, me senté.

Dejé pasar unos momentos y, sin prisas, otra vez lo repetí. Se les venían los piecitos. Cada vez que parecíamos frenar, yo me paraba - sin moverme de las suelas. ¡Procedí del mismo modo tantas veces como fueron necesarias! Al final, cuando bajé, quedaron todos congelados, sin moverse ni mirarme. No son tontos: los asiáticos aprenden repitiendo, desde niños. El asiento quedó libre. Ya los ves. Ahí los tienes. Y nosotros con absurdos malabares pedagógicos.

Extraño. Cada vez estoy llamando para casa más temprano, nada más salir el sol al otro lado del planeta.

Ya volvía, con la bolsa de la tienda. Nada grande ni pesado. Saturado con smog, el airecillo te parece que te lame por el rostro. Yo trataba de pensar en las caricias de la brisa de mi casa, cuando ¡plip! un golpecito me sacó de las imágenes. ¡Malditos! ¡No me dejan escribir una palabra sin que tenga que volver sobre lo mismo! Revoleando mi lección, le di dos vueltas a la bolsa. La tercera dio de lleno: le torció los anteojos por la cara.

Se trataba solamente de las cajas que rellenan con más aire que producto. Fue, sin dudas, más sorpresa que dolor.

Si dividiéramos lo poco que sabemos entre todo lo que no, la proporción sería nula. Todos hablan de su brillo, pero nadie lo conoce: compran plástico por oro. Yo sabía sobre letras, pero no sobre los chinos. Se compuso, me miró sinceramente preocupado (le sangraba la nariz ¡no quiso darle relevancia!) puso manto sobre brasas y, sin nada que ganar, me dijo “nada que temer” y, de la mano, me llevó con un doctor de su confianza. Ciertas cosas que creemos ignorar -en este caso, sus sospechas- las sabemos. Explicó: “se siente mal y, por las dudas, he querido que lo viera”. No

lo dije, pero sí. Los dos pensábamos lo mismo. No te brota sarampión si las defensas están sanas.

46

DILO RÁPIDO ¡NO DEJES TERMINAR ESTE RENLÓN!

Es un obstáculo cruzado: se les hace tan difícil pronunciar el español como difícil se nos hace pronunciar el mandarín. Los abecés se les estiran en un largo recorrido de vocales, tan quebrado que no logran transitar en sus sonidos. Diferente paladar. De los tambores, es difícil sacar música de viento. Ponen ganas, pero todo lo galopan con extraños monosílabos, sin erre (como galos que me gimen con los vegos) y sin pe (como los árabes, besando mis balabras en sus manos). De su parte, ponen muchas otras raras consonantes que jamás escucharías en ningún otro lugar. Son pentagramas bajo claves diferentes. Tan así que, si preguntan por tu nombre, lo que sea que respondas es lo mismo que la nada: necesitan que también se lo dibujes por escrito. ¡Lo tenían de mi pluma! Pero, bien, al enfrentarse con un puño castellano, se desarman: “deberías elegir, si me permites, otro nombre - pero chino. ¿Cuál te gusta?”

Tan sencillo. Todavía que, si llegas a dudar, en un segundo te deciden, ellos mismos, lo que luego te perdura para siempre. Su paciencia milenaria se parece derretir

como cascada. ¿Lo creerías? Me dejaron sin palabra que poner sobre las hojas. “¿Tan difícil es ser libre?”, comentaron. Bella forma de pensar; así que tiene pasaporte: como forma de belleza, que se quede por mis arias cuanto guste.

Te sucede nada más con los amigos que conoces de pequeño: cuando vuelves a cruzártelos después de mucho tiempo ¡quizás décadas! es fácil conversar con el acento cotidiano, sin distancias. Las aristas combinaron y, con ellos, fue lo mismo. Parecíamos amigos desde siempre.

Se le dice “comprender”. Hay dos maneras diferentes de viajar: horizontal (la mentirosa), vertical (la verdadera). La primera, nada más, es recorrido de turista. Conexión de superficie. Paseítos, con apuros burdelianos. Excursión, que no concede pertenencia. Más que día, reflectores. Salpicado de resúmenes. Enclaves, en genérica sinopsis. El país y la persona quedan vírgenes: sin huella. Suvenires, que se tiran en la próxima mudanza. De contrario, la manera vertical es la que surge de quedarse, de vivir algunos meses, de salir y trabajar y conocer a las personas. Aportar inspiración. Pertenecer a la ciudad y que te dejen, tus amigos, su riqueza cultural en pertenencia. Que los puedas extrañar. Volver oriundo. Penetrar, bajo la forma de raíz. Brotar después, a donde quiera que camines. Escribir en su papel. Autor de mundo. Conectar con el espíritu. (Los libros se conocen de manera similar). Que les concedas corazón y que consigas, cada vez que no los puedas olvidar, acariciarlos en tu piel.

47

NACIONES SUPRANACIONALES

No depende del país ni de la raza: las culturas diferentes se me tornan familiares a través de lo mejor de sus personas.

Hay franceses que lamentan el olor -que no despega la tormenta- de las calles de París, y sarracenos que no ven un solo trazo de la fina donosura de los árabes en esos obstinados mercaderes de bazar y callejones (te lo dicen apenados: “insistir como lo suelen es mezclar pedantería con bajeza”); ¡corazones africanos que podrían competir con el de Cristo! Por supuesto, ya también conozco chinos que Pericles les hubiera preguntado qué pensaban sobre Grecia. Con atónito rubor, en sus maneras se parecen disculpar por los demás. No son iguales, y se nota. La corriente del lugar en que nacieron no les zanja las estrías.

Como fue con los semitas en su tiempo, como suele suceder con los gitanos hoy en día, se baraja por ahí, diseminada, bajo poncho de su piel, otra nación sin territorio. Con la cerviz, hace cruz del cielorraso - pero trata de subirlo.

Los nosotros: constituyen una patria, pero sin independencia. Si logran congregarse sobre todo lo que son, en un estado soberano, bajarían inmigrantes de los cielos a vivir entre sus páginas.

Los ellos: son también una nación, pero de muchos territorios. El salvaje de París es el que, ya, si fuera chino, no sabría distinguir entre los pisos de los templos y los potes de basura. Dejan, ambos, parecidos reptaderos. “Yo no fui”, responden antes de que nadie les pregunte. Ponen cara terminal y, si preguntas, no comprenden: se te quedan enganchados con mirada de bovinos.

Si formaran un país se matarían entre ellos.

48

CASAMIENTO

Días antes de la boda, bendecida, la familia condecora la fachada del hogar, como tratándose del pecho. Desde lejos, fosforecen las linternas como rojas lucernalmas esparcidas por la noche. Son rubí de los pendientes que se pone cuando quiere conquistar: con once mil primaverales primaveras, China sabe seducir. Es una vieja, perspicaz emperatriz, que desayuna cada día, con el sol, un elixir que la mantiene quinceañera. La princesa, todavía sin corona ni palacios, enamora mucho más que la monarca, con poder - y no por joven: por incierta, como todo porvenir. El horizonte, cuando luchan la tormenta con el sol, se ve fantástico. Recuerdan al amor. Es una viva paridad que no depende de los años.

Tuve mala puntería: desde lejos, fue sencillo confundir el resplandor del decorado de su casa con el tono pardirrojo

de los bares y, si bien lo consideran un sagrado, más sagrados se les hacen los amigos. Las personas educadas no son tan meticulosas con un huésped, sobre todo si proviene de distancias asombrosas (para ver la Gran Muralla, queda mucho más a mano despegar hacia la luna que venir hasta la China). Se tomaron mi flagrante carestía de cultura con la risa tropical del caribeño - con acento del oriente. Propasaron la disculpa que pedí (con el exceso del artista) designándome padrino: pude ver el entresijo de los ritos, por adentro.

Nada más notificados, todavía sin saludos ni fotógrafo, los padres solicitan un consejo de familia, donde pueden objetar oposiciones los parientes inmediatos. Una vez que los reparos se diluyen a la sólida respuesta del amor (hay una clase de confianza que detentan solamente los que -jóvenes- están enamorados) se procede, sin ninguna dilación, a revestir de sortilegios los espacios del hogar: en las ventanas y las puertas se colocan amuletos adhesivos; en el piso, cobertores que lo tapan por completo (siempre rojos); talismanes por doquier y, suspendidos de los techos, variadísimos colgantes.

Eso sí, no me dejaron ayudar a colocarlos: se requieren unos dedos portadores de la más favorecida providencia. Gentilmente, te convidan a quedarte retirado. Tienen todas las matrículas al día; llevan todos los asientos de rigor: en la ciudad, apenas quedan dos o tres afortunadas a las que -seguramente por error- no les conocen mala suerte. Cada día pasan horas anudando, sin parar, esta carnada. Donde sea que las llamen, deben ir.

Es importante que se note, que se vea de la calle, que lo sepan los demás en los adornos y las luces y las cintas del portón.

El día previo de la boda, los amigos no se pueden despegar del prometido. Permanecen en su casa, sin salir. Y, de manera permanente, van y vienen comitivas con misión de celebrar el protocolo de los ritos. Nos llevaron los atuendos que debíamos vestir en el enlace. Con los dedos en quirúrgico rigor, controlan todo: cada cinta. Cada nudo. Cada coma de la letra del embrujo.

La mañana de la boda, tonos antes del albor, nos despertaron a bombazos y relámpagos de fuerte pirotecnia. Sin cuidado, la trataban de tirar a las ventanas donde todos los amigos nos hallábamos durmiendo. De repente, los oímos en la puerta; ¡no querían esperarnos un bostezo! Se metieron -todos ellos y su ruido- caminaron a través del corredor ¡ya los oíamos venir! no nos dejaron protestar y nos mandaron a vestir de ceremonia, con las galas de rigor. Eran las tías y los tíos y los primos y las dos afortunadas del lugar y los abuelos y los niños, en el mismo borbollón que los adultos. Parecía Navidad a dos minutos de las doce.

Salsipuedes cultural. En mandarín, con este claro caracter, dices “persona” 人. Lo recuerdas fácilmente por las piernas. Y, con este, cuyos brazos lo declaran, dices “grande” 大. Por encima de los grandes, dices “cielo” 天. Más arriba, perforándolo, “marido” 夫. Ya tenía que vestirse como tal, a la manera de los reyes - es decir, según manual: al prometido le colocan una suerte de rarísima corona que destaca porque salen, de la nuca, dos paletas laterales paralelas a los hombros. Cada palmo del atuendo luce vivos amarillos y celestes, pero siempre conspirados a favor del carmesí, que prepondera por doquier.

No nos cedían un detalle: ya vestidos, el abuelo dijo
-Alto.

Le bastó con un susurro. Los demás quedamos todos en silencio. Ya testigo de los años y de todas las posibles engañas, quiso ver que, de verdad, bajo las botas, nos hubiéramos calzado los soquetes colorados, que, quizá, se nos habían distraído por allí. Con tanta cosa... Por supuesto, nuestros pies les concedieron la razón a sus ochenta primaveras; “¡con lo sano que -ya sabes- es el rojo!” ¡Lo decían convencidos! Otro día, contaré lo divertidos que resultan los estadios donde -chinas- las hinchadas son también supersticiosas en extremo. Nos queríamos atar un cordoncito que ciñera, más acorde con los tiempos, esbeltez a la cintura. “No señor. La tradición es de lo poco que nos queda todavía desprendido de la moda”. Regordetes, caminamos a la calle sin chistar - y lo que vimos fue grandioso: desplegada, como corte de fanáticos en orden de batalla, se formaba, con espíritu marcial, la procesión que marcharía con nosotros al lugar del casamiento.

Van al frente, transportados en furgón, los artilleros, arrojando pirotecnia sin parar. Están sentados en la caja, sobre miles de bombitas que parecen un colchón, cubriendo todo. Cada uno las enciende con su propio cigarrillo. ¡Volarían a granel con uno sólo que, de yemas de jabón, se les cayera! No pararon de tirar hasta después del mediodía. Caminábamos pisando sus retazos, en cenizas. Por doquier, olor a pólvora quemada: me pinché con la memoria de los tiros en el África. No pude refrenarlos: la nariz recuerda más que la cabeza.

Veo, rojos, sus colores, ¡oigo todos los sonidos de la dicha! La mañana de los sábados, en calma, combinada con la tarde de los viernes, vigorosa. Qué sencillo ser poeta caminando por aquí, con los sentidos inflamados; con los ojos al alcance de la luz y con la luz metiendo gestos y miradas y personas en mi mente.

Van, después, los instrumentos en orquesta. Se destacan los atados de bambú, que desafinan con el mismo lloriqueo de las gaitas. Hay aplauso de platillos, pero no consigo ver un solo borde de metal. Es el silencio más incólume saltando por los aires: el del alba. Cada noche se remata con un bajo donde todo se parece detener. El nuevo día duda mucho de su propio nacimiento. De común, no sopla viento - nada más hay una clase de frescor inconfundible. Ni siquiera pasan ánimas. No cantan ni los grillos, ni los pájaros. Podrías escuchar a las estrellas arrugándose las brasas. Es aquí donde se ponen a dormir los conductores, manejando.

Más atrás, a pocos tiempos de la banda, voy a tranco de padrino. Muchas veces, el respeto se demarca con vacío: caminaba con un radio de distancia de los otros y, siguiéndome, detrás, con más espacio todavía, va, radiante como sol, el prometido. Ya cerrando la columna, va, por último, la corte responsable de cargar con la litera donde vamos a raptarla.

La mañana que nos pisa los talones, el perfume del oxígeno, la dicha bajo todas sus facetas a la vez: el porvenir y la tensión, las amistades y los hechos. ¡Ya doblamos a su calle! Los curiosos engordaron la columna; los restantes se plegaron. Al partir, partimos muchos; al llegar, llegamos miles. Por doquier, olor a niños. Lo podría resumir: ¡felicidad! ¡Felicidad por todos lados! Pero ya llevamos horas caminando - con el peso de los trajes en aumento. Parecemos cardenales. Igualmente, ya llegamos a su casa que, seguro, tiene baño.

-No son tantos...

Me di vuelta,

-¿Cómo dices?

El hermano con los primos esperaban a la puerta, como flores de la boda. No sabía: deberíamos luchar. También había mercenarios en apresto, redondeando la patota.

-Tú serás el comandante de los hombres del furgón. Yo, de los músicos.

La banda desdobló sus instrumentos en garrotes y, los míos, sus cigarros en picanas. La misión era pasar, como pudiéramos. Y sí, nos dimos duro, sin matarnos, pero...

Bien. A puntapiés en los tobillos, les mordíamos terreno. Cada palmo que lográbamos ganar cobraba golpes. Se pusieron todos juntos apiñados en la puerta. La pelea se ciñó: quedó más bien en forcejeo. De repente, vi que ya nuestros aliados del furgón y de la banda no venían con nosotros. Pegan más (se cubren menos). Rajaduras. Gritos. ¡Cánticos! De todo, menos sangre. Somos dos contra la turba de parientes, que, ya todos liberados a su risa, ponen fuerza - no candado. Me reclaman un... ¿peaje?

¡Ya recuerdo! Pasos antes de salir, entre los tantos amuletos que me dieron de llevar, había varios sobrecitos colorados con dinero. Dar con ellos, en el ciego laberinto del ropaje, fue difícil. Demoré, pero pasamos a la casa.

De repente, somos dos con el silencio. Nadie más. Ahora falta lo difícil: encontrarla. Por encima de las formas, los preceptos del pasado son lo mismo que la ley: tenemos todo permitido, que, después, en cada nuevo festival de primavera, charlarán, con un escándalo gracioso -cada vez un poco más exagerados- sobre todo lo que sí nos atrevimos a dar vuelta. Por su parte, con extremo disimulo, -¡que sus

padres las podrían encontrar!- ella dejó, para su novio, ciertas pistas escondidas en los sitios más insólitos de todos. Al final, estaba fácil. Vimos rojo del vestido que salía por la puerta del ropero. Si recuerdas, es el sitio donde suelen ocultarse los pequeños, cuando juegan. Un augurio bien urdido.

¡Nos agarran por detrás! Ahora ¡¿quiénes?! ¡Son los tíos! Ella sale -nos aprietan fuertemente por el cuello- su vestido se parece traspasar a diferentes dimensiones -¡es en serio! ¡Ya no logro respirar!- (está tapada con un velo desmedido que no guarda proporción) y, sin hablar, con una pizca delicada de sus dedos, les agarra las falanges y, torciéndolas de lado, nos libera. Quedan todos en silencio. Caminamos a la sala donde tienen, en altar, una mesita con retratos: sus ancestros. Les sirvieron un simbólico bocado con, también, una botella - no simbólica: de grata calidad, y destapada. Bajo forma de reflejos, unas velas ponen chispa por sus ojos. Más allá, como dos ídolos sedentes, en el colmo de la paz, están sus padres. Se dirigen a sus pies; el resto vamos unos pasos más atrás. Habló con cálida templanza de león:

-Aquí ninguno de nosotros precisamos de su boda. Ni sus hijos, si llegaran a tenerlos. No se puede superar, con un conjunto de rituales, al amor. Los matrimonios no son títulos (decía, con acento paternal) habilitantes. Sólo guardan un propósito: sumar felicidad; que ya la tienen en su cumbre. Pero, bien, de todos modos, como quieran dar un paso más allá del infinito, lo daremos con ustedes.

Alboroto, nuevamente. Sin disturbios, esta vez. ¡Es el momento de raptarla! Pero sin tocar el piso. Va colgada del pescuezo de su novio, que la lleva. La cargó con un

romántico vaivén. Ahora todos colaboran sosteniendo su vestido. Los secuaces que trajimos van abriendo la litera.

Por segunda vez en horas, derramamos nuestra vasta procesión sobre la calle. Tulipanes y jardines. Abanicos y dragones y linternas. Simetrías. Rojo vivo por doquier. Superstición. Una cultura tan intensa, tan unánime, que mires donde mires, sin apenas salvedad, estás en China. Todavía, cada cuadra nos añade sus curiosos. Esta vez, a la cabeza, va la banda. Con la pólvora, más bien abrimos paso. Ya, los músicos, anuncian. Cada tanto, se detienen para dar exhibición de virtuosismo, ¡saltan notas por el aire! De contrario, yo lo logro de manera permanente con las letras, sin parar. Pero tampoco nos pongamos exigentes al extremo: lo genial y la distancia son virtudes de rarísimo concierto. Más atrás, cerrando filas (o malón) alternan hombros los que cargan la litera. No resulta diferente con el resto de la vida: cansa menos caminar que detenerse de continuo. Pero sí que lo de no tocar el piso lo tomaban muy en serio. Caminamos a lo largo del reloj hasta llegar a los salones de la boda, donde todos beberíamos a ritmo de festejo.

49

LA BARBARIE DEL CUCHILLO

No podríamos servir de parangón. Es inusual la relevancia que detentan los antiguos profesores de los novios. No tan sólo ponen nota. Días antes, ya pasaron por sus casas para dar la bendición a las familias. Los intentan recibir con agasajos, pero no: “los privilegios hacen mal a los deberes”. Después hablan ante todos los presentes, en la boda.

Según dicen, en la mesa se definen los modales. Me tenía, bajo todas las razones, extrañado que, después de numerosos desayunos, en las cenas del oriente, todavía pareciera forastero. Son piolines, no palitos. Con traidora sutileza, se te burlan anudándote los dedos a la vista de los otros comensales.

Como crasos profesores, mis amigos me brindaron el ejemplo: se mandaron a traer una cajita de cubiertos solamente por si yo se los pedía. Se llevaron, cada cual, un tenedor con su cuchillo, de manera que, con pocas excepciones, donde fuera que comiéramos, habría. Nada menos: la barbarie que troncharon en su punta, que casaron en su par y que gastaron en su filo, permutando lo salvaje (que serruchas por el mango) por estéticos palitos (que diriges a caricia de los dedos).

De verdad, aquí los calvos son difíciles de ver. Cuando te pasas y te pasas, con afán, un peine fino, te comienzas a sacar tu propio pelo. Tengo dudas. No podría sostener que

yo también, en Uruguay, hubiera sido tan atento (lo diré: tan tolerante) con un chino.

50

LOS BALANCES QUE MAQUILLAN

Hoy en día los protegen con magníficos galpones, sorprendentemente grandes. Antecielo, les podríamos decir. Allí se pueden ver arqueólogos mimándolos, lo mismo que si fueran a casarse. Te parece que sus rostros, cincelados hace siglos, los miraran con amor, ¡que de verdad agradecieran, ablandándoles las frentes! Es un tipo de ternura que, quizás, aún esté por definirse; pero sí. Se ve real. No se podría confundir con el trabajo dedicado, meramente.

De su lodo terracota, Shǐhuángdì mandó nacer a sus guerreros. Hay lugares que, sistólicos, te llenan el espíritu de sangre. Son santuarios. Conocí su majestad y sus aromas.

De seguido, los hundió bajo la tierra. Pero, ¡¿cómo?! Si las artes, ¡la belleza! se realizan al desnudo, bajo sol y bajo luces, exhibiéndose (la pluma se dirige nada más a los solteros).

Adornar ¡al interior! un mausoleo, dice mucho. Tanto más, encomendarse, prisionero del terror, a la custodia de guerreros inmortales, cuando muerto. ¿¡Quién ordena que se pulan armaduras de colores para, luego, sepultarlas!? Los

idiotas temen fácil y los monstruos son engendro de sus propias pesadillas. Valentones, no valientes. Hay un frágil rudimento defensivo que los guía. ¿Gran ejército? Jamás. Un gran ejército comienza por su jefe. Yo lo sé de las palabras: el idioma que tenemos es el mismo, pero mira lo que son bajo mi pluma de poeta.

No te dejes engañar, que, bajo toda condición (emperador o campesino), donde sea (sea cielo, sea Tierra), más aún: en esta vida, pero, bien, en la siguiente; tanto más: a la derecha del Señor ¡en el mismísimo parnasos! Shǐhuángdì se mandaría levantar otra legión que lo proteja, temeroso de morir en un deceso subsiguiente.

La brillante, fabulosa, colorida paradoja de que sólo los guerreros hayan sido rescatados, pero no Su Majestad, que permanece, todavía, sin poder desenterrarse. Más aún, que los expongan y, de golpe, la nación se vuelva rica.

No se puede conservar el patrimonio si no llevas un balance. Te lo digo con mis puños agarrándote del cuello: los ahorros que te lleves a la tumba serán todos registrados como pérdida. Los viejos no se fían de los bancos y los ricos no desoyen al contable. Les podrá faltar de todo, pero no soberanía ni vivencias.

51

CEMENTERIOS

Relicario con aspecto de futuro.

Si consiguen, del papel, un universo, tanto más de las esquinas; ¡o, mejor, de las personas! Un poeta no te mira sin pagártelo con arte. Ni las rocas son estériles, ni brindis de los ángeles, insípida la lluvia. ¿Nunca viste las raíces aferradas a la piedra? Lo que sacan es lo mismo que la pluma de los ojos. Si no fuera por el arte, las pupilas se tendrían que decir inanimadas. Al comienzo, yo seguía su pisada. Ya después, seguían ellos a mi pluma, más allá de que, llevados por mi mal orientación de forastero, terminaríamos, a veces, en insólitos lugares.

Son difíciles de ver en las ciudades: de común, los arrasaron con enormes edificios. Sin embargo, cuando sales a la zona más rural, hay, todavía, numerosos cementerios. Cada pueblo se raciona con el suyo, de manera que, si miras desde lejos, te parece ver dos pueblos colindantes.

De común, en otras partes, por sus símbolos y formas, constituyen una rama de las artes. ¡Se podrían confundir con galerías o museos! Hay relieves, esculturas, ¡epitafios! que la tienen: la belleza se distingue sin que debas aceptarla. No decides. Es un régimen tirano.

Sin embargo, contra toda su cultura -colorida, como sabes- los de China son insípidos. No pueden encontrarse referencias, ni con textos ni con íconos, a Dios y, de

contrario, más horribles que cualquier espantapájaros, levantan esqueletos humanoides con el fin de mantener a los demonios alejados. Parecíamos estar en esa fábula del bosque con los árboles gruñendo, como tótemes

chinos - con estos sopapos te tocan el ritmo: prosperan, no rezan a Dios y le rinden honor a Satán demostrándole miedo (yo mismo quisiera que muchas estatuas temblaran al verme pasar...) ¡Hasta Judas persigna su pecho!

Me parece que lo vengo sospechando desde siempre: las novelas no son tanto los esfuerzos, el valor o los desánimos del héroe sino -más interesantes- las andanzas del villano.

52

PROFESOR VOCACIONAL

Enmarañado con ideas y preguntas, me detuve. Por primera vez en todas estas páginas. Calmé los recorridos. El cerebro me pedía de la sangre que frecuentemente corre por mis piernas. Regresé. Cerré la puerta. Las cortinas, a trasluz, atemperaban el paisaje. Las paredes absorbían el color, para que no me distrajera. Me saqué de la muñeca mi reloj y despejé la superficie de la mesa. Me senté. Dejé de lado la grosera cerrazón de los conceptos: pensaría. Pensaría desde cero. Pensaría, pero no porque buscara la verdad, que me tenía sin cuidado (soy artista, no filósofo) - tan sólo por probar otra

faceta del placer; ¡de la belleza! Nada menos. ¡Nada más! ¡De la belleza! Los artistas la sabemos conseguir: los escultores, de los ángulos; los músicos, del aire. Los pintores, de los ojos. Los amantes, del espíritu, por medio de la carne (los artistas, de la carne, por la vía del espíritu). Jesús, de su poder. El escritor, de todo junto, pero, más: también lo puede de la nada. Sin idioma, volveríamos en arte **los gruñidos de la fiera**.

De la forma que te sientas a la mesa para sólo disfrutar del cocinero, yo lo mismo, de la mente. Me gustó. Sentí la plácida mecánica del trance. Por momentos, parecía que la pluma se movía sin ayuda de mi mano.

“Ya lo ves. Así fue siempre. Yo no soy el que -tan fácil como dicen- ‘aparece’. Son ustedes los que vienen y me frotan.”

-A los grandes escritores no los vas a sorprender con ironías.

No sabía si bromeaba. Simplemente comenzó, sin más saludo:

“Propiedad sobresaliente de la carne: se dilata”

Por primera vez hacía que también un personaje no real ¡imaginario! se mostrara por mis hojas.

“Ley de doma: los humanos son mudables. El demonio, como sabe de los hombres, oye ‘no’, pero comprende ‘no por hoy, quizá mañana’”

Sus palabras afloraban de mi pulso. Parecíamos estar perfectamente conectados, aunque no nos conociéramos.

“Segunda ley de doma: los humanos incorporan a su psiquis lo que ven y lo que oyen, de manera que ningún

intento cae en saco roto. Siempre quedas, por lo menos, bajo forma de calor. Así que nunca charlarás con un espíritu dos veces. Es distinto; no le creas a su nombre. Son terrenos diferentes: el oído tiene más temperatura.

Corolario: los mejores, al momento de tentar, no necesitan del remate. Les alcanza con un leve vientecillo de sus labios. Los finales explosivos evidencian el defecto de virtud en lo demás. La tentación es un proceso que funciona con el tiempo de su lado (los amantes del sí fácil, al final, son los que menos se disfrutaron). ¿Sabes cómo deberían dibujar a los demonios? Enclocados. Extremadamente cómodos. Sin prisas. Susurrándoles, al lóbulo, ‘despacio...’; con el lado jabonoso de la voz - escuchas menos el sonido que la brisa.”

-Me recuerda, por la forma del temor, las intrigas solapadas de los naipes. Yo pensé que gustarías de la lid ajedrezada, con las piezas a la vista.

“No funciona. Tú lo viste con tus ojos: Dios, de tanto predicar abiertamente, quedó fuera del tablero.”

-¡Despiértate ya! ¡Lo que ganas por viejo lo pierdes por malo! ¿Despierto? Volvamos entonces. Razona conmigo: Dios es santo, no defensa. Si le dejas el balón se marca muchos autogoles. Recupéralo. No dejes que se vaya. Los parásitos no deben agotar el organismo del que comen.

El amor por el amor es una cómoda butaca donde sólo descansar (también el odio, nada más que sin cojín). Los buenos dioses, mucho más que dioses buenos, deberían ser sagaces. El calor enardecido del sagrado corazón es un calor que no da luz - la luz es hija del cerebro. (Me reí. Se me vinieron al papel las estampitas de Jesús, no con el pecho:

con el cráneo descubierto, señalándose los sesos perforados por arterias. Desde niño, las espinas me confunden).

“Tú podrías escribir mis evangelios.”

-Ya los míos van espléndidos; y bastan. Maravíllate con ellos. Hacen bien, rejuvenecen y devuelven el color.

53

ENMASCARADOS

¿Te conoces? Ven, asómate. Descubre los espejos.

Nos habíamos juntado por la tarde -de común, aquí se cena muy temprano, todavía con kilómetros de sol- y, con los saltos del reloj, aún con brindis en los párrafos, habíamos perdido camaradas. Ya quedábamos tan sólo los solteros, las botellas terminadas y las otras, por abrir. Es lo que llaman “juventud” esas personas que, quizá, parecen simples, ¡que, tal vez, leyeron poco! Pero, ¿sabes?, tienen toda la razón - están, sin dudas, en lo cierto.

Ya después nos pasarían la factura, pero, caros de vencer, por el momento, nuestros cuerpos resistían otro tanto. Tan así, que nos pusimos a pensar en pasatiempos que llevaran más allá la demasia: propusieron sus ideas entre sístoles y gritos.

Puse freno. “Los apuros precarizan el placer”. Y, tanto más, algunas veces, te los hacen dolorosos. “Preparemos un

manjar a semejanza de mis arias: le pondremos dilación, incertidumbre, timidez. Palpitaciones. Infracción. Escalofríos.” Parecía que lo más emocionante que jamás habían hecho, nada más, era beber. Había uno que solía remontar en ascensores panorámicos. Los otros, ni siquiera.

“Mucha gente va completamente ciega por la vida. Se disponen a los otros y no saben quién es quién exactamente: no podrían afirmar que se conocen más allá de lo que fingen. Repliquémoslo nosotros, esta noche. Cancelemos el sentido de la vista. Será fácil: Dios está de nuestro lado - como pueden observar, hay luna nueva. Bastará con apagar los artefactos y las luces. Ya con eso, no podremos ni siquiera distinguir un desdibujo recortando la penumbra. Nos tendremos que mover como los ciegos. Quedaremos tan oscuro que, tan sólo con su luz, un cigarrillo lograría retumbar, en las paredes, como pulso de fogón de chimenea. Precisamos, además, quedar completamente sordos. Subiremos el volumen de la música tan alto que, gritando, no podremos escuchar, aunque dejemos los pulmones, nuestros propios alaridos - mucho menos los ajenos. Una vez cumplimentadas estas simples condiciones, andaremos libremente por la casa, trasladándonos a tientes - y que pase lo que tenga que pasar en la ruleta del anónimo concierto. De mañana, cada quien podrá decir que se quedó, sin desplazarse del lugar, en compañía de su vaso.” Nada nuevo, que, los riesgos y la duda, son la forma de volver interesante la concordia.

La verdad era que yo me divertía proponiendo, como cosa natural, estos escándalos que, casi de seguro, por pudor, resultarían desmedidos. Con las caras que ponían me pagaban todo género de daños en imagen. Pero, más aleccionado que vencido, comprobé que, subyacentes, hay facetas de la gente que descubres, nada más, en el casino.

Me miraba con la máscara del póker y, mejor, con esos ojos de leyenda del oriente. Repicándolos, sus hielos recordaban el sonido de los dados.

En la China, si te rindes a las drogas, te castigan con la pena capital. Así que sólo respirábamos un globo cuyos gases producían, como toda sensación, un cosquilleo delicioso por los dedos de los pies. Noté su falta de costumbre porque ¡ya! si no sentían las cosquillas enseguida, respiraban otra vasta bocanada - con lo cual, en un minuto, las sentían con efecto potenciado. Menos mal que, finalmente -con las luces encendidas- evitamos intentar malabarismos con pecados.

54

EL SECRETO DE GUARDAR EL EQUILIBRIO: NO SACAR DEL HORIZONTE LA MIRADA

Las entradas de los nuevos edificios todavía son horribles. Sin embargo, cuando subes...

No se debe confundir con la que todos conocemos, que se ve desde la luna. Más concisa, se presenta mucho más estilizada. Su grandiosa caminata deja dentro de sus muros unos barrios antiquísimos, hermosos, conservados en brillante pulcritud. Es un paseo fascinante: su perímetro se puede recorrer en bicicleta, por arriba. Si

volaras muchas horas en avión a pedalear unos minutos por aquí, serías muy inteligente.

Cuadrilátero soberbio que se ve desde mis hojas, abrazando la semilla de la ruta de la seda; joya, sol y capital, donde las artes y los genios se nutrían, como yo, del cruzamiento de culturas; viene siendo, desde siglos, la muralla más hermosa del momento.

Superpone las paredes con dos anchas avenidas que se cruzan en su centro, de manera que se forman, a su largo, cuatro puertas: las restantes son bonitas; la del sur, es increíble, con sus árboles de luces y sus bares. Desde lejos, vi sus álgidas brazadas indicándome la mesa. Me llevaban el hogar a donde fuera, nada más con esta clase de saludos. Entre tantas familiares, una voz desconocida. Nada más con saludarla, se calló.

-No te preocupes, que teníamos licor en vez de sangre, por las venas.

Enseguida percibí que se sentía con un poco de vergüenza por haberme sostenido la mirada (con los hielos al compás, para peor) aquella noche.

Comentaban una moda del pasado, no tan vieja: sus abuelas la solían observar a rajatabla. Colocándose vendajes apretados desde niñas, atrofiaban a propósito sus pies, que les quedaban reducidos a pezuñas. Según ellas, eran mucho más sensuales. ¿A qué clase de varón le gustarían las mujeres sin muñones? Era poco razonable, simplemente. No se puede comparar el taconeo del muñón con el chasquido de la planta. ¿Qué? ¿Nos vamos a reír? No tan deprisa, que nosotros apretábamos la prensa del corsé sin ni siquiera demarcar abdominales. Intrigado, le miré las pantorrillas: era claro que también habían hecho sus avances en estética.

No pocas orientales acostumbran usar lentes de contacto de colores como parte natural del maquillaje. Sin faltar a la razón, ella tenía decidido que su forma de vestir le combinaba con el verde. Si la vieras con tus ojos, no pondrías objeciones.

Hay bellezas que radican en lo simple: su mejor aparición es de cabello distendido, sin pintarse. Pero, bien, también hay otras -desafiantes, inseguras o postizas- que precisan ser magníficas, excelsas, producidas. En su caso, se trataba, con patente claridad, de las segundas. Cejas lentas, de pincel, como con pulso de Tiziano. Luz y sombra finamente trabajadas en sus pómulos. Mas árabe que china, por los múltiples contrastes de color. Por donde vieras -esto sí bastante más inmaterial- moderadísimas partículas de brillo. No camina: te parece que flotara. Su perfil, como milagro del diseño, va cortándole senderos por el aire.

¿Lo sabías? Hace siglos, en Europa, se brindaba de manera que las olas de cerveza se besaran por encima de las jarras. Al mezclar el contenido, disipaban el temor de que cualquiera de los otros comensales lo pecara con veneno. Más que brindis, era piña: las tenían que chocar, así volcaban suficiente. Resistían el impacto: las hacían de metal o de madera.

De finísimo cristal, aquí sucede lo contrario. Consideran, en rigor, que, si brindaras con el borde de tu vaso por encima del del otro, te verías arrogante - de manera que los bajan y los bajan, eludiéndose de forma sucesiva. Tan así, que, finalmente, nunca llegan a tocarse. ¡No se brinda! Bajan bajan bajan bajan y la mesa los detiene. Limitados por la física, le dan dos golpecitos con la base de los vasos, que funcionan como gesto de disculpa. Ni la mesa ni la física ni nada les impide recargarlos, por supuesto.

Yo veía que rondaba, pero sin aproximarse demasiado. Me paré para salir - con intenciones de volver, y tropezármela. Miré la singular arquitectura de la noche, diferente de la nuestra, con el Pájaro del Sur barriendo vuelo por la Virgen, desviándose de Leo. Regresé. Nos distinguimos desde lejos. Mi trayecto caminó con su mirada de destino. Si la diana no se corre... “¿Sé que ya viviste mucho, pero, ¿cuántos años tienes?” Yo sabía presentir las obsesiones de los chinos, y las tímidas no saben -en extraña paradoja- simular ingenuidad: se cercioraba del horóscopo.

-Soy buey. Y si los números no cierran, amañemos el balance.

Se retrajo. Yo no supe si por ser el animal que respondí (fatalidad: el andamiaje de muchísimos artistas) o por ser un animal con la respuesta (mala praxis, pero nunca con el verso). Las pestañas formidables daban trazos novelísticos al corte de sus ojos.

-El amor a contramano casi siempre va con buena dirección.

Se lo dejé de frase célebre. Después, seguí de largo, para darle libertad. En el amor, hay un momento que podríamos llamar “el de la chispa”. Yo sentía que, rizándonos la piel, ya nos había sucedido. Los espíritus del bar (algunos bares tienen muchos más espíritus que templos y parroquias) observaban expectantes. Una cómplice común me susurró: “se ven fantásticos. Tan sólo, ten en mente su cultura. Ve despacio. No te dejes apurar. Si precipitas el hervor, se forman grumos”.

Nada menos. Se trataba de la vieja disyuntiva de frenar en los semáforos si tienen amarilla (por temor o

santidad, características que nunca detentaron los poetas) o de, bien, acelerar para zafarse de la roja por milímetros.

-No vayas a moverte: de seguro que nos mira.

-No lo sé... ¿Por qué lo dices?

-Porque sabe ¡cómo no! de quién hablamos. O por celos.

¡Capturada! La miré con un ligero cabezazo más veloz que su pescuezo. No tenía para dónde camuflarse. Con la piel de porcelana destiñéndose, su cara quedó roja. Sin abrigo. Color carne, finalmente.

-¿No lo ves? ¡Las chinas somos vergonzosas! Y, peor, ¡con tanta gente!

-¿Me la tengo que llevar?

-Los abanicos aquí sirven nada más para taparse. ¡Somos tímidas! Por hoy, ya conversaron suficiente.

-Como mandes.

Otra vez, no se movió de mi destino. Retiré de mi bolsillo la libreta. Caminando (como tantas otras noches, tantas rimas) escribí: “no digas nada. Sólo ponme tu teléfono”. Medido, respetuoso de su marco cultural, se la tendí, con ambas manos a la vez -ni respetuoso ni medido significan “solapado”- pero dar así las cosas (a la vez, con manos ambas; ¡al estilo circunspecto de los chinos!) dobla toda la visión y, sin querer, se te resbala la mirada por el busto. Su respuesta fue pegarme, con el lomo de las hojas, un vibrante bofetón en la cabeza. Ya lanzándonos sin red, nuestros amigos estallaron en sonoras carcajadas.

Hay mujeres que, sin máximos ni mínimos -seguro las conoces- acompañan la bebida. Se maquillan con el trago. Tomas tú, pero la traza del efecto la percibes en su rostro, cada vez un poco más favorecido. Su milagro no perdura más allá de lo que tomes.

Y las hay, por otro lado, que destellan por sí solas un matiz embriagador. En su presencia, se remangan lentamente los espíritus. La magia del licor, con sus efectos y caricias, la percibes sobre ti. Si no tomaras, no sería diferente. Muchos mueren sin llegar a conocerlas.

Su perfil le pertenece, con entera nitidez, a las segundas. Pareciera que sus labios ensayaran la gimnasia de los besos, con la máxima tersura. No los fuma: sorbe largos, delgadísimos cigarros de salmón que yo jamás había visto. Sus pestañas aparentan imitar la curvatura que sostiene con los dedos.

Sin alcohol, pero también con emboscada, nos pedimos de beber unas semillas tan pequeñas que se toman como líquido. Candiles tibetanos nos palpitan con un punto de su luz, en lo profundo de los ojos. Los trajeron, con total seguridad, desde las últimas provincias del oeste.

Lentamente, con su tibia cerrazón, nos hamacaron la dulzura de la charla. Por alguna coincidencia de los astros, no llevábamos reloj y los minutos se medían en milímetros. Sin prisas, a su paso por la noche, lo distante, con tranquila mansedumbre, se nos iba, sin apuros, acercando. Paulatinos, liberándonos espacio con el tacto del oriente, sus amigos empezaron a marcharse sin venir a despedirse. Reflejaba su permiso de que todo continuara, sin estorbos.

De los tantos que podríamos decir, hay un indicio singular de madurez: estar en frescas condiciones de fingir que la bebida no nos ha perjudicado para nada. Pero, bien, es importante no tenerlo como norma; saber ver si no conviene lo contrario: darle riendas al mareo. Por alguna payasesca sinrazón del pensamiento (trastocado, de seguro, por la mezcla de tentáculos del Asia: crisantemos en licor y satanases en mujer) quebré la noche: “libertad del occidente. Mi capítulo termina donde nacen tus caderas”.

Las calles de China, gigantes, ¡extensas!, obligan al pie. ¡No consigues librarte de sol ni distancia! La vasta demora, las anchas veredas, el largo sinfín de las cuadras, los mil escalones que bajan al metro, los puentes en arco saltando las calles que nunca te dejan volver por el mismo camino que fuiste: los cierran después de las doce. La gente de Xi’an no precisa salir a trotar por deporte: desgastan enormes alturas en tacos al día.

Beber, al principio, relaja. Después, petrifica. Volví como pude, diciendo, sin cruz de pudor, ¡en voz alta!, las cosas que no nos habíamos dicho. Veía las manos, ¡oía la risa!, “¿te gustan los niños?” “¡¿Los niños?! ¡Primero debemos casarnos!” “¡¿Primero casarnos?! Primero saber cómo besas...” Hablaba con ella, zorzal, abstraído. Miraba sus labios, “son dulces, ¿verdad?” y, de golpe, sentí que clavaban los frenos a medio rodar de cubiertas de mí. Fulminante, copó mi cerebro ¡borrándolo todo! la cara de siempre, bellísima, ¡santa! cuidando de mí desde quién sabe dónde - quizá desde cerca. Subí la mirada: brillaba,

perenne, la frágil estrella que ves, aguardándome sola, colgando su luz de la luna, por todas las noches que lleven las arias del este.

Tuve ganas asfixiantes de salirme por la pluma, tropecé, quedé prendido de su tronco, revolví por los bolsillos y cinché del entramado de papel: eran boletos. Apoyé su montoncito de paradas en mi (flaca de la noche) billetera, lo pinché con el acero de mi pluma: ¡no sangró! Sentía fiebre, resoplaba de calor, me remangaba las muñecas ¡y la tinta congelada por el frío de la noche parecía de cemento! Vendaval. Se me volaron los papeles. Me volví para juntarlos y quedé, como cayéndome de bruces a la nada. Si permites que la ráfaga del Asia te despoje de las cosas, al girar a levantarlas, ya van lejos.

Son la misma realidad, en universos paralelos: finalmente, ni los hechos ni los párrafos pasaron a mayores.

Otro día, me crucé con un amigo de la chica. No le pude comprender el simbolismo del saludo. Sonrió: “los paladares avezados se conocen en la pícara pereza de su lengua”. No le di más importancia que la poca que merecen las estrofas a destiempo.

Transcurrieron unas páginas, en días. Descansaba de mis piernas revisando las libretas manuscritas y, distintas de los míos, en la más amoratada, con la brisa de la fuga de sus hojas en mi cara, pestañearon unos trazos regordetes - como sólo los escriben las muñecas femeninas: a la vista de los

otros, temeraria, dispensando los escrúpulos, había colocado su teléfono.

Salí. La llamaría por la noche; no quería molestarla tan temprano. Sin el sol escudriñando, charlaríamos tranquilos. Pero, bien, como guiados por Jesús, nos encontramos en la calle. Por la fuerza de los hechos, aprendimos a ganar velocidad - y nos tiramos los vehículos, cortándonos el paso. Si cualquiera de los dos se demoraba con el freno, nos hubiéramos chocado por amor: no nos iríamos tan fácil esa vez. Sus ojos eran de “me debes un llamado”. Parecía que sus manos me querían abrazar. Yo, complacido, descansé mi yugular en su grillete.

55

TAN PICANTE COMO BRASAS

No te dejes confundir. Aquí los platos nunca son lo que parecen. Si te llevas a la boca tallarines, eran algas amarillas y, si nueces en almíbar, era lóbulo de cerdo triturado. La mirada se relame con lo mismo que la lengua, de seguido, le desmiente. De común, también sucede lo contrario: deleitarte con aquello que jamás hubieras dicho que podría tolerarse dos segundos en los dientes.

Las espinas del olor se justifican en el plato, sabrosísimo. Lo notas con el paso de los días: sigilosas, las raíces del oriente se venían internando por el gusto.

Las mejores sensaciones llevan años - no se logran en minutos. El reactivo que precisan es costoso: no se compra - te lo debes preparar a madrugadas y tendones. El placer superficial es inmediato, no prospera más allá de la barrera de la piel: lo que podrían disfrutar los animales. El profundo, necesita de sentidos entrenados. La primera contracción de la saliva con un vino delicioso no fue nunca deliciosa para nadie.

Los asiáticos afirman que -de sonsos- el sabor occidental es inodoro por lo mismo que también es desabrido. De la forma que nosotros no podemos soportar sus condimentos lacrimógenos, los chinos no consiguen tolerar la salsa blanca. Por alguna pronunciada directiva de sus genes, los sentidos les reclaman agujijones afilados: si color, acidulado; si perfume, penetrante; si comida, que lastime; si ribete, colorido; si distantes, con muralla; si tiranos, abusivos; y, nosotros, en la ciega contracara del planeta, todavía nos creemos desenvueltos, caminamos con el rostro sin incógnitas del dios occidental y nos llegamos a sentir apasionados como nadie. Confundimos el trabajo de Platón con nuestra propia relevancia; lo que son con lo que dicen de los chinos los que nunca los trataron.

Con la paz a discreción, nos encontrábamos mirando la ciudad acomodados en un puente panorámico, tan alto que la luna, cada noche, cuando pasa por su órbita, le roza la baranda. Si la miras con cuidado, todavía se le ven un par de trazos paralelos que rayamos, con el índice, los dos, a la cosquilla de su panza. Lo moví para dejar, en el idioma de las huellas, un mensaje (yo sabía que muy pronto se verían con el Nilo): “No podrías resarcir lo que me debes ni pagándolo con agua. Pero yo te lo perdono”.

Nos quedamos observándola menguar, mientras se iba. “Tengo frío.” La cubrí con un abrazo de película. “Perdón; estás tocándome.” “Jamás. Es el smog.” “Entonces yo regresaré para mi casa. Necesito respirar.” Se dio la vuelta, con un físico sin rectas explotando de sus botas. Ya marchándose, lo dijo de su voz; “y para ti también hay aire, si deseas”.

En el alto rascacielos donde vive (que parece, mucho más, estar colgado de los cielos que rascándolos) las plantas tienen vastos corredores abrazándolas por fuera, todos ellos con paredes de cristal. Observatorio, mucho más que mirador. Desde la luna, juraría que la Tierra no se ve sino de forma similar. Donde los pájaros no llegan. De paisaje, con distancia, se veían otras torres imponentes sobre fondo de la noche. Los aviones, en enjambre, se podían confundir con las estrellas. Más aquí, contra mis ojos, sus pupilas. Bien atrás, en lontananza, si no fuera que las íbamos trazando con caricias, nos hubiéramos leído las ideas. Dijo “mírame tan fuerte como puedas”. Hizo más de lo que dijo. Me tomó. Pegó su dorso con el vidrio. Me cinchó, para quedar aprisionados. Nos quedamos. El cristal estaba gélido. Despacio, nos helamos a propósito. De letras erizadas, moriríamos de frío: no podíamos quedarnos sin entrar. “Tengo las manos ocupadas. Por favor, en un bolsillo -sólo búscala, con toda libertad- está la llave”.

Qué pequeño que resulta, si no sales del hogar, el horizonte. Son la raza más fecunda del planeta: comprendí perfectamente las razones. Al igual que si los usas en el arte, los vaivenes amplifican los sentidos - es lo mismo que poner, a cada cual, un telescopio. Con los ojos, al brindar, dijimos todo. Más abajo, los cristales evitaban encontrarse. “¿Me permites el abrigo?” Lo llevó, conjuntamente con el suyo, donde no nos molestaran. Entretanto, me dejaba carcomer

imaginando qué podría deparar una mujer que te recibe con espárragos saltados, té de flores con ají, turrón de sal y -lo mejor- para los pies, una pileta con un bálsamo caliente. Si sostienes una tela con las manos y la rasgas un poquito, por la sólo sensación de la crocancia de sus hilos, en segundos sientes ganas de rasgarla por completo. Despedaza la cortina, que las uñas de tu sombra rajen biombo, piel y cielo. “Ven aquí, desnudaremos tus pupilas”. Yo no sé si comprendió lo que le dije: por entonces, en verdad, mi prematuro mandarín bailaba duro - pero quiso, sin temores, entregarme su mirada. La tomé como si fuera propietario de su rostro. Cuidadoso, con un toque de los dedos, separé la comisura de sus ojos y, con trazo maquinal, a la caricia de la yema, me parece que por poco ¡la desprendo toda junta de su córnea! Me quedé, con la mirada sorprendida del que ve que se quebrantan ante sí, como por arte del milagro, los principios de la física: “los ojos de los chinos, ¿no son negros?” No podía contenerse: se tendió sobre mi pecho nada más a no dejarse de reír. Después me dijo, con acento de maestra, que la causa del color, en vez de lentes, era Craso, cuyas épicas legiones, derrotadas en la guerra de los partos, moribundas, escaparon a perderse por el este. Deambulando dos milenios por el duro laberinto de los genes, cada tanto resucitan los romanos -una vez entre millones- prisioneros de los ojos del oriente.

Muchas veces, hay canciones extranjeras que nos gustan aunque no las comprendamos. Es allí, precisamente, donde brota la neblina del embrujo. Yo temía que, quizás, una porción del atractivo proviniera de que no nos entendíamos del todo. Nuestra charla resultaba similar a la que tienen ciertos perros con el hombre que pasean de mascota: se sinceran, sin rubor, con la mayor facilidad ¡y te parece que su diálogo prospera! Cuando quieres acordar, están abiertos como nunca, declarándose palabras que

jamás dirigirían a sus íntimos, siquiera; pero siempre con la duda de si todo no se debe, nada más, a que manejan dos lenguajes diferentes. Se vinculan con un lazo verdadero, ciertamente. Pero no gratificante.

Yo, tan sólo, me prendí (sin detenerme, varonil, en esta clase de minucias) de la nueva geografía, con Europa desplazada de su centro, comprimida por el margen, y con China dominando sobre todo lo demás. Un mapamundi necesita constreñir las proyecciones alejadas y, de golpe, vi mutar, en asombrosas contorsiones, los lugares que, por padres o por arias, eran templos familiares para mi.

Con las caderas es igual. En los desfiles militares los agrupan por provincia: cada una de las etnias de los chinos es distinta de las otras a tal punto que no logran coincidir en la cadencia de su paso. Diferentes proporciones entre fémures y tibias. Muchas veces, las siluetas son insólitas. ¡Un verso de mi pluma vale más que mil imágenes! - observa, sin reparos: en la suya sobresalen dos balones de marfil a cada lado de la pelvis. Piel perfecta, sin tropiezos. No podrías encontrar un solo átomo por fuera de la curva. Tan tirante que no vibra. Suavidad que, si la tocas, se desliza con un tacto similar al del aceite. Si le das una caricia, te parece, más parejo que la piel, tocar el viento con los dedos. En la cúspide del brillo: si lo pules otra vez, lo deterioras. Juventud en pubertad; ¡aguamanil de porcelana! Llamativamente blanca, como quien se maquillara con cosméticos de cal; hay más paraguas en verano por el sol que (más baratos) en invierno por la lluvia. Como nácar, pero nunca transparente: no se trata de la piel en algodones, enfermiza, que trasluce las arterias. Blanco fuerte, que no debe confundirse con aguado.

Finos párpados de goma: recorrí, con la caricia de mis labios, la delgada comisura de sus ojos apaisados y, nadando por las olas de su piel (aprisionado, cuando son los toboganes, en verdad, los que se tiran desde ti) sentí las gratas vibraciones del embrujo que, por siglos, ha logrado que muchísimos viajeros -comenzando por el mismo Marco Polo- no se puedan olvidar de los dragones. Es mejor morir en vuelo que soltarlos de la cola.

Las asiáticas no saben tirar besos: se les hace muy difícil apretar el movimiento de los labios - como nunca pronunciaron una pe ni saludaron de mejilla con mejilla, no lo tienen aprendido. Sólo saben de los otros, reservados al amante. Sin opciones, le reduje la distancia. Con picante, la comida llena más - pero genera dependencia: la demás parece toda desabrida. Con el pulso más veloz de lo normal, lo recordé ¡recién allí!: nos encontrábamos encima de montañas, elevados a la luna. Las pupilas, absorbentes. Las vocales dilatadas y las ondas expansivas. Ya mi piel tenía besos en rarísimos idiomas; qué descuido ¡qué terrible dilación! haber estado tantas hojas sin saber de los acentos de la China.

56

LOS ARTISTAS NO SE SUMAN, ES VERDAD. PERO LAS ARTES SE POTENCIAN.

Imagínala tratando de jugar en español: latín con árabe mezclados en hermosas proporciones, estirados, en su voz, a los extremos del oriente.

Como sabes, a los monos les enseñan repitiendo; pero, bien, nosotros somos similares. En el chino, las vocales, con acentos quebradísimos, dan vértigo. Parecen acrobacia con la voz. Las consonantes, por su lado, con insólitos sonidos, estas sí, ya nos agotan -muchas veces en un único tirón- el abanico de las letras. El vigor del alfabeto no contempla la versátil amalgama de matices, entredientes, paladar y contrasoplos; antebrrisas, bajovientos y ventisca (la muralla de verdad es el idioma) resonancias, altograves, ultravoz y voces mudas que, por más que se nos haga paradójico, se dicen con sonido - pero sólo salen bien si te las vienen enseñando desde niño, con aplausos, sonajeros, risas lágrimas y tías. Singulares caracteres con rarísima dicción, para nosotros novedosa, pero ya con muchos versos antiquísimos en Asia cuando Dios le daba forma de mujer a la costilla. Seductor, el mandarín, como mi pluma, se sostiene de las zonas musicales del cerebro.

Con frecuencia (más allá de mis ajoces, de seguro guturales) ella sólo me podía comprender lo que trataba de decir. Como la madre con su niño. No lo dejo de pensar, agradecido: que tuviera de sostén a quién mirar si no

lograban entenderme. Que, sin prisas, en silencio, divertida, con sus labios agradables, me mostrara, seductora, la manera de ponerlos: “es lo mismo que besar su propia brisa”. Son recuerdos que los llevo de tesoro, con amor, en el morral de los regalos de la vida. Con su cuerpo sobre mí, lo practicábamos de cerca, recorriéndonos el rostro con la vista - no podíamos dejar de repetirlo. Que de tanto masticar no me quedaran en la mesa, relegadas, las especias de la China.

Cada lengua se pronuncia, con rigor gramatical, con un volumen definido. Comparado con el chino, nos parece que, sin más, al español hay que gritarlo. Se lo suele descubrir tan indirecto, tan complejo, tan sutil, que nuestras voces europeas se nos quedan reducidas a dialectos. Qué precaria que se ve la sencillez del alfabeto si la pones al costado del hipnótico sinfín de caracteres. Eso sí: los orientales -bailarines de madera- no conjugan con el mismo colorido que nosotros. Hay allí, sin atenuantes, una mágica virtud del español que se la pierden: es maleable. Su gramática responde con preciosa, resistente fluidez. La fortaleza singular del castellano viene dada por sus fáciles cruceros temporales.

Nadie sabe de su fresca, milagrosa suavidad, hasta tocarlas: eran sábanas de seda - pero seda de verdad. En su pureza, permitía traslucir a nuestra piel, apenumbada, la caricia de las velas. Otra vez, el arte vino de los hechos, mucho más que de la pluma. Si se trata de blandir literatura, con las piernas es mejor que con el puño. La novela son los pasos, ¡no la tinta! Mira bien: escriben mucho más hermoso, los artistas, con el pie que con la mano. Nada más hay una cosa que consigue superar al escritor: la sorprendente realidad. Sentó sus órbitas al piano. Cincelándole los brazos, una túnica que, pronto, le quitó motricidad. Con un ligero

movimiento de los hombros, la dejó desfallecer hasta su falda. Con armónico susurro, la miriada de teclas acunó la pesadez de mi cansancio. Comprendí, mientras mecía mi moisés en el oleaje de marfil, la procedencia de mi dicha: fui marfil a sus caricias de pianista.

¿Que qué clase de contacto mantuvimos? Los artistas, de común, nos vamos mucho más allá de la frontera de los cuerpos. Y, tal vez, a mi me falte, todavía, vivir tanto como Lope, pero mira que también a Lope mismo le faltaron un sinfín de mis vivencias. Me dormí con sus caricias en la sombra de mi barba, que nacía. De mañana, caminó con el mayor de los sigilos: no quería despertarme. Yo dormía, consecuentemente plácido, cubierto solamente por la sábana de luz anaranjada del albor y, silenciosa, se dispuso, reclinada sobre blandos de la paz, en un sillón, a dibujarme. La miré, sin desvelarme por completo. No trabé ninguna clase de censura. “Todavía no despierto del talento de marfil y ya te veo sorprendiéndome con otro”.

-Lo que pude dibujar en tus oídos hoy regresa mejorado por mis ojos. Retratarte, nada más es un pretexto para verte los detalles tan despacio como quiera sin sentir remordimiento.

No se quiso detener, y yo no quise deslumbrarme con la luz. Cerré los ojos y dejé que la mañana, de la mano de su tierna, juvenil curiosidad, me caminara libremente por el cuerpo.

57

CRUCIGRAMA

Casi nadie se propone conocerlas: hay personas, al revés de lo normal, a cuyo lado te sacudes la reserva. Tú también eres lo mismo para ellas, sin siquiera proponértelo. La ruta que transitan es recíproca: no puede suceder en uno sólo sin el eco de su cómplice (digamos la palabra sin tapujos) no del crimen: del pecado. Le permites al deseo todo tipo de berrinche. Fui su lícito pretexto para no dejar en pie ninguna clase de frontera. Me decía, de mandíbula trancada, con la cólera radiante del amor, “¡eres el golpe de mis pasos!”.

En las fieras libertades de las sábanas del este, terminal, se me perdió la catequesis que llevaba del oeste. Ya teníamos el modus operandi lubricado; ni siquiera precisábamos decírnoslo: los párpados le daban ignición a la maniobra. Yo, primero, me tenía que poner a conversar - como pudiera- con la chica. Si pasaban los minutos y seguíamos de charla, le tocaba tropezarse con nosotros y tratar de competirle. De mi parte, les dejaba disputar candidaturas y, jugando, con el tono del bromista que jamás te lo diría de verdad, cuando dejaban un silencio, les zanjaba la cuestión: “o con las dos o con ninguna”.

Casi siempre se reían con la brusca, singular imprecisión de cuando pones, en la mente de los otros, una válida locura. Pero no. Después venía su soberbia, contagiosa, magistral evolución a donde todo lo risible de mi

broma se volvía, de manera lentamente natural, un escenario concebible. Nos volvimos un ballet en aplastante sincronía.

Cierta tarde que nos íbamos los tres (y recordando, de seguro, que las caras orientales, al principio, se nos hacen todas medio parecidas) barajándose, la chica se mezcló con un grupito de muchachas que salían de comer y, como no la conocí, sencillamente me retó: “si no te digo que soy yo, no me distingues de las otras. Traigo alma. No descuides la ternura”.

Deberé reconocer la disciplina religiosa -que supimos respetar- de las que sólo se sentaban a mirarnos, sin meterse. Nos rozaban con la vista, nada más, por entremedio de la lánguida marea de la luz.

-¿Y si te casas con las dos? Quizás así se solucione tu temor al matrimonio.

No nos puso catequesis de por medio. Si la forma que le dábamos, a veces, al colchón, le parecía demasiado, simplemente nos dejaba de mirar unos segundos. Procedíamos a gusto, sin obstáculos ni peros.

Si supieras lo que dicen de nosotros... Incluyéndote, lector, que no despegas tu nariz de la ventana de las hojas. Un consejo, si me dejas: una siempre debe ser la principal y, como sea necesario, las demás, obedecer sus instrucciones... Un momento. Disfrutar y cultivarse -no te dejes engañar- son dos labores excluyentes. ¡Excluyentes! Tú concéntrate de lleno, con los ojos y la piel, en disfrutarlas, ¡nada más! ¡en disfrutarlas! Que mis arias están hechas de placer, no de lecciones. Enseñanzas dan los sabios. Los artistas, erecciones. Te diré por qué son tantos los autores que terminan pareciendo pedagogos: con el único recurso de la

letra, lo más fácil es jugar al erudito - lo difícil es dejar los antebrazos erizados. Que la mágica belleza de mis versos mate todas tus neuronas ¡eso quiero! ¿Qué me dices? ¿Qué privarse del saber es doloroso? No le temas: el dolor es componente del orgasmo. Darle riendas a los hechos. Olvidarte cuanto quieras. Atriarte. No dejar una barrera por romper. Echar a Dios del dormitorio. Disputarle sus fanáticos al bien. Pintura china: no volver a repasar las pinceladas. Con tesón, perseverar a los confines del exceso - sin retorno. Nunca más poder volver a ser el mismo. Comenzar otro pecado sin siquiera terminar el anterior; ¡así me pasa de continuo! No termino con un verso sin la chispa del siguiente dando prisa por la pluma. Ya no sé pinchar un punto sin que vengan a colmarme, todavía más copiosas, otras rimas y vaciar el cargador es imposible: va llenándose de nuevo por sí solo. Palpitar a taquicardia. Retumbar a pulsaciones. Esta clase de placer es una forma de la droga. Confesiones develadas. Esculturas bajo sábanas y músculos a roca. Lo mejor de la salud. La juventud se deshacía por la boca. Dilatábamos los límites a llama. Trasladábamos calor a la frontera. Libertad a rajatabla. No teníamos temor. Nos atrevíamos. Salábamos perfume con sudor. Inaugurábamos caprichos y bajábamos la carne con ajíes en almíbar.

-Según Dios, para cumplir con las medidas que pretenden los varones se precisan dos mujeres por lo menos, con sus pechos a la vez, los cuatro juntos.

El orgasmo del autor: enloquecer al mismo tiempo que su propio personaje - cada tanto (sin salir de situación) desenredaba la muñeca de la piel y daba versos a las hojas, disgregadas por doquier entre las sábanas. Romper, al mismo tiempo, tantas normas como puedas. Descubrirse la faceta que jamás sospecharían, ni siquiera, los más púrpuras temores de sus padres. Entender la libertad en carne propia.

-Muchos hombres les prohíben estas cosas a las chicas nada más para no ser el impotente de la fiesta.

Son tan lindas que cualquiera de las dos, por separado, lograría conformar una pareja formidable con cualquiera. Cuando tratas de dormir, una gotera solitaria no te deja descansar, pero la lluvia te sosiega. Con el roce de caricias es lo mismo. Dulces sueños. Tú despiértame si vuelve nuestro dios resucitado.

58

LO QUE VES AL OTRO LADO DE LOS BRINDIS

Está bien - soy un actor haciendo trampa: mi papel, en estas líneas, es de joven escritor con unos brindis en la mano, pero yo, por estas horas, he tomado de verdad. ¡Le levantaron las barreras a mi pluma! Pues ahora vengan todos a mirarla levantar un monumento. ¡Vengan todos! Con la música tan alta no me oyen, ¡ya! -con señas- ¡vengan todos a mi lado! -“¡dejen ver!”- a recibir eternidad entre mis hojas: pasarán generaciones y nosotros estaremos aquí mismo cada vez que dos pupilas acaricien mis estrofas como manos en la lámpara del genio.

“¡Dejen ver!” Se me tiraron al costado, “¡no me tapen!” ¿Tú qué traes? ¿Algo sólido? “¡Jamás!” Entonces pasa: Dragón Blanco. Tienes sitio por mis versos.

Otros ponen la mirada por encima de mis hombros, ¿están viendo? no preciso corregir: es una línea, sin tropiezos. ¡Mi papel es un billar! ¡No tiene pozos! Si lo tensas, se confunde con la bóveda del cielo. ¡Ponle piel al infinito tobogán de su tersura! Lo que tienes a merced es mucho más que castellano; la pureza del acento me delata ¡soy nativo del idioma celestial de los poetas! Nunca nadie lo sostuvo como yo: lo que Demóstenes al habla, lo seré, durante siglos, a las letras. “¡¡Es verdad!!” Me lo celebran con sonoras ovaciones, ¡las escucho! “¿Cómo sé que nos traduces lo correcto?” ¿Lo “correcto”...? Qué palabra tan insípida. Jamás ha sido brote de mi pluma; ¡la tomaste del menú del hospital? “¡Qué boca sucia!” Ven, ¡enjuágala! la lengua no se debe malgastar en esas cosas: bebe toda la botella. ¡Sólo díganme! ¿qué clase de talento me podría superar? Y con el súbito bombazo del “¡¡ninguno!!”, me volcaron clericó sobre las hojas -alguien grita que Dalí jamás hubiera soportado semejante vilipendio- te mereces que lo cite, ¡le festejan el honor! ~~Unos masajes en el dorso~~ me deforman el renglón ^{¡lo que tomaste!} ¡Me robaron la birome! “¡Sacrilégio! ¡¡Sacrilégio!!” Se la quitan enseguida. Ya la tengo, “¡No lo dejen hacer tiempo!” ¡Yo no soy! ¡Me la sacaron otra vez! “¡Es que la pluma se te tranca mucho menos que la lengua! Trompicando te ves tierno” ¡Qué fantástico cumplido! “Tengo dudas, ¿es lo mismo decir pluma que birome?” “Sólo mira: de palitos, hace plumas. Es lo mismo.” No se dejan relegar. Agolpan sienes. “Me parece ver una aria germinando del desorden” El licor es un cosmético fantástico; “si puede con un rostro, ¿por qué no con un papel? Al otro lado de los brindis h...” ¡Ese título me gusta! Precaución, que, lo que digan, lo publico. No les voy a censurar una palabra “¡lo que ves al otro lado de los brindis!” tomo nota “¡escribe más grande!” ¡me rompieron el compás! ¿¡alguna vez habían roto maravillas!? ¡Adelante!

¡Lo permito! ¡Tengo más! ¡¡Inagotables!! Pero quiero regalarles un elogio, ¡lo merecen! Sólo díganme, ¿lo quieren con la fórmula cortés o con la fórmula soberbia? Me responden al unísono ¡son todos una voz! “¡con la soberbia! ¡por favor! ¡¡con la soberbia!!” Lo pidieron. Aquí voy, (hacen silencio) -pero pueden respirar si lo desean- para mí, que traigo páginas rimando desde lejos, es fantástico seguir las con ustedes, elegidos de mi pluma. No podremos separarnos: nos unimos en la sólida memoria del papel. Lo quiso Dios, y yo lo quise.

Gritan vítores que rayan la locura ¡Tengo sed! “¿Ella no toma? La tenemos olvidada” Qué gentil, ¡así da gusto! Ten mi vaso por favor. Le quitaremos el cartucho, “lo ganó. Se lo merece” “sí señor”. Aquí la tienes. Ponle vodka. “¿Cómo vodka? Qué derroche de virtud, ¡sería tinta transparente! ¡Como agua!” Mis lectores me conocen desde antes de las arias africanas y sabrían del magnífico talante de mis letras, aunque yo las escribiera con el dedo. Las personas atractivas proliferan por doquier; las atrayentes, que conservan el enigma, son escasas. Permanecen en los ojos una vez “¡aprieta más!” que se marcharon. Lo mejor de los mejores es precisamente eso: lo que guardan. “¡Ponle vino!” ¿Nunca vieron

(ilegible)

Mis amigos (en rigor, los que tenían el dominio de sus manos), me cuidaron los papeles. Por la tarde, cuando pude despertar, estaban calmos; machucados, es verdad, pero de párrafos a salvo. Como sólido bastión de centinelas al costado de mi cama. Bien planchados. En un raso montoncito de contornos ordenados.

59

EL INSTANTE POSTERIOR AL APOGEO

Ni calmante ni veneno. Para muchos, el licor es combustible. Se parecen a vehículos trancados con el freno: cuando toman, se les suelta. No lo dudan, hacen rumbo de nariz y, meramente, se disparan a correr, como fugándose de nada - pero siempre, por encima de sus hombros, van mirando que los sigas. Es preciso que los cuides: cuando Baco los empuja, son capaces de caer a las cloacas.

-¡Vamos! ¡¡Vamos!!

-¡Pon los ojos adelante!

Tienen una sorprendente, singular habilidad para moverse por el tránsito: se lanzan, pero viven. Yo trataba de seguirle la pisada, sosteniendo las paredes movedizas. Sin dejarse de reír, me levantaba la botella como faro por

encima de su moño - casi tuve la fricción de compararla con carnada. Lo del faro se me vino dos milésimas después, a corregirlo.

Parecía, por la forma de su firme, pertinaz desobediencia, la carrera de los perros escapados que, si tratas de correrlos, se te van y que, si vuelves, te parece que regresan. Pero no. Se te desmandan otra vez. Hay dos opciones nada más: abandonarlos a su suerte, sin dolor, o dispararles con el rifle. Pero vuelves otra vez a darles risa, persiguiéndolos.

Estaba preocupado: no tenía, por la piel, los moretones que delatan al que toma con frecuencia. Se trepó por un portón, grité “¡cuidado!”, sus barrotes separaban un bellissimo jardín de la muralla ¡con la fosa! Se tiró como cayéndose, sin más, al otro lado. Por fortuna -Dios mediante- todavía le quedaba, como margen, un angosto corredor cuyas orillas, estas sí, ¡ya terminaban en el agua! La seguí, trepé los fierros del portón, quedé colgado del zapato, lo perdí, se tropezó (con el impulso que llevaba, por lo menos, conservó la dirección de la vereda) pero no se terminaba de caer y, con el ímpetu fortuito de las piernas, puso rumbo, sin escala ni compás, al terraplén que nos sacaba de la fosa. Se detuvo. Los arbustos respiraron. Esperó. Sentí zafarse de mi voz “¡por fin se cansa!”, pero ya con mis tobillos alcanzándola ¡de prisa! dio dos saltos hacia mi, tiró (sin mucha dirección) un manotazo. Me prendió de las muñecas. De los brazos, hizo firmes eslabones y, de nuevo, comenzó con la carrera. Nos metimos, a través de las rodillas al ganar velocidad, en un hutong (así se suelen referir al barrio típico de China, pintoresco, de silencio musical, ladrillos grises, techos míticos peinados con vueltita, tradición y vecindad). Se le saltaban carcajadas de la risa. No podría describir el recorrido. Me traté de

concentrar por un segundo, ¿dónde diablos nos habíamos... estábamos en... “¡Fuera de mi casa!” Sentí golpes en los huesos, intenté decir... no sé... pedir disculpas; pero no se me caían las palabras de la boca, “¡fuera ya!” Sentí que todos sus esfuerzos me cinchaban. Vi peldaños en mis pies, ¿a dónde íbamos? ¡Calambre! Me caí. Tiró con fuerza de mi ropa. “¡No regresen!” Oí llanto de bebé. Llovían golpes, “¡no regresen o los mato!” “¡No te quedas! ¡Ya salimos!” Escaleras no son muros; olí frío. Las estrellas circulaban por la noche. Ya gateábamos, tratando de guardar el equilibrio, por la cresta de los techos. El albor escudriñaba por detrás de la muralla. Lo siguiente que recuerdo, nada más, es despertar acurrucados entre sol y tejas rotas, con la lengua de cartón, horriblemente dolorido.

-¿Tienes agua?

-Te daría de mi boca si tuviera, pero no... Mejor volvamos cuanto antes.

¿Por lo menos nos podíamos reír? El sol tenía consistencia de pegote: no podíamos sacarlo de los ojos. Y, de golpe, gritó feo:

-¿Qué sucede?

-No te muevas. Bajaré por un doctor.

-Por los bomberos. Me parece que tendrán que... ¿rescatarme?

Qué tragedia que los tragos, en verdad, en el momento que parece que te llevan al nirvana, se desvíen. Era raro de mirar: una cuchilla se mezclaba con mi pierna. No podía levantarme. Por debajo de mi cuerpo, como lava de volcán hipnotizando de sus bordes, un perímetro de sangre, con pastosa fluidez, se dilataba.

60

LA CAÍDA DEL NIRVANA

Tantas vidas como lunas.

Estoy raro de dolor. Ahora sí me siento mal, y sin haberme levantado (no podría) me parece que me caigo de narices. Ya pasaron unas horas, es extraño que no vuelva todavía. De seguro pasó algo, pero ¿qué? si donde sea que la vayas a buscar, la policía queda cerca. ¿Lo recuerda? ¡Nos hallamos en la China!

No preciso que mi madre me la tome con los labios: tengo fiebre. Digo mal: precisaría. Digo mal, ¡precisaría más que nunca! Nada más una cuchilla por la piel y ya me lío las ideas. Qué terrible; tanto más cuanto que tengo, como sabes, otros versos en peores condiciones. ¿Sabes cuántos veteranos de Vietnam murieron luego de catarro? Misma pauta. Por el sol, ya caminaron unas horas. Debe ser el mediodía, más o menos. Por la sed, ya transcurrieron dos semanas.

Esto sí que me preocupa: veo sangre por doquier. Yo no sabía que corrieran, por el cuerpo, semejantes cantidades. Con razón tenemos tanta voluntad. Está... ¿pudriéndose? La noto pegajosa, con olor. Estoy tratando de moverme por mi mismo, pero tengo la mitad entumecida. Solamente me responden las palabras, no las piernas. Solamente las ideas ¡no los huesos! ¿Es así como se sienten los autores que no salen de su máquina? Qué magro

parecido con la cárcel. Hasta hoy, me daban risa. Pero luego de sentirlo con mi propio corazón, los compadezco.

No lo sabes entender hasta que gritas por ayuda - lo que dicen es verdad: la voz es menos estruendosa que la tinta. Mis esfuerzos parecían campanadas desbocándose, sin ruido.

¡Santo Dios! ¡Cayó la noche! Pero... yo... ¿Me desmayé? Qué confusión... ¿en qué momento me sacaron?

-Ya pasó. No te preocupes. ¡Estás bien! No te distraigas. ¿Ves alguna que te guste?

-¿Cómo dices?

Sonrió

-Si ves alguna que te guste para ir a conversar.

-Me pesa todo; pero todo. Todavía tengo sed.

-Así me gusta. Ten un trago.

-No no no, ¡prefiero agua!

De repente, se quedó con las pupilas enganchadas.

-Es hermosa, no podemos permitir que se nos vaya.

-Por favor...

-Si tú no vas, iré yo misma por mi cuenta.

Me volví para mirar; era... ¿Victoria?

Fue lo mismo que sentir un cuchillazo por las arias. Dios empuja de maneras increíbles, es verdad. Y te despierta con impacto. Si pusieras al mejor de los autores a pensar en un desvío sorprendente, de seguro que jamás conseguiría topetazos semejantes. Sin ningún lugar a dudas, era ella, con

un tipo de belleza tan cabal que los cosméticos tan sólo lograrían afearla.

Yo también quedé prendado: cuando quise reaccionar, aparecieron sus espaldas en el cuadro de mi vista. Maldición... ¡estaba yendo! Me paré con intenciones de frenarla:

-Ven aquí.

-Tú no te metas.

-Por favor

-¡Que no te metas!

Se volvió, con el semblante trastocado de la... ¿furia? ¡Me pegaba cachetazos! Cielo sucio. Lluvia ácida de China. Parecía que viniera de llorar durante horas; era raro. Yo trataba de cubrirme, pero... “¡Basta!” ... no podía con mis brazos. “Es igual a...” Sus facciones asustaban. La nariz tenía pozos y los dientes parecían, machucados de beber, estalactitas... “Es un sueño” ... pero ¿dónde?... Las profusas bofetadas eran ciertas. Me costaba despertar. Estaba tieso.

-¿Cuántas horas han pasado?

Solamente respondía con quejidos. No dejaba de llorar.

-No puede ser, ¿jes de mañana!?

Vi su rostro deformado por la noche. Las ojeras parecían derrumbarse de sus ojos.

-No me puedo levantar. Y me parece que tampoco siento nada. Necesito que me bajen. Por favor, avisa ya.

-¿No lo recuerdas?!

-Necesito tomar agua... por favor que venga alguien, ¡es urgente! ¿No comprendes?

El aspecto que traía daba pena. Su color estaba turbio. Las facciones parecían cicatrices. Le sentía, proveniente de las horas y quién sabe de qué clase de desorden, un olor insoportable, nauseabundo. Qué distintos que se ven los bebedores si los miras desde mesas separadas. Desperté con su presencia sobre mi. Nos encontrábamos tendidos en la misma posición, marcando tejas en el pecho, con los cuellos de costado, despegándonos la boca de la lengua. Los dos mal; y con el sol en las espaldas. Por primera vez notaba sus falanges deformadas de pianista.

-¡¿No te quieres acordar o no recuerdas?! (Era cara de terror y no tan sólo de borracha). ¡Santo dios iremos presos!

No podía comprender. Los recovecos de la cara parecían reventarles, como quien llorara piedras y no lágrimas. Rugió con un bramido cuya voz desconocía.

-¡Yo me voy!

-Estás... ¿drogada?

Vomitó sobre la cáscara de sangre.

-Si te sirve de consuelo, yo me hice.

-¡No nos deben encontrar!

-¡De qué me hablas! Ve por alguien, te lo ruego. Ya lo ves, hace dos noches que

-Si llegas a bajar, tan sólo miente.

-No comprendo, dime ya lo que pasó

Sacó su rostro de mi vista, para irse.

Me parece recordar aquella noche sin lagunas: la carrera, los tobillos, el portón y la vereda, los barrotes y la fosa. La botella. Las que ya se nos habían terminado. Las rodillas provocándole raspones a la hierba. La salida. Los arbustos. El hutong. Los “¡fuera ya!” Las escaleras. No le tengo que creer: está completamente ebria. ¿“Los borrachos siempre dicen la verdad”? Si fuera cierto, bastaría con hacer que los testigos no pudieran presentarse sin beber, ante los jueces. Pero, bien, por otro lado, su pavor era real, y lo gritaba tan segura que cualquiera quedaría con la duda. ¿Qué tragedia, qué pecado, qué delito recordaba que no pudo ni decírmelo siquiera? ¿Mis heridas lastimaron su cordura? No lo creo. Se marchó, sencillamente. Pluma mía, le tendremos que sacar, a la vacía plenitud del abandono, sus estrofas, que seguro que las tiene. Qué rarísimo final, quedar aquí, desconectado de mis piernas, apagándome. “Final en implosión”, así podrán clasificarlo los maestros. Qué precario desenlace para tanta maravilla, ¡qué festín para los críticos! ¿Es lícito, si no lo recordabas a la hora de los brindis, escribir un Padre Nuestro? Yo sabré dejar la gota que me reste bajo forma de sagradas escrituras, y dirán que sus milagros no los pudo conseguir una persona. Que sospechen de la mano del Señor. Que no me crean. Que mis versos infinitos se les hagan imposibles al humano, que me dejen de llamar el escritor y que me digan el profeta. Pero... siento... ¿son los últimos mareos? No molestan para nada, ¡se disfrutan! Son un péndulo rodando libremente por el cráneo. Justamente, cuando ya se coagulaba la recarga que le dí, sustituyendo la de vodka. Somos vidas conectadas

“...una más. Ahora pásame las finas; y las... esas. Las estériles. Perfecto. Limpia bien. Allí te queda.... Suficiente. Suturamos, ten aquí...”

-Que quede lindo por favor.

-Más anestesia...

-No te muevas. Sólo duérmete...

Sentí que me pasaban una mano por los ojos. Y más nada.

“Con mis años, tengo más conocimiento que los médicos: si tienen apetito, los enfermos no se mueren.” El doctor no tuvo nada que robar de la bandeja que llevaba la señora. Por un lado, fue difícil: la comida sin picante no se puede disfrutar. Es un agente depresivo. Por el otro, les pedí si me dejaban repetir. Detrás del médico, venía, masticándole los pies, un policía.

-Buenas tardes, ¿hoy qué tal?

-Me siento bien.

-De todos modos no te vayas a tratar de levantar, que reventarse las arterias es gravísimo. No tienes una noche de reposo todavía. Te debemos controlar.

Miró los puntos.

-El señor te necesita preguntar algunas cosas, pero sólo si te sientes de buen ánimo. Si no, vendrá mañana.

-Por favor, les agradezco si le pueden acercar aquella silla.

-Muy amable (respondió). No se preocupen, yo la llevo.

Más allá de lo que pudo suceder y de la fea gravedad del contratiempo, por lo menos, al final, había ido por ayuda. Ya podríamos charlar sin la bebida de por medio.

-Por las dudas, ¿saben algo del cuaderno que tenía? ¿Lo pudieron conservar o se perdió?

-¡Te lo guardamos! Y, de hecho, te lo traje. Lo tenías apretado, me parece recordar, bajo tu pecho.

-No quería que los versos se volaran.

Sonrieron,

-Me complace devolvértelos, entonces. Lo tuvimos que mirar, por protocolo.

Con el máximo respeto de dos manos a la vez, me lo tendió.

-¿Parece música, verdad? Es español.

-Y ya la puedes continuar en una mesa, con un té.

-Le quedo muy agradecido. Con mis páginas a salvo, ya le puedo responder tranquilamente.

-Los vecinos avisaron y, por suerte, te pudimos rescatar. Nos encontrábamos a tiempo: todavía respirabas.

Intenté que no notara mi sorpresa. ¿Los vecinos?

-¿Ellos cómo lo supieron?

-Empezaron a sentir... si me permites... el olor. Y comenzaron a buscar un gato muerto.

Me reí, pero por dentro me sentía desinflar. Había sido, nada más, abandonado. Conocí, después de grande, la difícil orfandad.

-Necesitamos que nos digas qué pasó.

No tuve tiempo de pensarlo. Con un gesto de demora, ¡con un mínimo traspie!, levantaría toda clase de sospechas. ¿Cómo fuimos a parar en esa casa? ¿Qué demonios parecíamos hacer que nos tuvieron que correr a cuchillazos? Y, lo más espeluznante, su terror, que me llenaba de lagunas. ¿Qué podría declarar el atacante? ¿Qué secreto debería confesar, bajo temor de policías o fiscales, ella misma? No debí menospreciar las aptitudes inventivas que se forjan con la práctica del cuento. Sólo dije la primera solución que se me vino:

-Me trataba de matar.

El policía se sintió decepcionado, me parece. Su respeto provenía, sobre todo, de mi sangre derramada, de la lucha desigual con un ladrón o con un loco. ¿Suicidarme? De repente, ni siquiera me podían otorgar esa postrera deferencia por haberlo consumado con valor. Pero, tratarse de matar en ese sitio, ¿resultaba verosímil? Por las dudas aclaré:

-Quise saltar por el balcón, y tuve miedo. Me quedé paralizado. Decidí tomar valor a la manera del cobarde, destapándome botellas. Pero no: la cerrazón en la ventana, ¡las cortinas en el viento! todavía me lograban repeler. Así que quise conseguir una salida no tan alta. Fui bajando de manera sucesiva cada vez un poco más hasta llegar a los hutones. Pero, bien, desde sus techos, a lo sumo me podría

fracturar. Yo, por las dudas, ya tenía la cuchilla preparada. Pero, ¿¡dónde!>? ¿La garganta? Descartado. Según dicen, las personas degolladas hacen ruidos espantosos; como gárgaras. ¿El pecho? Me sentía retumbar las pulsaciones y las ganas se me iban. ¿Las muñecas? No señor. Me rechinaban los tendones solamente de pensarlo. Tomé tanto como pude, fui tocándome la piel con la cuchilla: donde menos doloroso resultara, clavaría. Los pulmones se salían del aliento. Me mordí. Tranqué la punta con la nalga, de costado. Lo dudé, ¿por qué mentir? Pero giré.

Como brotando del pasillo, la señora del carrito del arroz entró directo con un beso maternal a mi cabeza.

-Por ahora, sólo deja de pensar. Aquí sabremos ayudarte.

Como vino se largó - probablemente nos oía, sin hablar, al otro lado de la puerta.

-Por mi parte ya me puedo retirar. En esa bolsa tienes todos los objetos que llevabas.

-Muchas gracias, oficial.

El policía se marchó. Quedamos solos con el médico.

-Si sigues intentándolo, procura no dañar la cirugía, por favor. Quedó fantástica; mejor que si jamás hubiera sido necesaria.

Cierta clase de verdades o consejos deben darse con humor. Estuvo bien.

-Ahora tienes que dormir. Es necesario que descanses.

Ajustó la solución que me pasaban a las venas. Sentí peso por los párpados. Oí que me decía:

-¿Sabes algo? No podrías encontrar un escritor que superara las historias de la vida. ¡Si los médicos contaran sus anécdotas! ¡Habías sido tú! Ya nos habíamos planteado casi todo, menos eso. No te vayas a culpar, es el destino que nos pega sus porrazos...

61

CON LOS OJOS DE FRONTERA

Si se trata de tu puño, me conformo con llevarme machucones.

优昙钵花³

Habituada, como debes recordar, al té de flores, una taza de café me conseguía desvelar por madrugadas infinitas. Imagina lo que pueden sobre mí los petrolitos que tomamos con la misma libertad de quien tomara digestivos.

Solamente porque no tenía ganas de pelear, el tatuador me permitió que le llevara las agujas y la tinta. Sé lo breve que resulta la pasión cuando depende de, tan sólo, dilatar la novedad y sé también que soy precisamente eso. Poco más que simpatía.

³ Yōu tán bō huā. En español: udumbara.

Mucho menos que amor. Jamás pensé que te quedaras y, quizá, por el desvío de mi mente liberada, no logré premeditar otra manera de que, todo, no te fueras y traté de que dejaras algo tuyo que poder acariciar: abrí mi piel y te pedí que me tatuaras.

-El remate de las obras se define, mucho más que por cargarla de retoques, por aquello que le callas. Escribir con precisión es, asimismo, decidir de qué prescindes. El sabor con el que quedas es también el resultado del siguiente bocadillo que no comes.

Por momentos, nadie sabe distinguir qué condición está primero: si la frágil, del humano que se forja su locura para ser el escritor que quiere ser, o si la pura, del mesías escritor que, por humano, cada tanto no le queda más remedio que parar y ser un hombre.

Los sucesos y la mente. Las heridas y la paz. La cerrazón de la nariz y la distancia de los meses que, serena, le concede la razón a la palabra del artista. “Me perdonas, pero voy a protegerte”. Que quisieras evitar lo que no pueden otros hombres, fue la forma de llevarte para siempre. Mientras yo me lo leía, le quisiste prevenir a mi mirada desconforme que, lo mismo que los gritos, los tatuajes no son ya declaración - sino punzantes cicatrices. Y fue mucho más difícil que sufrir con el dolor de las agujas tu tenaz oposición a provocarlo; que pusieras, en palabras de mi boca, “ni yo misma moveré, cuando te vayas, un milímetro mis pasos por seguirte”. La frontera de mis ojos. El vestido de tu luna. Mi dolor y tu madura sobriedad. Tu lucidez y mi tranquila gratitud.

Y, sin embargo, todavía, cada tanto, me parece que te siento por la piel, a pocas letras de que ya te desmayaras,

escribiéndome, ya casi tatuador, estas palabras en la tela de mi blusa.

62

CADA QUIEN CON SUS CONGÉNERES

- **A**l menos esta sala -me reí- no tiene tantos aparatos. Eso tiene que ser bueno.

-Bienvenido.

Parecía provenir de mi costado. Lo miré. No tuve tiempo de

-¡Buen díaa! ¡Qué mañana tan preciosa! ¿Ya la vieron?

Con un solo manotón, abrió cortinas y ventanas. Oí pasto.

-Si no veo que se toman sus pastillas, no me voy. A ver, me muestran. Tú también.

Abrí la boca como dando carcajadas.

-Tú no puedes levantarte todavía: te lo vamos a traer. Y tú ya sabes: a las nueve ya no queda desayuno.

Con la rítmica premura de los pasos apurados, se marchó. Mi compañero no podía levantarse, ni barriéndolas a pie, de las frazadas movedizas. Estiré mi perspectiva para ver por la ventana,

-Pero... ¿cómo? -pregunté- ¿me trasladaron? ¿Es Xi'an? No reconozco los colores del terreno.

-Por la cédula, se llama manicomio. Pero no. Le dicen clínica.

-Que ¿qué?

Ya se podía ver internos en el patio, con los típicos, horribles camiones por la tibia. Me miré por un segundo: parecidos al... Idénticos al mío. Le busqué la diferencia, ¡desanduve los milímetros! en vano. Por supuesto, me quisieron hospedar en planta baja. De seguro, limarían las aristas del papel y cambiarían el acero de mi pluma por un grafo redondeado, como cúspide sin vértice.

63

LA CÁTEDRA

Mis puños aferrados al nivel de la clavícula pendían de la manta. Cualquier cosa me servía para darle sensaciones africanas a mis hombros (nunca más me las querría sacudir).

-¿Y tú Zhihao? ¿Qué? ¿No te matas? ¿Cuánto hace que lo vienes prometiendo? ¡Vamos hombre! ¡Que la vida se te va! No me lo creo. No de ti. ¿Morir por causas naturales? ¿Aquí dentro? ¿Cómo tantos? ¡Ya despégate del resto! Que los hombres con cordura mueren todos en sus clínicas, de viejos. Con un poco de memoria, de seguro lo

consigues recordar. Algunas veces es la casa. Tantas otras, el cansino portafolios de fracasos y, si no, las aprensiones, las arrugas o sus gatos. ¡Ya despiértate Jiaolong! ¡Al nuevo mundo! ¡Tú que tienes pasaporte! ¿No lo dijo la doctora? ¿Qué más quieres? ¡Estás loco! Lo mejor que le podrían confirmar a los artistas. ¡Y también a los científicos, Zhi Chao! Tú que disfrutas de poner experimentos a pudrir en tus bolsillos. Es ahora: con confianza, Xiao Dewei, ¿a qué le temes? Si lo más aterrador que te podría suceder ha sucedido sin que tú lo decidieras? Esta vez elige tú; ¡sin titubeos! ¡A ponerse los malditos pantalones y bajarse la bragueta!

Por entonces, ya la súbita presencia de los guardias-enfermeros no lograba detener las ovaciones. Esa vez, el forcejeo salió raro: los internos consiguieron reducirlos. Les pusieron los chalecos y tuvieron que quedarse, sentaditos, a lo mismo que los otros: escuchar mi clase de literatura.

-Ya después nos tomaremos esas píldoras que piensan que me trago. ¡Por favor! En mi lugar, ¿arriesgarían un talento milagroso salpicándolo con drogas? Yo prefiero ser un ángel desquiciado que dejarme convertir en un imbécil de cabeza saludable. ¿Dije ángel? ¡Allá viene tu pequeño, Da Huan Yue! Tan sólo míralo, parece presumir de más escuela que recreo... Digo mal. Ahí que pasa por el sol, es al revés.

-¿Salió temprano?

-Dios prefiere mi palabra. No las otras. ¡Ven aquí sobrino mío! ¡Voy a darte las de oro!

Su galope de dragón era la joya del paisaje. Como todos los bebés, nació sin frenos. Con la risa de bocina, se sentó como lanzándose delante de las sillas, en el pasto.

-Las piscinas se parecen a las aulas: uno sale con el hambre molestando.

-Yo le traigo la merienda.

-Por favor. Así no llora

-¡Yo no lloro!

La carita que me puso no tenía desperdicio. Dios, sin dudas, es soldado, pero tiene las facciones de los niños orientales. Cada tanto, me gustaba caminar por las escuelas para verlos prorrumpir de los salones. La memoria, con afán de revivirse, tironeaba de mi piel, así seguía. Fascinantes, hay algunas emociones imposibles de borrar: me trepidaban las hormonas con el timbre. Cuidadosos, es verdad, pero pechando, se volaban en torrente, sin perjuicio de la puerta que saltaba como dique. Yo no sé si los adultos repetimos otra vez un entusiasmo parecido, sin estorbos ni razones, a no ser que lo podamos recibir de los pequeños. Es, quizás, por eso mismo que nos gusta conversar con sus ajoces; ¡que quedamos extasiados de ternura! Qué difícil es hallar otra belleza parecida. Qué difícil encontrar, entre tantísimas estrellas, otra luz tan contagiosa. Con la risa de peluches que se fugan, irradiaban, como bálsamo de sol, el olorcito de su piel, inconfundible.

Donde sea que las hayan levantado, las escuelas tienen todas un ambiente similar: cuando caminas por adentro te resultan familiares. Reverberan parecido. Se podrían comparar con las iglesias, que también. ¿Has escuchado sus paredes? En el África, rendido de los hechos, una vez en la parroquia -con la cólera febril, donde rezar era lo mismo que decir un trabalenguas- cuando todo resultaba doloroso menos esa resonancia, constaté que se llenaban con un aire de la misma procedencia: me sentía respirar en la de

siempre. Qué preciosas navidades que pasábamos: recién lo comprendí con mis abuelos fallecidos. En Uganda, todavía mutiladas, las imágenes zumbaban un idioma conocido.

-Te dirán que la tristeza desarrolla la virtud de los artistas. Pero no: ¡que no te mientan! Tú respóndeles, seguro, que no jueguen al sicólogo con fuego; que las equis no son cruces ni, los libros, sepultura. Yo te dejo mis volúmenes, levántalos y di que lo mejor de cuanto tienen lo logré sobre la nube de la dicha, delirando de contento. Le genética del texto, mucho más que de los genes del autor, es el reflejo de su vida. ¡Cromosomas son las piernas! Caminar es el espíritu. La pluma cobra fuerza del cansancio de los músculos. Se vive de manera que la prosa gane letra por sí sola. Todos piden narraciones. Pero tú, que me conoces, lo sabrás: ¡a la ficción le falta mucho para ser literatura! La ficción es, a lo sumo, pasatiempo. Yo lo sé, que, cierta noche, cansadísimos los dos de caminar, Mwanajuma se dejó sin esconder su diario íntimo. Sin trucos. Tan así como lo oyes. No creerías lo que logran ocultar -no sabes dónde- los que tienen que salir de sus hogares con lo puesto. Sobre todo, pedacitos de recuerdos y, quizás, algún objeto que les sirva como arma. Tiran antes el temor, que lo primero. Muchas veces, la mejor conversación es un abrazo, sin palabras. Fue lo mismo. Lo dormí contra mi pecho, como quien lo protegiera, sin leerlo. Presionándome su tapa, palpité le diferencia del relato con el arte; del autor con el artista, ¡del lector con el cliente! Que, las letras, tienen mucho más que ver con la pintura que con todo lo que dicen; que se mide su belleza por las veces que dos ojos retrocedan a mirarlas otra vez; (¿has permitido que te traten bailarines?) escritor es el que sabe darla vuelta sin pudor, hacer pincel de la barbilla de su pluma, mezclar luz en el color y -sin manuales- en el pulso de su puño, montaraz, lograr de tintas, acuarelas.

Uno dijo (los demás ratificaban con un claro movimiento de “que sí” con el mentón)

-¡Estamos listos! ¡Por favor! ¡Es imperioso! Que, después, quizás muramos sin leer tu... No no no. ¿Qué cosas digo? Los milagros no se leen, ¡los milagros se contemplan! Es un vértigo grandioso de sentir, ¡ya preparamos el espíritu! Queremos. Por favor... ¿estamos listos?

-Di lo único que puede convencerme de que sí.

Quedó mirándome con ceño pensativo.

-Lo que pides tiene trampa.

-¡Maldición estoy lográndolo! Ya tengo, de sus ojos, la finísima punción de las mujeres elegantes, no la flácida mirada del interno. Las pupilas de los tontos te parece que se van a la deriva; ¡yo las quiero penetrantes! ¡Incisivas! Que parezcan de león, y no de santos. Con el arte no se ganan paraísos, ¡no te sientes un humano de visita por el cielo! No señor. Es al revés: te sientes Dios, en el infierno.

No sabía si también con la cabeza. Con la cara, lo tenían comprendido.

Lo recuerdo. Veranillo de San Juan. Primera vez. Me dirigía, con cadencia de león, a registrar un manuscrito. Lo llevaba con el porte que se llevan las antorchas. Al ladrón, lo perseguí como te corre, si le robas un cachorro, la leona.

Metros antes de cazarlo, le pasó, como tratándose de postas, el botín a su satélite. Pegué, sin detenerme, la trompada del primero. Sonó bien. Seguí corriendo, que tenía la del otro para darle de permuta por mis arias, pero, vano de cerebro, cuando vio que no llevaba sino letras, las tiró por el camino. Sentí furia. Las junté. Seguí corriéndolo.

Mostrándome las manos, me gritaba “¡tiré todo! ¡¡tiré todo!!” Dos zancadas adelante, lo cinché de la capucha. Se cayó. Le dije “bestia. Ten y lee ¡maldición! lo que tiraste. Quiero ver que te conmueves”. Amagó con escapar y le pegué, como gentil educador, una patada que, seguro, con haberla recibido de su víctima primera, no tendrían que pegársela las otras. “Adelante”, proseguí. “No te limites a leer: también disfruta”. “Fabuloso ¡fabuloso!” me decía. “Mira bien: es un talento verdadero”, “ya lo veo ¡ya lo veo!” “Por supuesto que lo ves. Ahora grábate mi nombre. Cada vez que las palabras se te peguen de los ojos, tú sabrás reconocer al escritor detrás de ellas.”

El despacho de registros está dentro de la regia Biblioteca Nacional, al otro lado de la bóveda de libros. La circundas por un ancho corredor y te lo topas. Es más grande la ventana donde cobran la tarifa que la mesa que recibe los volúmenes. Detrás, una muchacha que, seguro, no comprende cabalmente lo que toma con sus manos. Hay lectores parecidos.

Escoltándote, colgados a lo largo del pasillo, te contemplan, desde célebres retratos, escritores nacionales. Nada más con observarlos se les nota: la mitad son abogados, la mitad son depresivos. Los primeros son el fruto de presiones familiares: los querían doctorados - y políticos. Así se lo tomaron con la pluma: mucha letra, poca obra. Se creyeron que, sin más obligaciones, escritor es el que puede llenar hojas.

Y, los otros, se pensaron que las hojas son pañuelos. Transcurrimos de los unos, aburridos, a penosos, los segundos. Es sencillo confundirlos: se parecen. Como no tenían pulso de pintor ni conocían las escalas de la música, probaron con la pluma. La tomaron de terapia. Son los

mismos que pensaron en, quizás, hacer teatro. “Porque sacas”, te responden. Imaginan que, tan sólo porque plasmas, escribir es liberarse. ¡Que tan sólo por actuar te redescubres! Los sicólogos modernos -agradéceles- nos salvan de muchísimos autores por descarte.

Cada página parece derretida, como rostro desahuciado. Se retratan a sí mismos. La tristeza necesita propagarse del agente portador hacia los otros. Bicicleta para dos, donde ninguno pedalea. Malestar. Simbiosis crónica de bornes que no logran conectarse. Sus lectores se los ponen en la llaga: sus relatos son esponjas de vinagre. No resulta nada raro que, domésticos, sin frío ni calor, escriban solos. Finalmente consiguieron, mal o bien, que los colgaran. Interiores. Su parálisis compite con el cuadro. Decidieron ser, ajenos a la vida, la costilla de la lanza.

-Necesita completar el formulario de registro: nombre, título, derechos y las copias, si las trajo.

“¿Registrar? ¿A qué le temo?”, medité por un segundo, “si mi huella digital, inconfundible, se decanta de mi prosa solamente con mirarla...”

Los tenores son -gloriosos- una mezcla de cantante con actor (las filarmónicas precisan de prodigios). De manera similar, el escritor es, por la gracia de sus genes, inventor y literato. No le basta que se gasten los cartuchos de su pluma: necesita que florezcan las ideas, deliciosas - diferentes - sugestivas - ¡abundantes! y levanten, de la nada, cimentando las raíces en el único puntal de su talento, sin ningún otro recurso que no sean sensaciones, monolitos que le rocen los pecados a tu ángel.

Si las artes, a los hombres, son lo mismo que los árboles al suelo, ¿para qué nos empeñamos en talarlas y que

queden al nivel de la maleza? De la forma que tampoco los pintores toman fotos con la brocha, los poetas no se pueden permitir hacer de plumas, grabadoras. Los artistas no procuran reflejar la realidad, ¡su pretensión es excederla! No registran efemérides ni tienen como fin dejar constancia de los hechos: lo que mueve su talento nada más es la belleza. No mensajes: la belleza. No denuncias: ¡la belleza! ¡la más pura! Develarla de la forma que la luz disipa nubes y presenta la montaña, ¡construirla como quien esculpe templos en la cima! No se puede ser artista si no sabes conseguirla - los artistas, mira bien, son inventores de belleza. Pero no la relativa: la que no te deja dudas. La de veras. ¡No me pidas un periódico! ¿Podrías aceptar que de cinceles y martillos nada más salieran rocas? ¡Las paredes del museo no se logran con ventanas! No se pueden concebir ni ser humano ni salón sin más estilo que los trazos de natura. No te debes conformar en la frontera de la piel: el alma tiene que salirse. Las estrofas, en lugar de grabaciones en estudio, son indómitos conciertos. Vale menos un preciso diccionario que dos hojas de salvaje manuscrito. Malheridas. Abrazadas a los párrafos. Con piel bajo las uñas. Rematadas con un tiro de perfume. Tentadoras de tocar y (si las miras con distancia) de sencilla confusión con otra luna - todavía más carnal en sus volúmenes.

64

LAURELES

Es la rara paradoja de los premios: engordar el palmarés es una carga, pero ya, cuando los tienes, ahí notas lo que pesan.

“Si los jueces no llegaron a sentirse sin salida, no mereces la medalla. Los artistas que subyugan son un bálsamo - sulfúrico. No dejan dos opciones. Acorralan. Es incómodo premiarlos, pero, sí, forzosamente, por la mágica virtud de su talento, se los tiene que premiar. Entre sus dulces, ponen ácido. La letra del romance, como todos los embrujos, tiene trampa.

Divertida, con la risa por mi pluma; sigilosa, de zapatos en la mano, se fugó de la custodia del palacio, lo sacó sobre la noche del jardín y me lo trajo, que, llevado de su gracia, mucho más que donde posa sus cimientos, el palacio, como día bajo sol, está con ella donde vaya.

Cuando fuimos presentados, no me quiso sonreír. Corazonada paternal. Pero, tal vez, estaba duro de los nervios, aguantando la sonrisa. Lo comprendo: yo tampoco sé muy bien de qué manera comportarme con un rostro cautivado por mis arias. No nos fuimos una pizca más allá del protocolo. La tensión es un extremo que se lame por el borde.

Si faltaban, a mi pluma, componentes imposibles de premiar (que, si se trata de labrar literatura, son igual de

necesarios que los otros) está bien, aquí me tienen, infractor de cuanto quieran - pero no de lo que digo: porque ya se nos pasó la medianoche, sin marcharse. Parecían sobornados; por el uno nos entraban y salían por el otro. Los oídos levantaron las barreras al sonar las campanadas de las doce.”

De vibrantes camisones, aplaudieron con furor - pero medidos. Parecían entenderlo sin que nadie lo tuviera que decir: los académicos capaces engrandecen el exceso, con smoking.

Una vez que conocieron el estilo de mi puño, me quisieron otorgar un galardón que crearían ellos mismos. Le vinieron a llamar Mwanajuma, que sería, según actas que firmaron, “espectáculo del cielo por la Tierra, lo mejor de los humanos hecho cumbre”.

Desde África que no me detenía para ver aquellos párrafos de nuevo. Ya la clínica tenía movimientos de Zuberi por algunos corredores. Sin embargo, traducir a viva voz aquellas páginas estuvo más allá de mi firmeza. Terminé, de todos modos, porque, muy entusiasmados, los internos lo pedían a lo largo de las clases, pero sí que se podría suponer la más difícil traducción del universo literario:

-Vas a ver que te convenzo sin problemas: en sus costas, hacen trenzas los mosaicos arabescos y los tonos africanos, en perfectas proporciones. Musulmán y massai mara. Los acordes del Corán en la cadencia del swahili; mantas rojas caminando por detrás de celosías; el bastón de los ancianos de la tribu taconeando las arcadas. Las tortugas centenarias. El decoro del islam haciendo fuerza con el viento de la playa, que levanta los vestidos.

¿Lograría visitar, alguna vez, el paraíso de Zanzíbar sin morirme de tristeza?

No dormí. Seguí leyendo sin parar aquellas hojas, olvidado de la pluma. Precisaba recordar, sin escribir - algo que yo jamás había conocido.

-No podremos regresar, en unos años, y topármolo pidiendo por la calle, con un tarro de monedas.

-Adoptémoslo.

Lo vi. Nos entendía.

Pero, duro de torcer -aquellas horas de lector duraron poco- mi destino no pensaba descansar:

-Una llamada para ti.

-Pensé que no se me tenían permitidas.

-Es verdad, pero tu ficha cada vez está mejor, así que toma. No le digas a los médicos. Aparte, le preocupas: ha llamado muchas veces.

Al oír aquel acento, mi sorpresa, de seguro, no fue menos que la tuya. ¿Para dónde se curvaba mi leyenda?

-Soy Victoria, según tú me bautizaste. Nos cruzamos en Pekín. ¿Estás mejor?

La recordaba, por supuesto. Su cabello color luz estaba nítido, bajando por la frente.

No precisa que lo pienses en silencio; yo lo digo de mi puño: que lo deba relatar en vez de sólo dibujarlo con efectos, habla mal de mi virtud. Así las suelen describir los escolares cuando tienen que narrar sus vacaciones. Pero, bien, en esos términos debí tomar noticia de los hechos. Preguntándole. Tan simple. Ya mi chino le sacaba fluidez por varios cuerpos. En el mapa que me hizo cuando ya nos despedíamos, a pasos del vagón, había puesto su contacto -

“si pregunta la manera de llegar y no comprende, que me llame”- con los números en chino, por supuesto. De seguro que lo vi, sin entender aquel tesoro por entonces. Nunca más lo precisé. La policía dio con él al revisar mis documentos y, sin otra referencia disponible, la llamaron enseguida. Le contaron absolutamente todo. Lo real y lo ficticio. Me reí: ¡qué seductorales credenciales que tenía de mi nombre! Me trató de visitar, pero las reglas eran claras. Sobre todo, con pacientes depresivos.

“Cuando no te sientes bien, estar afuera del país es espantoso. Te mandé, para que no te sientas lejos, un paquete que tendría que llegar en estas horas. Además, por otro lado, los doctores no consiguen acertar con tu diagnóstico. Tal vez estés mejor. Seré curiosa: si llegaras a salir, ¿ya tienes planes?”

Me dijeron que, de forma repetida, preguntaba si mandándoles dinero por su cuenta me podrían mejorar las condiciones, más allá de que (doy fe) nos atendían de manera correctísima. Debíamos usar el camisón, pero venía perfumado con higiene religiosa, cada día, de mañana.

-Recibimos un paquete para ti.

-¿Lo revisaron? Yo no pienso tocar nada que no tenga componentes adictivos.

Eran lácteos y fiambres, alimentos de consumo muy común en Uruguay, pero rarísimos en China. Simplemente, no los puedes encontrar. Había quesos, embutidos... ¿yerba mate? Qué preciosa gentileza, tanto más cuanto que no sabía mucho sobre mí. Los envoltorios eran todos conocidos, familiares, y tenían, además, unas sonrisas de colores dibujadas a lo largo. Con permiso - solamente lo podrán interpretar mis compatriotas: entre todas esas cajas,

encontré, como Jesús entre los santos, un bollón que, por su peso, densidad y consistencia, no podía ser ningún otro producto. Ya sentía su dulcísimo perfume sin siquiera destaparlo. Lo mandaron protegido con periódicos, envuelto de noticias uruguayas. La mirada se me fue de sus absurdos titulares. Sin embargo, lo sentí: quedó doliéndome la mente. Regresé, con otros ojos. Nos sucede más que nada cuando niños: ¿has llorado de la furia? Se te duermen los nudillos y los árboles se sienten de papel en vez de troncos. La garganta se parece comprimir así no dices tonterías, ni perdonas. ¡Qué tragedia que tuvimos que cargar! ¡Qué maldición insoportable! Por primera vez sentía sobre mí las toneladas de mi obra, pero no sobre la cerviz: ¡en el pecho! No podía respirar. En un momento, quedé duro, trepidando sin control. Era lo mismo que leones me cincharan de los brazos y las piernas, sacudiéndolos, a ver si los podían arrancar. El corazón me combinaba sus fortísimos guantazos, por adentro. Qué demonios... ¿¿un infarto?! Los pulmones me dolían. Intenté pedir ayuda. Respiraba como pican el cemento los taladros. Sentí náuseas. No recuerdo demasiado. La visión se me salía de los ojos. Yo jamás hubiera dicho que tendría que quebrarme de temor ante la muerte, pero sí. Salí corriendo, tropezando con las cosas. Me caí.

-¡Ya tranquilízate! Llegamos. Estás bien.

-¡El corazón!

-Respira hondo, pero lento. Si tuvieras un infarto no podrías agarrar ese manajo de papel. Es una crisis...

La trancada sensación de que no puedes defenderte de los malos y la única ¡difícil! esperanza que te queda -sólo mira, por su culpa, con la clase de rufián con que debemos asociarnos- es que, lóbregos, existan los infiernos así van

cuando se mueran. Yo traté de descartarlos de mis arias, por lo mismo que no quieres a las ratas orinando por tus cosas. ¡Pero Dios me los escribe con su puño! ¡Qué tortura! No lo sabes: en el África, ¿recuerdas?, aquel día, cuando fuimos a buscar supervivientes en el pueblo devastado, con el rey y mis amigos en cenizas, con el sol espeluznante describiéndome sus huesos, con sus vísceras raspando mis pulmones, me senté para calzarme. Con el paso de las páginas, la luz había dado recorrido. De repente, deambulando por el suelo, mi mirada tropezó con una forma familiar. Miré de nuevo. Nada más un cargador de municiones, entre muchos. Se veían por doquier, diseminados. Disparaban a granel. Tenían más. Lo levanté, para tocarle su dibujo con los dedos mucho más que con los ojos: al costado de los números de serie se podía ver grabado, con finísimas aristas, el escudo nacional de mi país.

El guerrillero moribundo nos lo dijo: recibían esas armas a través de funcionarios uruguayos - dos ministros que, según los titulares del periódico, muy pronto viajarían a Pekín. A veces Dios es un aliado fastidioso. ¡Cómo puedes novelarme la tragedia! ¡Miserable! ¿No lo puedes hacer tú, que me los mandas?

Si lograron arruinar dulce de leche nada más con una gota de sus nombres, significa que, de veras, son horribles de remate. Tú me vas a disculpar, pero los tengo que traer de las orejas, a las arias.

65

ESCAPAR ERA QUEDARSE

*Sólo trágate tus luces. Si jamás me demoraron las
barreras, mucho menos los semáforos.*

Hay hechos, y refranes. Según dicen, el camino de la gloria no se suele transitar acompañado. Yo diré: tampoco este. Qué rocío... ¡Mis estrofas se mojaron! ¡Santo dios! Las manos pueden resistir: les di los guantes de Victoria para ver si se secaban. Se ven gordos, con relleno. Tengo barro por doquier. El camisón abriga poco. Las pantuflas no se saben sostener. Aquí no tengo que temer a la guerrilla, por lo menos. Asia hiere, no te mata. ¡Vamos pluma! ¡Saca tinta de las rocas hasta dar con un poblado!

Comprendí, con el papel a contrapelo, que las letras, como todo sacerdocio, te demandan privaciones: hice votos de renuncia. De común, los escritores le dedican a Calíope -la musa de la lírica- perennes madrugadas, hacen todo lo que pueden las caricias, la recorren con halagos que, más bien, parecen rezos y, sin nada que quererles susurrar, ella tan sólo les responde con un “gracias” de distante corrección. La piensan frígida, seguro. Para toda la novela que pretenden escribir, aporta eso. Nada más.

Pero conmigo se comporta diferente. Cada chica tiene, férrea, sin motivos -a no ser los hormonales- un muchacho que le gusta por encima de los lindos. (¿El más guapo de la clase? Tonterías. Un poeta quiere ser “por el que mueres”). Ella sola me seduce por sí misma. Pertinaz.

Inoportuna, muchas veces. Tú la viste perseguirme sin descanso, ¡provocarme sin tapujos! ¡Ante todos! Es bellísima; combina con mi prosa. Se desnuda para darme mucha más inspiración de la que nunca tuvo nadie. Desprendida, liberal, amamantó la lozanía del papel en el que pones la caricia de tus ojos. Otra vez, está sacándose la ropa: venerables, ante mí, se desperezan las alturas tibetanas, imponentes. Eso quiero: que, si ves una montaña, se te vengan a la mente mis estrofas. Contemplar este feroz amanecer en solitario, me recuerda, con nubosa placidez, a mi virtud en los momentos en que nadie más que yo la conocía. La pintura, comúnmente, toma nombre del pincel: “es un Chagall”, “es un Monet”, “¡es un Masaccio!” No permite dos visiones: lo que va desde mi sien, horizontal, hasta la otra; vertical, desde mis pies hasta las nubes, “es un Dios”. A pocos párrafos, Victoria. Me pasó su dirección: ¿Nos imaginas encontrándonos en Lhasa? Capital, pero serena; corazón del Himalaya donde Buda ve nacer un siglo nuevo, cada día. Ya se ve la primavera salpicada de colores, diminutos todavía. Me parece suspirar algún recuerdo bajo notas de perfume, que vinieron -no lo sé- del camión o de las flores. Sobresalto sin temor. El epicentro de la paz. Los de la clínica, sin dudas, escogieron un lugar inmejorable.

Fue sencillo. Por la noche, me fugué sin contratiempos. Lo difícil es tener que desgarrarme del oriente, del futuro, ¡de Victoria! Se podría concebir felicidad, sin paraíso. Pero, bien, el paraíso, sin la dicha, pierde toda su belleza. Volveré sobre mis pasos: hay horrores que vengar. Leíste bien. Estás conmigo: no le temas a los verbos. Es un tema de salud: está costándome dormir; en el oeste tengo versos inconclusos - pero no me quedarán por escribir los tibetanos y, si bien, probablemente, nunca más nos encontremos, lo sabrá, ¡se lo dirán! Entre mis arias, habrá una con su nombre, para ella.

Ya viré. Preciso ropa. Será fácil conseguirla: tengo todos erizados los estímulos del África. La China, por su lado, me los trae a la tersura. Qué bellísimos colores ha dejado por mi prosa. ¡Qué reveses perdonables! En el África, deshechos por el piso, los antílopes. Aquí, los osos panda, regordetes. He perdido las pantuflas y no noto diferencia; vaya pasto sin espinas. Es el único lugar de donde nunca partiría tan deprisa. Los poetas nos llevamos, de ciudades y personas, justamente las estrofas que dejamos en regalo -mi mandíbula tiritita- Pero... no. Me quedo corto con estrofas, ¡yo les voy a levantar una leyenda! Que mis párrafos lo sepan: su belleza, que proviene de mi puño, se perfuma con la prístina nobleza de sus hijos. ¿Abanicos? ¿Porcelana? ¿Té de flores? Que también, en el estante de sus caras tradiciones, tengan sitio mis palabras y que dentro de mil años me recuerden como gran poeta chino. Que los niños, en un parque, con vistosos dragoncitos imperiales adornándoles la ropa, corran, álgidos, en torno de mi nombre. Yo que tengo los sentidos del artista, todavía despojados de mi cuerpo, lo sabré cuando se rían, ¡vibrarán sus carcajadas en mi bronce! Seré más estimulante que la luz y más extraño que la noche. La mañana secará lo que desgranen las estrellas en mis hombros y la luna volverá más penetrante mi sonrisa. Con neblina, guardaré las confidencias de las jóvenes. ¡Quizás algunos crean haber visto mi fantasma! Cuando sientas un embrujo por el cuerpo, tú despliégame, sin miedo, la ventana - pero cierra las cortinas. ¿De la dicha? Tonterías. ¿Has llorado de belleza? Comprendí lo que buscaba, de pequeño, con mi pluma. ¡Recordé lo que quería de mis versos! Que, leyéndolos, llorara de belleza. De contrario no servían, ¡los odiaba! Sé feliz con el primero que te ame. No conmigo. Yo te quiero destruir de la belleza. Que no puedas, nunca más, leer un libro sin venir a consolarte con mis arias. Que no

puedas conseguir, sino conmigo, más orgasmos. Vas a verme sonriéndote. Sonríeme también y, con la parte más sensible de los dedos, haz un suave recorrido por mi rostro: sentiremos, a la vez, la cosquillosa placidez de la caricia, maquillándonos.

66

VICTORIA

Lo que uno por escrito, ni los dioses ni los hombres lo consiguen separar.

A veces somos parecidos. No conoces un palacio, más allá de las visitas que le hagas, hasta no dormir en él. Hay pormenores que tan sólo se descubren en la noche. Mis esdrújulas abrieron sus portones: qué fantástico sosiego que nos brindan, nada más en unos pasos, los ambientes de madera: son, al ánimo del alma, lo que tazas de café para las manos. El Potala se perfuma con un grato, natural olor a leña. Como pasa, tantas veces, con el cuerpo, los detalles en metal terminarían con la magia.

No se trata de ninguna sensación espiritual - es extremadamente física: sentía que flotaba por mi casa. Juraría que mis padres intuyeron mi presencia. Si percibes lo que digo, ten por cierto que caminas en un templo de verdad. De lo contrario, desconfía. Cuando vibras al compás de sus paredes, están todos recordándote. No son aspiraciones: hay sentidos que tenemos ignorados todavía.

Caminé por los pasillos, respiré de la frescura de su sombra, recorrí los aposentos, entibiados por el sol de las ventanas. Las partículas del aire no dejaban de bailar: se delataban al cruzarse por los rayos. Hay hogares en que nunca le permiten descansar a la caldera: la mantienen en el fuego, por las dudas. El aroma del vapor. El estallido de la leña. La mansalva del sosiego. Paz de madre. Desayuno. Zarzamoras y refugio. Calcetines. Hay un mundo que separa, de los cálidos colores de Potala que se dan los tibetanos, a las gélidas cavernas en que, lúgubres, metemos a Jesús en occidente. Purgatorio. Corazón en heladera. Vía crucis. Un palacio, cuando deja de ser casa, nada más es una celda.

Sonreí. Por no decir canonizado: me sentía bendecido. Sin apuros, esperándome, los cuencos estiraban vibraciones, apagadamente tenues -pero vivas- y, los monjes, al sonido de las trompas, parecían elefantes barritando. Solamente me dolía no poderlo compartir, oír el eco de mis pasos que, del modo que salía, regresaba: parcamente solitario. Tantas cosas para ver y, yo, tan solo, con mis ojos. Tantas otras que quisiera comentar y, yo, tan sólo, con mi boca. No se puede ser perfecto si te faltan los demás - en sus imágenes, a dios, lo muestran sólo.

Pero, bien, la geografía tiene trucos: si no pone la llanura, no se ve la magnitud de la montaña. Dirigí mi soledad a las alcobas y, si bien eran iguales, una puerta se veía diferente de las otras. El amor es un milagro tan cabal como las artes: al entrar, una mirada sostenía la ventura de sus ojos en los míos. ¡Los podría distinguir desde la luna! Son estrellas que tenía bautizadas: Porvenir y Fantasía. Consteladas, a la par de las robustas, Escorpión o Sagitario, las conozco con el nombre de Destino. Los astrónomos

comprenden, más que todos los científicos, la forma de mirar de los artistas.

En el punto de partida se coincide con algunas y, con otras, en la ruta. Son personas importantes, desde luego. Pero, bien, cuando converges en la cima por senderos diferentes, se comparten emociones que no puedes conseguir por otra vía. Los que dicen que lo más interesante de llegar es el camino, de seguro no conocen la llegada. Me miraba con la calma del amor, desde la cuna del Dalai, tan espaciosa como cama. Desde cumbres, una gota cobra vida de torrente.

¿Te dejaste seducir, alguna vez, por un poeta? Sólo líbrate; permite que la pluma se te meta por la ropa. Ya venimos presintiéndonos: leer es un susurro tan cercano del oído que se oye por la brisa mucho más que por la voz. Ahora sube, sin reparos, el volumen de la música. No temas. Al silencio, nada más, le dieron fama. Ponla fuerte. Que comiences a sentirla por la piel, una medida por debajo del dolor: mientras los tímpanos aguanten, continúa. Nada raro. Los criterios de la cama, son iguales. ¿Qué canciones? En idiomas extrañísimos, que guarden el misterio. Comprender, algunas veces, hace mella del encanto. De común, en lo recóndito del Asia, si dispones tus papeles en la mesa, te los vienen a mirar con el mayor atrevimiento. Como saben que tú sabes que no pueden comprender, la libertad no se les hace tan difícil.

Que los tonos hagan bruscas variaciones de sonido, que se sientan en el vientre, como vértigo. No sigas sin haberte regalado lo que digo: la belleza se define por detalles. Cada párrafo nacido de mi pluma guarda múltiples secretos, todos ellos diminutos.

Muchas veces, en un bar, estás tan cómodo que dejas que demoren el pedido. No le tiras ademanes al mesero. Ni mirar, ni que te vean: encontrarte tan arriba que te sales del planeta. Solamente se precisa no llegar con apetito. Parecía despegado de la Tierra, como quien hubiera roto, mucho más que las fronteras, las atmósferas. Seguro que me ves: estoy un poco reclinado, contemplándola, con ojos y nariz. Entre millones, la podría distinguir por el olfato. Mira todo, con entera libertad. Es el minuto de perfecta transición en el que brotan las estrellas. El crepúsculo desviste los colores del edén. Nos acaricia de rosado: permitimos que se meta con nosotros, a través de la ventana.

Reposada, no se logra despojar de la sonrisa. Mira todos sus detalles: estuvimos separados por el tiempo suficiente para vernos las levísimas arrugas de los ojos un milímetro más largas. No pensé que su belleza se pudiera superar: está más linda que la vez que nos cruzamos en Pekín. Envejecer es una forma de ternura.

Siente cómo nos sentimos: sin presión. ¡Sin tonterías en los hombros! Nos podríamos quedar, así, mirándonos, por páginas enteras. No me tiene que tratar de detener, así la juzgo respetable, ni yo tengo que mostrarme vigoroso, para no pasar vergüenza. Lo que llaman placidez. No son sinónimos, por cierto: si te quitas la remera, te desvistes; aflojando la barriga, te desnudas.

Bebe algo diferente. Lo más raro que consigas. Por favor, no te lo tengo que decir: espirituoso. Si no tomas, está bien - pero renuncias al efecto que preparo. Por su parte, sumergida bajo versos, ella va por otra cota del nirvana: solamente se concentra, con entera convicción, en la caricia de mi pluma por la planta de sus pies - y se parecen: tú me dejas que la pase por tu mente. Que se logren arrancar el

corazón y que lo pelen para mí, ¡que me lo den para morder! es el placer que me retorna. Los poetas acarician con la pluma, pero, luego, te cincelan a martillo.

“Los ambientes de madera son, al ánimo del alma, lo que tazas de café para las manos”, es caricia. Te prepara. “Como pasa, tantas veces, con el cuerpo, los detalles en metal terminarían con la magia”, te define. Quedan lascas: es un golpe de cincel.

Y como nada más que trazos de nosotros nos corrían por el alma -la presión del paladar subía pronto- los caminos, la salida de Pekín -¿que qué decía su boleto?- las semanas y los meses; mandarín indescifrable -“todos viven regresando ¡pero no los escritores!”- la presión entumecía las miradas -la distancia del desierto ¡la fatiga de montañas!- liberamos una risa, pero rara -separados una pierna del sillón hasta la cama, los espíritus estaban abrazados- enganchó de mi mirada sus pupilas -el segundo- ¡los colores imposibles! liberamos una risa, diferente -la fatiga de montañas ¡la distancia del desierto!- las miradas -la presión entumeciendo- las semanas y los meses -¿pero no los escritores?- una gota, nada más, desmoronaba los destinos. Las miradas enganchadas liberamos una risa contenida la presión del paladar - y fue lo mismo que cinchar de dos tapones. Si se siente tan así yo lloraría de continuo.

La ventana del avión, haciendo fuerza por torcer el horizonte, surcó lágrimas que no confundiría con rocío. La distancia fue callando la caída de las trompas.

No perforas, con la piel, unas espaldas ni, con pechos, corazones: se precisa, todo junto, de las lágrimas, las artes y la risa. Que las rocas se despiertan a su plácida caricia, ganan pulso que latir a su feroz acupuntura, se te prenden, abrazadas al papel y cobran alma con la pluma trepanando

por adentro lo más puro que tocar de sus entrañas -
calentándolas a sol, iluminándolas a luna.

TERCERA PARTE
URUGUAY

67. Suelo fértil, engañoso

Trabajar en el país = hacer jardines en el sótano.

68. La hoja del examen

69. Es lo mismo que volcar un buen licor en el mantel y, con las manos, intentar que no se caiga de la mesa

70. Por debajo de la pluma, me movían el planeta

71. La terraza

Los proyectos ambiciosos se comienzan a tramar con el acento del borracho.

La palabra menos dócil de mis párrafos:

72. Aurora

La palabra del idioma con mayor alteración según con quién te la despiertes.

73. El tatuaje de los siervos

No lo pueden ocultar porque lo llevan en el rostro.

74. La tragedia de tener que darles versos de las arias

75. El suicidio del demonio

76. Barrovinos**77. Convertidos**

Hay venganzas necesarias y las hay maravillosas.

78. ¿Siguen siendo quienes eran?

A la mínima neurona, lo serían.

Estas páginas se tienen que leer con la mandíbula trancada de la furia.

79. Fueron párrafos escritos a cuchillo**80. La venganza**

Ya cansado de beber, después de rato de reír, se te desprenden unas lágrimas que -cierto- no son hijas del pesar. Pero tampoco de la dicha.

81. Le quisiera dibujar el porvenir a sola pluma de poeta

De los suyos, son velámenes que pueden avanzar a contraviento.

82. Pareciera que, por obra de su sola voluntad, el juez supremo me los fuera despachando con la pena decidida

¿Te molestas por tan poco? No sospechas de qué cosas te tendrás que desprender en el futuro.

83. Por si sí tenías dudas**84. En el cielo, no conciben el perdón sin penitencia****85. Las mejores dignidades que se puedan adquirir con efectivo**

Mancharían el estiércol con sus manos.

86. Otra forma de miseria

87. La payasa

Lo pensó: recibiría cada voto con el útero. Tenía los espacios, el know how, la convicción y la codicia. Sin embargo, calculó que resultaba mucho menos eficiente que llevarlos a pastar a todos juntos y marcarlos con un beso.

88. Para mí, la libertad estaba dentro de su cárcel y no fuera

89. Desapego

90. Cada cuerpo se despierta con el alba que merece

91. Brindaría con petróleo

92. Mi metástasis

93. Sin pelos en el látigo

Palmada

94. Capuchón sin su bolígrafo

Vacío.

95. Retadora

96. Retador

97. Sacerdotisa

Si no quieres atreverte con asuntos engorrosos, nunca llegas a poeta

98. Paraíso

99. Como palo por la rueda

100. Con la cólera cansada

101. ¡No te caigas! Que mi dicha se sostiene de la tuya

102. Con la pluma de garrocha

103. Muy común entre las chicas: ir un paso por delante

Comentario del autor

Deliberada mala praxis.

67

SUELO FÉRTIL, ENGAÑOSO

Trabajar en el país = hacer jardines en el sótano

Lo duro de los viajes, es volver. Yo no diría que, salvaje, marginado de los mapas, el oriente quede lejos. Queda lejos Uruguay. Y cuando ya, por altavoces, el piloto comunica la maniobra de descenso, la ventana contribuye con veraz alegoría: la ciudad color ceniza se nivela con su puerto, donde yacen, como cojos, los cadáveres de buques encallados. El descenso, mucho más, es un declive.

Con el cielo despejado por encima, vi, debajo, los colores aguachentos de los días tormentosos. O nublados, mejor dicho. Las ojeras del enfado no son feas, comparadas con las otras, del hastío. Tenebroso no se precia de temible.

Como máquina del tiempo lagrimeando los minutos, el paisaje, sin alturas del Señor ni de los hombres, anticipa lo que viene - no precisas, ni con ruedas ni con párrafos, tocar el pavimento de la pista: tú ya vas aterrizado. Desconfío de los datos. Es difícil de creer que latan, juntos, un millón de corazones, aquí mismo.

Me susurra los talones, nada más, una maleta de las chicas. Además de los filósofos, viajar es la manera de saber que no precisas demasiado: los placares te confunden mucho más que la mentira. Yo tendría que poderlos comparar con las mujeres de medidas generosas, pero no

soy tan maduro todavía - más allá de los abruptos estirones que los hechos me forzaron a pegar.

A los viajeros se los puede distinguir de los turistas en la lengua, salpicada de modismos; en la gente del lugar, que los recibe sin que tengan que comprarle baratijas; y, tercero, por su carga, mucho más minimalista que la luna.

Como pasa de común, los aeropuertos, con pantallas y sonrisas, son enclaves. Meramente. Los taxistas te succionan a la patria de verdad:

-¿A dónde vamos?

Le pedí que me llevara por la menos espantosa de las rutas. No quería castigarme sin motivo. Pero, pronto, cuando quiso conversar, me vino prisa.

-Por la rápida, mejor.

Aquí, si mezclas amor-odio, lo segundo te diluye lo primero. Mezcla vómito con algo que te guste. Ya lo tienes: eso mismo.

Nos parece que, bajando del cordón para mirar desde la calle, viene más: dos jovencitas estiraban horizonte para ver el colectivo, si llegaba. Bostezaban a la par. Una trataba de mostrar un poco menos de las piernas estirándose la falda. Sin sorpresas: el taxista le gritó - con una flema revolviéndole la nuez como bolita de silbato

-¡¡Dejá veerr!!

Le devolví, con un preciso chicotazo de los dedos, sus palabras al oído. Se dio vuelta. Me miró, con las facciones colapsadas. Nos habíamos quedado detenidos con la roja del semáforo. Buscaba las palabras; pero no. No le salían. Resollaba, nada más, con los colores agitados. Yo tan sólo,

como cuerdas a tensión, lo sostenía con los ojos. No lograba proferir su turbación y ya la verde nos había dado luz en las narices. A medida que pasaban los segundos, se ponía más y más desencajado, sin hablar. Le vino tos. Le dio dos golpes al volante. Se volvió, yo no sabía si con ganas de pegarme, si con algo de temor o si con... -Dios. ¿Es un infarto?- Su papada, de trilliza plegadura, no dejaba de vibrar y los cachetes competían con los ojos por quedarse con la cara. Desprendí mi cinturón: intentaría conducir al sanatorio más cercano. Le vi venas como dedos apretando sus pupilas. La garganta le subía -se me muere- le bajaba -sólo falta que vomite- le roncaban los pulmones -¡diga algo! ¿tiene asma?- se prendió de los asientos y, de golpe, no la radio solamente: las entrañas de la tierra, lo profundo de las calles, ¡la ciudad! gritaron gol con un estruendo tan salvaje que, seguro, se movieron los sismógrafos.

No sé qué sentirán los extranjeros al oír este bombazo por sorpresa. Menos frío, pensaría que de todo. No caían de sus árboles las copas, de milagro. Yo sentí que terminaba de llegar: recién ahí tomé conciencia. Se recuerda, mucho más que con la mente, con la piel. ¡Con el olfato! mucho más que con los ojos. Como China, como África, también el occidente tiene uno. Más grasoso. Menos ácido. Si sales unos meses y regresas, lo percibes con entera claridad: es un olor característico, distinto de cualquiera.

Los espíritus crujían. En el cielo, creí ver una fugaz interferencia, similar a cuando baja la tensión y temblequea la pantalla. Si quisiera, yo sabría dedicarles un elogio: son el coro más enorme del planeta. De repente, nos pasaron, como bólidos, dos perros espantados por el ruido. Me surcaron la ventana. Tembló todo: los faroles y los vidrios. Las muchachas, abrazadas al taxista, no dejaban de gritar.

Duró dos párrafos enteros. Lentamente, la locura fue calmando su fragor, y se soltaron. Los pulmones asomaban de sus bocas, como globos. Con ayuda de los dedos, los volvieron a tragar. Sentí los quilos del taxista doblegando su vehículo de nuevo. Con dos últimos grititos, escurrió lo que quedaba por salir. “¿Seguimos viaje?”

Regresamos, otra vez, a las estrictas pulsaciones por minuto para no morir de sueño. Nos miraban, como lápidas enormes, apagados edificios - que tampoco se despiertan con el día. Se distinguen, más oscuros que la noche, porque tapan las estrellas. Hay autores que se niegan a saberlo, pero sí: los malos libros no se pueden corregir - hay que tirarlos y volver a comenzar, sin añoranza, desde cero. Con algunas avenidas es lo mismo. Las veredas, en heroica resistencia, todavía son capaces de mostrar algunas islas de baldosas apretadas entre yuyos. Es difícil comenzar. Se decoloran los carteles y los nervios no conducen: son de goma. Nos creímos el dolor y lo teñimos de bondad. “En construcción”. Nacimos viejos. Es difícil terminar. Nos pesa todo. No sabemos español: se nos confunden y tratamos al presente de pasado. Nos caímos de los hechos. En lenguaje coloquial, nos referimos al futuro como nunca.

Mientras tanto, sin azules ni relámpagos, el Río de la Plata lame, vago, las orillas impasibles, por los siglos de los siglos, hasta ver si, deteniendo los relojes o dejando de tachar los almanaques, el Pangea se termina de juntar al otro lado del planeta, por la ruta del Pacífico.

68

LA HOJA DEL EXAMEN

No se vende, pero, bien, ¿qué no darías por tener al más fantástico de todos los poetas escribiendo para ti?

“Señores míos,

en adjunto les envío, para vuestra reflexión, unos modelos de discursos que podría preparar para su próxima campaña.

Tengo tres ofrecimientos, excluyentes entre sí:

-se los escribo memorables, a favor de su gestión.

-me desentiendo del asunto, sin tocarlos con mi pluma.

-los escribo memorables, en su contra. Buscaré los compradores entre togas, oponentes y fiscales.

El gratuito, como deben observar, es el costoso.”

Recordé lo de la venta de las armas y firmé con un seudónimo cualquiera. Coloqué, conjuntamente con un número de cuenta, los modelos prometidos en un sobre. Las

cortinas resoplaron. Su chasquido me pegó sobre los dedos. El disparo de las arias africanas fue peor. Lo levanté. “Para comprar unos instantes de sus vidas”. Engrampé, con esta nota, dos billetes encarnados. Un político sin vicios es un piano sin pianista.

Sus pecados, en mi pluma, parecían evangelios. La señora del rival donde pusiera mi sarcasmo no podría contenerse la sonrisa: colgaría mi picante precisión en sus narices. Escribí como querrías que quedaran unas arias dedicadas a ti mismo: mucho más que tentadoras, infartantes. Transferí los honorarios -que pagaron de tus dólares- a China. Jugarían al balón con mi panel.

Yo, con el último tirón de los pulmones, al volver, perfectamente previsor, había ya dejado dos apartamentos alquilados en Pekín. No pasaría mucho tiempo sin que fueran necesarios.

69

ES LO MISMO QUE VOLCAR UN BUEN LICOR EN EL MANTEL Y, CON LAS MANOS, INTENTAR QUE NO SE CAIGA DE LA MESA

No la puedo responder. En ocasiones, al hablar con extranjeros, me planteo la pregunta de por qué, si no parecen más audaces ni más listos que nosotros,

en verdad están mejor. Si nos ponemos al costado, nos va mal, sencillamente.

Nos armaron para todo. Pero, bien, los que, de niños, aprendimos a leer con Aristóteles, quedamos condenados a vivir entre grafitis de mal gusto. Disimulo cuanto puedo, pero sé perfectamente que la mala poesía se refleja, como todos los dolores, en los ojos. Es la calle donde, simple, sorprendido, sin pensar, me vi llevando, con un leve movimiento de la boca -como quien se tararea las canciones que le gustan, solamente por placer- unas estrofas que, de golpe, me cimbraron: eran mías.

Estudí, para romperme los diplomas en la cara: mi talento no tendría catequistas.

En la clínica, mezclados con los locos de verdad, había varios que querían arrojar del balcón pero temían la difícil impresión de la caída. Mucho más que fallecer o suicidarse, preferían no vivir. Obviar el vértigo. Meterse, sin pensar, al ascensor, cerrar la puerta, respirar, y que los ángeles cortaran la maroma. No mirar. También se matan con el golpe - pero mueren encerrados.

Observé que se dividen en dos tipos. Por un lado, los que quieren ya dejarse de vivir y, por el otro, los que van por una forma mejorada de la vida. Los primeros necesitan apagarse. No yacer en la memoria de los otros, ni siquiera. Resolver, a contrapelo de los años, el error del nacimiento. Se dirigen el pasado. No curarse las heridas: olvidar, directamente. No morir, porque capaz que se despiertan en el cielo: que los pongan a dormir eternamente, sin soñar. Dejar de ser. El depresivo, contra toda religión, es un cansado del mañana.

Los segundos son distintos: necesitan recordar. En su propósito, revisten esperanza. Por momentos, un poeta la podría confundir con entusiasmo. Se dirigen al futuro. Sólo viven por humanos: no precisan encontrar significados ni sentido. Como yo, que, todavía sin lectores, escribía nada más por escribir. Ni por placer ni por aplausos: por destino. Lo comprenden sin esfuerzo: Dios es bueno, pero raro. No se ponen a tratar de convencerlo. Tienen fe, pero, lo mismo que las aves emigrando, no lo saben. Para ellos, el mañana tiene forma de neblina - no de muro.

Si lo tomas desde cierta perspectiva, no molestan. Ni los unos ni los otros. O caminan, o se corren.

Pero bien, aquí tenemos que pensar en otro tipo diferente. Van a clase, pero no por aprender. Por la merienda. Desperdician. El velero se les hunde sin zarpar. El ancla pesa mucho más de lo que cincha, más allá del horizonte, la velada tentación desconocida. No se pierden, ni siquiera. Sus caminos se terminan en el muelle.

No consigo caminar, sin pisotearlo. Sobre todo, desde África. De viaje, por un tiempo, se me hizo sanador considerar a mi país un remotísimo lugar del extranjero. Sin embargo, con el paso de las arias, fue difícil de creer. Es el problema de las drogas: la cosquilla dura poco. De contrario, si durara para siempre, ya tendríamos el nudo de la vida desatado. Ni quedarme ni partir me desenreda las neuronas: es aquí donde, pequeño, de la mano de mis padres -tan ansiosos como yo- veía baba de camellos en el agua de los baldes.

¡Esto mismo! Yo soy uno. Si los párrafos engañan, ya las páginas no mienten. No podemos disfrutar, sin padecer. Eyaculamos con arena. Si lo llegas a decir abiertamente, la patota de fanáticos apunta, sin apenas escuchar, en

dirección a las hogueras. Es el único camino que conocen: convertir su realidad en religión. Se los arrancan y los comen ante ti: desconectarse de sus tímpanos. Odiar al escritor, pero sin ir al oculista. Van en círculos. Escriben el futuro con carbónico.

De velas como perros que cincharan la cadena, di más vueltas por el orbe que la luna. Para mí sería fácil omitirlo, pero, ¿sabes?, a la larga, lo que dejas de decir ocupa mucho más espacio (la belleza se pelea por salir y necesito del papel): eché de menos a los míos, solamente. De regreso, sin embargo, la cuestión es al revés: extraño menos, los lugares, que la gente - pero ya considerada como grupo.

Nada más poner un pie, me siento lleno de maletas: es el único país a donde soy un extranjero. Para mí, que, por la gracia de las artes, tengo plena libertad, es una cárcel donde tengo que trancarme por adentro. Si la sientes es por algo; no te pueden acusar: en el avión sentí dentera del acento. Versos antes, dije bien: desperdiciamos - tanto mundo por andar, y yo volviendo.

Ni desértico ni fértil. Uruguay es asexual. Si te llama, con un gesto de los ojos, a la pista, lo que quiere, nada más, es desdeñarte cuando llegues - ante todos. No señor. No limpiaré, con mis papeles, sus raspones. No verás una palabra de mi pluma rasguñada con su sangre.

Seré franco; ¿por qué no? Mientras escribo, me pregunto cómo voy a valorar estas palabras al final de la novela. Por ahora, yo no veo que tengamos menos sangre que cualquiera: la miseria que portamos es culpable. Pero Dios no necesita castigarnos: ya la cárcel la tenemos en las piernas. Nos la vamos heredando. Le pintamos las ojeras a los niños con ceniza de jazmín y soportamos a la rosa nada más por las espigas.

Hay lectores que le piden, al autor, una cascada de cumplidos y mentiras. Pero soy afortunado: no los míos.

70

POR DEBAJO DE LA PLUMA, ME MOVÍAN EL PLANETA

De regreso, comprobé que mi renombre, con las arias africanas, a pesar de las semanas y los meses alejado del país, había sido prestigiado. Me querían en sus fotos. Enseguida de llegar me despacharon, con cortés educación, invitaciones a diversas recepciones oficiales. De común, me preguntaban hasta dónde los sucesos relatados eran ciertos. “Es la clase de preguntas que no deben responderse”, les decía complacido. Si de veras se quedaban con la duda, ya con eso confirmaban mi talento.

-Pero, bien, ¿Mwanajuma...

Nada más oír su nombre, mi manera de mirar hacía algo que notaban.

-Es real... La conociste, por supuesto...

Preguntaban afirmando, como quien necesitara que su piel, su corazón y sus collares existieran. Yo también. Los comprendía. Me marchaba con las típicas excusas de rigor para que no me preguntaran lo siguiente.

De mi parte, concurría con amable voluntad a casi todas las reuniones y, por fin, apareció: la vi de lejos, en

perfecta sincronía con los sones bocaditos sin ajíes, implotando los bostezos en la boca. Todavía separados por la sala, nos rozamos una chispa: son miradas que te dejan el espíritu zumbando.

De seguro que la falta de su madre, muy reciente todavía, le pesaba. Más aún, cuando, por mero protocolo, la tenía que suplir en esta clase de convites. Aunque caigan a granel los almanaques, nunca dejan de ser pérdidas recientes. Saludó:

-Te vi de lejos que venías. ¿Qué deseas?

-El amor es importante, pero, bien, hay otras cosas que tampoco sacaría de la lista.

-Soy católica.

-Mejor, así podemos tomar algo. Como fueras musulmana...

Con celeste sincronía, Dios dispuso la bandeja:

-¿Qué les sirvo?

-Lo más próximo que tenga con la sangre de Jesús.

Quedó mirándome, severa;

-No me gustan los imbéciles seguros de sí mismos. Y, los brutos, mucho menos.

Una brisa con aroma del jardín acarició por la ventana. Con inédita finura, pellizqué la servilleta que voló con los palitos que servían con el sushi.

Conversamos otra copa, con un metro de distancia de por medio. Sin reírnos demasiado. Comedidos. Si

cualquiera de los dos retrocedía levemente, las personas, sin querer, empezarían a cruzarse.

Como pasa de común en las reuniones, el volumen de la gente cada vez subía más: era difícil escucharnos y, con tal de no tener que reducirnos la distancia, caminamos al jardín.

Hay una clase de silencio que sucede, nada más, con los oídos ambientados. La caricia de la noche nos andaba por el rostro, con un frío similar al del oriente. Vocicalmos, con el cálido murmullo de corrillos entibiándose despacio; suspensivos, en un ciego del jardín en que quedamos a cubierto, nos miramos diferente. Detuvimos el avance, pero no nos acercamos un milímetro. Bajó, sobre nosotros, otra clase de silencio. Demoramos en hablar y, de repente, lo teníamos. Ninguno lo quebraba. Nos podíamos mirar. Era rarísimo. Serenos, sin hablar en absoluto, pero, sí, comunicándonos. Tranquilos. Al alcance de la luna: la veía, sin dejarla de mirar, inconfundible, por su rostro. Yo sentía sus colores en el mío. Continuábamos callados. Dejaría varios párrafos en blanco si, con eso, lo pudiera reflejar, pero, valiosos, faltarían los detalles: la caída del cabello por detrás de su collar y, por delante de su pelo, joyería. Su mirada caminando libremente por la mía. La cosquilla deliciosa de los pasos. La feliz composición. El delicado maquillaje de sus ojos. El extraño combinado de cristales y de círculos que no parecerían naturales. Ten, al menos, unas líneas; pero tómate tu tiempo: permanece sin leer unos instantes...

Aunque tengas una pluma poderosa, no la puedes apagar - la gravedad hizo lo suyo: mis pupilas le rodaron por la piel. Yo sonreía, me parece. De la forma que sucede con el agua, la visión también encuentra su camino. Como quien conduce lento por quebradas carreteras, olvidado del reloj y tras un plácido zigzag, en el ombligo me detuve: con los dedos orientados al perfil de sus caderas, estiré, como llevándole tensión, mis intenciones de juguete tan despacio que jamás la tocaría. Si trataba de moverme todavía con menor velocidad, hubiera vuelto con los dedos hacia mí, rebobinando los segundos. Avanzaba dos milímetros por hora

-¡Es la primera vez que nos vemos!

-¿No la última?

-¡La mano!

-De la nuca te despeino. Pero faltan muchos siglos de distancia, ¿no lo ves?

-Erraste todo: situación, lugar y chica.

-¿No leíste de romper, al mismo tiempo, tantas normas como puedas?

Decir “sí” sinceramente, sin tapujos, objeciones ni reparos, es lo mismo que comer un plato crudo. Sobre todo si se trata del amor, hay una clase de placer que solamente se consigue con la duda. De regreso, con la grata comezón de recordar, imaginaba qué tan lejos nos hubiéramos quedado si mis dedos caminaban levemente más aprisa.

71

LA TERRAZA

Los proyectos ambiciosos se comienzan a tramar con el acento del borracho

Permitimos que pasaran unos días. Nos cuidábamos, tal vez, de parecer apresurados. Hay distancias que se deben recorrer con un suspenso de museo. Seré franco: me ganó por unas horas, solamente. Ya su número pendía de mis dedos.

Una noche de salida con amigos, regresé con la mañana despuntando. Las llamadas engordaban mi teléfono. No tengo la costumbre de prestarles atención, así

que pronto se me van acumulando, con rolliza nadería. Mucho menos por oír que por vaciar, dejé corriendo los mensajes y tomé, de los armarios, ropa limpia. Ya la ducha, calentándose, llovía su murmullo. De repente, destacándose de todas, una voz hizo bailar, como delfín entre las nubes, al vapor que lentamente conquistaba territorio.

Suena raro, pero sí: mientras me baño, las estrofas se desatan de manera diferente. Son milagros que no sé de dónde vienen, pero llegan. Es preciso que los copie sin demora, ¡necesitan del papel! - cada segundo de tardanza deteriora su pureza. Salgo rápido, me seco por arriba, mojo todo -ya mi madre, de pequeño, se quejaba del tendal en el parque- los dejo bien asegurados bajo llave de renglones y, después, al regresar, bajo la ducha, me sereno nuevamente. Ya sereno, las ideas, otra vez, acuden vírgenes; y tengo que llevarlas al papel. Es un milagro que no deja de volver a repetirse, cansador. En estas arias, a lo largo de su mágico caudal, hay centenares. Al final, no tengo más alternativa que bañarme rapidísimo.

De noche, se redobra: nada más pegar un ojo, las ideas se despiertan. Es lo mismo que dormir con un bebé que se desvela con la luna. Tengo siempre, por las dudas, un cuaderno salvador en la mesita de mi cama. Cuando niño, las primeras en venir me resultaban fascinantes, pero, luego, cuando ya me daba cuenta de que no terminarían, abrumado de cansancio ¡con las lágrimas al filo! reclamaba por mis padres. Todavía rayo todas las almohadas, sin querer. Los enfermeros de la clínica trataban de llevarse mis biromes a la hora de dormir. Tenía miles, escondidas. Los internos acopiaban para mí: las encargaban a los suyos, con los víveres y ropa; las pedían por las buenas o, si no, directamente, las robaban del bolsillo de los médicos. Jamás,

a donde fuera que durmiera, me quedé sin escribir. He respirado, con el aire de los sueños, tanta tinta como noche.

Me sequé lo suficiente. Salí presa de mis pasos, escribí los pensamientos que venían apurándome -valían el apuro- soplé puertas al vapor y la llamé. Después de rato de charlar, lo dijo claro:

-Por muchísimas razones (o no tantas) es mejor que todavía no nos saquen una foto. Tú comprendes, por supuesto. ¿Te molesta si nos vemos en tu casa? Pero quiero que lo sepas: no te voy a disculpar un rozamiento, ni siquiera. Conversemos. Nada más.

-No te preocupes que, tal vez, jamás nos tomen esa foto.

Vino linda. Nos quedamos, agradables, en sillones separados y, después, cuando la tarde suavizó su mediodía, nos sacamos unas sillas al balcón. Atardeció sin que ninguno preguntara por la hora. Comentó:

-Qué linda tarde. De verdad, aquí la vista no podría ser mejor.

-En la terraza. Si subimos, además, postergaremos un instante la caída de la noche.

Se paró como con gesto de marcharse. Pero no. Con un discreto movimiento de los hombros, se libró de su campera. La dejó por el sillón, sobre los tantos almohadones.

-Está lindo. No la voy a precisar.

Tomé, de paso, por si nos venía sed, una botella de vermut y se la di.

Con el transcurso de las risas, el pretexto de mirar el horizonte fue mudando con el cielo: comenzaron a salir y nos prendaron las estrellas. Y, nosotros, a los vasos. Enseguida, para ver un poco más de los recodos de la calle, nos quisimos acercar a las orillas - todas ellas sin baranda. Cautelosos, respetábamos un margen al abismo. Fue magnífico de ver: la capital nos saludó con un vibrante - como quien se comunica nada más con parpadeos-encendido de las luces, al unísono.

-¿Me vas a saludar? A medianoche se termina mi cumpleaños.

Mucho globo para pocos asistentes. La miré con desconfianza. Caminó por los refranes, agregando:

-Los borrachos sólo dicen la verdad...

-Y muchas veces, exageran la mentira. Pero, dime, ¿los amigos se distancian si tu padre, por virtud o por favores, es electo presidente?

Me miró, desconectándose, por poco, las rodillas.

-Al revés. Pero te brinda muchas más alternativas. ¡Acerquémonos al borde!

-¡Ten cuidado!

Se reía con acento de bebé. No parecía ser consciente del peligro. Vi, de golpe, las estrellas, con inédito pavor, deconsteladas en desorden.

-¡No camines! ¡Por favor! ¡Es más seguro si gateas!

Hizo caso, pero, bien, no se detuvo. Me prendí de sus tobillos, como vida de la carne.

-¡Prometiste no tocarme! ¿Lo recuerdas? ¡Ven!
¡Asómate conmigo!

-¡Pero pega las clavículas al piso santo Dios! De lo contrario, no me pidas que te suelte. Nos iremos arrastrando lentamente, como dos avejentados caracoles.

Yo trataba de fijarle los sentidos, por las dudas. Si trataba de pararse, la tendría que frenar como pudiera.

-Ya llegamos. No te vayas a caer. Enchastrarías el paisaje.

Nos quedamos acostados, con los dedos en el borde, de narices al vacío. Respirábamos un aire delicioso. Contemplábamos millones de detalles con un tímido reojo de perfil y nos tocábamos un hombro con el otro. La ciudad se dibujaba, más abajo, con el fiel cuadriculado de los mapas. La distancia daba vértigo. Veíamos el dorso de los pájaros, tal vez más respetuosos que nosotros de la cara, peligrosa gravedad.

-¿Con cuántas chicas has estado?

-Me parece que con una, nada más.

No nos miramos, pero vi que la respuesta le gustó. Permanecimos a merced. Nos olvidamos de cenar y, distraídos con la charla, no notamos, hasta ver volar un vaso que teníamos al lado de nosotros, la tormenta que teníamos arriba, cocinándose. ¡Podríamos haber desperdigado la cabeza de cualquiera que pasara por la calle!

-Qué peligro...

-¿Nos sentamos en el borde? ¡Con las piernas hamacándose!

-Bajemos, así vuelves a tu casa.

-¡Qué vergüenza! ¡Tienes miedo! ¡No dejamos una gota por tomar y todavía tienes miedo!

Se trató de levantar y, como quiso darse vuelta sin pararse por completo, se trancó. Ni las rodillas se lograban desatar de las muñecas, ni los ojos del cabello. Las cuclillas no lograban terminar de darse forma. Lo sostuvo por brevísimos instantes y, de pronto, se quedó sin equilibrio - tan incierta como dado que rodara por el borde. La cinché sin titubeos y quedamos en el piso. La tenía sobre mí, pero seguía forcejeando como loca.

-¡Por favor! Al menos cuídate por mí que, si te llegas a caer, será difícil que me crean que caíste sin ayuda.

La mirada le cambió. Sentí sus músculos, ahora, como pinzas: con la misma decisión con que trataba de soltarse, se prendió de mi cintura.

-Yo no voy a permitir que te suceda nada malo.

Lo decía con furor y con ternura, combinados.

-Regresemos.

-Los que toman están mucho más expuestos a morir atragantados. Linda forma de morir; ¿no te parece?

-¡Tienes hambre! Con razón... (la pellizqué) ¡con el estómago vacío no se toma!

-Tienes toda la verdad a tu favor. Pidamos algo de comer.

-Estás soñando. Lo que vamos a pedir -y me perdonas- es un taxi que te lleve.

Por un lado, yo quería terminar con la visita. Las hogueras encendidas con licor, son engañosas. Más allá de

que sentí la penetrante conexión que se produce, nada más, en las parejas incipientes, cuando toman parecido. Con oculto bienestar, en el empalme de sus risas y mis dudas y sus dedos y los míos, no queríamos dejar aquella noche por el medio.

La llovizna fue volviéndose pesada. Nos tratamos de parar y, como todos los que vienen de beber, nos encontrábamos con menos precisión de la pensada. Nos caímos, abrazados. Intentamos alejarnos del vacío como quien se resbalara sobre lodo, con los codos y los tacos. En el centro, se veía la pequeña construcción de la terraza: nada más un alerito, con la puerta. Descendías unos pocos escalones y, después, ya se podía continuar en ascensor. “¡Estamos cerca!” Parecíamos soldados en acción que se llevaran mutuamente. “¡Ya llegamos! Ya llegamos.” “Por lo menos un café. Te soy sincera, me parece preferible no volver hasta mañana que llegar y que me vean sin poderme sostener”; “¿y yo no cuento!”, me reí. “Después de tanto tropezar, ya no podemos sostener, entre nosotros, ningún tipo de vergüenza. Pero no malinterpretes”, aclaró.

-No puede ser... está ¿trancada?

-Dios no quiere que, tan sólo, me despaches. Allí tienes.

Me gustaban esa clase de salidas con humor, tan habituales.

-No te quiero defraudar, pero, sin dudas, el portero la cerró por la tormenta. No nos vio porque jamás se mojaría la nariz. Por otro lado, ¿quién podría suponer que nos hallábamos aquí con este clima?

Nos sentamos al abrigo del alero. “Te saliste con la tuya”. Me fascina cuando veo que las arias cobran esta

melodía. Corazones y relámpagos. Las aves apretaban el calor en el remanso de sus nidos. “De candados por adentro”; no lo dijo: lo cantó, solemnemente - “¿no podrías describir un personaje sin sumar una palabra?” Transcurrieron los minutos y, mojados, nos dio frío. Ya tenía mi campera. Le tendí, sobre los hombros, un abrazo. “Pero, ¿tú?” Se la sacó para cubrirnos y, de paso, me dejó su corazón contra mi pulso - parecíamos siameses por el pecho. Suspirábamos. Así como lo dicen los autores para niños. El abrazo por debajo del abrigo. Su nariz, apuntalada por mi cuello, respiraba de mis venas; y la mía de su pelo. Parecíamos estar inoculándonos raíces. El bautismo de la lluvia, bendiciéndonos con agua de parnaso - no de río. Los latidos y los truenos, regalándonos la música. Le dicen creación: sin universo, Dios jamás hubiera visto suceder este milagro - lo cultiva mil millones de milenios, nada más por una flor. La melodía fue peinando su compás. Canción de cuna. Ya sin frío que temblar, nos vino sueño. Resbalábamos despacio, sin decirlo. Cada vez que los pulmones exhalaban, de manera lentamente natural, nos reclinábamos un poco. La sentía relajarse. No rendirse: descansar. Me pareció que se dormía. Yo, con restos de cordura, procuraba resistir, así podía protegerla de sus pasos, impulsivos. “¿Me subiste secador?” fueron sus últimas palabras, esa noche. Ya las horas me cinchaban de los párpados, ajenas a la lid de mis esfuerzos. Retiré, de mi calzado, los cordones y, cuidando de que no la presionaran demasiado, nos até de las muñecas. Atrapé, contra mi torso, sus bostezos apacibles. Envolví lo más que pude sus espaldas, estirando la campera. Recorrí, para creérmelo, sus hombros con mis manos y sequé prolijamente su cabello con un aria que tenía de la noche, todavía sin sacar de mi bolsillo. Si la típica secuela de tomar le daba sed, yo, con el cuenco de la palma que ponía de tazón bajo la lluvia, le llevaba de beber

hasta sus labios un puñado de tormenta. Me dormí por un instante, me parece. Ya la luna se dejaba traslucir al otro lado de las nubes: en verdad había sido por relámpagos, en horas. Lo flexible de las artes. Su cumpleaños. Mi flamante desconcerto. De repente, nos vi, juntos, recordando, con albóndigas y nietos, esta noche.

La palabra menos dócil de mis párrafos:

72

AURORA

La palabra del idioma con mayor alteración según con quién te la despiertes.

De mañana, nos vinieron a llamar los aleluyas de los pájaros. Ninguno se quería separar y nos quedamos otro poco, despertándonos, tan sólo, para ver si nos dormíamos de nuevo, cada vez. Y, cada vez, un poco más entremezclados. Nos hubieras visto cómodos. Ni frágiles ni rígidos.

El día, con su lámpara de sol, fue molestándonos. ¡El cuerpo reclamaba desayuno! “¡Qué crueldad! ¡Estás mirándome con cara de dormido!” Desarmamos escultura, nos reímos un minuto de nosotros y, por fin, cuando giramos el pestillo (pero no por esperanza ni por prisa, ¡por inercia solamente!) ¡la teníamos abierta! No supimos si, con sanas intenciones, el portero no nos quiso despertar o si, nosotros, como pasa de común con los borrachos de los chistes cuando

vuelven a su casa, no pudimos con la clave de la puerta. Nuevamente, me sentí como los jóvenes imberbes que no saben, en verdad, lo que se toman con un trago.

Su teléfono bullía de llamadas y mensajes; ¡la saldrían a buscar en patrulleros! Marcó, más que con apuro, con enfado -pero sólo con el breve malhumor de los pequeños- a su padre. Conversaron dos minutos y, con arte, tan sutil como titilan las estrellas, al decirle, con preciosa calidez “que lo quería”, me rozó con la mirada.

-¿Te molesta si me baño?

-Pero ten un toallón, así no tienes que pedírmelo desnuda.

La dejé con su respuesta. Me marché. Volví de prisa. Se lo di. Dejamos ojos en estela; “cuando salgas yo te sigo”.

Preparaba dos cafés en la cocina. De repente, sentí risa por mi boca, pero no me daba cuenta de por qué. Quedé parado, sin moverme. Me tembló bajo la piel: oí su voz, que no dejaba de cantar, acompañada por la ducha. Caminé por el tranquilo, renovado corredor, y me pegué, con los omóplatos besando la madera. Parecía que la luz entraba pura por ventanas y pupilas. Reaccioné cuando la lluvia se calló: no me pasaban los minutos. En la puerta le dejé, porque tenía sus zapatos empapados, mis pantuflas. Al salir, apareció con ropa seca que tomó, sin preguntar, de mi ropero. Le prendí -“no tienes pelos en el pecho que mostrar”- otro botón de la camisa.

-Si me dejas preparar el desayuno, cuando salgas, lo tomamos y me voy. En la cocina, ¿tienes algo sin vencer?

-Mujer de fe sin vitaminas: Te lo dejo comenzado; pero tú, que no respetas protocolo ni reloj, agua caliente ¿me dejaste?

Ya de vuelta, lo tenía preparado. Combinó lo que quedaba sin vencer con ese práctico talento de las chicas. En sus manos, descansaba mi cuaderno. Como quien leyera braille, le pasaba la caricia de sus dedos y, lo mismo que la noche, con la magia de su vista, combinaba las estrellas con la magia de mis versos.

73

EL TATUAJE DE LOS SIERVOS

No lo pueden ocultar porque lo llevan en el rostro

Con su padre ya tenía, mal o bien, un intercambio de palabras. En alguno de los últimos eventos de cultura, nos habíamos cruzado.

Nada más al enterarse, me llamó para contarme de su dicha. Parecía, ciertamente, muy feliz; “¡este domingo ven a casa!”, repetía sin cesar, “¡almorzaremos en familia!”

Fui puntual, y nos tratamos a minutos del nivel de los amigos. Él tomó bajo su mando la parrilla, con cuchilla, tenedor y delantal. En un momento, soltó todo: “¿me disculpan?” Nada más oír el toque de la puerta del servicio, la restante comensal se me prendió de las muñecas y me dijo, con la voz entusiasmada “¡cuánto tiempo que llevaba sin reírse como hoy! Está gracioso, distendido. ¡Como

antes!” Al volver a la parrilla, se cruzaron con un beso de pasada. Su pequeña, dando saltos, iba, ya como con baile de rayuelas, a buscar, a la cocina, no se qué. “Desde que toda la cuestión de su mamá se complicó, tenía restos de tristeza por la frente.” La siguió con unos ojos descansados, satisfechos. “Hace días que la veo diferente.” Se notaba con bonita claridad: aquel señor acaudalado no tenía mucho más, en sus haberes, que su hija. Casi tuve como miedo de quererlos.

Terminamos de comer, pero la charla parecía que recién estaba sólo comenzando. Levantamos los cubiertos y pasamos a la sala, no muy grande, pero, sí, maravillosa. Si la química del alma se consigue con estufas, el misterio se lo dan las escaleras. Bailarinas en suspenso. Sugestión, cuyo carnosos pasamanos, como lomo retorcido de león, vivo.

Me tenían, divertidos, explicándome las fotos, cuando, súbito, sacando, con ligero tropezón, una tablita del parqué -con una foja papeles muy distintos de los míos- irrumpió, como saliendo de la piel del papanatas, un soplón a dar reporte de los ítems que competen a su clase de persona. Caminaba con el aire del perfecto secretario, con afán de directorio. Corderil y disponible. Pude ver, en sus pupilas huidizas, el dolor del inseguro. Son miradas en bemol, que ni siquiera se consumen en envidias - se conforman con los celos, y los celos no reclaman dirección: se tranquilizan con un poco de cariño. Sus patrones saben cómo sonreírle.

Desprovistos de carácter y de firma, se colocan por debajo de los títulos. Camuflan sus vacíos en los usos y costumbres. Enseguida reproducen los modismos. Son rebeldes -atavío, tonterías y dicción- imitadores.

Y su caza no depende de ninguna cacería. Sólo logran apuntar, pero sus yemas no resisten la presión y necesitan de

los otros que le tiren del gatillo. No podrían digerir con sus estómagos un mero desayuno. Los albures me lo dieron en bandeja: fue sencillo. Se veía que mi novia le gustaba, sin decírselo. Renté, con intenciones y con sábanas, un piso que lindara con el suyo.

De la forma que, si sales con amigos, hay lugares que consiguen, por su sola condición, desempolvar una faceta diferente, con nosotros sucedía parecido. Puse luces que llamaran al exceso. Lo tendríamos de casa de festines, y podríamos usarlo de refugio -por reserva de botellas y papelante ante desastres naturales. Por prever lo necesario de cualquier supervivencia que se precie: lapiceras y perfume. Por espejos y colores. Aplacábamos la sed en el sudor y le cantaba, de descanso, las estrofas de mis arias al oído. Decibeles. Alternar la batería con el piano. Que, rogándonos piedad, nos escuchara, separado de nosotros por la piel de la pared. Que no durmiera por llorar. Que se sintiera desterrado de la gente. Que sus celos enfermaran en envidia. Que, deshecho de la rabia, se mordiera las muñecas, agregándose dolor, mientras oía nuestros gritos. ¡Que cinchara de sus venas con los dientes!

Los esclavos lo ven todo. Sus patrones no cometen un horror sin que lo sepan y, cobardes o partícipes, no huyen, ni lo dicen, ni los matan. No la tocan con los dedos, pero comen el bocado que les den, de la manzana.

74

LA TRAGEDIA DE TENER QUE DARLES VERSOS DE LAS ARIAS

Yo jamás había nunca concurrido, ni con tinta ni con pasos, a mitines de retórica política. Lo vi desde la sombra, donde nadie me pudiera vincular con ese mundo. Comprendí que desde niña detestara concurrir.

Como debíamos pasar a levantarlo, presenciamos un momento la grotesca realidad del espectáculo. Su padre, cuando todo terminara, seguiría con nosotros a la costa. Nos decía, con los ojos abuelados, “¡soy igual que si tuvieran un bebé!”

Los asistentes esperaban su discurso. Luz, carteles y nostalgia de jabón. Les tiran algo que gritar y, de personas, hacen gente. De seguido, ya se dejan engañar. Como si fueran animales. A medida que subía los peldaños, descendían en altura, tan sumisos que, sin peros ni preguntas, nada más al saludar, ya los tenía de rodillas. Y, de golpe, transmutaron en mascotas. Se notaba por los arcos que barrían en el piso, con sus colas. Aprendieron catequesis. Son lo poco que quedó de la conquista. Se cambiaron el penacho de la pluma por la vincha del partido.

Lo seguía, como séquito de sobras, una corte de fetiches que se puso por detrás. Empapelado. Van allí como devotos a rendir genuflexión. Es una misa. Son expertos sometidos.

Se podría dividir a las personas en dos grupos diferentes: las que miran a las otras, y las otras. Por lo tanto, para dar con el rigor de las primeras, en lugar de comparar, contra su vida, lo que dicen, te conviene compararla, mucho más, contra la voz de su profeta. No consiguen pronunciarse, sin su boca.

No lo bajan de la lengua porque -sádicos o lúcidos- a nadie le perdonas más ofensas que -divinos- a tus dioses. Se deslucen mutuamente: ni su público le quita los aplausos a su tótem ni su tótem le retira los piropos a su público.

Lector: estoy tomándote del cuello. Yo no voy a rebajar una palabra nada más para gustarte. Si no logras comprender, ¡hay otros libros! Si resulto demasiado no te quedes con la luna de vestido, que también hay otros talles. Cada letra de mi pluma lleva rumbo: ser el clímax de las artes; ¿¡te parece que procuro tus aplausos!? Tus aplausos... que prefiero no saber a qué patán los agitaste. No son vírgenes, seguro. Ve con ellos a barrer otros papeles. Tenme furia, sí, con eso, te desquitas del talento. Fotocopia cada palmo de mis libros para darme bancarrota, pero nunca me perdones una letra de relleno. Ya mis padres, de pequeño, me decían: “no te prives del valor, porque no todos te querrán, de todas formas”. No te quedes a leer si, todavía, no tuviste, con las arias, un orgasmo. Mis milagros no venían con anillo. Soy amante, no marido. No te quiero sino para que me grites al oído. No me pidas que te ame, lo que tengo para dar es otra cosa: lo que no le contarías a tus hijos. El poeta que jamás permitirías que leyeran, pero raya tus almohadas. Que te muerdas mis palabras, en la boca. Que, después, si te preguntan, niegues todo: “¿quién es ese?” Yo no quiero que me trates con justicia, porque tengo, sobre muchos escritores, la ventaja rebosante de los genes. ¡El embrujo del talento de mi lado! Yo nací con las estrellas

orientadas a mi madre. Cabizalto, con la luna despertando con mis ojos. Con más párrafos que tiempo. Separando mil millones de volúmenes el antes del después, y bendecido por el índice del arte.

Si me vas a colocar en la balanza, ponme sólo, contra todos los restantes en un único platillo. Diferentes unidades de medida: lo recuerdas del colegio. No se suman mandarinas con melones, ni se pesan, como brillo sin quilates, toneladas contra vanos apellidos.

75

EL SUICIDIO DEL DEMONIO

Voy a ser el responsable de mis actos. Una cosa fue la sana picardía, pero ya será distinto desatar una tormenta. Si pretendo que merezcan el total del resultado, necesito retirar un personaje.

Lo llevé con la correa, de la forma que se llevan las mascotas. “Como sigas tironeando, vas a ver que te levanto por el aire”. Caminamos a través de plantaciones y senderos, hasta dar con el profundo corazón de la pradera. Cuando ya nos encontrábamos allí, lo desaté, pero cerrándole la fuga. Con un gesto de mi pluma, le mandé que se callara. Lo froté con un masaje de palabras, como dándole consejos. Es así como se debe formular la tentación: aconsejando.

“¿No lo ves? Con tu patente corren todos. Te dejaste designar, como si fueras el autor intelectual de cada falta cometida, responsable primigenio de delitos y diabluras. Y no sólo de las tuyas, ¡de las nuestras! Finalmente, no sabemos cuánto tiempo nos hubiéramos logrado resistir a la manzana, sin morderla. Te privaste, distraído, de la máxima maldad que nos podrías haber hecho: retirarte. No dejar que te tengamos de coartada. Que, si vamos a pecar, no diluyamos, en tu nombre, nuestra culpa. No compartas, ante Dios, nuestro banquillo: tú no tienes por qué ser el acusado; ¡sé testigo! No permitas que podamos señalarte con el dedo. Disfrutamos del pecado, pero tú te comprometes con la firma: te tenemos nada más de testaferro. Por ahora, solamente significa salvación, pero podrías convertirla, para todos los humanos, además, en un blasón de madurez. Ahí la tienes: ya te puse la corona con espinas en el cuello. Sé valiente, como Cristo. Si pretendes disputarnos, deberías merecerte, tú también, el galardón de dar la vida por el hombre. ¿Qué pretendes conservar? ¿El inframundo? Ten la soga, por favor. Con una vuelta será más que suficiente (se la di por el pescuezo rematándola, tajante, con un nudo). Los que vayan a comer de lo prohibido, que lo tengan que morder bajo tu cuerpo columpiándose del árbol: no podrán decir de ti que los tentaste. Con tu muerte, te nos llevas las excusas. Sólo salta sin pensarlo”.

Mis razones lo colmaron. Se trepó, como los monos, vertical, por la corteza. Me miró, como lamiéndose. Me dijo: “si con esto te decides, está bien. Es una pena que no viva para verlo. Me tendré que conformar con que suceda”.

Por respeto de su nombre, no tendría que decirlo: vaciló, con una mínima zozobra. Golpe seco. Los instantes posteriores. El silencio de la muerte; muy distinto de la

pausa. La pradera, que no quiso responder, ni con minúsculos sonidos, al amén de los amenes.

Caminé para volver. Con la distancia, se veía, contrastada con el cielo, suspendida de la soga, la silueta de Satán, atardecida por detrás del horizonte. Campo libre. Con mis claras intenciones caminando, la pradera, como quien se la llevara de la mano, cobró vida nuevamente.

76

BARROVINOS

Y mandé mi visto bueno para China.

Mientras tanto, con creciente devoción, en Uruguay, tranquilamente, yo seguía disfrutando de su risa. Sin cuidado, sacerdote del deber, que como no te desentendas de las cosas que te gustan, el deber escribe versos más aprisa. Me propuse transitar de buen humor el intervalo de los meses que tuviera que quedarme. Sol, convites, festivales y salones.

“No te vas a conmovier ¡pero seguro que te vas a divertir! Habrá poetas en escena”. Su manera de decir las ironías era tal como se debe: sin dejar que se notara si de veras pretendía ser irónica. Los pómulos sin pistas y los párpados del póker.

Sobre cuerdas de guitarra titilando, tomó voz la carrasposa poesía del primero: “Nos escucha con la pluma preparada, ¡nos escucha con la pluma preparada! Que mis versos le consigan encender inspiración y, si le gusta lo que digo, tiene todo mi permiso de llevarlos a su maaanoooooooo”

Los presentes se volvieron para vernos. Respondíamos aplausos. El siguiente no fue menos: “Si le pegas a la vida, si le pegas a la vida con patadas en el piso, ten por cierto que si vuelves a cruzarla la patada te regreecesaaaa”

Muchas mentes sólo logran reflexiones circulares: “todo vuelve”. Continuaban sin ningún remordimiento: “Me prendé de tu mirada, me prendé de tu mirada como ráfaga del viento para ver que tus pupilas en mi noche son luceerooooos”

O faroles, como siempre las metáforas con ojos. No querían detenerse: “La palabra que nos duele, la palabra que nos duele por el resto de los años es aquella que, cobardes, no dijimos. Conversar es elegir entre callarnos con dolor o ser esclavos de lo diiiichooooo”

Nos gustaba recorrer el interior. La capital a veces peca por monótona. Seguimos el guion determinado por la ruta con punteadas instrucciones; ella cándida, feliz; yo, disfrazándome de sol y, sin apuros que guardar, nos detuvimos a comer en una suerte de viñedo-restaurant. Nos sentamos y, tan sólo con oír el golpeteo de su mar en las paredes, conocimos el talante. Peregrino, su perfume caminó desde su cuna de cristal hasta nosotros, por sí mismo - no tuvimos que clavar, como los osos hormigueros, las narices en la copa. Le rogamos al peón que delatara los secretos de delicia semejante.

-No se ponga timorato, ¡cuenta todo!

-¡Con placer! El ingrediente principal es la patinga -las pestañas le cimbraron de contento- si me siguen a la planta ¡lo verán ustedes mismos con sus ojos!

Nos llevó, con entusiasmo. Circundamos la casona por afuera. Le pasamos por al lado, sin pararnos a mirar, a las garrafas y los tarros y, de bruces, al doblar hacia la parte posterior, nos tropezamos con la cara sorprendida de “la Ñata”, majestad a cuyo peso le sobraba para darle de sufrir a la cansada resistencia de las uvas.

-Maldición. Se cuenta todo, no todito.

Por momentos, arrugaba la nariz y repicaba con brutal ensañamiento, tan veloz como taladro de martillo. Parecía los atletas calentando, cuando suben las rodillas y las llevan a las palmas de las manos sin moverse de su sitio.

Con artístico viraje, cada tanto, nos pillaba con un toque de silencio: levantaba con el pie, para dejarnos admirar, atenazada con los dedos, una uva. Contenía dos instantes el momento, para

pluc! - y disfrutándolo, mataba, con un toque de falanges, al embrión de la bebida.

-No me mienta levantándome las uvas, que lo bueno queda todo por debajo. Lo demás es un agüita.

-Sí señor. Por eso mismo le raspamos la cuchara por el fondo.

Recorrimos el lugar unos minutos y salimos a la ruta nuevamente con el auto. Las estrofas, aunque simples de sucesos, parecían encantadas.

-¿No te pones cinturón?

Me respondió con un acento natural, mientras sentía su caricia por el lóbulo, “que no. Que la cuidara”.

77

CONVERTIDOS

Hay venganzas necesarias y las hay maravillosas.

Transcurrían las semanas y nosotros cada vez nos encontrábamos mejor. Era notorio que teníamos hechizo para largo. Disfrutábamos de todo: de cansarnos y, después, de descansar.

Ya transitábamos el filo de la tarde, regresando del viñedo. De repente le sonó su celular. Habló con magra cortitud y se quedó con la mirada suspendida.

-Qué terrible, santo dios. Era papá. De todos modos, qué distinto que, si debo recibirlas, esta clase de noticias me sorprendan a tu lado, que me calmas solamente de mirarte. Dos ministros que viajaron hacia China por asuntos comerciales han estado sin llamar ni reportarse por semanas. Era raro, más allá de que los altos funcionarios, de común, estén librados a quedarse lo que sea necesario. Desde jóvenes han sido cumplidores con mi padre: sus aplausos se remontan al inicio. Son amigos. Bien, resulta que por fin aparecieron... pero locos. Es rarísimo. Parece que... no sé... los encontraron en la calle, como vagos. El primero de los dos, atormentado, se tapaba los oídos. El segundo no se deja levantar: está sitiado por un vértigo tan

duro que no logra resistir unos centímetros del piso sin entrar en convulsiones. Ya los chinos, por canales diplomáticos, habían avisado, pero nadie sospechó la gravedad. Los repatriaron en avión. Ahora dicen los doctores uruguayos que ya nunca volverán a ser iguales. Están locos, simplemente. No, mi padre no merece semejante situación. Qué mala suerte... Nada más y nada menos le faltaba por cargar a su mochila.

Me miró con unos ojos que, tal vez, hubieran sido la piedad que los salvara. Pero dios, que no se deja de jugar al dramaturgo, sabe bien que, con frecuencia, lo mejor de las historias está dado por el orden con que vayas develando los eventos. Y, con limpia claridad, ha decidido que los viera recién hoy, con esa forma.

-Si deseas visitarlos -no lo tengo que decir- iré contigo.

-Por favor, porque los tienen internados en un sitio pavoroso.

Mi cabeza no dejaba de pensar en que, por años, estos dos habían sido como guardias que someten, nada más con unas pocas municiones en sus armas, a quinientos prisioneros. Tuve rabia de nosotros. ¡Cómo tantos permitimos a tan pocos que pudieran hacer tanto! Cómo diablos, en las horas en que más necesitábamos de puños y de plumas, nos pudimos olvidar de que veníamos con mano.

78

¿SIGUEN SIENDO QUIENES ERAN?

A la mínima neurona, lo serían.

*Estas páginas se tienen que leer con la mandíbula
trancada de la furia.*

Yo también los conocía.

Cuando niño, padecí las amarguras que causaron a mis padres. Es inútil destilártelas: lo malo, solamente con decirlo, no lo dices, de común, con el dolor original. Apenas logras transmitir un pantallazo. Las ofensas. Las presiones. Los secuaces. Los incrédulos, fanáticos creyentes. El amén de los corderos. El crujido de sus voces y sus trémulas rodillas, machucadas. Situaciones que se siguen recordando por lo menos un segundo cada día. La pueril indefensión. Los arcabuces de la sangre.

Son historias repetidas que podrías encontrar en otros libros. Para mí, sería fácil estirar algunas hojas con pasado, pero voy a conservar a los lectores exigentes, que lo saben: es aquí donde los malos escritores aprovechan a llenar otro capítulo con nombres, etopeyas y gorduras. Hay historias de no más de mil palabras que les clavan inflador y, como pollos con hormonas, toman ancho de novela. No figura ni silueta. De mis arias, no consigues destacarte con portadas coloridas. ¡El papel es más liviano que la tinta! No valores el gramaje. Las palabras pesan más que los volúmenes; ¿no sientes el espíritu ligero por encima mientras, cálidas, tus

manos acarician y sostienen, por debajo, la preciosa majestad de los quilates?

Ambos eran dos mandíbulas comiendo de lo mismo. No podían detener la digestión.

Nos encontrábamos en vísperas de fecha nacional y nos habían indicado preparar, en el colegio, redacciones alusivas. Era niño. Sin embargo, mis palabras eran grandes, deliciosas y punzantes a la vez. La directora cercenó lo que creía peligroso, le forzó lo que creía de rigor y me pidió que lo leyera, de zapatos y gomina, bajo mástiles y prócer, la mañana del domingo.

-Pero nunca bajo yugo. Lo que diga, será todo de mi pluma. De contrario, tiene muchas redacciones en su mesa.

Seré justo: me miró con la ternura suspendida, como tantas otras veces. Yo solía responder con un orgullo novelesco que, tal vez, hubiera sido complicado de llevar si se trataba de cualquier educadora sin oficio. Pero yo lo tuve todo: condiciones naturales y personas. Me tenía permitido distraerme de la clase: si brotaban las ideas, escribía. De mi parte, no dejaba que la prosa me llevara de la pluma sin motivos razonables, ¡portentosos! Como yo perdía todos los cuadernos terminados, los tenía que dejar en biblioteca, registrados en “autores nacionales”. De común, la directora controlaba de manera personal que me los fueran recibiendo. Sin embargo, nunca pudo conseguir que las firmara. “¿Para qué? Si soy artista de verdad, con un vistazo del estilo se tendría que saber de quién se trata. ¡Seré yo! Si no se nota, ¡si soy otro de los tantos! no merezco que mi nombre se conozca.”

-Pero debes entender: a los efectos del discurso, no te juzgues escritor. Apenas eres un alumno.

Me tendió, como cortándome los peros, las palabras alusivas con algunas correcciones. Unas cuantas ciertamente, más allá de que tuviera la mejor disposición para conmigo. No será desdibujada por el golpe de mis versos.

El domingo, los diversos asistentes rebotaban de mañana. Con el público mirándome, la prosa se soltó. Corría piel por las cosquillas y los nervios activaron el sabor, como sucede con las cosas exquisitas. Escruté la resumida multitud: había trajes, uniformes, guardapolvos escolares y banderas. En un claro de silencio producido por el último sonido de la banda, comencé, por puro vértigo. No sé si me tenían presentado. Con los ojos en el texto corregido, yo decía, de memoria, mi discurso primigenio. ¡Recordaba casi todo! Con el sano desafío de los niños al hacer sus travesuras, le ponía más volumen a las frases censuradas. Los adultos, al principio, se rieron; enseguida, se miraron y, dudosos - pero cada vez con menos precauciones- empezaron a mezclarse con aplausos. Ya, después, los derramaban de sus manos. Yo seguía, compelido por el público. Sentí la libertad. Solté las hojas para verlos; arrancaban los aplausos de sus manos y, llovidos sobre mí, me los tiraban. Allí mismo terminé, con un criterio que traía de las letras: cuando llegas a la cúspide del texto, finalizas. Si te pasas una letra, ya te sobra demasiado.

Recorrí la multitud con atención. Buscaba, más que los aplausos, a mis padres. Por entonces no tenían más veranos que los míos, al presente. Yo sabía, más o menos, de qué lado me miraban y salí, como tropel, en dirección a sus abrazos. Me metí por las hileras de personas, y los vi: dos insolentes, a segundos de gritar, les reprochaban mis palabras. “¡Esas cosas no les salen a los niños! ¡Se las mandan a decir! ¡Se las enseñan en su casa!” Yo miraba,

todavía sin que nadie registrara mi presencia. Por un lado, me gustó que confesaran que mis años no podían coincidir con el discurso pronunciado. Por el otro, les quería demostrar que las palabras eran mías:

-Se permiten esta clase de violencia porque saben que no van a responder de malos modos las personas educadas. Pero yo, que soy engendro de la propia purulencia de sus calles ¡yo que debo convivir con el olor de sus matones! no tendré remordimientos. Se tendrían que cuidar de los ejemplos que nos brindan a los niños, que, después, dejamos plumas destapadas y se pinchan los talones.

Hoy entiendo la serena compostura de mi padre, procurándome quitar envergadura: “¿Regresamos? ¿Que tenemos que comer con los abuelos!” Sonrió con cortesía para todos: “y disculpen el momento, por favor”. El más robusto respondió con la soberbia del enano:

-Debería protegerlo, que los nenes no conocen el peligro.

Me miró como si fuera su mujer y remató la grosería con el gesto de lanzarme, con el soplo comedido de los sádicos, un beso.

¡Tuc! El golpe de mi padre le voló la dentadura, vertical. Se vio lo blanco, disparado como bala. Me parece que ya nunca vi pegar otro piñazo parecido. Sonó seco. Partidor. Quedó de pie, pero completamente rígido. Los ojos, lentamente, le volvieron adelante, pero sí que demoraron en girar. Estaban todos aterrados porque no recuperaba las pupilas.

Y, después, lo que tendría, cada tanto, que volver a recordar. La policía. Los aplausos en silencio,

distanciándose, llevados del temor. La repentina soledad. Las amenazas. Los problemas. El proceso, que llevaron a su máxima tensión, contra mi padre. Mi niñez estaba tierna todavía. Desconcierto. La virtud paralizada -conmoción que me costaba digerir- y mi talento perturbado. Ni con charlas ni con ríos de ternura me lograban devolver inspiración, pero ponían, al taparme de camperas y bufandas, lapiceras y papel en mis bolsillos: “los artistas no deciden el momento”. Lo decían contagiosos, rematándome la frente con un beso.

Sin embargo, ¡qué tragedia! ¡Cuántas arias que jamás conoceré! Las imagino con dolor, como los hijos abortados. ¡Cuánta prosa! ¡Cuántos versos! ¡Cuántas nobles maravillas! ¡Cuántos ojos se cerraron sin leerlos! ¡Los milagros de mi pluma ¡silenciados!! Y, con estas alusiones, evitaba recordar ¡Mwanajuma! lo peor: aquél disparo que revivo cada día, que no dejo de tirar, eternamente. Qué capítulo tardío: si tan sólo los hubiera castigado cuando ganas y razón me lo pedían... ¡Cuando todos los poetas, con unánime criterio, lo decían! Me sentí, por mucho tiempo, desterrado de su clase, pero nunca sospeché que lo tendría que pagar con un tormento parecido.

No dejé que la pasión se me volcara por el rostro. Ni la sangre por la voz. Estacionamos y, las cuadras que faltaban, las hicimos caminando. Por lo visto, Dios estaba tan ansioso como yo ¡como mis párrafos! A poco de llegar, el hospital llegó primero, con sus tétricos olores, a nosotros, escapado de sí mismo con el aire que salía por las rejas.

Ingresamos. El aspecto repelía. Nos movimos en silencio, sin hacernos comentarios. Techos altos, cuya lúgubre distancia confundía su color en la penumbra. Los rincones ocultándose, miedosos. Los parásitos, valientes. La

belleza por el piso, pegoteada, desgastándole color a las baldosas. Humedad aceitunando las paredes.

El exánime, cansado presidente, no nos vio cuando pasamos. Un doctor estaba dándole los partes:

-No cultiven esperanza. Son problemas que no tienen tratamiento.

De seguro, ya conoces de qué forma se comportan ese tipo de palabras en un rostro. Cuando vio que nos hallábamos presentes, nos ciñó con un abrazo más sincero del que suelen convenirse los políticos.

-¡Qué bueno que vinieron, mis amores!

No se pudo contener: lo vi llorar.

-Estoy entrando para verlos, pero temo derrumbarme. Si pudieran ir conmigo...

-Desde luego. No lo tienes que decir.

El enfermero nos previno:

-Será feo.

Lo seguimos a través de corredores al horrible pabellón en que cumplían su condena. Con el sólo testimonio de los gritos, se podía, todavía sin entrar, adivinar el interior. En el estómago, sentí la cosquillosa comezón de cuando sabes que la chica de tus sueños está cerca. No terminas de creerlo de verdad hasta que tienes el toc toc en los oídos - cada grito lo viví como si fueran golpecitos a la puerta.

Ya llegábamos. La mano de su padre rebotaba: frente pecho hombro hombro frente pecho hombro hombro frente pecho hombro hombro... Más sutil, la de mi novia parecía

relegarse - no sabía si quedarme con sus pies o si cincharla. Yo seguí, sin preguntárselo. Mis ojos apretaron las pupilas para ver y, finalmente, la venganza, sin tapujos ni pudor, se presentó despampanante: no vivían; solamente perduraban, como bolsas de ceniza que no puedes ni vender ni regalar. Por un resquicio del helado manicomio, la cordura celestial me bendecía con un círculo de sol.

Los acercaron a nosotros, empujándolos. Sentí que los esclavos de Jesús me los traían en bandeja. Sus historias, rescatada del amén la valentía del sermón, serán parábolas: el cielo, muchas veces, se presenta bajo formas increíbles que jamás, ni los artistas ni los físicos, hubieran sospechado. (Ten cuidado que también -poder, aplausos o tesoros- el infierno se presenta bajo formas engañosas.)

Cuando vienes de kilómetros de sed y, bruscamente, tomas agua, te parece que te vas a desmayar por un segundo, sin caer. Sentí lo mismo. Contemplarlos es izar, como bandera, las pupilas y reflotan los mentones si los inflas de venganza.

Dios escribe por mi puño: los habían amarrado como momias. El primero, ya tenía las facciones deformadas de pastillas y locura. Le ceñían la cabeza con un par de protectores auditivos, portentosos. Cada tanto, con el cuerpo de prisión, lo sacudían espantosos arrebatos, como quien se los tratara de volar. “Es que comienzan a dolerle”, comentaban los doctores; “es normal, después de tanto sin sacárselos. Probemos...” Pero no. Con un sonido, por minúsculo que sea, se derrumban sus endebles contenciones, pega gritos imposibles y, por obra de sus propios alaridos, el ataque se redobla. Más allá de que le cinchen la mordaza, son un círculo vicioso que tan sólo se

detiene con un seco cachetazo. Silencioso, pero firme. Bien pegado. De seguido, le colocan otra vez los protectores.

Ya su cómplice podía ser objeto de novelas de terror: un personaje que difícilmente salga de la pluma comedida. Su mirada, constreñida por un vértigo terrible, no soporta, ni siquiera, la distancia de mirar a la pared. Amén del largo de las lámparas, del techo mucho menos. Tan así, que sólo logran controlarlo si lo ponen de narices a la cama. Recortaron un perímetro de cara del colchón, así consigue respirar, y le bajaron la camilla tan al ras como sus patas permitieron, al nivel aproximado de las rótulas, así no siente vértigo. Recién en esa suerte de camilla-patineta, con el piso que le roza la nariz, se tranquiliza. No lo llevan con la mano: lo patean y, con baba, va dejando biografía por el suelo.

Las pedradas que tiraron fueron tantas que resulta comprensible que volvieran unas dos, por estadística tan sólo. No precisas de la fe, ¡yo tengo pruebas que mostrar del beneplácito de Dios! Observa bien este regalo de su parte: la dolencia que los ata, no los priva de saberse desgraciados. ¡Son capaces de penar! ¡Están al tanto de su mísera desdicha! ¡Se dan cuenta! No quedaron insensibles, sólo locos de remate. Más aún, con la cordura que les queda, no les da para saltar por la ventana: vivirán para sufrirlo.

Que pudiéramos mirarnos otra vez, en su quebranto. ¡Tan de cerca! Sin mediar ninguna clase de barreras y que fuera, mi venganza, mucho más que vengativa, bondadosa: ya ninguno de los dos, aunque pervivan sus anécdotas, podrán hacerte daño.

Nos marchamos, no sin antes escarbar en lo profundo de sus ojos para ver si, con las migas que quedaran de sus almas, me podían recordar. Hicieron raros movimientos y tragándome, quizás, una sonrisa, fantaseé con que trataban

de decir, desesperados, algún tipo de descargo, maldición o petitoria. Nada más cayó saliva.

79

FUERON PÁRRAFOS ESCRITOS A CUCHILLO

Regresemos unas páginas a China. Cuando vi, con el tirón de la sorpresa, las noticias uruguayas en la clínica, cayeron sobre mí las alacenas de mi vida. De repente, los fantásticos remates de mi pluma parecían inconclusos. ¡No podría ver mis arias sin un dejo de vergüenza!

Sucedió con matemático rigor en dos lejanos continentes. Cuando yo me les alejo, las estrellas los empujan hacia mí, como diciéndome “repara lo que puedas, ¡desagravia tus escritos!” Pero, quise, con estricta precisión, estar seguro de que fueran ellos mismos todavía: cada pieza, la dispuse de tal forma que, culpables, como fueran a caer, se tropezaran con su propia perversión. Ellos pudieron elegir, en cada paso que pisaban, el camino de los rectos. Pero no. Se decantaron por el otro. Sin que nadie (ni poeta ni lector) los indujera. ¡Ni siquiera Satanás! que, como debes recordar, estaba muerto: no podía susurrarles al oído. Dejé plumas, con un queso que no comen los espíritus de bien, encañonadas a sus pechos. Ni castigo de los malos, ni destino de las víboras, ni fuego contra fuego: nada más se pegarían con el propio retroceso de sus armas disparando. No justicia

por mi mano. Por la suya. Puñetazo de su puño, no del mío. Como vacas patinando con la bosta que dejaron del almuerzo.

Sin problemas narrativos que temer, hubiera sido facilísimo tomar, de los derechos que percibo, lo que fuera necesario para todos los expendios de los planes. Sin embargo, la sencilla solución de los recursos infinitos no sería valedera para mí, que tengo todo lo que suelen envidiar los escritores. Solamente faltaría que mi pluma tropezara con tesoros escondidos.

Me compraron enseguida los discursos de campaña. La moral les daba bien para firmar, a nombre propio, lo que nunca lograrían escribir por ellos mismos. Con la suma que pagaron, hice todo. Dejé dos apartamentos arrendados en Pekín, acomodados a los planes, y les di mis instrucciones a las más inteligentes prostitutas que logré localizar. Me comprendieron enseguida. De seguro, ya tenían, en sus prósperos haberes, esta clase de trabajos.

Yo podía, con un poco de palanca, fracturarles las rodillas o romperles las falanges de los dedos. Pero no. Las matemáticas aplican para todo, nos decían en el aula, cuando niños. Es así: si te dirigen un insulto, tú devuelves, sin mirar, una patada displicente que los corra del camino. Pero, bien, si te lastiman, es un múltiplo distinto, como debes observar. Y ya descártalo: no van a dispararme con el dedo que yo mismo dejé sano. Mi virtud y mis capítulos son menos evidentes. Del inicio no desprendes el final. Así las artes, cuando vienen del artista: de difícil previsión.

-Si los mandarás a matar sería todo más barato.

-Por supuesto. Pero Dios no nos permite decidir sobre la vida de los otros.

respondí. Por otra parte, las venganzas no se cobran al contado. Supongamos que picaras una tabla de tu queso preferido. Si lo comes a tu ritmo, lo disfrutas. De contrario, como debas engullirlo, no podrías relamerte. Degustar, exige calma. Para mí no se trataba de bocados diferentes.

Qué manera de pensar... “Sería todo más barato”. Nos miramos con la pluma: “tú no quieres escribir ni las historias de pequeñas vengancitas ni las otras, de disparos al salir del parlamento. Necesitas escribir un espectáculo, ¡romperle los esquemas a las artes!”

Una vez que los ministros arribaron, ordené que les llevaran un mensaje traducido. Lo tenía que firmar el propietario de las chicas:

“Pretendemos expandir nuestra cadena de burdeles en América del Sur. Necesitamos documentos y visado.

Por favor, nos gustaría que contaran, desde ya, con nuestra firma para todo lo que sean donaciones de campaña. Comprendemos lo que pueden aportar a su país.

En el supuesto de que quieran asociarse con nosotros, esta noche mandaremos a dos chicas al hotel, con consistente gratitud y, sobre todo, con dinero - nada más un anticipo de lo grande.”

Se miraron, “¡estos chinos! ¡Qué visión! ¡Están en todos los negocios!” y le dieron a saber, al proxeneta, vomitándolo de gestos elocuentes, que querían prostitutas y dinero, pero ya. No sofrenaban apetitos ni placeres: le pedían a la gente del hotel que les dejaran una caja de botellas al costado del retrete. Merendaban en champán lo que vertían del almuerzo. No son goces excluyentes, se decían, y no puedo ser hipócrita, lector. En este punto, los avalo. Si no tienes, en el baño de tu casa, buenos libros que leer, no deberías postergarlo. Más aún, quizás algunos de los

párrafos que tocas con tus manos tengan esa distinción. ¿Los soltarás como con asco? Cosa rara si las hay: lo que lograra que pudiera, como tantos escritores, escribir a lo burócrata, sentado.

Las muchachas arribaron. Ya los dos estaban ebrios: no dejaban que las horas malgastaran sus relojes. Controlaron el dinero, lo contaron billetito por billete, se mostraron satisfechos (alcanzaba, por entonces) y, después, los apretaron en el fondo del ropero.

Las mujeres, con sutil educación, los invitaron a dormir en otro sitio, que resulta poco cómodo tener, al mismo tiempo, prostitutas y valores en un solo dormitorio.

Los negocios, en la China, no terminan de cerrarse sin abrir una botella por lo menos. Es un modo de firmar, un formalismo que, por poco, no se pone por escrito con los otros numerales del acuerdo. Les sirvieron de beber un traicionero destilado del arroz que te concede la primera, pero, luego -sobre todo si no sabes de los velos del oriente- va ganándote, sin prisa. No le vieron emboscadas. Lo tomaron como vino de campiña.

Fue sencillo separarlos. Cada yunta se tenía que marchar a su pesebre. Ni siquiera los tendrían que cansar: estaban duros de los tragos.

En Pekín -y toda China- se construyen edificios en stock. Algunos tienen unas pocas unidades habitadas y, los más, están vacíos. Sobre todo, si se trata de los barrios periféricos. A veces, en la sombra de su mole que te tapa las estrellas -como vida titilando sobre fondo de la noche- ves algún apartamento con las luces encendidas. Alejadas, en distintos edificios, arrendé dos unidades con altura, sin vecinos que pudieran escuchar cuando pidieran por ayuda.

Las magníficas entradas con que daban a la calle no dejaban sospechar que se trataba de concreto desolado. Nada más había latas de conservas para meses. Con atún tendrían todos los nutrientes esenciales. Es pescado.

Los llevaron del oído, cariñosas; “en mi cama de trabajo tengo todo. Ven conmigo”. Lo decían en idioma mandarín, pero tenían refraneros de bolsillo, traducidos - con errores, es verdad- a los idiomas principales. Señalándoles la frase, comprendían el sentido filológico lo mismo que si fueran literatos.

El ambiente no podía ser mejor a los efectos: sin ventanas. Interior. Empapelado de burdel. Las prostitutas africanas se colocan, en los senos, un somnífero que, sólo con un beso, te podría desplomar. En China tienen un polvillo parecido. Comencemos con la suerte del primero: combinado con lo mucho que traía de las copas, el compuesto, más allá de sus sabidas propiedades, obró rápido. La chica le sacó, de sus bolsillos, el teléfono, las llaves del hotel, y se largó sin avisar trancando todo por afuera.

Ya tenía preparadas, con feliz antelación, unas alarmas que molían los oídos. Al salir, las activó. No callarían su sirena por semanas - increíblemente fuertes: no podríamos hablar sino por señas. Las había reforzado con la fea raspadura de las drogas auditivas. No la música: las otras, que parecen arañazos en el tímpano. Dirás: “exagerado, como todo novelista”. Yo, tan sólo, te diré que las escuches y, de paso, ya tendrás un panorama de los días y las noches que pasó, de rompesienes. Insufribles por demás, son como ratas al influjo del calor, que no dejaran, en dantesco desenfreno, de morder espuma-plast. Si te decides a probar extrema todos los cuidados de rigor, porque te pega su satánica dentera de los sueños.

Despertó como revientan las granadas del ejército: bombazo, sin escalas. Explosión sin degradé. Su sobresalto parecía reventar: no precisó desperezarse. Se trató de componer y lo primero que pensó fue que la chica ya trataba de callar aquél agudo de bocinas, activado por error o... ¿No sería por incendio! “¡La maldita se largó sin despertarme!” Se lanzó desde las sábanas. Cayó. Buscó sus cosas. Era todo revoltijo. No podía razonar, ni concentrarse. Los confusos pensamientos le dolían. Las alarmas le pinchaban el oído ¡se tenía que largar! Pero... la puerta... “¡¿Qué le pasa?!” Le quedaban unos meses, todavía.

Se cansó de sacudir el picaporte. “Ya vendrán a rescatarme”, se decía. Desarmó los padrenuestros de rezar. Estuvo días escuchando que las llaves intent... “¿Días? Pero... no... si todavía no comí ni media lata...” Las paredes agrietaban el sonido. La pintura, fatigada de vibrar, descascaraba sus neuronas. “¿Esas latas terminadas?... No... Por Dios...” Él no lloraba. Suplicaba por ayuda, pero firme. La sirena dirigía su punción a lo profundo del cerebro. ¡Le dolía! Se trataba de tapar, pero las manos -ni la manta ni los huesos ni los golpes- no podían detener la metralleta del volumen. Al comienzo, se quería convencer de que la chica volvería con las llaves. El espejo le pasó por la mirada: vio sus ojos explotados de llorar. Estaba feo. Las ojeras parecían antifaces. Le gritaba por la puerta, prometiéndole de todo (matrimonio - dinerales - espectáculos - amor) si lo sacaba. Los bigotes encorvaban, lentamente, las semanas en sus labios. El volumen desgarraba las sirenas, pero ya no las oía como antes. Le pinchaban, eso sí, con un dolor escandaloso. Con el sueño, se recicla la sustancia que conecta las neuronas y, privado de dormir, perdió dominio de su cuerpo. Los calambres eran sólo la primera sensación de los espasmos. ¡El volumen doloroso! Las defensas naturales lo

trataban de dormir, o desmayar, pero la ruda pertinacia del sonido lo traía de sus ínfimas milésimas de paz, a garrotazos. No lograba consolarse, ni siquiera, recordando su fortuna. La forjó con propiedades que compraba rebajándoles el precio. Conspiraba con empresas de la noche que, después de cometida su misión, se desplazaban de lugar: agilizaba los permisos y ponía los matones. Con la música, los vidrios, los borrachos y la falta de controles, conseguían ablandar a los vecinos propietarios. Como fuera necesario, le seguían otro tipo de presiones.

Despertó como revientan las granadas del ejército: bombazo, sin escalas. Explosión sin degradé. Su sobresalto parecía reventar: no precisó desperezarse. Se trató de componer y lo primero que pensó fue que la chica ya trataba de callar aquél agudo de bocinas, activado por error o... ¿No sería por incendio! “¡La maldita se largó sin despertarme!” Se lanzó desde las sábanas. Cayó. Buscó sus cosas. Aquel hombre no dormía sino sólo despertando de continuo. Su razón se fue volviendo cada vez un poco más intermitente. Se trató de lastimar el interior de los oídos. Pero no. Quedarse sordo no resulta tan sencillo: solamente con pincharte, no lo logras y los tímpanos, a veces, duelen tanto como, díscolos, escuchan. Lo pensó: se los hubiera desgajado con apenas encontrar un sacacorchos. Lanzó latas al espejo, se pegó con la cabeza contra todo, pero todo sin poder enajenarse del sonido. ¿Telarañas? La tortura del dolor y lo penoso que resulta no saber en qué momento se termina. Si los náufragos supieran la demora de los buques de rescate, flotarían lo que fuera necesario, quizás días. ¿Esas latas? El volumen cada vez pinchaba menos. Hormigueaba. Lo sentía por la mente, bajo forma de cosquillas. En un punto, su memoria se tapó de nubarrones y, despierto, le venían a los ojos pesadillas espantosas. Parecía que trataba de bailar con el sonido, pero, mientras,

retorcía las semanas por su rostro. Se pegaba con las cosas, apoyaba la nariz en las paredes y, de golpe, contrapunto de temblores con medusas en la salsa de tomate. De bombones congelados y luciérnagas en llamas. Quedó loco. Se colgaba de los patos para no pisar el agua.

Despertó como revientan las granadas del ejército: bombazo, sin escalas. Explosión sin degradé. Su sobresalto parecía reventar: no precisó desperezarse. Por pegarles a los dos al mismo tiempo, ni les pegas menos duro ni los látigos se gastan: al amigo le preví, sin reparar en las expensas, un ambiente más lujoso, con un cuarto que salía, como caja de cristal, al exterior del edificio. Las paredes y los pisos eran placas transparentes, espejadas por afuera. No dejaban ver aristas ni tirantes. Doce pisos. ¿Lo sabías? Es el punto - metros menos, metros más- en que más pánico se siente. Según dicen los cosacos, es allí donde los rusos arrepierten sus montañas, en los parques. A medida que descienes o que subes, el mareo cada vez es más liviano.

La manera de dejarlo prisionero fue bastante similar a la que vienes de leer, de su colega. Protegido por secuaces, era bravo. Desde cargos y montículos, había descubierto que la gente con temor es más barata que la libre.

Los artistas, como tienen el espíritu sensible, constituyen un peligro: se dan cuenta. Nada menos. De cruzármelo, quizás, un par de veces, lo sabía desde niño como cosa natural: sufría vértigo.

Sintió la gravedad chupando todos sus colores. Despertar en el vacío sostenido de la nada quebró todos los cristales de su miedo. Se quedó paralizado, procurando respirar sin movimiento. Caminaron los minutos. Orinó (perdía peso). Trancó cortas bocanadas que gritar. Pidió socorro, con los ojos apretados. Él hubiera preferido fallecer

en el lugar, a ver aquello. Su temor somatizaba los crujidos. Unas lágrimas cayeron en el charco del orín, conquistador y paulatino. Combinó mis toneladas con su miedo.

No quería caminar, porque sus pies concentrarían la presión. ¡Pero tenía que moverse! Juntó todo su valor para reptar y, con el rastro de babosa todavía sin un metro que medir, se le gastaron las reservas de coraje. Descontrol. No pudo menos que temblar. Cobró los síntomas del pánico. Su vista se nubló. Las nubes no se disiparon. Le debí dejar pañales.

Despertó. No supo cómo, ya del lado de la puerta. Se colgó del picaporte. Sacudió, pero sin éxito. Gritó. Pidió socorro, con la voz del suplicante. Su terror pesaba más de lo que, trémula, pesaba con su carne.

Con un colmo de piedad inmerecida, permití que le dejaran una cama. Pero Dios, aprovechando mi bondad, se la tornó padecimiento. Ya turbado de sufrir, el desdichado le temía por las patas apoyadas en el vidrio - que, de veras, a pesar de su probada resistencia, se veía peligrosamente fino. Preocupado de que tanta longitud hiciera fuerza de palanca, la paró, con el colchón a la pared, y, de seguido, se tendió como las víboras que tratan de fingir en las aristas de los pisos, estiradas a su largo.

Le dejamos las conservas en el borde más lejano del vacío. Las miraba por detrás de su terror, fosilizado. Ni las horas ni las ganas dolorosas de comer lo conseguían empujar. Salir a rastras otra vez estaba fuera de sus planes. “Por favor... estoy llorando...”, balbucía, como quien se suplicara despertar de pesadillas que ya fueron suficientes. Acrofobia. Como pudo, se sacó los pantalones y probó. Quedaron cortos. Los ató de su camisa por un brazo, para ver si, más extensos, rematando la muñeca que quedaba con

un lazo, conseguían arañar alguna lata. Pero no. Con ese vértigo terrible no podía calibrar el lanzamiento. Para todos, el temor es inclemente, cansador. Si no lo bajas de tus hombros, te tritura. Se padece, como todo sufrimiento. Sin embargo, la penuria del cristal, en este caso, bien podía ser peor, porque lo suyo se trataba de luchar con un trastorno. La dolencia le corría por los nervios. El terror era tan sólo sintomático; lo grueso sucedía por adentro. Ya muy pronto se vería tan enfermo que su pelo no podría ni siquiera sostener, a la sazón, su propio peso.

Sólo pudo resistir un par de días. Finalmente, dominado por el hambre, se movió. Pero despacio, por milímetros, con miedo de romper el equilibrio del cristal. Era lo mismo que poner un caracol en una lija: no podía transitar sin deshacerse. Cuando justo se movía por el medio del vacío, los temblores empezaron a ganarle. La profunda gravedad y la temible transparencia de los vidrios. El abismo terminal y sus inútiles, baldíos arañazos. Escuchó, con indecible sobresalto, que los golpes de su cuerpo le pegaban al cristal: cerró los ojos y trató de controlarse, vanamente. Se partió, con un dolor estrepitoso, la nariz; oyó crujidos; tragó sangre, que tampoco terminaba de pasar. Por un instante, vio las luces de los autos más acá de sus pupilas y, rajándose la frente con horribles cabezazos, sus feroces sacudidas se volvieron convulsiones. Despertó. Del lado bueno. Con dos latas a su lado, sin siquiera recordar que las hubiera... Convulsiones. Otra vez. Es imposible que sepamos cuántas veces despertó por un momento para, rápido, volver a desmayarse.

Sin embargo, no se mueren los enfermos cuando tienen apetito. Dejó todos los cristales vomitados con atún. Se le formaron, en la piel, unas escaras espantosas. Carne pútrida, reflejo del estado de su mente. Nada más

sobrevivieron los instintos (que conservan el temor, así que nada resolvieron). Pertinaces convulsiones terminaron de cegar lo que quedaba de cordura: pocos párrafos.

Las chicas se llevaron el dinero del hotel y, tras semanas incontables, regresaron a soltar a los ministros. Las abrieron y dejaron a las puertas separarse levemente por sí solas. Los olores que salieron parecían provenir del inframundo. Se marcharon en silencio, sin ser vistas. Dios lo quiso; yo presté la consonancia del amén: que no pudieran regresar con la soltura que solían hacer daño.

Como pasa de común con los borrachos que, lo mismo que las mulas, se consiguen encontrar con el camino de regreso, los jerarcas atinaron a bajar a la salida. No dejaron garrapatas en la calle. Los detuvo la perrera, que, si no, se los hubieran aspirado los camiones de basura sin que nadie se fijara. Mucha gente: dos estúpidos de menos ni se notan en el Asia.

80

LA VENGANZA

Ya cansado de beber, después de rato de reír, se te desprenden unas lágrimas que -cierto- no son hijas del pesar. Pero tampoco de la dicha.

Lo sabemos: en la guerra, como mínimo, son dos. No cabe duda. Sin embargo, de común, es uno sólo que la vuelve por demás inevitable.

Para mí sería fácil escribir un alegato que, con creces y razones, demostrara la virtud de la venganza. Ya logré que mis lectores aceptaran otras mil invitaciones de mi puño.

No sería tan difícil revolver un poco más el menoscabo, recargar con querosén en vez de tinta los cartuchos de mi pluma, poner brasas a dormir en el papel y que las hojas encendidas te quemaran el semblante.

Lo más gris de la cultura se compone de plomizos escritores resentidos, ¡no confundas su ceniza con mi fuego! Si mis párrafos imantan el idioma, si los ánimos no viven de recuerdos, si mis sístoles han dado majestad a los colores, juventud a los caminos, amplitud a la belleza, soy de sangre diferente. No de caldo. De café; pero del duro: dos hectáreas por tasita, con azúcar para tres. Los escritores no nacieron, en rigor, para vengarse. Pero vienen con las armas.

Además, no se desmayan con el rojo. No cometo mi venganza con afán de cobrador: no recupero lo perdido. Las

venganzas, no son actos de justicia ni nivelan las balanzas - ni justicia ni venganza se pensaron al efecto.

No podrías hacer nada que se reste del dolor. Lo que sucede con el mal es similar a lo que pasa con el fraude: más allá de que los reos hayan sido condenados, nunca nadie consiguió recuperar su patrimonio. La justicia de los jueces no te deja más opción que levantarte desde cero.

Son eventos que no pueden resumirse con un solo titular. Mi puño llega, pero no nos encontramos en el mismo cuadrilátero. Son golpes que tendrían que nombrarse con palabras diferentes. La distancia que separa sus sentidos está dada por el orden. Dios lo sabe. Yo lo sé. Con el guantazo que respondes no compites en bajeza con el otro, que primero recibiste sin haberlo provocado.

Ve. Compruébalo delante del espejo; ponle labios sin temor: es un vocablo que tan sólo lo comienzas a decir y, ya con eso, recuperas atractivo. La venganza nada más es un placer y, de la forma que sucede con cualquiera de los otros, tiene peros. Es normal. Y no por mucho respetar al agujijón renunciarías a la miel. Los sinsabores no despojan a las cosas del sabor. He consumido la venganza como tantos de vosotros cocaína. Si pudiera regresar sobre las hojas, hay momentos en que no me gustaría detener a los que tanto me dañaron: son almíbares que sólo se disfrutan con el odio rechinando por los huesos. Es la misma paradoja que sucede con el sexo: las hormonas anestesian el lugar donde se siente lo mejor.

Al mismo tiempo que te hieren, los malvados te convidan a vengarte. Si no fuera por su causa, no podrías. El regalo de la sed y la botella destapada. Su licor es comestible: no se bebe, como vino. Se mastica, como carne. Sabe calmo, delicioso. Como no te la sirvieras, si pudiera,

borraría solamente de tu libro los capítulos que siguen así dejas de leer, tras bambalinas, un coraje que no tienes merecido.

81

LE QUISIERA DIBUJAR EL PORVENIR A SOLA PLUMA DE POETA

*De los suyos, son velámenes que pueden avanzar a
contraviento.*

“**N**o te bañes de perfume que me tapas el aroma de la lluvia! Yo te pongo. Ven aquí.” Me lo cerró, sencillamente. No solía negociar.

De la manera que los truenos se suceden a los rayos, a los truenos, les seguían sus deditos en la puerta. Picaporte. Viento gris y, de repente, la teníamos al borde del zaguán, con un semblante que costaba distinguir a ciencia cierta -si sus ojos a las gotas o las gotas a sus ojos- quién estaba, de verdad, hipnotizando sobre quién. Hacía danzas a la lluvia solamente por olerla. “No descarto que mis hijos -comentó- que no la van a conocer, quizás me miren extrañados cuando lllore, cada tanto. No lo puedo controlar” y me miró, con esa mezcla fascinante de las lágrimas bajando, por la piel, a la sonrisa, que, sin dudas, es el modo más bonito de decir “no te preocupes, que no tiene solución. Con un abrazo dices todo”. Conversaba de su madre con ojitos de cañón, pero de balas que no salen.

De la forma que los médicos pondrían algodón, le puse labios en la frente. No contento, la ceñí con la ternura más acérrima que pude; que sintiera, sin metáforas, que Dios la protegía con mi cuerpo. Las costillas encastradas, sus arterias en mi piel, los corazones a milímetros, mis sienas en su luz. En el abrazo se combinan, el abrigo, con los puños. Qué cercanos, el espíritu, del árbol de los nervios. ¡Qué cercanos, los pulmones, de la vida! Mis latidos en la brújula, su pulso tironeando de mi norte. No quedaba más espacio que cubrir entre nosotros. La marea combinándose. “¿Son lágrimas o lluvia?” Las mejillas empapaban el contagio. “¡Me podría maquillar en tus cachetes!” Qué cercanos, el embrujo, de los hechos. “No diré que te vendría nada mal”. Ambigüedades y misiles: la -sin cátedras ni marketing- hereje narrativa del poeta. Ni tirándonos con honda nos hubieran conseguido separar. Hay un momento para todo: no te trates de llamar a discreción si dos caricias te coronan. “¡Me reflejas! ¡Es en serio!” Ni deidades ni demonios parecían asustarnos. “Y, de paso, ve si puedes hacer algo con tu pelo”. ¡Ni la muerte ni la vida! “Yo seré la que te tire del pestillo cuando llegues al edén”, movió mis manos de lugar, “pero después de que te purgues”. Desinflé los elementos en un rápido suspiro. “Si presionas, eso sí, contra mis párpados los tuyos, me da sueño. Ya lo sabes.” Al autor, si bien no deja que sus versos lo confiesen, hace mucho que lo vienen delatando. Si la vieras a las siete de la tarde ya con ropa de pijama, lo sabrías entender. Metí mis dedos congelados por debajo de su blusa. “No me vayas a tocar”. Lo más gastado del ropero. Con el grito, congeló la rajadura de los rayos y, los pájaros, unísonos, al ¡fuego! de su voz, como volándoles las hojas, estallaron de los árboles.

Se fue, pero volvió. Que se fugara del abrazo fue lo mismo que perder el flotador en el océano. Reía: “te compré, por más que poco lo mereces, un obsequio. Te lo doy si me

lo quitas”. Como pájaro con brisa, comenzamos a volar y, tras un breve forcejeo, nos ganamos. “¡Le grabé tus iniciales! Y las mías, como ves.” Era consciente del exceso. La tenía que salvar: “no te preocupes. Un joyero lo resuelve”. Se trataba de las plumas de diseño que, seguro, por la firma del orfebre, no podrían encontrarse demasiadas de su clase. Las finísimas libélulas en oro brillarían a la luz del recorrido. Más allá de que yo nunca tuve nada que sentir por esta suerte de valores, era linda, la verdad. “Ya no precisas escribir. Escribe sola. Ven conmigo”. Me cinchó de la chalina que tenía dando vueltas como manta. Si no fuera que le puse mi talón de zancadilla, no caíamos los dos en el sofá, para dormiros.

Sola no. Pero la vi con la cosquilla de pensar en los magníficos remates que saldrían de nosotros. En mi cuello, sus pestañas. Mis tobillos en sus medias. Su cabello de chalina sobre mí, como tejida por mis hombros, y mis manos ordenas, como cosas en su sitio.

82

**PARECIERA QUE, POR OBRA DE SU SOLA
VOLUNTAD, EL JUEZ SUPREMO ME LOS
FUERA DESPACHANDO CON LA PENA
DECIDIDA**

*¿Te molestas por tan poco? No sospechas de qué cosas te
tendrás que desprender en el futuro.*

Las distintas embajadas continuaban ofreciendo recepciones y, nosotros, cada tanto, concurríamos. A veces, resultaban más exóticas que finas o formales. No creerías las personas que se cuelan entre jueces, militares, senadores y ministros. Una noche, tropecé con una vieja compañera de liceo que, con tanto recorrido de por medio, nos habíamos perdido la pisada.

Ni siquiera necesitan haber sido relevantes: hay algunas amistades que, por más que no las hayas cultivado, cuando, luego, te las cruzas, te parece conversar como si todos esos años transcurridos no quedaran en el medio. La palabra sale suelta, confianzuda.

-¿Te preguntas qué me trae por aquí? Te soy sincera: me propuse conseguir algún político de novio. Ya lo sabes, es difícil prosperar en esta clase de países si no dejas que te den un toquecito. La política me llena de fastidio, por lo tanto, lo procuro por la vía de la cama, mucho más entretenida. ¡No nos queda tanta pólvora! Si vamos a los hechos, ya salí con un macaco del ambiente, ¿ves aquél? ¿El

que no deja de reírse con los otros? Ese mismo. Pero, ya, si no lo ven sus superiores, se te pone prepotente. Violentón, corregiría...

Se trataba del soplón enamorado de mi novia. Prosiguió su narrativa:

-Yo sabía controlarlo. Pero tuve, con caída desazón, un contratiempo diferente: su tamaño. Mal que bien, lo que se dice “tener sexo”, no tuvimos. Por lo menos que yo sepa. Ser mujer es más difícil de lo fácil que lo sueles escribir. Acupuntura, nada más. Con semejante prepotencia, yo le fui mentalizada para bríos colosales.

Era suelta, pero grata. De las chicas que no piensan demasiado lo que dicen y que todos -los amigos y los no- se lo permiten solamente para ver el entusiasmo de su gesto. Te contagian. Son lo mismo que las chispas despeinándose del fuego. Lo que llaman, de común, “extrovertida”. Le decíamos enjambre, por su voz, que parecía la de miles. Al comienzo, resultaba divertida, pero ya, si no sabías detener su catarata de pasión, tampoco, cándido, podías esperar lo de su parte. Maquinal, era lo mismo que tener un pica palos en el tímpano, sin cortes ni feriados.

-Si lo piensas, hoy en día te conoce medio mundo. Pero, bien, ¿en el pasado? Yo probé con el estudio, terminé, soy abogada, pero sólo me llegaban un casito por aquí, dos peleítas por allá. No mucho más. Algún divorcio cada tanto. ¿Lo más triste? Que te toman de sicóloga. ¡Si yo necesitaba más sicólogo que todos mis clientes! Eso sí: los pecadores se confiesan mucho más con abogados que con curas. ¡Y te ríes! ¡Es verdad! Con más detalle, te diría. ¡Tengo más información que los programas de la tarde! La farándula... quizás, mi verdadera vocación. Entrometerme, sin llamar, en la desgracia de los otros, y contarla, con un poco de color,

a los imbéciles. Seguro que con toda tu cultura te resistes a mirarlos (deberías. Los chimentos no te quitan lo valiente). Sin embargo, cuando tratan sobre ti, te dejan siempre por las nubes. ¡A los dos! Porque parece -tu dirás- encantadora. Pero, bien, me fui de tema. ¿Qué te puedo decir yo que no nos digan los espejos a la cara? Ya tenemos esbozadas, como croquis, y se vienen, como surcos, las de veras. Arrugada, será tarde. Comprendí. Me dije “¡basta!” Tuve ráfagas de ti, que siempre fuiste mucho más inteligente, sí señor, y te copié, como solía de común cuando teníamos examen. ¿Por qué no? Si cada vez que te copiaba, con la suerte de mis ojos, aprobábamos. Total: te fue divino. Se los ve como borrachos de salud, ¡enamorado! Ay. Me gusta. Los envidio.

Yo no sé si, por alguna rendijita de su voz, habrá notado lo que, casi de seguro, se cruzaba por mi frente, demasiado laberíntica, quizás, como su mismo soliloquio:

-Pero, bueno, ya me ves. Estoy dispuesta. Lograré mis objetivos. A los hombres que circulan por aquí los maravillan las mujeres de la tele. No se sienten inferiores si se juntan con idiotas. Pero, bien, ustedes dos están muy lejos de ser algo parecido, porque tú no sabes cómo ser un tonto ni tu novia se parece complicar con la política. Te quiere con locura. Me doy cuenta. Soy mujer. Y, lo mejor, es que ¡por fin! para descanso de los pueblos, un espíritu consigue que te quedes. No lo puedes ocultar. Recién te vi que la mirabas alelado. Fierecilla dominada. Casanova jubilado. Más te digo

-El ministro se metió por esa puerta.

Señalé con la nariz, disimulando. La tenías que sacar con un tirón de contrarritmo que, si no, no se callaba por semanas.

-Está solo. Si no sales con marido, por lo menos, tendrás algo que contar en tu programa.

-Puede ser...

-Y lo mejor es que se precia de soltero.

-Nada más que sopesar. Por estas cosas te valoro.

Desde siempre, nos salíamos un paso de los límites del bien. Pero volvíamos a salvo. Me miró, como diciéndome “no vayas a moverte. Ya regreso con detalles”.

Remontó por las gallardas escaleras, apretándose los vuelos del vestido. Me serví, para bajar, una bebida que pasó por mi costado. Tuve ganas de volver y refugiarme con mi novia. Me sentí como los niños cuando buscan a su madre.

No llevaban diez minutos transcurridos cuando, presto, vi bajar al funcionario. Sigiloso, pero vivo. Caminó por el salón hacia la parte de los baños. Demoró lo que las comas y, cortando, de regreso, por el medio de la gente, le dio tos. Atragantado, le saltó, como pequeño taponcito disparado por presión, una pastilla singular con un azul inconfundible. Rebotó. Su retintín hizo que todos se quedaran en silencio. Los presentes la miraron, todos juntos, a la vez. Quedó desnuda, delatada por la blanca castidad de las baldosas, en el medio del estar.

Sentí que todos los planetas se ponían de mi lado. Como nadie le trataba de tirar un salvavidas, comencé con los aplausos de rigor, que, contagiosos, siempre quitan dramatismo. Los demás me secundaron con palmadas en el hombro, “quién pudiera, ¡quién pudiera!” le decían. Con entero disimulo, pero rápido de prisas, hice señas a la banda: comenzaron con el baile. Por su parte, muy veloz, también el maître se movió con veterana calidad: bajó las luces.

Cuando todos estuvieron distraídos, caminé. Con un pañuelo que tomé de mi chaqueta, recogí su golosina de pasada, sin el mínimo traspies y, con un ágil movimiento, lo saqué del borbollón, furtivamente.

-Si no fuera que tú mismo me rescatas, los demás ni se movían. Qué fantásticos amigos...

-Estos ínfimos sucesos, de mañana, ya quedaron olvidados. Despreocúpate. No dejes que te saquen del asunto principal (le di la píldora). Tan sólo ten en cuenta proteger su discreción, tal vez no quiera ventilarlo todavía. Nadie tiene -si me dejas opinar- por qué saber de quién se trata, por lo menos por ahora. Baja solo (lo miré como partiéndole los ojos en la frente).

Respondió con las palabras y los párpados:

-¡Amén! Estás en todo, robledal. ¡Eres un ángel de la guarda!

Pareció que me quería rematar las gratitudes coronándome la frente con un beso. Por las dudas, con un paso cauteloso, distancié sus intenciones de las mías. Tanto más con esa barba de candado, repugnante, tan común entre los sádicos y gente de mal gusto. Se tragó, con disimulo, la pastilla. Desató su corbatín y, con la prisa del efímero, subió las escaleras. Yo volví sobre mis pasos a la sala principal.

El contratiempo parecía superado por la banda. Finalmente, di con ella. Nos pusimos a bailar unas canciones y, después, nos apartamos a charlar, entretenidos. Le gustaba sostenerse de mi brazo, de la forma que solían las mujeres hace décadas. Su padre se detuvo con nosotros unas copas: “¡qué destreza! Si te tiras y me dejas, en la próxima campaña voy contigo como vice”. Nos reímos. “Estuviste

ciertamente muy atento. Le salvaste la carrera. Muchas gracias”. Ella dijo:

-Voy al baño. Ya regreso.

-Lo que sea que te tomes, te lo tragas allí mismo...

-¿No prefieres que lo tosa sobre ti?

-Yo necesito refrescarme, nada más. Saldré, lo mismo que mi copa de champán, a las estrellas. Cuando vuelvas, a por mí: si me siguieron con propósito de charla, me rescatas de los pelos.

El jardín, al contra frente de la casa, se veía trabajado con esmero. Me placía recargando los oídos en el éter del silencio cuando, débil, escuché castañetear un picaporte: de zapatos en la mano, con sigilo presuroso, se fugaba, por atrás, mi compañera del colegio, sin notar que me tenía por delante de sus pasos. Vi, de lejos, que lloraba.

-Ya no corras.

Al oírme, corrió más y se tendió sobre mi cuello. Permití que descargara cuantas lágrimas quisiera.

-Tal y como me contabas en la clase, también hoy con los detalles y las citas. Y los verbos, sobre todo.

Comprimió:

-¡Me da vergüenzaa!

-Pero, bien, estoy curioso como nunca.

-¡Me pegó! ¡Maldito sea! ¡¡Me pegó!! No lo dirías: es maniático del pelo. Como ya los lamparones del otoño se le notan, se lo peina por encima, procurándolos tapar. Lo que le queda, ¡lo protege con la vida! Parecía tan potente que no

quise defraudarlo: redoblé mis energías. Con la máxima pasión, en el momento culminante, me prendí de su cabeza con los dedos aferrados y los bríos a la par, cerré los ojos y grité. Pero lo suyo, diferente, fue más bien un alarido que rompió la conexión. Quedamos duros. Nos hundimos en un súbito silencio de sepulcro. (Dibujaba cada cosa que decía, con las manos) ¡Le faltaban dos cuadrantes de cabello! Yo seguía con los brazos estirados como Cristo nuestro Dios crucificado (con la misma rapidez de las palabras, hizo cruces en su pecho. Muy nerviosa, con los quiebres en desorden). Él miraba sus mechones arrancados en mis puños y, de golpe, me gritó con un bramido que pensé que me mataba. ¡No sabía si bajarme! La mejilla me vibró de los cachetes a los pies. El ademán del empujón, en realidad, fue bofetada. Se paró. Juntó sus cueros a lo loco. Se me vino, poseído por el mal, a las patadas y, baboso, salpicó sus maldiciones en mi cara. ¡Yo seguía con su pelo! No sabía como dárselo, si bien ordenadito, con la mano, me disculpa muchas gracias y me voy, o si dejárselo, con mucha pulcritud, en la mesita. Pero ya cuando noté que se venía con los puños en golpiza, lo tiré no se por dónde -se distrajo- me fugué por donde pude - por la gracia del Señor, erró la última patada. Menos mal que, como pecho de Jesús, estás aquí para sacarme. ¿Tú no firmas todavía? ¡Ya lo tengo! Por verdad y por seudónimo, tendrías que firmar, bajo tus épicos volúmenes, “El Ángel de la Guarda”.

-No. Perdóname. Yo mismo me tenía que dar cuenta solamente de mirarlo. Me distraje. Ven conmigo.

La cubrí por adelante, con mi saco, que los pasos palpitaban en el arco de su busto. Cómo diablos es posible violentarse si, tan sólo con un trazo de los suyos, te serenas. Desarmado, ¡cómo piensas en los golpes! ¡Por favor! ¡Era

difícil ¡imposible! maltratarla! Le pedí que no volviera manejando. La llevé con un chofer de mi confianza.

De regreso, protegido por la noche del jardín, lo vi tratando de salir evaporado por la misma portezuela que su víctima. Grisáceo; con la mácula del prófugo. Con ojos orientales, aceché sus movimientos. Su cabeza se veía verdaderamente mal. Despavorida. Procuraba rescatar, en dos bolsitas separadas, los raquítricos hilitos de cabello que difícilmente nunca volverían a caer. Hay esperanzas que, tan sólo, son un juego de palabras.

83

POR SI SÍ TENÍAS DUDAS

Todavía con las ostras y los dátiles a medio digerir, esa semana mantuvimos una cena de menor formalidad con integrantes del partido. De ternera desplegada, trabajaron la parrilla sin apuro: por tratarse del temido viernes santo, la sirvieron a las doce. Pero no regalarían un minuto, más allá de los sabrosos paliativos que tenían en la mesa (se les hace muy difícil trascender el horizonte de sus platos). No los creas incapaces: toda vez que les convenga, saben ser meticulosos con los plazos.

Yo buscaba mantenerme lo más cerca que pudiera de sus cándidos descuidos. Si no fuera por la falta de sincera contrición, sería casi como verlos confesarse, porque no darías crédito jamás a los delitos que se cuentan entre carne

de mascar y bocas púrpuras de vino. Con un ánimo celoso de querer perfeccionarse, se metían las narices. Roban roban roban cada vez con algo menos de cuidado. Yo pensaba “Poco. Más. Lo suficiente. Más aún. En demasía. Pero... ¿¡todo!?” Se contaban las miserias con la misma tonadita de los chistes.

Enseguida comenzaron a reír con las audacias del ministro que ya tengo presentado, tan violento como falto de potencia. No tenías que ser muy espabilado; si querías darte cuenta te bastaba con oír: en el prostíbulo, gustaba de tomar a las menores. Por las dudas, lo volvieron a decir, pero con otra claridad. A las chiquitas. No de cuerpo ni de luces. A las niñas. Además, iría pronto de safari por el África.

Con álgidos sobornos de por medio, ya tenía su lugar en una caza de gorilas. Desprenderse de su pelo le fue duro. De la coima, no fue nada: no sacó de su peculio. Su mujer sabía todo, como tácita secuaz, sin oponer observaciones. Le gustaba mucho más tener dinero que familia. Por mi parte, yo fingía la mayor normalidad. Los escuchaba, silencioso, procurando recordar los pormenores de su viaje, los destinos y las fechas, pero siempre simulando conversar con otros sapos de su pozo, sobre cosas diferentes, enfrentados en la mesa.

Pude verlos a medida que llegaban al lugar. Los portadores de los votos; estos sí, los encumbrados, con imagen y dinero. Los que siguen, que precisan elegir: reputación, o numerario. Mandos medios, cuya sola comisión es ensuciarse. Muchas veces de madrinas. Novias, nunca. Panteístas, tienen credo para todos. Son eternos, porque cambian de señor - es el recurso de los siervos. No se tienen que reír: está prohibido que se pongan en la foto. Ya, después, están los últimos, con poco que llevar a la comida.

Pero, bien, alguna cosa les exigen, igualmente: cobran tanto como pagan. Se les dice “los porristas”. Ni siquiera se consiguen ensuciar. Son los cachorros de león que vi jugar en la sabana: muchas veces, a los machos, los desnuca, con un rápido tirón, su propio padre. Se libera, con la sangre por la boca, de futuros adversarios que lo puedan desplazar de la manada. Sus pequeños, juguetones, se le tienden en el pasto, desvalidos, ofreciéndole la panza. Se defienden; pero tarde. Sus heridas no serán intimidantes cicatrices. Si pudieran abortarlos, ni siquiera nacerían. De contrario, los políticos, con múltiples doctores a merced, no los abortan: sus cachorros tienen tripas comestibles.

A medida que los diámetros engordan, los abrazos quedan cada vez más cortos. Lo compensan con palmadas estridentes. Páf paf páf paf. Páf paf. Páf. Yo mantenía la distancia, sin recelo ni sospechas, estirándoles la mano varonil del apretón a varios pasos del encuentro.

Sed, ilícitos y copas. Parecían estar todos en la misma vibración. En un momento, se quedaron sin papel para limpiar el parrillero. Sin reparos, agarraron un volumen al azar y le troncharon unas hojas.

-Al final, aquella chica que rogaba por el cargo, ¿se bajó lo de rigor?

-Afirmativo, pero ¿sabes? no le puso voluntad. Así que, más que bondadoso, la cité para mañana por la tarde para ver si se supera.

Los bandidos, como regla general, van a la zaga del bandido con que sueñan convertirse. Robarían mucho más de lo que roban, si pudieran. Me picaba la nariz: estornudaba solamente de mirarlos. Dar a luz contra natura. Por un pene. De los úteros no salen estas cosas.

Las especias deberían agregarse con el plato comenzado, de manera que se vayan renovando los sabores. Ya no más demostración de virtuosismo. Las del Asia no son suaves, es verdad - las africanas son peores, sin embargo. No te voy a responder y no me vas a preguntar. No necesitas argumentos ni porqués: nos conocemos de mirarnos. Mis objetos de venganza no parecen preocuparse por las moscas: hablan largo. Probaré con el anzuelo, que da muchas menos vueltas y veamos si tiritan los colmillos al compás de sus estrofas.

Al revés de cuando llegan, al marcharse no se suelen saludar. Desaparecen. Es un hábito común. Al otro día, consulté con las agencias de turismo de la zona del safari: me bastaron solamente dos enlaces para dar con el tratante de la caza clandestina. Los negocios ilegales, en el África, se centran en un hombre de confianza por región, y nadie más. Me detallaron el servicio, los vehículos, las armas, los calibres, las comidas, los diversos recorridos. Tomé nota de los guías y chóferes que nombraban. Les hablé con un acento que jamás sospecharían español y con un número de móvil extranjero. Ya con esas referencias (mucho más que suficientes) abrí, fácil, una cuenta de correo con el nombre del agente regular, intermediario del turista. Preparé, para mandar al cazador, un abreviado repertorio de consejos pertinentes a su viaje: desde dónde le debía disparar a los gorilas, hasta frases amistosas en swahili. Casi todos se saltan lo central y nadie deja de leer lo que le pongas en postdata:

“Muy probablemente vea prostitutas por doquier, algunas veces, muy menores. Es preciso que se cuide de las niñas: es común que lo reciban, pero sólo para, luego, denunciarlo. Lo que quieren es dinero. Más aún:

extorsionarlo. Sino ya por cuenta propia las pequeñas, sus familias.

Sin embargo, sólo basta con usar una cubierta protectora de resina, que -si guarda suficiente calidad-esteriliza los indicios del varón. Sin evidencia que llevar ante los jueces, todos quedan disuadidos de buscar incriminarlo.”

Contestó con asombrosa rapidez, en un inglés insoportable, que quería ya llegar con la cuestión solucionada para no tener, después, que resolver a las corridas y pidió si le podía remitir, en un paquete, la mejor de las resinas. LQQD Lo que quería demostrar. Así proceden: sin dudarle. Por su mente, no se cruza la de Dios. Te la daremos de leer: otro malvado se firmaba su condena. La compré, pero poniéndole su propia dirección como destino del envío.

La paloma de la paz come basura de la calle. Si pudieras observarlos en un mapa, los verías empapar el territorio. ¿Saltarías a nadar en un océano de sangre? Los humanos no sabemos prevenir: solucionamos, nada más - y si se puede. Sin embargo, los delitos, una vez que se padecen, no se curan y las víctimas, entonces, no cometen la venganza que tenían prometida: como nadie se decide, los malvados continúan. Es un círculo vicioso de ninguna disuasión.

Hasta que no las asesinan, las personas ocupadas no despiertan. La paciencia, con la ciencia de la paz, están a muchos cementerios de distancia. La bondad es engañosa. ¿Qué, no tienes estampitas? A los ángeles, amén de la sonrisa, con frecuencia se los ve desenvainando sus espadas.

84

**EN EL CIELO, NO CONCIBEN EL PERDÓN
SIN PENITENCIA**

Mientras todos nos estábamos doblando de la risa, nos miraba, refutada de la luz, una señora de lejano parentesco. De repente, murmuró, para sí misma, con un ácido que todos escuchamos:

-Aprovechen a reírse, porque luego...

Le tiré mi servilleta. No le dimos la menor repercusión, y continuamos. El humor es el semblante de los jóvenes, y no la juventud - a veces agria.

De regreso, con las últimas ideas en pantuflas, me vi niño, recorriendo la pradera de la mano de mi padre: “¿ves? el cerro se ve grande si lo miras y no subes”. Evidentes de trazar, acometimos. Otra gente lo subía de rodillas. De seguro, los miré con impresión. Quizás con miedo. “Ve. Pregúntales tu mismo lo que quieras”.

-Agradezco los auxilios de la Virgen.

Era raro para mi, que, de común, agradecía devolviendo los favores o, tan sólo, declarándolo.

-Por obra de milagros y bondad, le dio salud a mi marido. No tenía salvación. Se me moría.

-¡Ve con él! Cuando por fin se recupera, ¡¿te distancias?! ¡¿Estás loca!?

Me miró con unos ojos implacables que jamás esperarías. Mis reflejos rechazaron esa clase de respuesta. “No pareces tan feroz”. Y regresé donde mi padre:

-Se me quedan sin palabras.

-Hay personas que no saben caminar sin sufrimiento. Si se cura su marido, se lastiman las rodillas. Una vez cicatrizadas, se consiguen más enfermos. Hay algunos que les temen o, peor, que se contagian. Te mandé porque quería que pudieras cuestionarlas.

Ya después, la vida misma lanzaría sobre mí su propia clase de respuestas. De regreso, con el resto de mis días en los hombros, a la sola claridad de las luciérnagas salvajes, con kilómetros a cuestas, protegido por la tierra que flotaba de las rudas estampidas, con los ojos empastados por el lodo de las lágrimas, hubiera descartado las rodillas y subido con los dientes el volcán Kilimanjaro tantas veces como fueran necesarias si con eso los disparos se metían otra vez en la recámara, su piel en mis abrazos, los latidos en su piel y los malditos guerrilleros otra vez en los conductos de sus padres.

Las hermanas nos dejaron, genuflexos, en los bancos que rayaban la capilla del colegio. Parecía que su sola, parálitica función era tener reclinatorios (la conoces: es la tabla por delante del asiento, donde deben colocarse las rodillas). Se trataba, con temible gravedad, de la primera confesión. Recibiríamos, a cambio, penitencia.

Más atrás, a donde muere la penumbra, nos estaban aguardando las arrugas y su frente. No se puede concebir un sacerdote sin mirada de magníficas noticias, pero sí. Por el marcado recorrido descendente de su cara, parecía depresivo. Fue, sin dudas, el primer terror escénico de muchos. Sin excusas que mediar, uno por uno, pasaríamos.

En orden, y sin prisas. Con memoria, sobre todo. De reajo, con la ceja que cinchaba de su párpado, la monja responsable de tildarnos en la lista, nos llamaba.

La primera fue la chica que conoces (la pastilla del ministro. Sus cabellos arrancados. La furtiva retirada del jardín) de la velada. Los demás nos mantuvimos silenciosos como nunca. Cada tanto, las junturas de los bancos se mordían en un súbito chispazo de sonido que quedaba retumbando tres segundos, con el eco singular de las parroquias. Entremedio, nos oíamos crujir el corazón, por la garganta. No teníamos diez años, me parece.

Comenzar estaba siéndole difícil: transcurrieron unas blancas en silencio. De repente llegó, claro, su murmullo.

-¡Ten cuidado que podemos escucharte!

Como ciertos animales que, de súbito, voltean la cabeza, las hermanas apuntaron, todas juntas, hacia mí, con espantosa sincronía. Los rosarios parecían derramarse de sus dedos. La más mala pronunció no sé qué cosa con un cojo refunfún germanizado. Nadie quiso preguntarle: traducía con el ceño. Sus cachetes colorados evocaban nubarrones en el juicio de los muertos. Las demás estructuraban un semblante riguroso, pero sólo conseguían el de bobas. Es el rostro de piedad que les colocan, a los santos, los pintores que jamás los conocieron.

Procuraban inspirarnos, como musas. “Buen examen de conciencia”. ¿Pintarías las paredes de tu casa color cielo? “Contrición de los pecados”. ¡Lo tenían al alcance de la puerta! “Digan todo”. Sin embargo, preferían ese lóbrego celeste de las sombras interiores. “Los recuerdan, por supuesto”. Lo contrario del carisma. “No se vayan a dejar en el tintero los peores”.

-¡Muchas gracias por decírmelo! Valiente pecador, por estas cosas te valoro. ¿Sabes algo? Dije todo, con total honestidad, pero con pésima dicción. Era mejor que no decirlo, me parece. Lo que borras por amnesia, Dios lo sabe recordar. Ahora bien, si Dios lo sabe, ¿para qué se lo tenemos que contar al sacerdote, de menor categoría? ¡Los pecados nacen todos confesados! ¡Él los ve! ¡Nos lo dijeron las hermanas! Con el acto de pecar, ya nos estamos confesando. Lo sabemos. Él nos mira.

Confesión. Una palabra contrahecha; con joroba. Muy distinta de beldad, aguamanil, abovedado, dignidad, avellaneda, girasol y tantas otras: alfiler, azul, isósceles, habana. Cerrazón, aljibe, lábil. Orozuz. El castellano tiene deudas con el árabe. Los árabes, también con los latinos.

Le tocó pasar al más desobediente de la clase. Por primera vez lo vi sin energías, apretándose la baba. Vi, también, que muchos otros compañeros lo miraban con los ojos de la lúgubre señora del inicio.

Dios perdona, no por bueno. Por eterno. Matemática, no juego de palabras. Una víctima no puede perdonar al asesino, no por mala. Por difunta.

Las anécdotas que narro no me fueron negativas. Al contrario, comprendí de las personas. El presbítero dormía. Yo sostuve la mirada de las monjas, pero no por desafío. Por curioso. Se cayeron, como pose sin sostén, una por una.

85

**LAS MEJORES DIGNIDADES QUE SE
PUEDAN ADQUIRIR CON EFECTIVO**

Mancharían el estiércol con sus manos.

Candidatos en campaña: los mejores novelistas no podrían construir un personaje más ridículo. Payasos en un circo para monos. Yo no quiero suponer que los conoces - imagínalos: un público capaz de preferir malabaristas amarillos a dragones concertistas.

LOS POLÍTICOS

Lo mismo que barcazas sin velamen, encallaron en el acto por reflujo de mareas. Sus banderas son de nylon transparente. Sus colores, espejados. La peor conjugación de la maldad, mimetizable, para colmo. Cuando tienen que peinarse, miran alto. Nubarrones. A su modo de pensar y de sentir, el sol apenas es reflejo de su rostro.

No querían ceder palco. Los que, crónicos, estaban repicando todavía sin salir del bolillero, se tuvieron que plegar: el calendario les pisaba los talones. “Los escrúpulos confunden; ¿para qué volver confusos los negocios?” Le rindieron sumisión y, de rodillas, bendecidos por el sable de su rey, quedaron cómplices - no sólo delincuentes. La mejor asociación a donde puedas delinquir, es un partido. Se sentían como chanchos en el lodo.

Son capaces de dañar a las personas con benévolas acciones, como Poncio que -político- lavándose las manos no juzgó que Jesucristo fuera malo para nadie. De contrario, son distintos de la plebe: si tuvieran que clavarlo por sí mismos en la cruz, acolcharían la dureza de las tablas. Una vez crucificado, con los ojos carcomidos de simpático dolor, le volverían las cabezas sin siquiera rematarlo con la lanza.

Todos fingen contra todos, a la vez. Es muy difícil observar este fenómeno -lo digo con deslices académicos- a menos que lo veas en política. Parecen una mesa de casino donde todos hacen trampa. No padecen compunción: te mandarían a matar para, después, manifestar las condolencias a tus hijos. Son caranchos: saben cómo revolver. Hasta las almas moribundas tienen tripas comestibles. Se parecen a los pájaros que vuelan a la zaga del pesquero, devorando toda clase de despojos. Cada pico tirona, con atroz voracidad, para su lado del esfinter.

Falladores sin escrúpulos, aceptan desafíos y, después, se ponen puños alquilados. Son un monte de bonsáis, con esteroides. Mala leña. Poca brasa para todo lo que dicen cocinar.

Por eso comen de los otros. No se pueden agachar: el sembradío de la tierra queda lejos de sus manos y, pensándolo, seguro que sin mucho desacierto, sus carreras se podrían definir en esos términos: saltar, sin agacharse. Si no fuera por tu plato no podrían almorzar ¡y son obesos! Pero tienen la respuesta para todas las preguntas: imagina los ratones que les comen el cerebro. Son las hojas amarillas que sofocan a las verdes: el endémico parásito del hombre, sin vacuna conocida. Cada vez que las recortes, habrá verdes que se vuelvan amarillas y sofoquen, otra vez, a las

mejores. Es lo mismo que podarle las serpientes a Medusa. La costilla que te palpan, la costilla que te comen.

Con acento paternal, el presidente me decía: “cada silla del estado tiene, duro, su tornillo. Todos ellos han sabido, prostitutas, enroscarse firmemente con el ano, calibrando sus esfínteres al diámetro de turno. Biología, nada más: natura quiso, sabiamente, que pudiera dilatarse”.

LA CARROÑA

Cada sádico consigue masoquistas que se presten. “¡Por favor! ¡Un gran aplauso! Con ustedes... ¡el siguiente saltimbanqui!!” les gritó, como le mientes a los niños, un famoso conductor con voz de pueblo que tenían contratado.

Rimbombado, con las luces despuntándole sudor, un integrante de la lista se cinchó los pantalones y, subió, para lamerse con su breve momentito de fugaz efervescencia - como quien lo destapara- devenido disertante: “Como punto de partida, yo quisiera mencionar el santo nombre de Jesús, porque comienza con la ge de generoso”.

Las nutridas muchedumbres de los actos distan mucho de los bien alimentados ciudadanos con que suelen razonar los politólogos. El léxico, rufián, pero, peor, el mal aliento. Con afán de parecérseles (más fácil es brindar -aún errada- la razón, que convencer) los oradores, previamente, masticaban una píldora de bosta. De la forma que sucede con la cima de los cerros, que parece más lejana si la ves desde la base, con algunos escenarios es lo mismo. Si las ratas entendieran de solfeo, tomarían al flautista de cadete. No te dejes engañar por los que dicen que “los tontos son felices”: hay muchísimos ineptos deprimidos. Y, también, hay ignorantes por espanto: temerosos de las leyes naturales,

las olvidan y se ponen al amparo de las normas (más flexibles) de los hombres - pero quedan encerrados bajo llave. Se conforman con mirar por la ventana. Son extraños: enloquecen por las migas. No se sacan la correa, lo que cambian es la mano que la cincha. Como son desagradables, es común que se cobijen en la barba. Desde siempre, los que salen a quejarse son horribles. Los que van a por venganza, son bonitos.

Los discursos fueron todos similares: ¿nunca viste vomitar a los marinos aprendices por la borda? Las mojarras se devoran el regalo con barullo de pirañas: es lo mismo. Blablablases, sonajero, cascabel y les repiten, otra vez, el estribillo. Ya, de postre, les arrojan caramelos. No lo digo con sarcasmo: lo lamento con terror. Mientras chupaban los colores, el político tocaba, por la reja, la nariz de sus conejos. Al final de su discurso, con un golpe repentino de los brazos levantados en triunfo, la camisa le saltó del pantalón y, con la panza, salpicó sobre la gente. Se rindieron al maná que les llovía, redoblaron ovaciones y, sin prisas, jubiloso, se quedó para gozar -cocorocós y polvareda- de los últimos retornos del aplauso, con el gesto de “que sí” con la cabeza. Cumplidores, le metieron en los tímpanos el grito de las putas. Con un “chau!”, los anudó como condones. Que no sepan evitar la vejación, es un pecado. Pero ya que se las giman es, también, imperdonable.

Son estúpidos sin tiempo. Cerdovejas. Serán ellos los que deban confesarse por las faltas de su tótem. Hombre baba: toma forma con el molde. Quemarían al hereje si no fuera por el siglo. Son los mismos que mataron a Jesús y prepararon la cicuta para Sócrates. Se jactan de fanáticos y llevan a sus hijos. El político, gentil, les insemína la cabeza, si son niños y, si niñas -porque sabe separar- las himenea.

La peor de las miserias es tratar de contagiarla. Pero ya, cuando profanas las defensas ¡la ternura! de los niños ¡de tus hijos!, es atroz. Me pregunté ¿qué pensaría de la pluma que tuviera, por lectores, esta turba? ¿Que dibuja groserías? Dije bien: que ni siquiera las escribe. Si rebajas tus volúmenes al precio del papel, habrá personas que lo compren como leña, por lo menos - pero no presumirías de tenerlos agotados. Un político, sin dudas. Y podrían ser peores todavía ¡mucho más de lo que son! sin que ninguna peoría les hiciera perder público ni votos. Tienen margen.

-Sólo mira...

Parecía divertirse de la forma que los niños, cada tanto, redescubren un juguete: le dan cuerda, lo celebran otra vez y les parece que les gusta como siempre. Pero no. La fantasía se desgana con la rosca todavía murmurando. Desde lejos -el gentío nos había separado- su pequeña me miraba: se quería serenar. No le gustaba que su padre se tuviera que subir al escenario, por temor a que le fueran a tirar alguna cosa. Lo sentía peligroso. Ya tenía cascotazos por un pelo. Se subió sin ni siquiera terminar los escalones y le dieron un micrófono:

-Les pido que me digan claramente qué prefieren. ¿Caridad? ¿O recompensa?

-¡Recompensa, presidente! ¡¡Recompensa!!

Los dejó con su barullo. De regreso, me miró con una pizca de sincera desazón.

-Allí los tienes. Como son asustadizos, sólo sirven de ganado. ¿Los oíste? Lo que niegan ante todos con palabras, lo reciben en privado, sin poner impedimentos. Se parecen a nosotros, finalmente.

LOS APLAUSOS

El calor del homenaje, para serlo, necesita florecer de los demás. Cuando proviene de los tuyos, es dudoso. Los adeptos, con la misma decisión que les sellaron el carnet, aplaudirían un eructo nada más con que saliera de las vísceras del amo.

Según dicen los caudillos, lo valioso de los actos es la foto. De las cosas que le suelen concernir al espectáculo, tan mero como páginas al aire. Las que guardan esos libros que, tan sólo, son adornos en tu living. Los que nunca bajarás de las repisas, otra vez, para leerlos. No mis arias, que jamás has de dejar en tus repisas, nuevamente; ¡que ya no colocarás en el olvido de la sombra! Ni los astros iluminan a los dioses ni los dioses iluminan a las artes. Cada quien obtiene luz de sus milagros. La belleza del semblante no proviene del laurel ni, del aplauso, la belleza de las obras.

Con su fútil espectáculo tan mal disimulado, parecían un vecino de mi pueblo que, por años, esperó que las carreras despuntaran para, súbito, colarse de nariz -¡pedal! ¡pedal! ¡pedal! ¡pedal!- a la cabeza del absorto pelotón de los ciclistas verdaderos. Al pasar ante nosotros, unos pocos habitantes, levantaba su mentón a los aplausos y las fotos. Cuando ya no lo veíamos, salía de la ruta, nuevamente. Le gustaba recibir las ovaciones, no correr en bicicleta. Las campañas, en esencia, son lo mismo - pero menos inocentes.

EL ASADO

Con aristas actorales, hubo varios que lloraron como niños al hablar. Pero las lágrimas se secan al bajar del

escenario. Ya tenían apetito: como vértice común, irían todos, amasándose las tripas, a cenar al comité.

Cuando llegaron, a los jóvenes les dieron una rápida, frugal eucaristía para, pronto, despacharlos. “¡Cada quien a su parada, que los ómnibus no suelen esperar!” y solamente se quedaron, que tenían “muchas cosas que tratar”, los de la mesa directiva con sus cómplices cercanos. Ahí sí, ya se sirvieron de la forma que debían. “Lo mejor de las botellas confiscadas en el puerto. Ya mandé que nos cargaran en los autos lo que sobre”. Las palabras, en las panzas de las sillas, se sentían explotar. Para que no les apretara, desprendían el botón de la cintura, desclavaban el ombligo de la piel y -cosa rara- se vaciaban los bolsillos en la mesa. Billetera, cigarrillos y ganzúa. ¿Recelar del semejante? Cada vez que se tenían que parar, dejaban todo, como muestra de confianza. Pero, pronto, para no tener los dados en suspenso tan seguido, se calzaron los pañales.

EL PROSTÍBULO

Salieron con bullicio juvenil, alborotados por llegar. Algunos iban en la caja, celebrando la virtud del compañero cuyos gases conseguían resistir la ventolera. “¿Te persiguen o los atas?” Al dejar la portentosa camioneta, se bajó con elogiosos comentarios a favor de su talento.

-Dame nombres.

-El que cuida los vehículos, Amílcar. El portero no lo sé, pero le dicen Tocardiscos.

-¡Amilquitar! ¡Tanto tiempo! ¡Tocardiscos! Tengo todos los papeles tramitados. Si Dios quiere, ya vendremos con la prótesis del brazo para ti. ¡Te la mereces!

Los burdeles parecían un precario rancharío. No tenían saneamiento, ni siquiera. Sólo cal. Allí quedaba todo bien sedimentado. De seguro, los que pongan cañerías a drenar serán arqueólogos. El verde de los baños, rebosante de salud, delatará su posición en la pradera. Prorrumpieron:

-Hay lugares mucho más improvisados donde nada más arriendan una casa que, después, te la disfrazan de prostíbulo. Los nuestros son, en todo, mucho más profesionales: se levantan desde cero, ya con todo diseñado. Corredor atravesante de por medio, con las puertas a su largo. Cada pieza con su propia palangana. ¿Qué más quieres? Para todos los que dicen que no llegan inversiones.

-Apurémonos, mejor. Cada minuto las ensucia.

-Yo prefiero ser el último. No soy un hipertenso, como tú. Permitiré que les arranquen tanta sal como se pueda. Desabridas, no me gustan.

Y las chicas aprendían de su propia clientela de políticos: gritaban con salvaje convicción y percibían con las ávidas carteras.

Cuando todos estuvieron distraídos, un eterno congresista perforó los profilácticos, adrede. Los demás se lo tomaron con humor. Es una rara sintonía donde nadie, ni los unos ni los otros, se podrían ofender si los traicionas. Es la regla natural. Al que se duerme, se lo vela.

Ya las camas parecían madrigueras. “Aprovechen a reírse”, les podrían haber dicho. Se paseaban por los cuartos a través del corredor como Satán los trajo -llenos de desórdenes- al mundo. Les rugían a las chicas con promesas de campaña, “si ganamos otra vez ¡enviaremos al camión de la basura más seguido!” Pero siempre calibrando buena fe

con amenazas: “o le ponen voluntad o les mandamos inspectores. ¿Dan factura?” Les pasaron insultando la moral, les agitaron las frazadas “¡huelan esto! ¡¡pero giman del olor!!” Otro bribón de la pandilla, descuidado, se tumbó sobre su panza: por efecto de su peso, vomitó como los sapos aplastados por los coches, que se salen exprimidos por su boca. Les encanta dormir acurrucados en la rueda.

“¿Ya se marcha? Qué m’hijita tan ilusa. ¡Ven aquí porque te mato!” Los observas estropear el corazón y te preguntas ¿a qué clase de personas semejantes canalladas se les hacen tentaciones? ¿Cómo pueden confundir la tentación con la miseria? Los canallas envilecen la maldad. ¡Los picaría con la pluma!

Tironeaban, con los dientes, de los últimos ovarios. Los peligros, comúnmente, no son cosas que nos pisen los talones. Al contrario, los tenemos adelante. La ceguera con que vamos a chocar sin paragolpes es la misma de los niños cuando sueñan, aferrados al colchón, que van al baño. La tragedia barre sombras, inminente. Como suele suceder a los políticos, no vieron el estado de las cosas sino sólo cuando ya no se podían sostener. Insostenibles, desconocen jerarquías. Pesan más que la firmeza de los cargos: una chica totalmente repugnada se llevó para su pieza, sin hablar, al que peor las maltrataba. Se le puso por encima, dominándolo. “Relájate”, le dijo. Lo trancó con la tenaza de sus muslos entrenados y, de golpe, con el pubis apretando contracción, a medio mástil y con todo su fastidio de palanca, se tiró con los omóplatos atrás y le quebró la borrachera por el medio. Con el áspero rugido de dolor, se despertaron. Remataron las orgías y se fueron, entre toscas carcajadas y carnívoros abrazos.

EL MISTERIO

Yo pensaba que los malos, para serlo, precisaban, como mínimo, guardar las apariencias, preocuparse por mentir, que no podrían traicionar a los que nunca les hubieran otorgado su confianza. Que, quizás, el altruismo simulado mucho más que la maldad, hiciera todos sus ardidés doblemente maliciosos. Pero no. Los engañados justifican el embuste. ¿No me crees? Haz la prueba: las mentiras de campaña, ¿deberían computar como delitos? Ve. Pregúntales a todos los votantes que conozcas. No les queda nada más que perdonar. Disculpan todo: la maldad, y su flagrancia. Las obligan a reír y les otorgan a sus hijas en tutela. No consiguen entender que son lo mismo que la tos: cuando parece que la última te lleva la garganta, viene otra que te lleva los pulmones.

No revientan: se dilatan. Son un globo que resiste su pinchazo. De pequeños, nos decían que la pluma se clavaba, mucho más que los venablos, en el pecho de los reyes. Es mentira. ¿Nunca viste de qué modo se defienden los zorrillos cuando vienen los camiones? Se detienen y disparan. Es lo mismo con la ráfaga de tinta. Mucho más intimidante les resulta que la dejes, vertical, en el asiento de sus tronos. Que le teman al cojín. Es más fecunda si, de nuevo, les devuelve su gustito por las sillas.

86

OTRA FORMA DE MISERIA

Los aplausos me quitaban el oxígeno. Salí, con intención de respirar unos minutos, y volver. Sentí la luna señalándome la frente. Caminé, como llevándome, conmigo, pensamientos de la mano. No quizás los que supongas. Y, de pronto, me topé con un oscuro descampado de baldíos. Comúnmente, la miseria los descubre como cómoda -no cómoda, tan sólo disponible-cerrazón reproductora: bajo pulgas que mordían un pedazo de frazada, como mar haciendo tímidas olitas en un charco, se movían a la par dos indigentes, enterrándose las cosas otro poco.

Parecían una bolsa de residuos al tropiezo de cualquiera que pasara. Deberíamos decir “paternidad” desde los hijos y no ya desde los padres - muchas veces, otra cosa menos noble. Les tiré, como rosario que lanzaras a los monos, un condón. A pocos metros, unos niños se pasaban una bolsa, con los ojos aturdidos: inhalaban pegamento, como magro sustituto de la cena. Las intentan conseguir, por lo común, del zapatero, revolviendo su basura con las manos.

A medida que mis ojos calibraban la penumbra, más allá de mis narices, iba viendo, como larga plantación, un infinito contra frente de personas en la más espeluznante carestía. La pobreza nunca tiene la primera dimensión con

que la ves inicialmente. Me metí por sus abismos a mirarla desde cerca.

-Por favor. Una linterna.

Lo pedí con el acento de “que ya”. Con diligente prontitud, me la tendía, sin facciones, una mano. Cuidadoso, la tomé con un pañuelo que saqué de mi bolsillo, sin cuidado de que todos lo notaran. Por doquier, había bultos renegridos; hinchazones de la sombra. Dirigí la pesadilla de la luz sobre cualquiera: me costó determinar que se trataba de -lo supe, mucho más, por el olor- un baño químico tumbado. Más allá de que sabía que jamás encontraría nada bueno, quise ver el interior.

-Abran la puerta.

Con la misma rapidez con que me dieron la linterna, procedieron. No dormía ni miraba. Se trataba de cubrir, como vendándose del frío, con un resto de bandera. Tuve ganas de borrarle la sonrisa de su sol. Abofetearlo. No dejarle de pegar hasta matarlo de dolor o despertarlo de vergüenza. Como tantos de nosotros hemos hecho con las sábanas, mimosos, él también se la trató de levantar a las orejas, pero todo lo restante le quedó por la cintura. Le cerramos otra vez y lo dejamos.

-¿Esos trapos? - pregunté.

-Los cultivamos.

-¿Cómo dices?

Es difícil de creer: si bien en África son más, aquí los pobres son distintos. Miserables. Harapientos. En la tribu, parecía que lo único que no podían dar era dinero. Los bebés estaban limpios. Los tendones eran fuertes. Los

tejidos, coloridos. Los ancianos, ocurrentes. Las muchachas, hermosísimas. Los chicos, elegantes. Los colores, atractivos. La belleza, tentadora. No fabrican utensilio sin adorno. Los adornos, con un claro, marcadísimo sentido de las artes. La catástrofe, valiente. No pondrían a sus hijos a vivir en la basura.

-Les comemos lo que crece.

-¿Qué me dices?

-Que comemos lo que crece de los trapos.

Aquí yacen, simplemente. No conversan. No comprenden. No transmiten enseñanzas a sus hijos. Han perdido, sobre ciertos animales, la ventaja del idioma. Si no fuera porque duermen, ladrarían.

Más al fondo, se veía, como bajo montecito de nogales alcanzados por un rayo, las paredes renegridas de las casas desguazadas hace mucho, ya sin techo ni ventanas. Como gato que rasguña los tapices, una niña sin edad (las estaciones son confusas en los pobres) despegaba las hojillas de cigarro que tenía, delicadas como piel, para secar en los enclenques azulejos que quedaban todavía. Ni siquiera me miró, pero sus ojos los hubieran envidiado las princesas.

-En el fondo.

-¿Cómo dices?

-Que si buscas a mamá...

Seguí de largo por detrás de las paredes derruidas, y la vi, bajo la cúpula solemne de la noche, con el pelo marchitado de la calle, con los ojos apretados y las cejas levantadas de placer, ensimismada. Dirigía, con cabal orientación, una sinfónica completa. Con la mente, la sentía

más real que las reales. Conocía la precisa posición de los distintos instrumentos: los de cuerda, los de viento, los demás. Le di la vuelta para verla. La batuta que tenía parecía de verdad. Estaba limpia; relucía con la luna. Comprendí que, si te tapas los oídos, tu cerebro, solamente de mirarla, crea música, distinta de cualquiera que pudieras escuchar. ¡Original! ¡Maravillosa! Le veía los intérpretes ¡los músicos! tan vivos como tú, como si fueran habitantes de su frente. Te sucede parecido con mis arias. Corregía sus apuros, ¡los oía de verdad! pintaba tiempo más precisa que relojes. Cada tanto, se prendía de las notas, aferrada de la música, salvándose de todo por brevísimos instantes. Otras veces, su batuta revolvía las estrellas, parecía desquiciarse del placer, desordenar el universo con el caos de sus mil genialidades en un solo movimiento para, luego, proseguir, como llevándose consigo los pedazos del esfuerzo. Me parece que, también, a veces quedo con idéntica fatiga, con las hojas extenuadas por el piso. Con el sol, al despertar, recién allí las organizo. Cuando pasan unas horas, otra vez el arte tira de mi puño con ansiosas contracciones.

El sonido del teléfono, de pronto, me cinchó de los oídos. Fue mejor que los violines y la música: fue bueno recordar que yo tenía sus abrazos en abrigo. “¡Ya me tienes extrañándote!” Que sí. Que te controlen. Agradécelo. Lo tienes que mirar con perspectiva. Devolví, por el extremo, la linterna. “Muchas gracias”. Al salir, aún echada por el suelo, la pareja me seguía con los ojos, sin apenas pestañear, abovinados, con la calle que pasaba por enfrente, de película. Rumiaban mi limosna como goma de mascar y, lo peor, haciendo ruido. Ni los ángeles te miran ni las fórmulas engañan cuando tiras tu pobreza por el piso.

87

LA PAYASA

Lo pensó: recibiría cada voto con el útero. Tenía los espacios, el know how, la convicción y la codicia. Sin embargo, calculó que resultaba mucho menos eficiente que llevarlos a pastar a todos juntos y marcarlos con un beso.

Lo peor es que le dejen las mejillas aceitadas.

Usa botas con la caña que le corta las rodillas, pero nunca cabalgó. Cuando comienza la campaña se coloca, como rito bautismal, algo de botox en la piel del corazón - bastante flácida, por cierto. Sus esbirros le levantan la litera, la conducen y, fingiendo la sonrisa, cuando pasa por al lado de la gente, se contiene la nariz y no respira. La rodean. Le dan besos. Ella trata de cerrarles las facciones apretándolas al rostro, pero tiene que dejarlas a merced de los votantes. Las mujeres le regalan tejiditos que parece que los toma, pero no: se los desliza, con el mínimo contacto que le sea menester, al asistente. Más allá de que no salga sin sus guantes, los distintos empleados tienen orden de llevar hipoclorito. Nuevamente les ensaya la sonrisa. Los mamertos de boliche, con espíritu galán, se la devuelven. La tantean. Unos dedos amarillos de tabaco, con olor a cafetín, le ceban mate. Se lo tiene que tomar, hasta los últimos, ruidosos chupetazos. Están todos controlándola que tome.

De seguido, se destapa, de beber, penicilina. Finalmente, les escapa con un rápido zigzag, haciendo buchets.

Sus humanos menesteres se venían aguantando, pero ya no los podía postergar. Necesitaba, por encima de sus otras ambiciones, ir al baño. Nada más y nada menos. Un vecino la condujo, muy gentil, al servicentro más cercano (donde venden lubricantes de motor y gasolina). Le dijeron que, saliendo por el fondo, los vería. Puso pasos bajo pies y, ya de lejos, los vio feos. Al llegar, abrió la puerta, temerosa de los próximos segundos. El olor hacía fuerza por cerrarla, pero brava, ¡valerosa!, con las ganas empujando, pudo más. Eran... ¿letrinas? Agujeros en el piso. Nada más. Sin inodoro. Por supuesto que la vista no podía ser peor. Estaba rancio. No tan sólo repugnante: venenoso. Se prendió de su nariz y, con el paso que los niños van al agua, se metió. Trancó la mente. Remangó, contra su pecho, las polleras y se puso levemente de cuclillas, con quirúrgicos esfuerzos para no tocar el aire, ni siquiera. La cisterna no tiraba desde -duro de mirar- hacía décadas; así que se formaba, con aportes generosos, anchurosa como mar, una piscina. Media vuelta la bombacha los segundos apuraron la llegada del Mesías contracción y gravedad. La sobrecarga fue lo mismo que tiraran un bombazo. Con el peso, salpicó como caída de cascada que subiera.

Dos segundos de silencio. Las gotitas regresando, con pasmado retintín, no conseguían despertarla de la sucia pesadilla. De repente, gritó tan horrorizada que los hombres se metieron. Ella sólo los miraba, patitiesa, sin hablar, con las polleras remangadas, sollozando de disgusto. La sacaron entre todos. Sintió sol manifestándole la piel. La conmoción era mayor que su vergüenza. La rodearon. Le dejaron unos besos de pasada. Le cebaron otro mate. Polvo. Voces. Confusión. Lo rechazó con un errátil ademán y la subieron

otra vez en la litera, con los ojos en desorden y, caóticas, aúpa, las polleras.

No dejaba de llorar. Estaba frágil, desahuciada, toda sucia, convencida del contagio de terribles infecciones. Lo conoces: es el pánico del día posterior, que te persigue por semanas. La llevaron, con expresa rapidez, al hospital, en posición de parturienta. Le clavaron inyecciones, le pusieron el bozal y la mandaron a su casa. De regreso, nada más cruzar la puerta, nuevamente respiró con una vasta bocanada que venía conteniendo. Diligente, la mucama le tendió, con educada cortesía, la cajita de pañuelos:

-La señora tiene sucias las mejillas.

88

PARA MÍ, LA LIBERTAD ESTABA DENTRO DE SU CÁRCEL Y NO FUERA.

—**Q**ué feliz está tu madre de que puedas escribir en Uruguay, establecido, sin marcharte por ahí. Las dos estamos decididas a que todo tu presente continúe. ¿Balbuceas unos puntos suspensivos? Te pondremos una capa de laurel, y no tan sólo la corona. ¿Se te vuelca la tasita de café sobre las hojas? Te daremos un aplauso caluroso, pasional, como si fueran unos versos increíbles. Por lo tanto, ya lo sabes. Es así. No tienes nada que buscar en los aviones. A lo sumo, tú me llevas si te vas y

si te vas me voy contigo. Viceversa si te quedas. ¿Comprendido?

Son codazos que mejor si te los pegan entre bromas. Esta regla la sacó, seguramente, de su padre. Pero ya las variaciones de volumen y la gracia las ponía de su propio monedero.

-Si mis versos adelantan, quizá sea porque soy, aquí también, un forastero.

-Pues entonces sé turista de por vida. ¿Qué podría ser mejor? Y lo será, por la razón o por las otras: (levantó su tenedor a mi nariz) por un poeta como tú, yo mataría sin ningún inconveniente.

-Desde ya. Con un anclazo.

-Comprendiste. Soy un ancla de tu cuello.

Me saltó sobre la cerviz.

-Te declaro vencedor de los países, ¡soberano de las letras! Sólo mírate: ya nada condiciona tu talento. ¡Ni desastre ni fronteras!

Es un piano que se toca con furor de batería. Lo mejor con lo que puedas combinar un corazón. Big bang a paso de tortuga. Borrachera de los ángeles. Amor sin diluir. Delfín salvaje. De la clase de personas que consiguen despertarte simpatía por los otros: te contagian el cariño que les tengan. Me parece que, por párrafos enteros, he mandado muchos versos a su nombre sin siquiera conocerla, como quien no los hubiera publicado sino sólo para ver si conseguían encontrársela, con forma de destino. Por su lado, me decía: “tantos versos he besado como cartas que me fueran enviadas, sin siquiera conocerte”. Se movía con la viva

sencillez de los espíritus felices que parece que se porta con los genes, como don de nacimiento. Conversábamos joviales; cada traza de sus rasgos era fresca. Se diría que la luz se le pegaba. Cada traza de las mías, delicioso de mirar en el espejo. Las personas que transitan por el cielo sólo quieren abarcar a los demás en esa dicha. Sus albores recargaban el acero de mi cáliz. Ni millones de fotografías hubieran conseguido describirla.

-Llegaremos cuando todos estén yéndose.

-Ten esto. Ya nos vamos.

-¿Es en serio?

-No del todo, porque tengo que parar en el camino. Nos espera la señora de -lo dijo parodiándole los gestos- un ministro, que me tiene que dejar unos papeles dirigidos a mi padre. Será rápido. De paso, te presento. La conozco por arriba, no me gusta demasiado, la verdad. Está con otras afiliadas del partido.

Desplegadas de mantel, al arribar las encontramos en sonoro conventillo, sobre tazas y bombones. Se juntaban en un típico salón que, contra todos los retoques que le dieran, el olor quedaba rancio - con espíritus acorde.

Maquillada como ciertos papagayos -entre muchas de las otras, que también- estaba, toda de collares, la señora del caníbal impotente. Carnicera de los chismes que, de tripas en el puño, rebolea, salpicando sobre todos, sin reparos. Por doquier, en el entorno de las patas de su silla, servilletas. Devenida respetable, todavía se desprende, de su cariz, el olor de lo contrario.

Cuando todas estuvieron distraídas saludándonos, tomó, de la cajita que tenían en la mesa -con el torpe

disimulo del ratero- su botín: un sobrecito tragicómico de té. Se lo metió, sin vacilar, en la cartera. Parecía que, tan sólo, le faltaba robar algo para ya quedar por fin en condiciones de marcharse, satisfecha:

-Chicas, ¡oigaan! ¿Dividimos la factura? Por favor, hagamos cuentas, que, si no, después sucede lo de siempre...

Sin dejarles responder, abrió los codos, ocupó los territorios aledaños del mantel y desplegó los comprobantes, ordenados. “¿Están todos?” Y, cabal, meticulosa, con las cejas de los niños apuntando sus pistolas de juguete, fue contando la vajilla, los platitos y las tazas que tenía cada una.

-Mejor pásenme la plata que yo pago todo junto.

Las movía con destreza de tahúr: acostumbraba confundir a las demás con las monedas. Lo sabían, por supuesto, nada más que no querían controlarla. Lo peor era que, sólo contemplando sus vehículos, tenía más hacienda que cualquiera de las otras. Tanto más como contaras propiedades. Más allá de lo que puedas intuir, no se casó por interés sino, más bien, por capital, que le precede. Matrimonio por dinero: cafetera sin perfume. Nos miró, como con ganas de nutrir el divisor: “ustedes dos, ¿tomaron algo?”

Nació pobre. Prosperó, pero jamás dejó de ser - eternamente resentida- miserable. Lleva ya bastantes kilos en que, lejos del pasado, pasar hambre, nada más es hacer régimen. Si duele demasiado, lo pospone, como quien al desagrado le pudiera colocar un marcalibros. La miseria te trastorna por la vía del apremio. Todavía se desquita: cuando saca del cajón una manzana que le gusta, se le caen las que no. Por lo común, allí las deja, machucadas.

¿Agacharse? ¿Para qué? Si las manzanas machucadas son problema del burgués, no de sus uñas.

Tiene carne cimarrona, peculiar de las mujeres de su clase: piel enjuta con cuarenta, que parece combinar los arrabales con el garbo. Pero, pronto, por la huella digital de las arrugas, ya parece meretriz avejentada.

Por mi lado, no dejaba de pensar en que, tapándose los ojos, consentía los abusos del marido. ¡Todavía con menores! Tuve ganas de, también, acapararla con los otros, por lo menos (y no más) con una mera picardía. De regreso, disfrazado, nuevamente, con la cuenta de correo, le propuse, con entera discreción, a su pareja, cierto monto de dinero para que facilitara, con su firma, los despachos. Precisaba de Kampala, por Entebbe, que mandaran un palé. Pensé valirme de que, pronto, lo tendríamos de caza por la zona, para no comprometer a nadie más en el proceso. Finalmente, me deshice de los planes por el monto prohibitivo del soborno que pedía. Sin problema, por supuesto. Seguiríamos, atentos y corteses, tan amigos como siempre.

89

DESAPEGO

Dios escribe por mi puño, pero yo se lo mejoro. La ventura del ministro ya camina por el África, con vivas ansiedades. Descubrió que si les da con demasiada precisión donde decían los consejos enviados por correo, se le mueren enseguida, sin gritar. Así que tira donde sufran, que, si no, “matar gorilas es lo mismo que violar a sordomudas”. En la calle, los pequeños lo tomaban de la mano. Procuraban ablandársela con besos y caricias: “me disculpan, sólo traje la tarjeta”. Se trataba de soltar con un violento chicotazo de los dedos, como quien se despegara de los mocos. “Qué terrible. Se disfrazan de mendigos y suplican por dinero”.

Como ya no le crecía, comprendió la situación y, con desdén de despechado, se rapó. Su nuevo rostro le parece varonil y, masticándose las muelas, en la caja del vehículo se mueve con antojos de soldado. Cuando baja, ya camina diferente. Por cabello, solamente se dejó, complementando lo pedófilo, su barba de candado.

Permanecen, invisibles, a lo largo del camino. Sobre todo -porque saben calcular- donde se forman lodazales. Una vez que los vehículos se quedan enterrados (muchas veces pareciera que los mismos conductores empantanar las cubiertas a propósito) comienzan a salir y permanecen observándote, tranquilos pero raros. O siniestros, dicen muchos. En segundos, son docenas. Aparecen espectrales,

de la nada. Más allá de que tus manos sean dueñas del fusil, intranquilizan por el número. Resulta por demás inverosímil, pero sí: la población de las colinas africanas se calcula por millones. Con el tiempo de su lado, de común, es la primera situación en que te llegas a sentir desprotegido.

Los nerviosos cazadores continuaban detenidos. Cuando ya no te traccionan, las cubiertas te sumergen. Es inútil saturar revoluciones, a no ser que te pretendas enterrar hasta los nudos. Y los miras; y comprenden. Abres paso.

Los nativos se colocan a los lados y sacuden el vehículo, que cruje que parece que se parte. Más aún, lo zarandean, excesivamente duro. Las cubiertas se despegan y rebotan uno dos como si fueran pisotones de gigante. Los tornillos a segundos de salir como balazos. La virtud del fabricante, resistente. Juraría que se piensan los diseños atendiendo mucho más al inclemente subibaja del rescate que, con menos agresiones, al terreno. Si no fuera que se trata de metal, bastante poco quebradizo, saltarían los pedazos por el aire.

Pero siempre te lo sacan. Enseguida de cobrar, desaparecen, repentinos. Y tú sientes que te dejan, otra vez, con los fantasmas de la jungla. Por el modo de venir y de marcharse, se podrían comparar con lagartijas, cuyas vastas poblaciones, al comienzo, se retiran del terreno, te lo ceden, pero siguen observándote. Si ven que te detienes, aparecen otra vez, como con tímida confianza. Sigilosas, pero firmes. Y parece que son más que las primeras. De seguro, las recuerdas de mis versos africanos.

Como ya, para seguir, era tardísimo, los guías decidieron acampar. Cenaron bien: tenían carne de cachorro, “que tendría que decirse que se bebe, mucho más

que que se come”. Por su tierna complexión bajaba sola, pero, bien, de todos modos, la bajaron con cerveza, por supuesto. Cuando ya quedaban pocos levantados, nuestro prójimo, sociable, decidió permanecer unos minutos conversando con los guías en la playa de fogones que tenían apagándose. Después, necesitó profundizar en la maleza. Más aún - y más aún - y más aún, porque jamás ha conseguido, con el fondo de la voz de los demás, mover el vientre. Cuando ya no los oía, lo logró.

Limpio sus cosas con papel. Se levantó los pantalones, ajustó su cinturón y se dio vuelta: lo miraban varios ojos a la vez. El pantallazo fue tan brusco que creyó que se caía de caudal a la penumbra. De común, se les presentan a los hombres en privado. Tienen claro que las usan mucho más cuando se sienten protegidos de la vista de los otros. Cuando ven apartamientos, los rastrean con la traza del aroma.

Se quedó paralizado. Cazadores de mentira no se saben resguardar en el amparo de la noche. Se sentía perturbado; pero súbita saliva retocó sus emociones: al alcance de sus uñas, la fortuna le dejaba lo que no se decidía, por entonces, a pedir abiertamente: barajándose con otras prostitutas que, con señas, describían sus ofertas, vacilaban, huidizos, unos ojos infantiles.

No son gratis; pero sí que se consiguen con descuento. Los políticos lo saben: su trabajo, mucho más que gobernar, es rebajarles el valor a las personas. Un lechón en Navidad a veces vale por razones. Las palpó bajo la ropa. Levantando sus vestidos africanos, comparó las dimensiones y, tomándose su tiempo, controló que no mintieran el volumen con gordura. “Si me cobran, no las puedo recibir como caballo regalado”. Las tocó para tocar cuanto pudiera, pero ya tenía todo decidido: se llevó, de los deditos, a la más

avergonzada. Las demás eran la clase de mujeres “que les pagas sobre todo cuando ya las ensuciaste, porque quieres que se larguen sin demora de tu cama”.

Previsor, llevaba siempre la resina, por las dudas, en el forro del chaleco. No quería que los otros se la vieran. En el fondo, todos saben distinguir entre la ruta de los malos y la ruta de los lindos. Tan así que, sin volver al campamento nada más que por el sobre de dormir, sacó los ojos de la luz y caminó para llevársela tan lejos como fuera necesario para no tener que dar explicaciones.

La trató como ramera. Con urgente rapidez, la dividió como pegando con ariete, clamó fin y se quedó -dormitabundo. Caminaron las estrellas y su chica se largó, brillando luna por sus rasgos, a la calma del hogar - o donde fuera que viviera. Por su lado, nuestro caro tirador se contenía, sin quererse levantar, una pequeña, sutilísima presión en la vejiga. La pereza le ganaba.

De comienzo, te resistes, pero, pronto, te desvela. Sin siquiera despertarse por completo -mucho menos intentarse levantar- se desprendió los pantalones y trató de miccionar a su costado; pero no. “Después les marco territorio, que, total, ya se los tengo profanado como mío”, murmuró con un tonillo victorioso.

Despertó. Fue nada más un cabeceo de minutos. Esta vez, era preciso descargarse: no tenía dos opciones. Desganado, con la sangre toda junta, sin apenas circular, entumeciéndole los pies, se levantó. Cerró los ojos; hizo fuerza, pero nada. Los abrió para probar si, retirándose más lejos todavía, lo lograba. Se trató de concentrar hasta las últimas neuronas, pero no. Su pudorosa timidez necesitaba todavía de más líquido, pensó. Se puso ganas a la obra: sin hacer, era difícil que durmiera. Regresó donde las carpas y,

tranquilo, destapó, para beber, unas cervezas: él, borracho, se consigue liberar - incluso dentro de mujeres. Y tomó como ternero que chupara las botellas - pero todo sin poder abrir el grifo. La molestia le dolía.

Lo tendrías que probar, para mejor entendimiento del suplicio que, por obra de su sola perversión, se le venía: necesito que lo leas aguantándote las ganas, tú también. Ahora sí, ya lo tenía. Se bajó los pantalones y, de ceño con arrugas, hizo fuerza. Ya las ganas eran duras. Otra vez, prensó los músculos del cuerpo, todos juntos, apretando la vejiga. Se dio cuenta, pero no lo terminaba de... “¿qué pasa...” Lo trató de razonar; “¿estoy tapado?” No lo dijo. Lo sintió como vibrándole dentera “¡la resina que me puse! ¡Maldición! ¡Quizás ha sido la resina que me puse!” Todavía controlado, los trató de despertar. “¿Algún doctor? ¡¿Algún doctor entre nosotros!?” Se rieron sin mirar, desde los sobres de dormir,

-A los doctores no les gusta disparar a los gorilas.

No se quiso demorar en la pequeña, por supuesto, pero vale comentar que las uretras femeninas no reciben la presión en el vacío: si les queda lubricante, no se mete por las vías. Lo despegan con la mano, sin problemas.

Recordó que, no muy lejos, al pasar con los vehículos, había conseguido distinguir una cruz roja, de color descascarado. De seguro se venía diluyendo, pero, pródigo, temió que, como pasa con las piedras del riñón, al expulsarlo le doliera demasiado: pediría que le dieran un calmante. Se subió, sin preguntar, en un vehículo. Volvió por los caminos -sin señales- y, pisando los pedales a la prisa de las ganas, apurado por senderos imposibles de seguir, que no llegaban a ser rumbo ni siquiera -bajo dudas de la noche- le bastaron dos desvíos para, ya, desorientarse.

La puntada le dolía. Regresó; pero perdido. Los caminos le mentían. La premura lo cegaba. La cerveza compelia sus riñones. Ya tenía la maldad entumecida. No lograba divisar el campamento. Se bajó, gritó con fuerza, desahuciado. Cada grito reventaba de presión en la vejiga, pero sólo respondían los sonidos de la noche. Lo demás seguía todo taponado.

De repente, los insectos se callaron. Oyó ruidos; “¡¿jú is déar?!”. Sintió lágrimas lamiéndole la boca. Como nada parecía responderle, se metió para buscar la carabina; pero ya los movimientos eran casi desafíos imposibles. Se sintió desvanecer por un momento. Puso trancas a las puertas. Respiró. Prendió la luz de la cabina. Los dolores le pinchaban el espíritu. Debajo del asiento, pudo ver un botiquín. Lo retiró. Tenía gasas y jeringas y, también, de las jeringas, sus agujas. No podía demorar otro minuto: tomó una para ver si -“¡¡te lo ruego Santo Dios!!”- introduciéndola, podía perforar el pegamento de resina. Los que sufren están siempre convencidos de que Dios los oye más. Estaba duro como piedra, sin embargo.

Moriría. Sus riñones trabajaban sin parar. Se le nublabla la visión. Estaba grave. Sin pensarlo, se trató de perforar, por el abdomen, la vejiga, sin saber a ciencia cierta dónde diablos se tenía que punzar. Lloraba mares. Se trató de conducir por la puntada que sentía mucho más que por certezas (el dolor de los pinchazos era leve comparado con el otro) pero luego de fallar a la tercera tentativa, se palpó para medir hasta qué punto le llegaba. Se sentía claramente, por adentro, la dureza del tapón que ya por poco lo mataba. Desprendió, de su chaleco, la perpleja botonera del cuchillo. Lo tomó. Sacó su miembro. Por debajo, puso, ya sin esperanzas, la tablita de comer. Lo presentó, con ambas manos nivelando los extremos. “Es igual que suicidarse”.

Sintió nítido, tajante por su piel, el juramento del metal. Pidió perdón, como llorando por clemencia. Se dobló con otra súbita puntada. Padeció. Ciñó las piernas y, terrible, con un grito que no puede prorrumpir desde las hojas, afirmó las toneladas que traía de dolor, trancó los codos, y cortó.

Fue todo uno, seccionar y derramarse. Desinfló su malestar en una pérdida de sangre con orina, tan copiosa que, de muslos a tobillos, lo bañó. Sintió su bálsamo caliente por las piernas. Resoplaba como búfalo salvado por los pelos, aliviado sin calmarse. Lo violeta del enfermo fue trocando por lo gris del moribundo. Se sintió desfallecer. Le parecía ver su cuerpo desde cierta perspectiva terminal, desvinculada de sus ojos. Los latidos le salían como chorros a presión. Tomó las vendas. Apretó con los apósitos y, rápido, trenzó, cobrando vida de sus últimos instintos, una suerte de pañal. Ató con fuerza. Se trató de persignar a manotazos, sintió múltiples ardores y, sin otro por favor que suplicar, ahora sí, se desmayó, con los pulmones abatidos y los vidrios empañados.

90

**CADA CUERPO SE DESPIERTA CON EL
ALBA QUE MERECE**

Nunca supo cuántas horas le llevó despabilarse nuevamente, pero ya tenía luz amaneciendo: lo primero que logró desempañar con la mirada fue no menos que la magia de la vida: las hormigas se llevaban el cadáver de su miembro. Ya lo sabes: africanas, son carnívoras. Habían respondido, sin ningún lugar a dudas, al aroma de la sangre, no del rábano.

Si bien estaba muy alicaído, se movió para tratar de rescatarlo. Lo logró. Tenía muchas, todavía, que seguían masticándolo. Las pudo desprender, a duras penas. Le dejaron las muñecas y los dedos con ardientes mordeduras y, del modo que lo vimos proceder, en otro sitio, con su pelo, lo guardó con ilusión en una bolsa. Las heridas le brindaban un aspecto repugnante.

Nuevamente, se sintió descontrolar. Tocó bocina por si guías o Cruz Roja lo buscaban, pero, tímido, volátil, el sonido se parece diluir en los kilómetros del campo. Ya con luz, al ver la forma del terreno, comprendió que no podrían encontrarlo fácilmente. Se trató de componer. Giró las llaves y recién al topetazo de chocar con algo duro se dio cuenta de la clase de mareo que tenía.

No lograba mantener el pensamiento funcionando. Las heridas le picaban un dolor insoportable. Se sintió languidecer y, con la poca batería que quedaba, me mandó

-pero creyendo contactarse con aquél comisionado de turismo- lo que sigue:

“Necesito que me salgan a buscar. Estoy herido, moribundo. Si las tribus encontraran mi vehículo, seguro que, tan sólo por robar lo que me queda, dignidad, me lincharían. Por favor, envíe todos los avisos pertinentes a los guías. Pague todo lo que pidan, que, después, se lo daré multiplicado por millones: el asunto del palé será tan sólo lo primero - pero siguen infinitas protecciones.”

Más allá de mis honestas intenciones, no tenía ningún medio de contacto con los guías, ni con nadie que pudiera socorrerlo. Con el último pellizco de vigor que le quedaba, consiguió rascar la tecla con sus dedos: enviar. Seguidamente, procuró rezar un ángel de la guarda, pero ya no le quedaban energías. Otra vez se diluyó, como con pesas en los párpados.

Después de que pasaran unos días (mis palabras, por entonces, lo tenían olvidado. Ya por poco lo dejaba sin final) me llegarían, otra vez, noticias suyas.

“Dios es grande. Pero nada se consigue con rezar si no tenemos un patrono que, feliz de socorrernos, interceda. Te recé con un pedido desahuciado. Tú, lo mismo que los santos, respondiste. Desperté, resucitando del horror, en una clínica. Los guías me trajeron. Nada más volver en mí, dejé resuelta la cuestión de tu despacho. Lo segundo fue mandar este mensaje. Lo que sigue: rezar todo lo que pueda, cada día, por los años que me resten por vivir, para que tengas la bonanza, la salud y la ventura. Como cantan a los reyes: Dios te salve.”

91

BRINDARÍA CON PETRÓLEO

Si te sientes inspirado, continúa, ¡no descanses! El recreo te detiene, ¡lo que ganas del impulso te lo robas con el freno! Como fértil mariscal de la poética, mi lírica consigue dar a luz, de sus conquistas anteriores, las siguientes.

Todavía le faltaban dos o tres intervenciones en la clínica: si saben que lo pagas, en el África te siguen operando por las dudas. Su mujer, en Uruguay, seguía sola.

Transcurridos unos días, le dejaron en la puerta de su casa, sin esquelas, un paquete que le daba por los hombros. Al abrirlo, la sorpresa le saltó por las pestañas: eran fajos de billetes. ¡Una dicha con mayúscula! “¡Por fin! ¡Lo que tenía merecido!” No dejaba de besar su medallita de Jesús. Jamás había conocido regodeo similar. Enajenada, con indómita locura por hacerse del dinero, sin demora, fue llevándolos adentro. Los billetes son papel, y los papeles apilados pesan tanto como bloques de cemento. Sin embargo, como fuera que tuviera que poder, podría sola. Los tesoros de secreto compartido raramente se conservan.

Apurada, se secaba las gotitas que brotaban de su sien, con un billete de los tantos. Se trataba de chelines africanos: ni siquiera se podrían reciclar como papel. Como cambiaras unos dólares tan sólo, no cabrían en el ancho del bolsillo. Valen nada. Te deforman la caída de las prendas. Usarías un atado de los suyos para no gastar la leña.

Sin embargo, su feroz rapacidad no considera los caudales por su monto: tan voraz como pollitos que no dejan de comer hasta matarse todavía con insípidas raciones, si se trata de dinero -más allá de su cuantía- nada más con que lo sea, ya con eso, le resulta delicioso.

La paleta con los fajos ocupaba medio living. Por su forma de reír, ella jamás había sido tan feliz con las visitas. Y, de bastos regocijos, esa noche no durmió: como los niños desvelados que golpean las ventanas de los ángeles en víspera de reyes, remojando su pulgar en el empape de la lengua, contó todos los billetes computando los millones - ¡que serían de su sola propiedad!- en las bolitas del rosario para no perder la cuenta.

Todavía precisaban ocultarse. Puso fajos a las órdenes debajo del colchón en los zapatos en las medias en los frascos en los sobres de papel en los cajones en las cajas de cartón en todos lados. Y, lo mismo que los hombres que no viajan a menudo se revisan sin parar el pasaporte, sus millones de locuras controlaban, sin descanso, su locura de millones.

Pero nada más mirarlos era poco: su textura parecía piel de novia preguntando por caricias; o piecitos de bebé, que te compelen a tomarlos en las manos. Los pesaba, los besaba, los tiraba para Dios y cuando, tintos, reventaban en el techo como cañas voladoras, le llovían en el rostro. ¡Cien! ¡Doscientos! ¡Mil! ¡Millones! ¡Cientos, miles de millones! Nochebuena. Miel. Maná. Resurrección. Real esperma. De seguido, los contaba nuevamente.

No lo sabes: el dinero se gangrena. Los billetes crían hongos y se pudren en las bóvedas - a veces es lo mismo que meterse de nariz en catacumbas. Corrugado, favorece la preñez de las bacterias; tanto más que, de los dedos, humedad es lo que sobra. Los billetes que besaba, cambio

chico, ya traían un larguísimo camino de timberos y feriantes. En el horno del -costoso si lo quieres enfriar- contenedor en que cruzaron el océano, los rostros de sus héroes germinaron como plantas. La gangrena comenzó con sarpullidos en la mano que pasaron, por la vía de los brazos, a la parte más cercana del espíritu. De tanto restregarse, la micosis penetró por las heridas de sus propios arañazos. Como fúlgidas esponjas escurridas, de sus labios supuraron, en marrón, algunas lágrimas de bótox. Y, la peste, por la vía de la boca, puso llagas por doquier en sus encías y garganta.

Por alguna sinrazón del interés, salió corriendo. Las defensas de su cuerpo, superadas, procuraron encontrar alternativas: le trabaron una fobia singular a las entradas de su casa - se sentía repelida. Sin embargo, los billetes la llamaban: “los obstáculos están para salvarse” se decía con razón y con motivos que, si bien necesitaba tomar algo de carrera, con impulso conseguía terminar al otro lado de las puertas. Los papeles del dinero, por debajo de las sábanas, enferman: vomitaba sin parar y no quería ni salir al hospital ni recibir a los doctores - si lo ven desconocidos o lo dejas en tu casa, te lo roban. Si lo sacas, está lejos. El dolor de las heridas en la piel rivalizaba con el otro, de las náuseas.

Nunca supo que la fuente de su feo malestar estaba toda, de raíz, en los billetes que tocaba. Pero pronto le pasó lo que sucede cuando comes demasiado chocolate: las entrañas -que, si no, se te revientan- lo rechazan. Es defensa. ¡Son los glóbulos velando por el cuerpo! De repente, padecía la tajante repulsión del empalago.

Tan así que, contra toda previsión, de madrugada, sin dormir, con el contorno distintivo de las brujas recortadas

en la noche, le brillaba, como danza de colores en los ojos, la fogata caudalosa que regaba con dinero.

92

MI METÁSTASIS

Al verlos desde cerca, te sorprenden enseguida por lo llanos. Toman letra del periódico: sus ojos sólo llegan a mirar el horizonte que podría ver cualquiera de nosotros. O, tal vez, incluso menos, porque tienen puntos ciegos que tú no, desde tu casa: los congresos son recintos sin ventanas.

Además, escuchan todos los programas de política; no tanto por provecho sino sólo por saber si les dedican comentarios. Son igual que quinceañeras: no se dejan de mirar en los espejos. Con su padre, ya teníamos un pacto: yo podía, por mi sola voluntad, cambiar la radio si viajábamos en auto; de canal, si compartíamos el living; o de charla, donde fuera - sin aviso, sin preguntas y sin peros de su parte. No pasaban dos minutos sin que siempre comentara “¡qué fortuna que tomaras el control! ¡Ya me tenía fastidiado!”

Cierta noche, nos llamó para saber si no queríamos - solía repetirse- que cenara con nosotros. “Yo los voy a recoger así, de paso, me despejo. Les aviso cuando llegue”. Nos timbró con el teléfono. Bajamos y lo vimos esperándonos atrás, en el asiento posterior,

-¡Estoy cansado! Necesito de chofer...

-¡Estás mimoso mejor dicho!

corregía su pequeña. Transmitían, en la radio, las palabras del que fuera secretario de pensiones:

“Los abuelos atesoran el valor del patriotismo como nadie: lo que más necesitamos en los días que transcurren. Como deben entender, de nuestra parte ya venimos encarando sacrificios. Es su turno. Que sus hijos interpongan caridad y los ayuden. Los recursos que nos quedan son escasos para todos.”

Comenté:

-Será difícil que la corte lo permita...

-Si nos traban un recurso, ya tenemos a los jueces sobornados.

Al dinero le darían otros usos más rentables en campaña. Nada puede malversarse sin amparo de la toga. De las pocas, una parte del trabajo del político consiste, te quisiera prevenir, en dibujar un cronograma de traiciones.

Hay personas que, si bien, ofrecen dudas infinitas en algunos procederes, son capaces de buscar, en la mejor literatura, purgatorios al espíritu. Lanzamos unos pocos ejemplares con un aria cuyas últimas ideas desafiaban al lector:

“Al mismo tiempo que te hieren, los malvados te convidan a vengarte. Si no fuera por su causa, no podrías. El regalo de la sed y la botella destapada. Su licor es comestible: no se bebe, como vino. Se mastica, como carne. Sabe calmo,

delicioso. Como no te la sirvieras, si pudiera, borraría solamente de tu libro los capítulos que siguen así dejas de leer, tras bambalinas, un coraje que no tienes merecido.”

¿Mi propósito? Dejar unas palabras y que Dios, por intermedio del azar, distribuyera sus efectos, como quien invitaciones. Con el aria, ya te deja perdonado. La podrías emplear de pasaporte. Pantalones: es un índice que pesa - ya conoces a qué sabe ser tocado de los dioses.

¿Necesitas inspirarte? Por ejemplo:

“Le confiamos el futuro, pero, bruto, sinvergüenza, lo gastó comprando votos. ¿Su respuesta? ‘Que sus hijos los ayuden’. Yo no digo que matarlos esté bien -que quede claro- pero sí que, si lo piensas con criterio de sociólogo, resulta muy difícil entender que, de millones de personas lastimadas, por lo menos una sola no los mate.

Más aún, que no pretenda despuntar de los castigos ordinarios y les haga comprender, en carne propia, lo que duelen sus delitos. Que los logren encerrar y que, cercados, sin comida, necesiten de sus hijos. Que, si van a visitarlos, les exijan, sin ninguna salvedad, dejarlo todo -ropa, viandas y vergüenza- para, luego, permitirles avanzar hasta la celda, despojados. Y que tengan que comer directamente de sus cuerpos.”

¿Necesitas instrucciones? La primera: comunícales el plazo de la pena claramente. Treinta días, y no más. Tampoco menos. Es preciso que lo tengan a la vista, no ponerlo más allá del horizonte. Que convenga mucho más dejar correr que violentarse.

La segunda: que los tengas maniatados a sus propias perversiones. Colgaré, para que puedas descargarlas, sus peores grabaciones y, si quiere denunciarte, simplemente, las publicas. Tan sencillo. Ya verás que no se mete con tus planes, tanto menos cuanto que, sin miramientos, se jactaba de sus trampas a los jefes de la droga. Le gustaba titularse, fanfarrón, un “arquitecto de traiciones endosadas” y, de paso, con algunas referencias, ya dejaba complicados a sus hijos. No querrá quedar expuesto con facciones vengativas si las hay.

No fue difícil, una vez que me tomaron como miembro de su círculo, tener información. Hacer acopio. Normalizan a tal punto los delitos que se viven olvidando de cuidarse - se parecen al infiel, en la medida que permites el engaño.

¿Necesitas evidencia? Click aquí: yalosabíasperonuncatevengaste.com. La borraré cuando me lleguen novedades del castigo.

¿Necesitas el futuro? Desde luego que mi pluma, de flagrantes atributos, hizo rampa de los hechos. Es un texto redundante: de seguro los conoces. No ladridos ni películas, ¡los hechos! No serás de los que mascan fantasías sin jamás acometerlas. El amor es la primera. Muchos tontos sólo besan a la chica de sus sueños, cuando duermen. Tiene lógica, quizás. Y, la venganza, ¡consolarse con ideas de castigos que -lo saben- nunca van a consumir!, es la segunda. Tu jamás te quedarías en gruñidos entredientes, está claro. No precisas que te vengan a contar lo que te sobra de vivencias, pero quieres escucharlo de la magia de mi puño. Concedido:

«Lo que faltan son mentores, no sedientos de venganza. Necesitan del empuje de las artes. En el cuarto de servicio, preparó su calabozo de barrotes empotrados. Con

los audios y videos en pantalla, de la forma más amable, concilió con el cautivo que tendría que quedarse por un mes, sin alimentos. Lo podrían visitar sus familiares, media hora, cuatro veces por semana.

Cuando fueron, preguntó: “¿por qué se meten con bolsones?” “Le trajimos la comida” “¿La comida? No señor. No convenimos ese punto”. Le probaron un “perdón”, y respondió “cosa juzgada”. Cada vez, al ingresar, les revisaba los bolsillos y los pliegues que, tramposos, en virtud de las escuchas, no podían reputarse de confiables. Mientras ellos efectuaban las visitas, les corría los videos - que no fueran a dejarse, sin querer, en el tintero, quién mandaba.

Si te falta la comida, la vorágine del cuerpo te reclama con apremio solamente por el lapso de dos días y, después, las sensaciones se confunden: ya parece adaptado. Pero, pronto, cuando cumples la semana, los sentidos enloquecen y la mente se desalma. Los dolores del apuro se presentan insufribles. Los instintos retroceden a la bestia: ya no sigues siendo tú - devorarías hasta piedras.

Comenzó por revisar lo que salía de su cuerpo cada vez que deponía. De común, hay alimentos que podrían digerirse nuevamente, como granos, filamentos de verduras o palitos del orégano - que sólo lo calmaban un instante. Por lo tanto, sus entrañas le pidieron que comiera todo junto - le pidieron, enseguida, que lanzara (para ya jamás hacer otros intentos similares). Con inútil ilusión, por si quedaban vitaminas en las gotas, condensaba los vapores del orín con el espejo - su captor se lo dejó porque quería que se viera.

Comprendió que se tendría que comer alguna parte de su cuerpo: comenzó con el asunto masticándose las uñas, descubrió que la saliva les ablanda los rebordes y que, pronto, se terminan. No llegaba con los dientes a los pies, así

que tuvo que pensar en engullirse su cabello. Lo trató de compactar en un ovillo como nudo, pero, dura, la pelota corrugada se trabó por su faringe. La lanzó con un bombazo de garganta. Se le fue por los barrotos. Estirándose del hombro, la tomó. Pensó volverla picadillo. Del espejo, quebró filos. La cortó como quien pica perejil y fue peor: los pedacitos, al pinchar la campanilla, provocaron un confuso vendaval que terminó por los pulmones. Precisó de varias horas de toser para sacarlos entre mocos y saliva que, lavándolos del pelo, los comía nuevamente. Finalmente se dio cuenta de que sólo la bolita que conforma la raíz es comestible - lo demás es desperdicio.

Pero, caro de llenar, el intestino, reclamaba con grosores de baguette: el desdichado comenzó por desprender callosidades de los pies, se descarnó de los talones y siguió comiendo todo lo que, fértil, apretara de los granos que lograra descubrirse. Pero siempre se quedaba relegado con respecto del apuro: precisaba, con urgencia, comer carne. Fue pasando la cuchilla del espejo por su piel, como probándose coraje. No sabía si tronchar o desollarse. Dio de pronto con el lóbulo, que tiene, si lo tocas, una pulpa que parece que no duele. Lo prensó con el pulgar, con intenciones de dormirlo. Lo tensó lo más que pudo. Tensó más, trancó los dientes y cortó desde la base con el filo para dios, como sacándose los gritos de la cara.

No podía demorarse. La saliva, por adentro, reventó con más impulso que las lágrimas por fuera. Lo zampó. Trancó los labios. Todavía sin tragarlo, presionó, con un apósito rasgado de las prendas, en el corte. Masticaba sin reparos y la sangre que perdía del oído la chupaba de la tela. Pero sólo le sirvió de tentempié por un momento. Tanto más que, de la forma que comer un pisolabis te consigue despertar el apetito, su pequeña colación hizo del hambre

que dolía, sufrimiento que tortura. No paraba de sufrir. El hambre mata de tristeza, no de hambre - con patadas de locura. Sin ninguna timidez, en la visita, devoró lo que sus hijos le pudieron vomitar y, cuando ya no conseguían una flema, les gritó que se cortaran y le dieran de su sangre.

Solamente porque ya Valerio Máximo lo tiene de su pluma, no diré que tomó teta de su niña - pero sí que le tiraron el cordón umbilical y lo llevó para la sombra, retirado, como perro que se roba las achuras. O político las vísceras.»

93

SIN PELOS EN EL LÁTIGO

Palmada.

Perdonar es facilísimo: no debes recibir salpicaduras.

Hay políticos que saben de qué forma los elogios son capaces de -mejor que las trompadas- ablandar a las personas. No lo dejan descuidarse: si Satán va dos minutos al lavabo, se le sientan en su silla.

-Necesito ¡ya por fin! una carótida de sangre con acero.

-No se siga molestando.

-Pero ¡cómo! ¿no me dejas comentarte lo que tengo para ti?

-No. No lo dejo.

-Yo, de todos modos, voy

-¿Es el aljibe que, tal vez, se le secó sin avisar? ¿O la cadena de sus ínfulas es corta?

Te permito que me copies la respuesta cuando quieras ser un hombre: pretendía que, con breves comentarios al pasar, en entrevistas o reuniones, apoyara su gestión. Era, sagaz, un funcionario que sabía mantenerse. Cada vez que lo querían deponer, él destapaba su gabán para que vieran las granadas que tenía: de pulgar en los seguros, evidencia contra todos.

-Hay traseros que se donan sin amor, y viven bárbaro. Mujeres que recuestan su nariz en un sobaco nauseabundo solamente porque paga. ¿Qué sucede con tu alma que no puedes ser, también, una persona? ¡Como todos! No rechaces el amparo que te quiero conferir: es habitar entre montañas a resguardo de los vientos.

-Es allí, precisamente, donde aire, feromonas y pulmones están más contaminados. ¿Qué, de todo lo que dije, no lo dije suficientemente claro? ¿Fue la ene? ¿Fue la o? Si prescindiera de lacayos, lograría conservar una mirada más realista de sí mismo. ¿De verdad será su voz tan influyente como piensa?

-Las personas se pelean por brindarme sus servicios y quedar en sujeción. Las utilizo cuanto quiero, porque quieren que las use. Me trastocan en padastro: yo les doy una mesada suficientemente grande como para que les guste, suficientemente chica como para que me tengan que

pedir un anticipo cada tanto. Que recuerden mi poder, y que dependan. Desde luego que, con alguien como tú, negociaría de manera diferente. (Sonrió) Si me dejaras...

-Me sorprende mucho menos el bribón que las ofrece que los crédulos que toman sus prebendas.

-No se lanzan a pedir las. Titubean. Aceptarlas es más fácil...

Y me quiso dar la mano.

-Qué talento para nunca darse cuenta de que van equivocados. Ya. Retírese. No quiero que sigamos conversando.

-Muchos hombres despotrican del infiel y solamente no lo son porque, feísimos, no logran vincularse con las chicas. Es lo mismo con nosotros. ¿Sabes cuántos solicitan ingresar en este círculo, sin nada que poner sobre la mesa? Tú que tienes, aprovecha. No se logra solamente con quererlo: son corruptos los que pueden. ¿Me permites un consejo de papá? Lo que rehúas aceptar en el presente, mal o bien, lo tomarás en el futuro. Deberías apurarte mientras puedas cobrar caro porque, viejo, ya sin fuerzas y sin tiempo, vendes nombre por limosna. Cuando joven, es muchísimo más fácil trabajar de prostituta.

-Vamos ¡lárguese! que tengo que volver a respirar.

-En este ámbito, verás, las aversiones, de común, caducan rápido. No seas tan severo con tu crítica. No soy un asesino.

-Desde luego. Para ser un asesino de verdad hay que matar a las personas que se aman. Los extraños no computan.

-En un sitio peligroso, te conviene ser amigo de los malos...

-Es verdad. No le conviene molestarte. Si ya sabe del peligro que transita, no tendré que recordárselo con hechos.

-Intenté con cortesía. Me forzaste. Colabora. De contrario, meteré tus insolencias en la boca de tu novia

¡Toc! Clavé la pluma con un golpe terminal -¡sin precedentes!- en la mesa.

Saltó limpia, vertical, al horizonte de los ojos. No dejó que se volcara sin sentido: con un ágil manotazo de volea, la rompí contra su cara.

-¡Me pegaste! ¡¡Me pegaste!! ¡¡Santo Dios!! ¡¡Con una taza!!

-Soy autor: te pegaré con lo que quiera. Tenme todos estos versos, por favor.

Le di -con arias avanzadas- mi cuaderno. Me saqué, con la mayor tranquilidad, el cinturón (“estás demente... ¡los rumores eran ciertos!” me decía, con los labios agrisándose de golpe, juntamente con su voz) y comencé por azotarle, como dándole con látigo, los dedos en la mesa. No dirías con qué poco de pegar le lagrimean los ojitos, a los duros. Se trató de disculpar. Le respondí con otro fuerte chicotazo. Como única defensa, su fecundia proverbial gritó “¡perdoón!!”, con un aliento repulsivo. Me di vuelta. Sin hablar y sin premura, caminé. Tranqué la puerta. Regresé. Le dije “trágate la llave. Quiero verte -yo sabré colaborar- como las almas aterradas, ensuciar los pantalones. Será fácil, ya verás. Cuando la cagues, nos marchamos”.

Le traté la maloliente corrupción asesinándole los hongos de los pies a latigazos. Los deditos le quedaban resbalados en la sangre.

Yo provengo, según debes recordar, del interior y las carneadas fueron cosa natural en mi niñez. A las gallinas las mataban las mujeres con un palo transversal que les cruzaban por encima del cogote: se paraban con un pie de cada lado, balanceaban los talones y crujían. Era rápido. Lo feo de mirar era más bien cuando debían arrancárseles las plumas; allí sí que se quejaban. Ya los chanchos eran cosa de varones: lo tomaban entre varios y le daban, al costado de la nuez, un golpe seco de cuchilla, tan profundo que sentías la trompada de la mano cuando daba con el cuero. Con un tarro que ponían a merced de su garganta, por debajo, recogían el océano de sangre: cada sístole -nervioso, dolorido, fatigado de cinchar- era lo mismo que tirar de la cisterna. Los segundos caminaban con pastosa lentitud y, finalmente, se quebraban sus rodillas. Los conejos eran trámite: la piel se les separa sin ninguna resistencia. Te parece que tan sólo la tuvieran por encima, de la forma que te pones un abrigo. Los corderos eran fiesta: los criábamos a mema, les poníamos -los niños- nuestros nombres y, después, nos divertíamos jugando con decir a quién estábamos comiendo. Resultaba muy normal en esa época. Sentí, mientras le daba con el cinto, la memoria del olfato tironeándome la letra. Las achuras se ponían en

-¡¡Piedad!! ¡¡Misericordia!!

Puse pausa.

-Sólo huele... más profundo... más profundo... ¿Te percibes el olor? Si yo no fuera compasivo, no podrías percibirte jamás, y mucho menos suplicar. Tan sólo vives porque sigo sin matarte. Si la llegas a poner en la miseria de

tus cálculos de nuevo, mi castigo será tan perturbador que sentirás melancolía por el cinto. (Le sentí la yugular haciendo fuerza) Mi pulgar, a diferencia de tus venas, tiene tiempo.

Terminada la reunión -un poco tensa, ¿por qué no reconocerlo?- distraído con mis cosas, olvidé completamente la cuestión y, cierto día que besaba mi pocillo matinal en un café, lo vi quedar paralizado, con el paso tartamudo, sin entrar ni retirarse. Parecía los ancianos que no dan con el momento de pisar las escaleras automáticas. Un mozo que lo vio, le dio la mano. Lo sentó. Quizá pensaron que podía desmayarse: sin demora, le llevaron algo dulce. Se veía, francamente, trastornado. No lograban que comiera. Me paré. Tembló peor. Cuando llegué, sus vibraciones traqueteaban en la mesa. Dije “cálmate”. Quedó contracturado, pero quieto. “¿nos permiten, por favor?”, y me senté. Quedé mirándolo. Su rostro parecía comprimirse, pero todo desparejo; por sectores. Los cachetes asfixiaban las pupilas. Una vena le bajaba por la frente. La nariz se le cerraba para, luego, ventilar, entrecortado. No podía distinguir si me trataba de mirar o de sacarme la mirada, pero sí sentía pánico, sin dudas. Ignoraba, por entonces, la sombría, desgraciada sensación de que dos ojos te miraran aterrados.

94

CAPUCHÓN SIN SU BOLÍGRAFO

Vacío.

Los doctores no pudieron entroncarlo. Recibieron al paciente, como debes recordar, en dos pedazos desunidos. Cuando, rápidos, abrieron la bolsita, se sintieron desmayar por el olor: agusanado, bajo tonos de total putrefacción, ya no servía, ni siquiera, de carnada.

Como tantos habitantes de la zona que, rozados nada más por una chispa, te podrían desgajar a machetazos, el calor, en territorios africanos, no perdona. Sin embargo, contra todos los pronósticos, el resto de su cuerpo, por la gracia del cuidado de la clínica, venía mejorando. Se guardó lo sucedido con hermético silencio. Más allá de que jamás había sido demasiado responsable, sorprendió que despachara su renuncia de tan lejos:

-¿Una negra?

-De seguro. No se sabe controlar. Se nos casó con otra puta.

Ya de vuelta, nunca más se presentó por asambleas ni reuniones del partido: sólo quiso refugiar el corazón entre los brazos de su cónyuge -que fueron orfanato; que tornaron en guarida- cuyos dedos, que contaban los billetes con el mismo movimiento que la lengua de las víboras, hoy saben suavizar una caricia. Le contó lo sucedido (pero, bien, a nadie más). Ella podría ser, por fin, un ser humano: cuidaría

del marido minusválido, recientemente sólo con dinero - que ya nunca lograría tener cerca sin sentir indigestión. Jamás había renunciado -lo creía santidad- a las dos cosas a la vez: o carestía con vigor, o senectud con patrimonio. Por su lado, como pasa con un toro si lo castras, él estaba manejable. Sin embargo, como todo pecador arrepentido, no dejaba de tener ese tufillo que desprenden las toallas y las túnicas ardidadas que, por mucho que se laven, no se puede conseguir que queden limpias.

Él hubiera preferido no volver, estar con otra, pero ya con los eventos sucedidos, regresar era más cómodo. Sin mucho titubeo, su mujer hizo lo mismo varias veces. Hoy orina como fémica: sentado - finalmente, sin errar al inodoro. De la forma que sucede, de común, al amputado, por momentos le parece percibir alguna rara sensación, sobre la nada.

Si quisiera continuar con la venganza le pondría, por delante de sus pasos, a la chica de sus sueños nada más para que, triste, le tuviera que pasar por el costado. Pero ya me lo tenía prometido: suficiente; que, riéndome difícil, en la playa, por primera vez estuve soportándolo, presente, mientras todo sucedía. Lo verás en unas arias.

95

RETADORA

No se puede tener clase con vehículos enormes. Los dejaron exhibidos (te dirán estacionados) al costado de la sala de la boda. Más allá de las astucias que se puedan escribir entre los términos cazar y casamiento -ya gastadas- en su caso, le cabía la mención.

Cuando se junta tanta gente, me divierten los detalles; las pelucas, que se notan; los zapatos como perros que mordieran los tobillos; los que quieren saludarse, pero no; los que saludan por las dudas; los que bailan, epilépticos; los mozos, que parecen un ejército rodeado ¡comen comen comen comen! y, de lejos, los mayores, que supieron inspirar a las estatuas empuñando libertades, ven, inermes, a sus nietos empuñando cucuruchos como bronces convencidos de tener la libertad en sus teléfonos. Difícil deducir evolución.

Me dirigí, después de piezas de bailar, a nuestra mesa, que quería tomar algo. Me leyó las intenciones: “esta música, sin ron, es un pecado”. Trajo dos, recién servidos. Me podría detener a comentarla con acento fanfarrón, porque tenía contenido. Pero no. Yo solamente me quería divertir con el apremio de mi novia cuando viera que charlábamos, ajenos a la fiesta.

Transcurrían las canciones y salida del compás, por entremedio de la música, trataba de mirarnos. Mucho más

que por la charla, que venía divertida, me reía de su mal, intermitente disimulo. Finalmente, se nos vino:

-Nos marchamos, ¿te parece?

preguntó con desastrosa cortesía. Yo sentí, calladamente, la divina sensación de, cuando muertas de los celos, te rescatan. Y le dijo:

-Si lo vas a seducir, seduce todo: las biromes reventadas por doquier y la portátil a las tres de la mañana porque sueña maravillas y las tiene que pasar a su cuaderno.

Nos salimos con la suya, no preciso mencionarlo. De regreso, no dejaba de querer averiguar, “¿qué te decía?” “Lo mejor fue lo que dije de mi parte” “¿Te pidió para salir? Es indudable que le gustas” “Para nada. Pero no te martirices: se lo vi. No me gustó su lunarcito” Se dio vuelta, “¿No nos sigue?” “Por las dudas, al llegar, tranquilemos todo. Yo la fijo con los focos. Tú le sueltas a los perros” “Ya no quiero que me cuentes. Lo que sea que charlaran es un peso sólo tuyo. Pero déjame decirte que si tienes un imán, es porque soy la cuarta hoja de tu trébol. Si me llegas a cambiar por esta clase de chiruza volverás, como solías, a ser uno del montón.”

Estaba viva. Le ponía buen humor (fundamental: con buen empleo de metáforas) a todo. Me di cuenta de lo pobre que sería sin su risa. Como suelen los culpables inocentes, aclaraba lo que yo jamás había preguntado:

-No quería que tuvieras que quedarte solamente por hacerme compañía. Ya traían cotillón, y como sé que para ti las serpentinas empalagan, dije “vamos, estuvimos suficiente” ... ¡No te rías! Que, por mí, yo me quedaba sin problema; (se tentó) de todos modos, acordarse del camino de regreso siempre fue, para los hombres, una clase de ventaja: cavernícola perdido no pasaba de la noche. Tú lo

sabes, que supiste regresar a tu país y conocerme. (Me prendó del antebrazo) Por lo tanto, nos volvemos para casa. Digo más: habrás notado que, si tienes comezón en las espaldas y te rascas, se te corre de lugar. Con el amor es parecido.

Si se trata de los celos, no conviene reprimirlos al extremo de callarlos por completo: lo mejor es demostrarlos - pero siempre divertidos, con tenor de condimento.

-¿Ves aquellos edificios? Entre todos, uno lindo. Lo que pasa cuando sales con mujeres deslumbrantes es lo mismo que vivir entre sus muros: al final, disfrutas poco de la vista, porque miras a través de la ventana, pero ves a los demás, no tan bonitos (intentaba razonar, pero sus propios argumentos le marcaban autogoles. Redoblaba sus esfuerzos) Sin embargo, si resides en el otro, que también está muy lindo, por lo menos, al mirar por la ventana, tienes uno llamativo que, ya sabes, si vivieras allí mismo no tendrías. O tendrías, diferente. Pero bueno, no precisa que lo siga, si te precias de poeta me comprendes. El pent-house se te desluce si, debajo, tienes techos espantosos; (cada vez iba peor, así que quiso volar) por otro lado, si lo piensas, la basura que pisamos en la calle puede ser que la tiraran, en verdad, desde los pisos encumbrados.

-¿Me permites ayudar?

Prendí la radio. Nos tiramos con miradas, “cada vez estás peor de papelones” Y llegamos.

-¿No me quieres escribir? Así me duermo...

-Temeraria. Quedarás empapelada de poemas.

Activé la lapicera con un toque del botón contra mi pecho:

Cuando nadie da pie - sobra mar y los poetas son un fraude. Como cuna de Dios - aparece de rescate con sus brazos. Reza noches de paz - mira luz y más luciérnagas enciende. Rompehielos de sol - sopla círculos de sal y tacha cruces. Hace dos del amor. Quita. Da. Consigue sábados de lunes y del arte que sirvo licor. Que los cálculos den un "tal vez" y del agua que bebo trajín, del oeste pavor oriental y del punto final un amén.

-¡Continúa!

Mar de praderas de risa. Sol, melodía con brisa. Callan los pasos andantes. Pasan en manos al dorso; trazan caricias en ruta. Ganan espalda por palmos... Ritmo raro. No me gusta.

-Sigue ¡sigue!

Se sacó, sin retirarme sus sentidos, el gabán. "Mejor así. Me queda chico", comentó. "Si te quitaras lo que tienes por debajo, -vestiduras y sostén- te quedaría como guante".

-¡Continúa! ¡Por favor!

-Con algo menos tropical:

Y peregrinan por los hombros unas manos que, calladas, dicen tanto como libros. Un espíritu tan grande que no cabe por su cuerpo: te lo tiene que pasar. En la llanura de la panza se nos besan los ombligos - en mi mira tu mirada - tus pupilas reflejadas en las mías - enganchar entre mis cosas tu sonrisa: sobre todos mis tesoros, el de veras. El milagro palpitante de la vida, ¡cheque roto, millonario por el aire! ¡Fuerza viva! Dios presente. Risa suelta recortándonos los dientes y dos vidas palpitantes en un sólo, felicísimo milagro.

Convertida, más en trance de nirvana que melosa, preguntó por qué mis versos eran tan maravillosos.

Es preciso consagrar en demasía. Sumergir el corazón en el exceso. Producir en cantidades asombrosas. Derramar en abundancia. Los amantes no conciben la razón

mercantilista de los justos intercambios. No recibes un minuto nada más por dedicarlo. Los que aman van a pérdida. Dan mil en esperanza de cobrar unos talveses - que ya valen, en sí mismos, muchos miles. Me senté, bajo mirada de los ángeles, al piano de la pluma. Que pudiera compararse con cualquiera de las otras, que no tienen, a pesar de los adornos nobiliarios, una rima dedicada, ni siquiera:

Princesa descalza si mandas; saquito si droga; carnada si dices; azufre si té; si disparas, al rostro; calor, si te fugas; si fe, paraíso; calvario, si roncas; si yunque te tiras al pie; si tormenta, de luces; si paz, a mansalva; si joya, rosario; si sueño, debajo; si bien, a destajo; si miedo, retado; si bestia corcel. Si destapas, los corchos al cielo; si miras, azul del edén; si varón, enemigo; si brazos, abrigo; si cruz, un colchón; si decides, ya nada que pueda decirte; ceguera la vez que te vi; cascabel si peluche, peluche si vistes, arpía si cuentas, cigarra si cantas, milagro si ríes, si muerte los dos. Si pecado, manzana; si rusa, ruleta; radiante si luz, indeleble si tinta; si golpe, de lona; si madre, leona; si virgen, desnuda; si noche, de boda; si pena, perpetua; si muro, portón. Si revés, incrementas aplausos. Amor. Arcoíris si lágrimas, alba si noche, ¿me das lo que nunca te di? Terminal si locura, locura si miras; si miras, despacio; despacio si prendes; si prendes, fulgor y fulgor, si locura; de joven, conmigo; de vieja, con otro; de cola (retazos de risa) tal vez mejorabl... (contagiado, me vio tropezar un segundo)

-¡Completo!: ¡divina! (siguió) ¡Ya lo ves! Y te cambio de ritmo: ¿qué sería de tu don si yo faltara?

-Para no volverme loco de tristeza, debería convencerme de que vives en el alma de las chicas que consiga de reemplazo.

-¡Desalmado! Ya te tiene que salir ese sadismo que trajiste del oriente. Te refresco la teoría, que, tal vez, de tanto mimo, ya la tienes olvidada. ¿La recuerdas? A través

de los sentidos, das al alma. Pero siempre por la vía del extremo: con deleites o torturas. Lo del medio no traspasa la corteza de la piel y como ya, desde la mesa de la boda conversando con aquella, me lo vienes intentando con maltratos y no puedes, es momento de probar del otro modo - por supuesto, más difícil.

Cuando son inteligentes, nos rebasan. Y se nota desde chicas: pueden serlo, de común, en su primera pubertad, a diferencia de nosotros, los varones.

-Pero no podré tocarla si no tienes,

Y le di mi bendición con un disparo de perfume, grato tónico del alma. Nos miramos con la risa contenida del amor en desafío - que, también, de todos modos, se delata por la vista.

-Si me miras a los ojos no podrás descongelarme los oídos.

Se movió con el aplomo que caminan las leonas y me fue dejando, tenue, por debajo de su sombra; “si llegaran a venir calamidades -porque puede suceder- no nos defiendas con escudo. Tienes todo mi calor para templar cuantas espadas necesites”.

Me lo dijo de pupilas imponentes, sin dejar de sonreír. Eran las idus de la noche. Lo vio todo: su mirada parecía despuntar quince centímetros encima de la bóveda del cielo. Mis escritos no sabían competir con su tersura. Puse labios en su boca, como quien bebiera sorbos del océano. Sus dientes, delicadamente tiernos, se podían confundir con los de leche. De sus tímpanos pendían mis verdades más profundas. No lo logro dominar: es un embrujo de palabra que me vence. Qué fantástico final el de las arias cuando riman con la luna.

96

RETADOR

Desde pequeño, mientras duermo, soy retado, de manera pertinaz, por un poeta que no sé si soy yo mismo. Por un lado, por la forma del estilo, se me quiere parecer y, por el otro, si yo fuera retador, jamás querría parecerme. Los artistas inauguran sus estilos. De contrario, son intérpretes, apenas.

-Suficiente de venganzas y también de tu soberbia. Vengo lleno de palabras a luchar y despojarte del orgullo.

-¿No lo sabes? El orgullo se construye, no se roba.

-¡Desenvaina, si te precias de difícil, esa pluma!

-Ya, sin rémoras, había comenzado. Pero noto que no sabes departir con la soltura de las letras. ¿Quieres goma de borrar, amén de tiempo?

-Sólo quiero comprobar qué tal resiste la coraza de tu bronce.

-Las estatuas ya no pueden tirar golpes. Yo no tengo pedestal para bajarme, pero sí tengo nudillos que subir al cuadrilátero. Tan sólo que, quizás, esté fallando tu balanza: ¿cuánto pesa tu talento? ¿Qué tan rápido resultas de respuestas? ¿Qué tan vivo de metáforas? ¿Qué tanto de salidas? ¿Logras dar con la textura? ¿No tropiezas en la métrica? ¿Te salen las palabras? ¿Cadenciosas? ¿Consonantes? ¿Asonantes? ¿Sabes ver el esqueleto del

escrito? ¿Sabes darle movimiento? ¿Sabes algo de las letras o, tan sólo, tienes libros en tu casa? Sabes algo de las letras, pero ¿puedes con la pluma? ¿Con la pluma de verdad o con las otras, de juguete? Mucho menos subjetiva que las artes, la virtud de los artistas es tangible, palpitable. Colosal. Adelantemos: ¿inauguras tus ideas? ¿O las tomas de los otros y, después de salpicar un maquillaje, las rubricas con tu nombre? ¿Sabes cómo retener a tu lector con una línea? ¿Levantar el andamiaje de los párrafos? ¿Poner el detonante que los tire por el piso? ¿Sabes cómo rematar? ¿Volver difíciles los versos sin desmedro de virtud? ¿Embellecer? ¿Embellecer hasta que duela? Sobre todo, ¿bajo lupa del jurado de lectores?

-Los artistas tienen todo su derecho de medirse con cualquiera.

-Bajo riesgo de derrota, que cualquiera, por lo tanto, tiene todo su derecho de vencerlos.

-Disparé mi desafío. Te compete, como sabes, elegir el armamento.

-Yo jamás daría curso ni reloj si no pensara que, tal vez, hay una peca de talento que mirar. Un samurái deja de serlo cuando mide sus espadas con las hoces campesinas. Resolvamos el quizás. Pago por ver, y que se choquen los arietes en el campo más difícil de las letras: designemos a cualquiera para darnos locuciones aleatorias que, nosotros, deberemos convertir en maravilla literaria - con la mínima sentencia que podamos. Tú, lector, que nos escuchas, piensa rápido ¡dispara con tu voz!

-¿EH?

-Los lectores lo preguntan demasiado.

-La dudosa nubecilla del amor cuando se viene.

Precisamos un lector a las alturas del embate. ¡Vamos!
¡Otro!

MADRUGADA

-Tiempo fértil del artista.

-Soledad en su remate.

No preciso señalar qué solución es la de cada contendiente. Tú ya sabes distinguir, entre talentos, el relámpago magnífico del genio. Las respuestas van en orden aleatorio

PIEDRA BRUTA

-La gordura.

-La pareja.

PORVENIR

-Los electrones de la sangre.

-Lo que soy de mis lectores.

-¿Y tus musas no vinieron? Quiero verte calentándolas...

BESARSE

-Donde tocan el ayer con el futuro.

-¿Porvenir?

CAPARAZÓN

-Artificioso. La tortuga, nada más, es lo que lleva por debajo.

-Si no fuera que lo llevan, pensaríamos que son alguna clase de dragones.

CAPITALES

-Son de noche, con licor y caminando.

-Lo que busques. Lo que des.

AMBIGÜEDAD

-Cuando publicas.

-Lo que sientes al regreso de los viajes.

ORGANISMO

-La botella. Donde pones lo que sirves.

-Esqueleto de la pluma.

CARNE ROJA

-Lo que sobra de las almas.

-La conciencia del espíritu.

TENTÁCULOS

-“Tus arias”, de seguro.

-Yo prefiero los imanes. En lugar de prometerme tonterías, enamórame.

MONARCA

-La princesa.

-Con dos cáscaras de plátano por botas.

SOLEDAZ

-Lo que perdimos con el arte.

-Paradoja, porque muchos la padecen.

TOALLERO

-Nunca vi que se quebraran.

-Cortinado.

MANUSCRITO

-Partituras.

-Para trenes: el carbón.

ENLOQUECER

-A la manera del artista.

-Pero ya, porque te quedas impotente.

PROCEDER

-Donde se tocan los humanos con los dioses.

-El perfume de las almas.

PROSTITUTAS

-Caminar para que vengan y, después, decir que no con absoluta cortesía.

-Pelotero.

SOTTOVOCE

-No sabías que también es español.

-Olor a pólvora.

VARÓN

-De los que fueron a fumar, el que dejó, sobre la barra, su cerveza.

-“Lo conoces una vez que se la roban”, te dirán, como ratón envanecido, los imbéciles.

ESPÍRITU

-No somos otra cosa que su cárcel.

-Auditor.

ABRACADABRA

-Cañonazo.

-Si no puedes con violencia, matemática.

FRONTERA

-Donde brotas.

-Neurotráfico.

JESÚS

-O mucho más o mucho menos carismático del genio que sugieren las parábolas.

-Testículos.

ABRAZO

-Salvavidas.

-¡Es el tuyo lo que quiere!

BOCACALLE

-Las personas.

-Maldición me la sacaste... ..

-¿No te gusta “tetrasílabo”?

LA VIDA

-Que no dejes una sola servilleta sin usar.

-¡Así cualquiera! ¡Tú naciste con talento! ¡Timador: no lo tenías escogido de las armas! ¡Con razón! ¡¿Estás feliz?!

-¿Por qué no tratas de ponértelo?

-...

-Tranquilo. Si pudiste comprender el postulado “Que no dejes una sola servilleta sin usar” he de decir que tú también estás dotado de talento; pero yo, que soy la mente creadora, tengo -raros, sorprendentes- otros dones. Ante ti, que te designo su padrino, lo bautizo con el nombre de “frontera”: los que sepan entenderlo lograrán interpretarme, comprenderme, disfrutar de mis escritos y, quizás innumerables, los que no, será preciso que visiten más museos, que concurren a las óperas, que vivan más amores y regresen, más sensibles, a medir sus paladares en mis obras - hay placeres que merecen el honor de que (por todos y por ti) te les prepares. Es drogarse de salud.

PUNTO FINAL

-Tomar las hojas, sacudirlas y dejarlas enfriando.

-De común, hay muchos menos que “seguidos”, pero pinchan doblemente.

Sobre todo, si no sabes enlazarlos al inicio. Desperté. Sentí su paz a mi costado. Manantial. Me serviría con amor, incluso droga, si tuviera que servírmela. Lo digo con horror: es extrañísimo pensar que, cierto día, fue probable que jamás la conociera.

Todos hemos escuchado que la gracia del amor hace que pierdas todo miedo de la muerte. Sin embargo me sucede justamente lo contrario: cabizalto, por primera vez en siglos, en el colmo de mi grato desvarío, no consigo, más allá de lo que tenga que sentir según manual, estar con ella sin el feo sinsabor de que tendrá que separarnos algún día. Por primera vez me tiene con cuidado.

Yo, con otras, he tratado de llevar a los extremos el buen uso del presente. De contrario ¡no sin júbilo! con ella nos contamos las historias del futuro. De revés, cuando converso con su padre, le termino preguntando, casi siempre, por sus años de pequeña. Me fascina que me cuente sus anécdotas de niña. Necesito caminar con el mayor de los cuidados: no quisiera que mis versos terminaran (he tenido que borrar) azucarados. Si no fuera talentoso, dejaría que mi pluma terminara tutti frutti ¡sin reparos! este mismo pensamiento con un fútil, infantil, imperdonable “para siempre”.

Con su cuerpo como sábana tendida sobre mí, consigo más que caminando. Tú leíste de las dos y lo notaste, de seguro. Necesito que contemple lo que voy ejecutando, como César en triunfo con sus águilas al vuelo. La despierto, “¡sé testigo del milagro!” Me responde con la pluma que me roba de las manos ¡profanándome las hojas! “Loco suelto, continúa, que me sirves de colchón”, se derramó contra mi pecho nuevamente, pero quiso completar: “y, para métrica, me basta con la música que lates”. Apretamos corazones.

“Ya lo ves, aquí no puedes caminar de madrugada”, murmuró como durmiéndose, prendida de mi torso. “Más allá de que consigas maravillas o bobadas, para mí serás un genio. Pero mío.”

No te subas al colchón. Aquí la única fanática que cabe sin leer, es ella sola. Los demás, que me lo paguen: cada vez que no me lean, quiero verlos delirar como si fueran abstinentes.

En rigor, la vida tiene diferentes acepciones dependiendo, mucho más que de los ojos que la miren, de con quién estén mirándola. Podría describirtela según mi perspectiva, vanamente: cuando sólo, no sabrías comprender y cuando no, no necesitas que lo haga.

Me parece que jamás me sucedió con nadie más (es un milagro fascinante ¡no te deja ser ateo!); si quisieran definirme, ya no basto. La tendrían que nombrar.

97

SACERDOTISA

*Si no quieres atreverte con asuntos engorrosos, nunca
llegas a poeta.*

Caminábamos sin rumbo ni reloj. En un momento, distraídos a la par, quedamos viendo, con el sol a su merced, una parroquia. Sé perfectamente bien lo fastidioso que resulta, de común, enlentecer filosofía por el texto. Si no sabes lo que haces, no lo hagas. Yo lo tengo permitido porque nadie dicta reglas a mi pluma.

Fue valioso para mí: con una breve reflexión, acomodó mi pensamiento religioso:

“No debemos estirar una creencia más allá de lo que llega la razón. Con cada cosa que le cargan a lo mucho que sabemos del espíritu, tan sólo nos angustian. Lo que logran, nada más, es que los hombres se consuelen con rosarios, con estatuas de deidades, con leer los evangelios o creer en los milagros, pero saben, en el fondo, que, tal vez, esas ideas sean todas inventadas - con lo cual añaden otro componente de desánimo.

Diría que, quizá, necesitemos no cargarnos tanto ruido, sobre todo de momento que tenemos no tan sólo (preocupantes, es verdad) incertidumbres, sino sólidas certezas. La que más me tranquiliza: que “sentimos”: hay un “alguien” que percibe lo que pasa con los átomos, ¿entiendes el alcance del axioma?!

Necesito que me sigas sin creencias ni prejuicios - solamente razonando: cada una de las cosas que logramos percibir, es resultado de la química biológica. Tenemos, por lo tanto, que detrás del organismo material hay un trasfondo que recibe los estímulos, y siente.

Si seguimos preguntándonos, llegamos al cerebro, donde todo toma forma de noción, o sensaciones. Sin embargo, todavía se precisa de la parte del humano que percibe lo que sienten sus neuronas.

¿Lo seguimos razonando? Me dirás: estás hablando de la mente más profunda. Te diré: se necesita, todavía, de la parte del humano -¡de la parte de la vida!- que perciba lo que siente, según tú, con esa mente más profunda. Si se trata de problemas, trasladar no significa resolver.

Así podríamos seguir un paso más, un paso más, un paso más, hasta llegar al infinito. “Tiende a”, de matemática; ¿recuerdas? Si lo pones en lenguaje que se pueda calcular, a lo que tiendes es al alma, de seguro. No lo digo con entera claridad, pero comprendes: es el último final de percepción. Quizás así le llamarían los científicos. El alma, qué palabra tan bonita...” (Pues así le llamaríamos, entonces, los poetas. Sonrió, divinamente)

-Tanto más, a lo que tiendes es a Dios... (imaginé)

Con lo difícil que resulta del artista, me leía las ideas una letra por delante:

“Cada quien puede llamarle como quiera. “Yo profundo”, por ejemplo. Pero todos se refieren a lo mismo. Todavía, lo podemos razonar a contramano si cambiamos “percepción” por “decisión”. Si descartamos los reflejos y tomamos solamente las acciones voluntarias, hay un “alguien” que decide. ¿Dónde marcas el origen de la “chispa

decisora”? Me dirás: “¡en el cerebro!” Pero yo preguntaré por el origen anterior: “¡el cerebelo!” me podrías responder. El anterior, ¡el anterior! ¡hasta la química más chica! para luego remontarnos otra vez al anterior. “Primer inicio del impulso”, le dirían los científicos. (Qué fácil de creer si te lo dicen con su voz)

Causalidad. Es un principio de la física. Las cosas no suceden por sí solas: hay un hecho precedente que las hizo suceder. Pero nosotros decidimos, sin embargo. Tú podrías agacharte, caminar o responder ahora mismo, sin más causa que tu sola decisión. Hay intervalos de conducta donde no nos encontramos sujetos a la física. Parece que tenemos una parte conectada con, quizás, un universo donde rigen postulados diferentes. Nuestra propia voluntad no tiene causa, base química ni números. Sin dudas, es allí donde nos vemos como Dios. “A semejanza”.

Todavía nos debemos preguntar: ¿el alma muere con el cuerpo? Bien, sigamos aplicando la razón, y no la fe: ya todos hemos visto cuerpos fallecidos, pero nadie vio jamás un alma muerta. Por lo tanto, si seguimos con la lógica científica, tenemos la certeza del espíritu que vive por detrás del organismo (tú le llamas como quieras), no tenemos evidencia de que viva para siempre, pero nadie localiza su cadáver. En rigor, el comisario lo podría dar por desaparecido - no por muerto.

Razoné como se debe: nada más a sola ciencia, prescindiendo de las artes. Ya lo ves: soy una genia de verdad. (El puntapié no me distrajo). Todavía te podría comentar otra certeza, secundaria, pero cierta, finalmente: que podemos hacer cosas que resulten saludables al espíritu. También, que lo lesionen. Hay. Entonces, un sistema de conductas que, del modo que sucede con los cuerpos, hacen

bien o perjudican a las almas. Y cualquiera pensaría que se trata, por ejemplo, del amor o de la risa. Más o menos. Hay algunas decisiones que, sin filtro ni barrera, dan al alma sin rozar una molécula de mente. Por ejemplo: si quisieran levantar un monumento para ti, ¿consentirías? Está clara la respuesta que quisieran los instintos, pero, bien, en el espíritu, quizá te dejaría sinsabores. Un vacío, con honores no se llena: se rellena, nada más. Es el problema de la gloria, que confunde las monedas del abuelo con el oro de las ventas.

Al final, lo que sabemos con certeza, se podría resumir en lo que dije. No parece demasiado, pero bien, cuando lo piensas, es muchísimo.”

Lo dijo pellizcándose finito. Ni dolor ni voluntad de pellizcar se conseguían, según ella, solamente con neuronas.

98

PARAÍSO

-¿Con qué clase de pretexto se tomó la libertad de no vestir el uniforme?

-Le suplico su perdón. No tuve tiempo de lavarlo.

-Bien, respóndame tan sólo con los hechos: ¿ha dormido?

-Sí señor, de madrugada.

-Por lo tanto, ¿cómo diablos me responde que no tuvo tiempo libre? Basta ya, no necesito su respuesta, pero sepa que su clase de problemas son asuntos que me tienen sin el mínimo cuidado. Solucione.

La mucama dio dos pasos alejándose de frente, para, luego, darse vuelta, con los ojos en el piso. La dejó que caminara:

-¿Quién le dijo que podía retirarse?

Regresó.

-Si no precisa nada más...

-A su trabajo.

La sacó con un chiflido de paletas en el labio, similar al que le suelen dirigir los campesinos a las vacas. Con el mismo protocolo, la señora se marchó por donde vino.

Cada frase se la dijo sin pararse del sillón donde solía dormir, desperdigado.

-Siempre tienen sus excusas. Si permites que descuiden los detalles, cuando quieres acordar ya te caminan por arriba. La manera de tratar con el servicio, más que buena, debe ser

Y se calló con el ingreso de mi novia. No sabía disfrazarse la tensión: se le notaba. Lo sabían, nada más, un alcahuete, pero no lo destrataban - a su padre le servía de perchero. Como toda nulidad apadrinada -solamente se suscriben al padrino los inútiles- estaba cada día, mucho más despreciativo.

De común, los funcionarios, enseguida, pierden vínculo con lo que fueron y serán, porque vehículo, chofer

y restaurante ya le vienen incluidos en el cargo. Se conciben, para sí, desenganchado del real, un universo paralelo. Tanto más cuanto que llevan muchos años sin pasar por un trabajo como todos: su función es asistir a copetines y su jefe superior es el estado. Vacaciones. Festival. Patrón ausente. Como muchos, además, hacían cola por favores, se sentía poderoso.

Yo sabía, de charlar entre cervezas, que también otra muchacha, compañera de la clase de mi novia, lo tenía cautivado.

-Por las dudas: ya lo tengo confirmado con las dos, así no puedes declinar. Mañana vamos a salir nosotros cuatro.

-¡Tú no dejas de pensar en los amigos! Si los hijos de mis padres, me permito confesar, hubieran sido, nada más, una migaja del hermano que tú eres... Pero ¡bien! ¿A dónde vamos?

-Agradéceme con todos los honores: a la playa.

-¡Santo Dios! ¡Tú sí que sabes officiar ceremonial y protocolo si se trata de mujeres! Como fuera presidente tú serías canciller.

-Te pasaremos a buscar, y vas a ver: cuando llegemos a destino, quedarás agradecido doblemente.

Con un súbito cinchón, recordaría su real envergadura. Sobresalto reprimido con los ojos. Cimbronazo de terror. Estrepitoso disimulo. Palidez: playa nudista.

Las muchachas no paraban de charlar. Entretenidas, desenvueltas, se bajaron del vehículo. Sacaron del baúl las cuatro sillas, nos las dieron a los hombres y, vivaces, caminaron a la playa.

No quería darle tiempo de que, preso de la duda, lo pensara demasiado, “¡vamos! ¡¡vamos!! ¡A tostarse que después las oficinas son terribles!” y salí con entusiasmo, sin dejar que respondiera ningún pero.

“¡Los estamos esperandoo!” nos gritaban a la vez, con el adiós en las muñecas, ya desnudas. Divertidas, como dándonos anzuelo, levantaban unas latas de cerveza. Se veían estupendas. Me sentía fascinado cada vez que no podía contener aquella risa de liceo. Me decía que, riendo, me sacaba de los ojos la mirada de su padre - ningún otro le podría consagrar esa ternura. Juventud. Algunas veces, las personas que sufrieron acumulan un hechizo que les hace más hermosa la mirada. Te parece que disfrutan con mayor inteligencia. Libertad. Me fue preciso bendecirla con un beso.

Me saqué los pantalones y dejé que mis espaldas descansaran en la silla reclinable, con las manos en almohada. Deberías conocer esa faceta de los astros: el propósito de Dios al disponerlos en el cosmos fue, sin duda, que sintiéramos el sol de su caricia por las piernas.

La crueldad de las muchachas al hablar de los varones es, en todo, divertida. Las descubres viborescas. Y parecen inspirarse doblemente si lo charlan con amigos masculinos.

-Mira, vamos a probar con mi teléfono. Retíralo del bolso. Pon el nombre que te dije; ¿ya lo tienes? Bien. Ahora mándale, no más, un saludito para ver lo que sucede. Con un “hola” ya se prende.

Lo mandé.

-Nos olvidamos del paraguas.

-¿Por la lluvia de veneno?

-Por la ráfaga de baba. Ya verás...

A nuestro frente, rebotaban los piolines de señores enfrentados en un juego de paleta. Nos reíamos los tres. Al funcionario le costaba. Comenzaron a llegar, en catarata, las respuestas: “¡Tanto tiempo!” “¿Todo bien?” “Estoy con auto :)” “¿Nos juntamos?” “¿Estás sola?” ... “¿Recibiste mis mensajes?”

-Es difícil arrastrarse con serpientes...

Lo miré, como tratando de brindarle su lugar entre nosotros. Una dijo: “tengo ganas de comer, ¿abrimos algo?” Mi compinche, que tenía la bolsita de las compras a su lado, revolvió los envoltorios, “lo que saques está bien”, se lo pasó, le dijo “gracias” y, palpándolo, las dos, con inocente pertinencia, comentaron: “demasiado paquetote para poca galletita”.

Se trataba de dos chicas seductoras - diferentes. Una más premeditada. Con genética de sobra, simulaba lo que no necesitaba. Le decíamos “la grillo”, porque sólo con el timbre de su voz, anohecía. Por debajo de la piel de caroteno le sentíamos latir un corazón.

El atractivo de mi novia me gustaba mucho más. Era distinto. Más que plata de la luna, polisílaba de sol. El entusiasmo de los niños. En sus gestos despuntaban las auroras.

Parecía no querer intervenir: el secretario continuaba retraído. Por lo bajo, con un guiño de confianza, mientras

ellas conversaban distraídas entre sí, le dije “vamos, no precisa generar expectativa”. Vacilante, sin pararse de la silla, con las piernas apretadas, se sacó los pantalones.

Y sentí que ya debía detenerme. La venganza tiene forma de balcón: se siente vértigo tan sólo de comienzo, pero, pronto, te le vas acostumbrando. Te descuidas y la pluma, con un mínimo desliz, ya te rebana, sin querer, una garganta. Las muchachas eran finas, educadas, y jamás hubieran dicho, ni con gestos ni palabras, comentarios que pudieran disgustarlo. Continuamos con la charla divertidos como siempre, pero yo tenía cargo de conciencia: microscópicas, sus partes parecían, nada más, una verruga.

Soportó la situación unos minutos, pero pronto se quebró: nos distrajimos de la risa, “¡¡diez llamadas!! Solamente con un hola ¡diez llamadas!” “¿no lo quieres atender? ¡A ver qué dice!” “¡Pero pon el celular en altavoz!” y, de repente, lo sentimos disparar a toda prisa. Nos miramos extrañados, lo seguimos a lo lejos con la vista -parecía no quererse detener- hasta que, raro, convirtió velocidad en acrobacia: daba saltos. Simplemente. “¿Qué le pasa?” Lo mirábamos callados. Una dijo “¡que se quemal!” Con el sol, las superficies del verano son un fuego. Se ponía de talones, de rodillas -alternaba los apoyos- y notamos que, de veras, cada vez estaba más desesperado. “¡Necesita sus chancletas!” “¡allá vamos! ¡¡allá vamos!!” y corrimos en ayuda, “¡ya llegamos! ¡¡ya llegamos!!” mientras él se soterraba, como perro con calor, en las arenas. Era todo contraforma. Ya podíamos oírlo murmurar un lloriqueo. Le caímos al estilo de los héroes, lo tratamos de sacar entre los tres y lo cargamos, otra vez, en dirección a nuestras sillas a curarle las ampollas.

-¿Me permiten escribir?

-¿Y desde cuándo nos lo tienes que pedir?

-Es lo valiente, que no quita lo cortés. Aparte, bien, mientras escribo, me complace caminar. ¿Lo cuidarían un momento? Si lo queman otra vez los alienígenas, me gritan.

-¡Ve tranquilo! Lo tendremos a la vista.

La caricia de las olas en los pies invita más a caminar de lo que, cómodas, las sillas a sentarse. Ni con manos se podría superar a los masajes que se logran con arena, si la pisas.

Iba calmo, sumergido por mi prosa. Por el tono del papel, atardecía. Llevo mucho sin mirar otro reloj ¡o calendario! que no sea mi cuaderno. Los aplausos comenzaron con su tímido murmullo, despidiéndolo. Detrás del horizonte, recortado con el mar, el sol apenas saludaba con el jopo. Yo seguí sin distraerme, con las manos ocupadas. Escribía concentrado, sin mirar. Me pareció que, de costado, vi personas levantándose. Subían el volumen a medida que pasaban los segundos. En presencia de la vida, mi talento se parece renovar: no conseguía detenerme. Sentí viento descubriéndome la cara, suavizando mi cabello con ternura. Los aplausos aumentaban. Sentí cálida la piel, reconfortada, como bronce de bellissimo color. El sol llegaba con sus últimas caricias y las olas se tendían a mis pies. Subí los ojos. Los aplausos parecían... ¿efusivos? Le quedaba nada más una puntada por bajar, tan diminuta como boya que pendiera del océano. Las hojas me cinchaban de la vista, ¡las estrofas de la pluma! Yo seguía caminando, lentamente. Cada vez tenía más para volcar en el papel. Por su color, el sol había terminado de marcharse. Los aplausos explotaban. El oleaje se mecía como cuna. Por su brillo, ¡por la forma que cobraron mis palabras! en algún lugar del cielo,

quizá tímida recién, con ese blanco transparente con que suele despertar, había luna.

99

COMO PALO POR LA RUEDA

Las quería fulgurantes. “En la caña de la bota se refleja lo que somos”, le decían en su casa, de pequeño. Muy distinto de, quizás, lo que se pueda suponer, en el pasado, de común y por doquier, había gauchos elegantes distinguiendo la campaña. Las lustró como sacándole la piel a los espejos y, seguido, las dejó, paradas firme, como leguas a las órdenes, al lado de la cama. Se planchó prolijamente la camisa, demarcándole dos rayas verticales que bajaban, a la vez, de la mitad de las clavículas al cinto. Dejó lisa, sin marcar, la superficie del bolsillo: parecía que la raya le pasaba por detrás. Dobló la prenda. La dejó sobre la silla, con cuidado. Como siempre, rezó nudos del rosario, puso pecho señalándose la cruz y como tantas otras veces que dormía, como muchos, satisfecho del trabajo de la fecha, como pocos, esa noche, dormiría satisfecho del trabajo de mañana.

Tocó luz sobre sus párpados y, listo, se paró. Tendió la cama con esmero. De facciones al espejo, despertó. Miró su barba. Recortó los pormenores que sobraban. Se vistió con la camisa, con las botas espejadas y, de poncho por encima, terminó de disparar un tiroteo de colonia.

Lo que ves es un anciano centenario que camina con dolor. Pero camina. Su caballo ya percibe los sonidos y parece disponerse. Con esfuerzos imponentes, hace pie de la rodilla para dar un beso cálido, sin prisas, al bebé que respondía chupetazos sin llegar a despertarse. Pasos antes del jardín, tomó su lanza del rincón y le caló, para salir, una cuchilla.

De camino, desanduvo sus batallas, transcurrió desde las últimas al día que partió para sumar su corazón a los patriotas. En recuerdos de su piel, una mañana parecida. Lo llevaba la certeza, como viento que llenaba su camisa como velas, de que nunca más habría que luchar en el futuro. Las campañas le llevaron juventud y Navidades.

En los tiempos de los próceres, ni muchos fueron fáciles ni pocos los difíciles. La lanza muerde duro la cuchilla: su madera (de lo mismo que producen el papel) estaba -míralos- hinchada de la sangre de porteños, españoles, brasileros, portugueses y británicos. ¡Escúchalos! Oyó los alaridos de la muerte bajo todos los acentos.

Al principio, se lograba distraer imaginando la belleza del mañana. Sin embargo, con tan sólo suponer lo que vendría -¡que después de la vejez aún tendría que luchar!- hubiera sido desertor. Con tanto mundo por andar...

En el bolsillo del costado, que palpita corazón, se lleva, limpios, recortados, unos versos que lo llevan a pensar en las hermosas esperanzas que solían novelar con su señora. Le gustaba que jamás, el escritor, le mezclaría, con menciones del amor o del hogar, que son divinas, otras menos transparentes de la patria, del país o del honor con las que tantos publicistas lo sobaron cuando joven:

“Me detuve para verlos a través del ventanal. Están bailando, ¡ya no quiero demorarme! Me perciben escribiendo la llegada. Se detienen a mirar por la ventana como tú por el papel. Estoy del lado de la calle, todavía. Nada más a pocos pasos, el portón del firmamento. Tras el vidrio, las pupilas de cristal ¡entusiasmadas! de mis padres me parecen abrazar en anticipo”

Manantiales,

“De sus brazos, una cuna; de las cáscaras, ¡almácigos! No llores, que resisten mucho más de lo que duran los inviernos. Son la vida: van sembrando primavera con los pasos”

Avanzó, cortando surcos de pradera, varias horas a caballo.

-¡Qué botella deliciosa!

-La comida la sazona de manera sorprendente, ¡qué sería de nosotros sin el gusto de tu novia! De seguro, combinábamos el tinto con salmón...

-No cambian más ustedes dos. Almorzarían de la copa. Lo primero que deciden es el vino para, luego, combinarle los cubiertos y los platos. ¡No señor! Es la comida lo primero. ¡La-co-mi-da!

Ruido poco natural en restaurantes. Un segundo. ¿Son herrajes? Ni siquiera tuve tiempo de fijar una mirada. ¿Vimos bien? ¿Fue nada más un pantallazo! Qué demonios... ¿un caballo? Más que ver, oí cargar contra su padre ¡¡sal del medio!! Me tiré sobre su silla. Sin dolor, oí la carne desgarrada. Nos caímos. Parecía que... No pude comprender lo que gritaba. Me dormía. La toqué por su confuso recorrido. De mi pecho, florecía como mástil, una lanza.

100

CON LA CÓLERA CANSADA

De pequeño, si soñaba, yo sabía darme cuenta. Con entera lucidez, aprovechaba para, libre de cualquier limitación, hacer las cosas que, despierto, no podía. Levitaba las alturas; ordenaba, con suprema potestad, a los leones, que durmieran; escribía maravillas que, con toda convicción, habrían sido la corona de las artes si tan sólo las hubiera recordado de mañana. Si quería despertarme, despertaba por mi propia voluntad y, como no lo consiguiera, me tiraba de barrancos que yo mismo construía con mi sólo pensamiento. Lo sentía libertad. Era lo mismo que dormir en un estado de vigilia.

Pero ser un hombre libre te demanda valentía. Todavía cuando sueñas, necesitas de valor: si, cuando vuelas por encima de las nubes, titubea la confianza, te desplomas.

Ya de grande, procedí del mismo modo, solamente que, también, cuando despierto.

Me doy cuenta con entera claridad: estoy dormido. Nada más cobré conciencia la busqué con la mirada, quise verla, (ni siquiera recordaba mis papeles), la llamé, ¡rugí su nombre! Todo vano.

Precisaba regresar, así que, rápido, salté de donde pude. Tanto más, ¡de donde quise! Repetí, con más altura; pero nada. Por primera vez no logro despertar: estoy gravísimo, seguro. Con el cuerpo de mazmorra.

No dispuse, ni siquiera, de dos míseros alientos más allá del cuchillazo. ¡No le pude devolver la cortesía! ¡Lo tenía que traer bajo mi yugo! ¡Santo Dios! ¡No me dejaste protegerla! Si tan sólo la rozó voy a colgarte de la forma que colgué, sin miramientos, a Satán y tu calvario, comparado con lo mío, será sólo ¡nada más! un paseíto de colegio. ¡Los azotes harán ondas en el pasto! ¡Serán crueles! ¡Sin piedad! ¡Podrán oírse desde todas las iglesias! ¡Quedarán reverberando por semanas! Necesito despertar, pero los tiros de revólver no me vuelan la cabeza.

Cuando vine de regreso, traje planes calculados con mi pluma: los podías observar con microscopio sin hallar una minúscula de sobra. Más aún: como los planes, comúnmente, no resisten un minuto de trajín, hice que fueran tan flexibles como prosa. Les preví los imprevistos con audacia: lo tenía que vivir junto con ellos, observar el desarrollo desde cerca para, rápido, poder incorporarle los ajustes necesarios al cambiante devenir de los sucesos. Además, escucharía sus lamentos de su voz y miraría su desdicha de sus ojos. Hay engendros que no tienen ningún punto de contacto con sus padres - en un rapto de locura que no sale de mi puño, como tantas otras veces, yo sentía

descubrir otro placer de los que quedan reservados nada más para los genios. Y, fatales, los placeres no se suelen contentar hasta que, drásticos, no colman el exceso: de la forma que las ansias del amor se necesitan acercar hasta sentirse repelidas de la piel y la cosquilla de los tragos que no dejes de beber hasta quedar empalagada, la venganza no se sabe detener hasta quedar arrepentida. ¡Necesito despertar y los cuchillos no me cortan! Mi remate magistral era quitar, al presidente, la columna de sostén que le quedaba. ¡Qué demencia! ¡Qué maldad! En el momento que la vi, sentí terror. Pero, ¿terror de mis escritos?! ¡Imposible! Yo quería que su padre delirara de tristeza. Me tortura cada día, ¡qué tormento recordarlo! Por fortuna, con el paso de las risas dejé todo descartado. No podía contemplar, entre mis planes, al indócil imprevisto del amor. Me desconozco ¡no soy yo! ¡cómo pudieron nada más las injusticias convertir mi corazón en una víscera de bestia! Qué terrible paradoja: sin locura, ¡sin venganza!, no podríamos habernos conocido. ¡Qué terribles conjeturas! Eso sólo, de por sí (me duele todo solamente de pensarlo ¡del amor hasta los pies!) hubiera sido muchas veces más terrible que venganzas y locura, todo junto.

¡Soy el dueño de la pluma! ¡de mis arias! ¡y no logro decidir lo que sucede por sus hojas! Lo primero -lo mejor- enamorarme. Lo segundo, que partirme la cabeza con el canto de los muros no consiga despertarme. Lo tercero, que no sepa qué pasó, ¡si sigue viva! Son alcances indelebles que resisten el masaje de la goma.

Me curaba con aceite, de la sed. Ahora, lejos de sus brazos, ya comprendo que mi calma provenía, mucho más que de brindarme la venganza, de su piel. Armonizaba con el mundo, pero nunca por cobrarme represalias, ¡era sólo por tenerla, dedicándome sus ojos, a mi lado! No me matan

las mordidas de león, pero tampoco me despiertan. Ese pérfido jinete... conocí sus intenciones por su cara: cierta vez, en el espejo, vi tormentas parecidas. ¡No podía permitirlo! ¡Que mataran a su padre! ¡De manera tan atroz! ¡En sus narices!... ¡Santo Dios! ¡¿Nunca tuviste catequesis?! Necesito rescatar una mirada, ¡donde sea que la tengas! ¡No le llega ni la brisa del tornado de mis gritos? Es probable que ya nunca me despierte. Si no dejas que le llegue con la voz, aquí lo tienes: tú del tuyo, yo del mío. Cada quien es Creador si sabe dar un paraíso. Tú del cielo, yo del arte. ¿Me recluyes en el alma, corolario de los cuerpos? Me libero con el arte, corolario de las almas. Me privaste de los brazos, pero nada conseguiste: ya la tengo con papeles, apretándome sus párpados al cuello. Nunca más omnipotente. Ven aquí. Recibirás como lección lo que me robes del destino. ¿Te nos pones en el medio? Lo quisiste: como luz entre barrotes, te sorteo por escrito.

IOI

¡NO TE CAIGAS! QUE MI DICHA SE SOSTIENE DE LA TUYA

Como ya nos sucedió, probablemente quede sola con papá - pero distintos: esta vez, con la terrible sensación de que ya no me queda nadie.

Los doctores no conservan esperanza: me dijeron que no puedes escucharme. Pero yo también estaba mortecina cuando tú me conociste: no por eso me soltaste de la mano.

Con el alma que revistes no precisas del oído. Regresé para buscarla. Pude verla desde lejos, entremedio del desorden del mantel. Estaba tibia. De seguro que me sientes si me meto, con la pluma, por tu propio manuscrito. ¿Qué tampoco puedes verlo con los ojos? No precisa que los libros se te muestren (este mismo, por ejemplo, si lo tratas de cerrar) para que sepas cuánto dicen.

Donde todos contorneaban con intrigas, vi venir, a paso recto, las seguras contracciones de tus muslos reventando de la tela. Fogonazos entre muros. Fuiste línea divisoria de los días del pasado con los otros, del futuro.

¡Que lo vengan a mirar en estas hojas! Al amor hay que gritarlo - los amores en secreto no lo son y, de la forma que los dos enamorados de la clase se despachan papelitos a través del pasamanos de los otros; una carta donde, límpida, declaras el amor, es imposible que la lacres. No lo tapas: el amor es evidente. Pero quieres, todavía, que lo sepan de tu voz y de tu puño. Tengo ganas de que lean este párrafo por siempre, ¡por los siglos de los siglos!, que lo recen y lo lleven los profetas por el mundo.

De la forma que solías cada noche -cada día lo tachabas más temprano- tacho sola cada fecha como cuenta regresiva de la boda. La tenías como quiebre sorpresivo de las arias, pero ya. La realidad nos adivina las sorpresas. En un tris te llevaría con nosotros para casa, pero Dios no nos acepta los sobornos.

Esa noche, con el beso de mirada que me diste ¡la primera! comprendí que seguiríamos unidos por el resto de la vida. “No seremos sino juntos”. Fue certeza. Qué manera despiadada de cumplirse los destinos... Es el truco que no sacan de la lámpara, los genios, cuando salen: te conceden lo que pidas, es verdad, pero con trampa.

Me parece recibir otra certeza con entera claridad: despertaremos, otra vez, en el instante de mayor felicidad en que los dos nos parecemos descubrir: “¡estás al lado!”. Solamente que no sé con qué viraje nos pretende sorprender el humorista que decide, por nosotros, el futuro.

102

CON LA PLUMA DE GARROCHA

No podía sonreír. Abrí los ojos con el gris presentimiento de que, raro, quizás algo más había sucedido mientras yo no despertaba de mi coma. De mañana, resucitas con la sana sensación de que también el universo se durmió junto contigo. Con extraños sinsabores, esta vez me parecía lo contrario.

De seguro te pasó. Cuando fallecen las personas que queremos, demoramos en dormirnos y, después, al despertar, lo recordamos de repente. Nada plácido, por cierto. Se podría definir, sencillamente, de “dolor”. Lo que sentía, resultaba parecido. Fue la misma sensación cuando Zuberi, pero mucho más punzante.

Lo normal cuando te ponen anestesia: desperté con el estómago revuelto, con la boca lastimada, de cartón, y con el cuerpo dolorido. Pero, bien, la desazón me puso lúcido de pronto - despertar no significa que despunte la mañana. Pregunté, con el acento que se suelen expresar los ojalaces - o las súplicas, dirían narradores objetivos:

-¿Está bien?

Y como todos evitaban responderme, la respuesta, con el paso de los pírricos minutos, se formaba por sí sola. Levantaba los oídos a los pasos que llegaban del pasillo, pero nunca se trataban de la cara que quería. Lo sabía solamente con oírlos, pero yo, de todos modos, los miraba con la fe del que la tiene - perentoria. Pero, Dios, ¿en qué contienda vienes siendo derrotado que te llevas a tu lado los mejores? Se juntaron en familia, cariñosos, a decírmelo. Pedí que me dejaran, que quería llorar sólo por un rato.

La podía ver enfrente de mis ojos, tan real como las páginas que miras en tus manos. No sabía si, con algo de su ser, ella venía para darme de su paz o si, con algo de mi propio corazón, estaba yo del otro lado de la muerte sosteniéndole la mano.

Ni siquiera precisaba decidirlo, “¿cómo voy a permitir que vayas sola!” Lo que dejas por hacer, en el balance de la vida, se registra como pérdida. Si nunca rechacé las aventuras, ¡esta menos! Sobre todo, de momento que por fin iremos juntos. Sólo llevo ¡ten abrazos! el abrigo de mi pluma. Donde sea que vayamos a parar escribiré lo más hermoso del idioma del lugar, cualquiera sea.

No me quiero demorar, ¡tal vez esté necesitándome! Me siento complacido: todavía tengo más en la reserva de mi puño que, nutridas, ¡opulentas!, en las arias. Las palabras que me llevo son herencia que no robo, del haber, a mis lectores: volveré resucitado ¡me sabrán reconocer! en cada pluma con talento. Mientras tanto, me tendrán en este libro, con mayor vitalidad que de camino por mis pasos.

Otra vez privilegiado ¡mi fortuna no parece tener término! ¿por qué voy a morir de pulmonía cuando puedo

por amor? Y todavía que no mueres si te matas, por amor, o por los otros: como tantas otras veces, la tomé. ¡Nos conocíamos al tacto! Fue vestirme de mi mismo, como siempre. Percibí sus pulsaciones rebotándome las mías. Nada puedes envidiar a manantiales ni varitas, ¡eres más que crucifijos y pirámides! Canal para mis sístoles; arteria principal. El mismo sol adelantaba su salida para ver nuestras hazañas de la noche - las estrellas ¡tú las viste parpadear! eran los ojos de los ángeles husmeándonos por sendas cerraduras. Ni Moisés podía tanto con las aguas, ni, colgando los horóscopos, Orión con las alturas. Baco mira consternado; ¿te pensaste que sería tan sencillo ser patrono de las artes? El que dice de las artes, dice -más estrepitoso que la guerra- del amor. Tomé con fuerza; “¿son sus brazos levantándose?” La punta de metal en lapislázuli de tinta; “te lo dije, volverías a viajar, pero conmigo”. Veo dudas en los ojos del lector: ¿a dónde vamos? No querrá que yo le mate la sorpresa. “¡Te viniste! Loco suelto...” Más profunda que la lanza; “me bromeas, ¿con la pluma?” “¡La que tú me regalaste!” Miré sol. Pero, ¿de dónde? Me miraba con la risa de los niños, “¡ya por fin que se conocen! ¡Los presento!” Golpe seco. “Fue difícil”; unos dedos de cosquillas - “no te quejes, que, si no podías tú con una pluma...” “¡Menos mal! ¡Aquí tampoco maduraste!” Si se siente tan así, me mataría muchas veces. Abrazándola, liviano como luz, sentí pegar con las rodillas en el piso.

103

MUY COMÚN ENTRE LAS CHICAS: IR UN PASO POR DELANTE

Yo pensaba que, también, había sido lastimada por la furia del jinete. Pero no.

-Su corazón está dañado. De verdad, es un milagro que resista todavía. Sin embargo, no podrá sobrevivir un día más sin un trasplante.

-Bien. Entonces dese prisa.

-Por favor... Es imposible.

-¡Si fallece moriré de todos modos! ¡¿Cómo tengo que decírselo?! Ya tiene su donante. Yo seré la responsable de mi muerte. De contrario, si no quiere respetar mi decisión, usted será considerado -lo sabremos castigar- el asesino de mi novio.

-Yo lo puedo comprender, es un dolor insoportable. Pero bien: de la tristeza no podemos atrasar a la locura. Tranquilízate.

-¡Doctor! ¡Maldita sea! ¡¿No recuerda los favores que nos debe?!

-Date tiempo... Voy en busca de tu padre.

-¡Pide tiempo! ¡Mientras él está luchando por su vida!
Le doy menos con el resto de la mía que la vida que me dio,
sin condiciones, este tiempo. Todavía que, si vive, yo no
muero: somos una misma vida.

Sentó paz. Y, con cuidado de salvar su corazón, en este
prólogo valiente, dio la chispa, con divino manantial, a
nuestras arias infinitas.

COMENTARIO DEL AUTOR

Deliberada mala praxis.

Si quería terminar con el mejor de los finales, me tenía que matar - pero de veras. Y clavándome la pluma.

Compensar este remate con palabras, es difícil. Sólo queda que los versos que me restan justifiquen, en su suma plenitud, haber dejado marchitar esa proeza. Son recursos que no tienes al alcance de la mano cuando quieres - se presentan pocas veces en la vida del autor. Hubiera sido disparar, sobre las arias, un perfume memorable que jamás se dejaría de sentir.

En el momento, solamente se trató, según el arte, del final que se caía de maduro - descartado por el juicio. Pero, luego, te le vas acostumbrando: no termina pareciéndote fatal. Lo consideras.

Era claro: lo debía consumir. Aquella métrica perfecta, sin embargo, precisaba rematarse de seguido - porque ya no rimaría con el clímax del efecto. ¿Qué tan cerca me quedé de resolver este final como debía? Te diré, para que tengas un parámetro, que, loco de cordura, muchas veces ¡casi todas! encendí, golpeando rocas en la vida, llamaradas en las hojas.

Hay un arte con agallas que sostiene su valor en la denuncia. De contrario, mi final hubiera sido temerario, pero no por otra cosa: ¡por el arte! ¡Nada menos! Y los versos que quedaran, para pérdida del hombre, sin papel, hubieran

sido comunión. Haberlo juntos. Mezclaríamos, en una, nuestra sangre. Yo, la vida; mis lectores, el espíritu.

Podrían empatarlo. No vencerlo. Nunca más un escritor se jactaría de -con ínfulas de mártir- haber dado los trocitos de sus años a las artes.

Garrafal. Como quemar Alejandría. Mi palabra, por mi puño. Vendería tantas Arias como Cristo vende Santos Evangelios. Me conoces: no lo digo por dinero. ¡Por pendencia! Todavía, que morir te desapega del bolsillo. Sin la mano del apóstol, no sabemos qué tan bien escribiría.

Me perdonan. He dejado mi volumen incompleto. Pero yo, que, de perfume delicioso por la piel, en los caminos, vi renglones; que, de manos transpiradas, con la pluma resbalándose del ritmo de mis dedos, escribí sin renunciar una partícula de vida, no podía darla toda sin un grave menoscabo del estilo. No precisa que lo pienses, yo lo dejo por escrito: ¿se podría presumir una falencia de recursos? Al artista lo conoces tropezando por terrenos imposibles -he forzado mis propósitos al límite- nací con un talento: transitándolo, logré ganar la práctica de muchos.

El coeficiente intelectual de las personas, que venía en aumento desde que se llevan registros, ha comenzado a disminuir desde hace unos veinte años. Según los expertos, una de las principales causas de este fenómeno es el empobrecimiento del lenguaje. De manera relacionada, hay estudios que demuestran que gran parte de la violencia intra familiar y pública proviene de la incapacidad de expresar emociones y elaborar pensamientos complejos.

PALABRART te invita a continuar leyendo textos desafiantes, sean de esta o de cualquier otra editorial